





R-6164 No 3293

Vendimiario



Novela Regional

de

Costumbres Leonesas

por

Menas Alonso Llamas



MADRID
TALLERES GRÁFICOS ALPHA
ALBERTO AGUILERA. 58
1928

N^o 4276
R 2843 (AL)

Queda hecho el depósito
que marca la Ley.

Es propiedad de su autor.

A

Don Roberto Castrovido

como prueba de cariño, admiración
y agradecimiento,

El Autor.

CAPITULO I

LUIS FRANCO EN LA BAÑEZA

Hacía cinco meses que Luis Franco se encontraba en La Bañeza. Y en este tiempo varió por completo de costumbres: no fumaba, ni iba al café, ni bebía licores, ni se emborrachaba; y la jeringuilla de morfina y los tubos de cocaína los tiró al pozo de la huerta, en un rato de sincero arrepentimiento. Iba a ser otro; quería ser otro. Se proponía llevar una vida de aldea, sin los refinamientos y venenos modernos. Como vivió su bisabuelo, como vivió su tío viviría él. ¡Su tío! Al acordarse de su tío Jacinto le entraban ganas de llorar. Si él creyese en la otra vida, si él creyese como los demás creyentes, le diría misas, le rezaría, para que estuviese lo mejor posible el día del Juicio final...

Como no creía en nada, sólo un recuerdo venerando le acompañaba a cada momento. Por su tío era lo que era. ¡Si no llega a ser don Jacinto! Muchísimas veces, desde que tuvo uso de razón, quiso explicarse cómo sus padres se portaron con él tan malamente, tan bárbaramente. Él casi no se acordaba, pero lo oyó contar muchas veces a su tío. Cuando apenas contaba seis años, su madre le tenía encerrado horas y horas, días y días, sin darle alimento y castigándole como a una bestia. El padre, aunque no intervenía en estos inconcebibles castigos, consentía y callaba. En todo el pueblo se supo lo que los padres hacían; y, al enterarse, don Jacinto dió parte al juez y consiguió llevar a su casa a la inocente e inculpable criatura.

Y desde entonces, el tío, enternecido con el niño, dolorido de los malos tratos que le dieron sus padres, se encariñó con él tanto, que le quería como a un hijo. Y así es la vida : los malos tratos que recibió fueron la causa de su felicidad para el porvenir. Don Jacinto le educó, le dió carrera, y todos en el pueblo aseguraban que, cuando muriese, su capital, que era sano y grande, iría a parar a las manos del sobrino. Pero al llegar a mitad de su carrera ocurrió un suceso inesperado : la aparición de una vieja con una joven que resultó ser hija natural de don Jacinto. Con esta aparición desapareció para el sobrino la seguridad de una pingüe herencia. ¿Cómo fué aquello? Nadie lo supo. De la noche a la mañana, Luis vió en casa de su tío a una mujer anciana y a una joven desgarrada, fea y enfermiza. El misterio de aquella aparición fué constante. Luis se vió precisado a dejar la carrera, y acaso tuviese que volver con sus padres. No ; eso sería para él imposible. ¿ Ir con ellos? De ninguna manera. Prefería emigrar, meterse a cavador, todo antes que volver al lado de padres tan inhumanos.

A fuerza de razonamientos y súplicas consiguió que su tío le enviase otra vez a seguir la carrera. Estuvo sin volver al pueblo tres años. El último tuvo que vivir dando lecciones y llevando la correspondencia de una casa de comercio, porque su tío no le enviaba un céntimo. ¡ Qué apuros, qué días ! No quería acordarse. Y, como si fuese todo un cuento, un capítulo de novela, cuando más apurado se veía recibió la noticia del fallecimiento de su tío y de la hija. Y al poco tiempo supo que heredaba toda la fortuna de don Jacinto, fortuna que ascendía a dos millones de pesetas, capitalizando por lo bajo todas las fincas rústicas y urbanas. En el testamento se le ordenaba sencillamente que a la señora Juana, madre de la joven enfermiza, le entregase todos los meses cincuenta duros.

En cuanto se vió poseedor de dicha herencia

hizo viajes por Europa y América y puso casa en Madrid, llevando una vida de disipación y crápula que le ponía a punto de acabar con el capital y la salud. A tiempo se arrepintió o se cansó de tal vida. Más que arrepentimiento y cansancio fué un viaje que hizo a su pueblo, desde donde le llamó un señor que quería hacer diversos tratos con él. En los días que permaneció en La Bañeza vivió en la casa de las viñas. Y quedó encantado de la vida de campo. Volvió a Madrid, y ya no pudo resistir la vida de vértigo. ¡A su pueblo, a su pueblo! Como la casa de las viñas no estaba en condiciones para ser habitada por un hombre acostumbrado a todas las comodidades que da el dinero, abrió la que poseía en la ciudad, y allí vivió mientras hacían obra en Villa Guadalupe. Le preparaba la comida y le arreglaba las habitaciones una vecina. Fué por poco tiempo, porque cayó enferma; en substitución suya envió a una sobrina, hermosa aldeana de diez y ocho años, que tentaba a las primeras de cambio. Se llamaba Teresa.

Luis permanecía poco tiempo en casa: casi todo el día se lo pasaba en las viñas, atendiendo a las obras que estaban haciendo los albañiles y a las labores propias de la estación. Por la noche llegaba rendido, y Teresa tenía preparada la cena a estilo aldeano: con mucho pimienta y mucho ajo. ¡Qué ricas, qué sabrosas le sabían a Luis aquellas cenas! Patatas con carne y carne con arroz o bacalao. Algún día, pescado y alubias de la tierra. Y siempre, sopas de ajo. Esos eran los manjares que tanto apetecía nuestro protagonista. Después tomaba café, y... ¡a la cama! Salía poco. Algún domingo que otro daba vueltas por la acera de la Plaza Mayor; solo, siempre solo. Rehuía las amistades, tanto masculinas como femeninas. No podía resistir la repetición de las eternas maledicciones pueblerinas...

.....

Teresa seguía condimentando picantillamente todas las comidas. Y Luis seguía cada día más regustado de la cocinera. Llevaba seis meses sin pensar en mujeres. Un domingo, de vuelta del *cine*, al abrirle la puerta la cocinerita, se echó encima de ella y la besó lo que quiso. Teresa no protestó, pero se sorprendió: era la primera vez que el señorito hacía aquello, y eso que ella procuró por todos los medios que no se retrasase tanto.

Subieron, cenaron. Después de la cena, cuando ella estaba arreglando el comedor, entró Luis y, cogiéndola por detrás, la besuqueó hasta cansarse.

—¿Quieres dormir conmigo esta noche?

—Yo, sí—contestó Teresa, sin rebozo, y poniendo en sus palabras todo el deseo contenido en tantos días.

—Pues, mira, mientras haces todo, voy al café.

—Bueno.

Salió a la calle. Aún estaba oyendo el «Bueno», dicho con ingenuidad encantadora, arcádica; el consentimiento de la primera hembra al encontrarse con el primer macho: «Bueno. Yo, sí.» Mientras caminaba hacia el café repetía estas palabras. Nunca pensó que tan fácilmente se entregase. Conoció muchas mujeres, pero ninguna tan sincera, tan ingenua, tan a punto de caramelo como ésta. Al pisar el café, entre la atención de la gente y el deslumbramiento de la buena iluminación, se le fué algo la idea que dominaba su cerebro. Se sentó en un diván y pidió té. Al mismo tiempo que en su paladar saboreaba el líquido aromático, en su mente saboreaba las escenas que desarrollaría con Teresa. Estaba en el Royal-Ruiz; sin querer se acordó de lo que fué este café antes del incendio. No se olvidaba de aquella estufa y de aquellos cuadros estilo futurista, pintados antes de nacer Marinetti. Era un oscuro local, mal entablado, renegrido. Ahora es un salón claro, con calefacción por radiadores, buenos divanes y un pequeño escenario para

las artistas de varietés. ¡Cómo progresan los pueblos en los menores detalles!

Envolviendo todos estos pensamientos, impuestos por la presencia, porque los objetos, al representarse en la retina, hacían pensar en ellos; envolviéndolos, repito, estaban las palabras «Bueno. Yo, sí.» Cogió unos periódicos, para evitar conversaciones. Estaba inquieto. El reloj del café marcaba las once y media. Su impaciencia le hacía calcular que ya habría acabado de arreglar todo. Pagó y salió.

Mas le pareció algo pronto, y se puso a pasear por los soportales de la esquina. La noche estaba fría. Oyó cantar a un sereno: «¡Las once, y nublado!» Oyó otra vez: «¡Las once, y nublado!» ¡Qué quietud! La ciudad dormía; y como el que hambre tiene con pan sueña, él soñaba que, cual diablo cojuelo, iba, no alzando los techos, sino introduciéndose por las puertas y sorprendiendo...

Ya no esperó más. Llegó a su casa, abrió y subió. Subía por la escalera alumbrándose con un fósforo. Sentía el silencio de casa deshabitada, interrumpido por unos pasos quedos y breves, como no queriendo alterarlo. Se aproximó de puntillas a la puerta del cuarto de Teresa. ¡Abierto! Tenía la respiración contenida, y aspiró a sus anchas. ¡Abierto! Un ligero temblor le invadió. Emoción. ¿Qué es lo que pensaba en aquellos momentos? Nada. Hay momentos en los que se piensa tanto, que no se piensa en nada, en nada, y se obra automáticamente, sonámbulamente. Quería dar luz. Teresa lo adivinó. Ya ella, muy preventivamente, había quitado la bombilla. Oyó la vuelta del conmutador.

—¿Qué hace? No, no dé luz.

Luis andaba a tientas. De sabido, lo tenía olvidado, por las muchas veces que le sucedió: que la mujer es vergonzosa hasta no más en los actos que llaman ilícitos, y, sobre todo, antes de tener confianza. No insistió en dar luz.

.....
.....
Cuando Luis se retiró a su habitación debían ser las tres de la madrugada. Sentía una sensación de euforia tan constante, que, aunque tardó en dormirse más de tres horas, ni un momento le abandonó.

A la mañana siguiente, al encontrarse frente a frente, ella, ruborosa, bajaba la cabeza y se llenaba su bonita cara de una sonrisa de complacencia.

—¿Qué tal pasaste la noche después de abandonarte?

Teresa alzó los ojos y le miró; quiso decirle algo, y no dijo nada. ¿Qué es lo que iba a decir Teresa?

—Ya ves que soy muy bueno.

—Nunca creía... ¡Ah, soso...!

Y se le quedó mirando como asustada por llamarle soso con tanta confianza. Luis lo notó, y, cogiéndola la cabeza entre ambas manos, se la meneaba y hacía la cerrar los ojos con los besos que le daba en ellos.

—No creí que fueses tan picarueta y tan ansiosa.

—Qué formal es usted; nadie pensaría...

—De tú, mujer; de tú; no me suena el usted después de lo pasado.

—¡Bueno! ¡Ah, soso!

—¡Ah, sosa!

Luis quedó encantadísimo de Teresa y regustadísimo de la noche pasada con ella. Le parecía que aquella mujer iba a satisfacer plenamente sus deseos y exigencias. El primer día que la vió, a primera vista, no le gustó; tenía el cutis quemado por el sol y el aire, sucios los ojos, mal vestida y con una rubicundez de erisipela en las narices. En el tiempo que llevaba en su casa se había afinado el cutis, la rubicundez de las narices desapareció y con una bata recién estrenada estaba completamente transformada. ¡Si él hubiera querido aquella noche! No quiso. Si al día siguiente una causa

cualquiera les hubiese obligado a separarse, es casi seguro que ella no agradecería los miramientos de él. Cuando una mujer se entrega a un hombre, si éste no llega al fin, la mujer no se lo agradecerá nunca; antes al contrario, se reirá y tomará por cobardía lo que no es más que un buen deseo de no complicarla la vida con un crío.

Luis, ante todo, quería poner a salvo su rectitud en el obrar. Y la segunda noche la habló así:

—¿No tienes miedo a...?

—No.

—Tus padres te pegarían.

—Qué más da.

—No te querrían los mozos y quedarías soltera.

—¡Bah! Lo mismo me da.

—¿Tú piensas que yo te iba a proteger?

Teresa contestó sinceramente:

—¿A mí qué falta me hace que me proteja usted? Y luego, otras, en el pueblo, ¿no han tenido más de uno y más de dos? Nadie les ha hecho falta. Ellas se han *arreglao* bien.

Luis sintió que estuviesen a oscuras, porque así no vió la cara que ponía al decir tales palabras.

—Bueno. ¿Es tu gusto?

—Sí.

—Luego no digas que yo te he engañado y burlado. Ya ves que es porque tú quieres, con toda tu voluntad. Si no quieres, seguiremos en las mismas maniobras, como hasta aquí.

Ella, por toda respuesta, se puso encima de él, le rodeó el cuello con los brazos y le empezó a besar con ansiedad... Estaba escrito... Y aquella noche una nueva virginidad se inmolaba en aras del deseo genésico y del instinto de procreación...

.....

.....

Las obras de las viñas habían terminado. Arregló dos habitaciones de planta baja, orientadas al norte, para los días calurosos, y encima de la portalina,

que daba al mediodía, hizo construir una galería toda de vidrio, para los días fríos de invierno. Ya se iba a trasladar, con su Teresina, como él la llamaba, cuando recibió la visita de la madre. ¿A qué vendría? En cuanto vió llorar a Teresa se lo supuso: la quería llevar para el pueblo. Luis hizo todo lo posible para que no la llevase, pero no consiguió nada.

—Hace falta en casa. Esta es muy libre, y ya sabes que tu padre no quiere que andes fuera de casa.

Luis insistía, aumentaba la soldada, proponía esto, lo otro... Que no se molestase. La llevaba y la llevaba. Como Teresa se resistiese, la madre la amenazó:

—Si no quieres venir e conmigo, vendrá tu padre y te llevará a palos. Haces falta en casa, que andemos todos muy aperreos. Y ahora tien que dir e tu padre a Villoria tos los días, a labrar el huerto de las monjas. Conque, así, avíate.

Luis la convenció que era mejor obedecer; todo se arreglaría. Pero Teresa, se conoce, prefería todo antes que separarse de Luis, a quien ya se había aficionado demasiado en poco tiempo.

—Mira: ahora pasas allí unos quince días, para despistar, y después, con la disculpa de tu tía, vienes todos los sábados al mercado, y podemos estar juntos el sábado y el domingo, y más tarde ya veremos lo que hacemos.

—¡Qué pena! ¡Marcharme! No, Luis, no.

Luis la acariciaba como él sabía; tales caricias la ponían a ella fuera de sí.

—No quiero marcharme, Luis. ¿Va a mandar mi padre en mí? Si yo no quiero, ¿por qué me van a obligar? ¡Qué pena, qué pena...!

Y se la humedecían los ojos y le apretaba contra su seno.

—Yo no quiero marcharme de tu lado.

—Es preciso, mujer. Ya sabes cómo son en los

pueblos, y estamos expuestos a que se arme un lío. Obedece. Si te maltratan, me lo dices, y entonces tomaremos una determinación enérgica. Ahora, obedece, Teresina.

Teresa, embelesada con los mimos y caricias, se olvidaba que pronto se separarían. Como aún se resistiese, Luis se puso serio.

—Es preciso que obedezcas. Además, te lo mando yo, que sé lo que debemos de hacer. ¿Sabes?

—¡ Bueno !

¡ Con qué mohín más especial decía : « ¡ Bueno ! » Oír Luis estas palabras y abalanzarse a ella para llenarla de besos, era todo uno. Le entusiasmaba verla y oírla decir : « ¡ Ah, soso ! ¡ Bueno ! »

Teresa, obediente, por la tarde montó con su madre en un caballo, y por la carretera de Veguellina marchó a su pueblo.

CAPITULO II

Transcurrió algún tiempo. Luis no podía ya pasar sin ella. Los días que quedó solo se le hacían interminables, siempre pensando en la ausente, y eso que se distraía en las viñas, revisando el cepaje, arreglando los árboles, injertando. Como ya se le hacía demasiado larga la ausencia, cogió la bicicleta y allá fué. Era el mes de julio. Por la carretera de Veguellina, cobijado por la sombra de los hermosos chopos, marchaba a toda velocidad, dando a los pedales sin cesar. Fija la mirada en el suelo, se complacía en ver cómo la carretera parecía que se movía, tal que si con la marcha anduviera a la par de él, sólo que en sentido contrario. Iba a dar un paseo en balde. Lo seguro sería que no la encontrase. Ni a su casa ni al pueblo pensaba

llegar. Sólo iba con la esperanza de un encuentro casual ; a lo mejor podría estar ella trabajando por aquellas tierras ; a lo mejor encontraba algún rapaz, y por unas monedas iría a dar el aviso.

Habían quedado atrás Requejo, Soto, Huerga ; al llegar a la venta de Bullas se acordó de la parada que hacían allí cuando, de niño, iba con su tío a Gijón, a tomar los baños. Aquel coche de Mauricio, todo desvencijado, con unos caballos famélicos, parecía que lo estaba viendo. Ahora, con los automóviles de línea, han desaparecido para siempre tales armatostes. Bajó de la bicicleta, obligado por un furioso perro que le salió al encuentro. Le espantó, se limpió el sudor y prosiguió la caminata. Ya estaba cerca del pueblo. ¿ La vería ? Temía encontrarse con la madre de Teresa o con cualquier conocido. ¡ Vaya ! « ¡ Si más pronto se mienta al Papa de Roma, más pronto asoma ! », como decía él de chico. El tílburí de L se acercaba. Dió con fuerza a los pedales y pasó de largo. Al poco rato entraba por el camino real de su nuevo amorío o lío. La *bici* saltaba por los baches y piedras, de que estaba sembrado el zigzagueante caminejo. Ya estaba cerca del pueblo, cuando, junto a una noria, en una tierra plantada de remolacha, vió una mujer mullendo, tapada toda la cara con un pañuelo, para resguardarse del sol. Cerca de ella, un chiquillo hacía la misma faena. Luis se bajó de la bicicleta y preguntó :

—¿ Es Matilla este pueblo ?

La mujer tapada seguía agachada y no dándose a conocer.

—¿ Qué quería usted ?

—Estar con el médico.

—No está.

¡ Era Teresa ! ¿ Por qué fingía la voz ?

—¡ Teresa !

Teresa, al oír que la llamaba por su nombre, le hizo una seña.

—¿De qué me conoce usted? Si yo no soy Teresa...

Luis en seguida adivinó: no quería ella que se enterase el muchacho que la acompañaba. Se acercó. Teresa se levantó, y el rapazuelo abrió unos ojos de extrañeza y puso oído, con cierta malicia.

—Creí que era usted Teresa Gómez, la hija del tío Eustaquio.

—¿Y qué la quería? ¿Y qué quería al médico?

El chico seguía llenando la mirada de malicia. Luis, que lo comprendió, se dirigió a él:

—Oye, rapaz, ¿quieres hacerme un recado? Toma.

Y sacó veinte céntimos. El chico, a la vista del dinero, cambió la faz y alargó la mano. ¡Al fin del mundo iría él por dos perronas!

—¿Qué le mandaría yo?—pensaba—. Toma. Vas a la puerta de la iglesia y pegas estos papeles.

El chico cogió los papeles y las perras, que iba sonando y tirándolas al alto, alegremente.

—¿Quién es ese chiquillo?

—Mi sobrino.

Luis miró a su alrededor. No se veía a nadie.

—¿Nos verán?—preguntó, temeroso, Luis.

—Nadie. Sólo estábamos los dos.

Teresa se había quitado el pañuelo que la cubría la cara. Luis, al verla, no pudo reprimir un gesto de extrañeza.

—¿Cómo estás tan sucia? Hace días que no te lavas. Ya sabes que, ante todo, me gusta la limpieza.

Teresa ladeó la cabeza y se puso morrucia, o sea de morro. Esperaba, sin duda, que a Luis, al verla, le faltase el tiempo para abrazarla. Sin levantar la vista del suelo, y con mucho desconsuelo, preguntó:

—¿No le gusto?

Y le miró de reojo, torciendo el labio inferior.

—Calla, que te muerdo...

Y, como macho en celo, la aprisionó por la cintura y la apretó con la fuerza de un orangután.

—¡Qué lástima!—exclamó ella cuando él hizo ciertas preguntas.

La mañana estaba próxima al mediodía. El sol quemaba; de los regueros y acequias subía un olor a húmedo; los trigales ondulaban, obligados por un ligero viento. La madre tierra elaboraba en sus entrañas el fruto sustentador de animales y hombres. La temperatura, aquel vaho de germinación, aquel sol incitante y enervante, todo pregonaba la plétora de vida que les rodeaba.

—¿Quieres? Ahí, entre los trigales...

Un chirrido inesperado les asustó. Miraron a todas partes. Fué el burro que, aparejado a la noria, se movía. Para que todo fuese incitante, se oyó rebuznar al asno, como presintiendo la proximidad de alguna compañera..., y, más lejos, el canto de un gallo.

Luis arrimó la bicicleta junto a la noria, y luego la pareja se escondió entre los trigales. Crujían las cañas al caer bajo sus cuerpos. Y allí, entre los trigales, sintieron un frescor halagador. Y allí, cara al sol, y teniendo por cama el vientre preñado de la madre tierra, cantaron un himno, el himno inmemorial que han cantado todas las parejas que se han ayuntado desde nuestros padres Adán y Eva...

—Siento ruido—dijo él.

—Sí, y parece cerca—corroboró ella.

—Tú, quieta. Yo me levantaré.

Luis se puso de cuclillas, asomando la cabeza por entre los trigales. Vió que muy cerca de ellos se iba abriendo una estela de espigas. Y al poco momento un perro meneaba el rabo y daba ladridos de júbilo. Era el de Teresa, que les había olfateado. Luis se levantó de pie, y al mirar para el pueblo quedó con el corazón encogido: por el camino, muy cerca de ellos, venía un hombre a gran paso.

—Quieta, que ahí viene gente; tú no te muevas

hasta que yo dé un silbido. Coge el perro, que va a ladrar.

A grandes pasos salió hasta el camino, sin ser visto por el hombre. Presuroso, cogió la bicicleta y quedó observando: el hombre se había parado y miraba hacia el sitio de donde él había salido. Al poco momento le vió entrar, acaso en busca de algo que le hizo desconfiar. Luis estuvo por dar la vuelta y salir en defensa de Teresa, si era necesario; pero cayó en la cuenta de que acaso aquel hombre fuese el padre de ella. Lo mejor sería marchar, alejarse cuanto antes, para que no le conociesen. Montó otra vez y, dando saltos y más saltos y estando a punto de caer, llegó a la carretera. Allí se paró a ver si columbraba algo. Nada. Estaba ya bastante lejos. Un gran pesar le invadió. Seguro que, si era su padre, la descubriría y la pegaría una paliza, tratando de averiguarlo todo. Y una vez más se reprochó su impaciencia; su carácter impaciente le traía muchos disgustos. Ya no tendría sosiego hasta que supiera todo el desenlace.

Sin detenerse en La Bañeza, siguió por la calle de Pérez Crespo, plazuela de Fray Diego, calle de Ramón y Cajal, y por la carretera de Camarzana púsose en camino de su finca. Entonces pudo darse cuenta de que no en balde pasan los años. Cuando era chico se estaba todo el día en bicicleta llevando sofoquines, y al llegar la noche se encontraba tan ágil como por la mañana. A su memoria llegaron los recuerdos de sus trastadas y chiquilladas. Una vez, contando escasamente trece años, se fué con su amigo Barra a las fiestas de Astorga en una bicicleta de las primitivas, de llantas de goma maciza, artefacto que, por su pesadez y deterioro, era capaz de cansar al mejor campeón. Pues los dos en ella, uno en la barra y otro en el sillín, llegaron a ver cómo monsieur Lecombe evolucionaba y aterrizaba con su biplano, el primer avión que rasgó los aires de estas tierras bañezanas y maragatas. Entonces,

y un poco ya mayor, corría diariamente de cincuenta a sesenta kilómetros. El primer día que montó en la bicicleta de neumáticos que su tío le había regalado era, sin duda alguna, uno de los más bellos de su vida. Por la mañana llegó a la Portilla y por la tarde se fué a Nogarejas.

CAPITULO III

Durante quince días estuvo sin tener noticias de Teresa. No sabía qué hacer. Por fin se decidió a ir a casa de la tía Antoña.

—Buenos, señá Antoña. Buen mercado, ¿eh?

—No lo crea usted, señorito. Ahí tengo más de dos libras de bacalao sin comprometer.

—Sí, claro; es mala época ésta para hacer comidas.

—Pues tos los años he vendido eso y más. Este no sé lo que pasa. He perdido la parroquia dende que me marché de la calle de usted.

—No se queje, mujer. Bien de gente tiene usted aquí. Ahora no es tiempo de vender nada. Todos están en las faenas del campo. La mayor animación está por mi calle. Por cierto que por allí me pareció ver a su sobrina.

La tía hizo un alto en la tarea de cocinera, y, quedando un poco extrañada, preguntó:

—¿Teresa?

—Sí.

—No, pues por aquí no ha venido, y siempre que viene, viene por aquí. Acaso la confundiese.

—Es posible. ¿Hace mucho que no sabe de ella?

—Dende que la llevó su madre. He preguntao por ella y naide m'ha dao razón.

—Según su madre, hacía falta en casa. Y su pa-

dre no quería dejarla servir. Y ahora que hablamos de su padre : me he enterado de que estuvo en la cárcel.

—¿ En la cárcel ?—interrogó, algo asustada y sorprendida la tabernera.

—Sí. Fernando Gascón, ¿ no es su padre ?

—¡ No, señor !—exclamó, alegremente—. El padre de Teresa se llama...

—¡ Ah ! Pues yo creía...

—No, no. Ya decía yo. Mi cuñao es mu honrao.

—Bueno, me voy.

—¿ Sigue viviendo en las viñas ?

—Sí ; ¿ qué le extraña ?

—Que esté usted solo. Aunque se m'acuerda que el criado le hará las labores de la casa.

—Es natural. Como supondrá, no voy yo a ponerme a fregar y hacer las camas.

—Claro, claro. Sí, sí, señorito. Ya iremos por allí mi marido y yo cuando estén las uvas maduras. Ya empezarán a negrear.

—Sí, ya empiezan. Vaya cuando quiera. Adiós.

No se detuvo ni un momento más. Por fin pudo conseguir saber el apellido de Teresa. Se sonreía de lo cándidamente que la tabernera contestó a sus preguntas intencionadas.

Mucho meditó sobre el inconveniente de escribir a Teresa, pero se decidió al convencerse que era de la única manera que podría llegar a saber algo.

Se detuvo en casa del *Ché* a tomar un aperitivo. Pensaba qué es lo que escribiría a su manceba. Cuando hubo terminado la bebida y lo que diría en la carta, pagó y marchó. El sol abrasaba. Parecía un día ordinario ; la calle del Reloj, tan animada siempre, estaba tan callada como si no fuese día de mercado.

Al llegar a la Piedad, dió la vuelta y se fué al Reina a comer. Y desde allí pidió por teléfono el automóvil de Riego, que no tardó diez minutos en ponerse a su servicio. Cuando pasaba por la vía

del ferrocarril cayó en la cuenta de lo bien que se iba a las viñas en *auto*. El, por conservar mejor la memoria de su tío, usaba de todo lo que usó aquél, no queriendo introducir nada moderno. Pero ahora ya no podía repetir la misma canción porque en la casa de las viñas había hecho reformas completamente a la moderna.

—¿Por qué no compras un *auto*?—le habían dicho muchas veces varias personas.

—Me gusta más ir a caballo; el *auto*, en estos pueblos, donde no hay distancias, apenas tiene objeto—contestaba casi siempre.

El automóvil de Riego subía la cuesta. Luis hacía el recuento de todos los *autos* que rodaban por La Bañeza: el de Fulano, el de Zutano; total, unos treinta. El recordaba que hacía seis o siete años apenas si se oía un bocinazo, y ahora, para dar idea de los que circulaban, se decía que la plaza Mayor parecía la Puerta del Sol. El automóvil se paró bruscamente. Ya estaba en Villa-Guadalupe. La idea constante volvió. En el momento que se vió dentro de la casa le faltó el tiempo para ponerse a escribir.

Tardaría más de una hora en trazar, definitivamente, estas líneas:

«Teresa: El jueves, por la mañana o por la tarde, paso para Veguellina; desearía hablar con usted cuatro palabras.—*El que usted sabe.*»

Así. Con esta carta no se comprometía a nada en caso de que no llegase a las manos para quien iba destinada. El mismo la echó en el correo y esperó, con la impaciencia en él habitual, a que llegase el jueves. ¿En qué iría? ¿En automóvil, en bicicleta o a caballo? Mejor a caballo; así podía despistar más fácilmente y nadie se fijaría en él.

Muy de mañana se levantó y preparó al *Blanco*. Después de desayunarse, emprendió la marcha, obsesionado con el nuevo lío. En los días que habían transcurrido, el recuerdo constante, gota a

gota, había perforado la dureza con que su egoísmo se defendía para no dejarle enamorar. ¡Oh, enamorarse! Ni por asomo, ni pensarlo siquiera. Lo que sentía él por Teresa no sabía definirlo: a veces parecíale amor, a veces deseos de gozarla sencillamente, a veces necesidad de un cariño sin alambiques... Todo, todo, menos amor. ¡Enamorarse él a sus alturas de una palurda! ¡No, por Júpiter, qué sandez!

El caballo relinchaba y daba, de vez en cuando, algunas corvetas. Ahora pasaba por el puente de hierro de tres tramos, llamado de la Reina Victoria, y al poco momento tenía de frente la hermosa carretera de Veguellina, recta, recta, sombreada por gigantescos chopos, árbol que se desarrolla admirablemente en estas riquísimas vegas bañezanas. Contemplando el paisaje, se distrajo un poco, envaneciéndose a la vez con la vista de sus hermosas fincas. Allí, junto a aquella noria, poseía una de dos cargas de sembradura; esta que bordeaba la carretera le valía cuarenta y tres heminas de trigo y siete de cebada. Aquí y allá, en casi todos los pueblos del partido, su tío tenía posesiones, que él muy ricamente heredó.

Las eras de Soto, Huerga, Priorato las veía alegres y animadas, brillando en ellas las altas parvas. Desde su caballo veía cómo afanaban los aldeanos para reunir el precioso grano que allá en septiembre repartirían en la ciudad con los señores propietarios, quedándose éstos con la mejor parte, sin más sudores ni más trabajos que subir o bajar a la panera y medir lo que traían los colonos en sus quilmas.

Se fijaba en las casas, hechas de tapia las más, destacándose los brochazos de yeso o cal dados alrededor de los huecos. Tan despacio iba, que le alcanzó un carro, ocupado con dos jergones de muelle. ¡Jergones de muelle! Lo que significa esto sólo lo saben los viejos que presenciaron la vida

de ayer. Ayer, y decir ayer es decir hace treinta o cuarenta años, los aldeanos desconocían casi completamente las comodidades del lecho mullido y muelle; se alimentaban con nabos, comían pan de centeno en hogazas de ocho y diez libras, amasadas en casa a principios de mes, para que durase la hornada por lo menos quince días; así que la última hogaza, más que pan era acero. El recordaba haberlo comido alguna vez, y también recordaba que si no deja de comerlo marcha tras el mendrugo la lengua y el paladar, pues tal es la aspereza de estos panes, que aun hoy, los que no pueden comerlo reciente del que venden los panaderos, amasan en sus casas. Las viviendas, sin ventilación, sin luz; hacinados, dormían en una misma habitación, que era casi toda la casa, padres, hijos, y perros, gatos, ovejas y hasta burros, bueyes y caballos. Y sobre el húmedo suelo sin entarimar, ni a veces empedrar, a la luz de un candil lleno de aceite o de *lucilina*. Esto por la ribera; por la Valdería y valle Jamuz, a pesar de cogerse el mejor lino del partido, las viviendas eran aún peores, las familias más entrampadas, la miseria más desastrosa. Y por el estilo en el resto de la provincia.

Hoy, por muchas aldeas hay ya luz eléctrica, se ven casas con habitaciones tabladas, se come mejor, se vive con más holgura y menos trabajos. Esto bien lo saben los antiguos.

En aquellos tiempos, y aquellos tiempos que está rememorando Luis son los de la mocedad de su tío, que le contaba todas estas cosas, lo mismo en las riberas del Eria, Duerna, Orbigo, Tuerto, Eria, Bernesga, Torio y Esla, que en los valles del Sil, Boeza, Burbia, Cuá y Valcarce, que es tanto como decir en toda la provincia, el lino crecía, esmeradamente atendido, y era el que más tarde, en unión de las lanas de sus riquísimas merinas y churras, serviría para fabricar los lienzos, terlices y demás tejidos caseros. ¿Quién sería la primera vie-

ja que, con su huso y su rueca, presidió el primer hilandón? La Historia ignora muchas cosas, y Luis sabía, ciertamente, que en ningún documento se hablaba de los que introdujeron el oficio de hilar. Se perdía en la noche de los tiempos. La industria de las telas es de las primeras que el hombre conoció. ¿En qué tiempo se hiló el primer copo de lana y el primer brazado de estopa? Imposible saberlo. A él lo que siempre le hizo mucha gracia fué el hilandón, sin preocuparse de su origen. Su tío, que de joven vivió por las aldeas, contaba peripecias, la mar de graciosas, de estas diversiones aldeanas. Todas las noches, en determinadas casas, se reunían las mozas (y se reúnen aún) para hacer la labor de hilar unos cuantos vellones de lana. Después de terminada la tarea entraban los mozos, y, al son de un caldero roto, golpeado con unos paños; a los dulces y milenarios silbidos de una flauta pastoril, y hasta a los acompasados golpes de una pandereta con sonajas, bailaban incansablemente. Cuando se rendían de bailar, algún cuentista relataba hechos y hazañas de bandoleros, brujas y trasgos, o de apariciones, amores y muertes. Cuando Luis contaba diez años asistió a dos hilandones. Su primera iniciación sexual fué en uno de estos hilandones.

Cierto día, después de andar en asno dos leguas, llegó, acompañado de un criado, ya cerca de las diez de la noche, a la casa de unos parientes de su tío. Pasó mucho miedo aquella noche caminando por senderos intransitables. El criado que le acompañaba procuraba quitárselo. A mitad de camino vieron brillar una luz, cuyo brillo se destacaba más por la obscuridad tan espesa de la noche, amenazando lluvia. Luisito se sobrecogió:

—Andrés. ¡Si sale un lobo!—exclamó con voz compungida.

Andrés, muy alegre, contestó:

—Si sale un lobo, lo matamos.

El chiquillo se calló, pareciendo que con la contestación había desaparecido el temor; pero no hubo pasado un cuarto de hora, cuando Luisito volvió a decir:

—¿Y si salen dos?

—Si salen dos, los matamos también. Mira; esa luz que hemos visto es la lamparilla de la ermita. Luisito no las tenía todas consigo.

—¿Y si salen tres?

Andrés no pudo menos que carcajear.

—¡También los matamos! Re...

Por fin, llegaron a un lugarejo del valle de Jmuz. Luis recordaba muy vivamente lo que vió en el portal: una moza y un mozo, arrinconados, echados sobre un saco de paja, cubriéndose con una manta o mantón, ¿qué hacían? No lo supo y tampoco sabía cómo aquel cuadro no se le borraba de la mente por más años que pasaron. En otra habitación, que era cocina, comedor, gabinete y cuarto de dormir, había una algarabía atroz. Mozos y mozas cantaban, bailaban y se palpaban los cuerpos con el beneplácito de las personas mayores, sin duda alguna: padres, madres, abuelos, tíos o hermanos, no importaba el parentesco; era la costumbre, que hacía ver con buenos ojos lo que en otro sitio parecería inmoral y nefando. ¡Ah, si eso ocurriese en reuniones de señoritos! ¡Oh, si eso ocurriese en las poblaciones! Vendrían los moralistas, en seguida, diciendo: «El *cine*, las novelas, las modas, las ideas modernas, producen estos escándalos», etc., etc. ¡Qué risa!

Luisito se caía de sueño, y ya muy tarde sintió que le llevaban en brazos y le metían en una cama muy dura, con unas sábanas que tenían unos pinchos que no le dejaban parar al rozar su fina epidermis. En la cama no estaba solo: sentía un cuerpo a su lado que daba unas vueltas que casi le trituraban. El niño se desveló, y sus manos corrían por encima de unos muslos muy lisos y muy finos.

Al poco momento de encontrarse en la cama sintió que los dedos del que estaba en su compañía andaban tanteando un sitio muy peligroso; él se encogió, de temor y de vergüenza. No supo más, porque se quedó dormido. A la mañana siguiente vió que la claridad del día penetraba por todos los sitios: por un ventanuco, por todas las rendijas de las puertas, por los vanos del tejado, hasta por agujeros de la pared. Entonces miró la compañía que tenía al lado: una moza. La hija del dueño de aquella casa dormía a pierna suelta, enseñándole unos globos lácteos con unos botones no muy limpios... En otra cama dormían un hombre y una mujer, y en un camastro veía confusamente hasta cuatro cabezas: dos a los pies y otras dos a la cabecera. Se fijó bien, y pudo darse cuenta de que eran los hermanos de la que dormía con él. Cada minuto que pasaba aumentaba su vergüenza de niño precoz; no se movía ni respiraba, y, para despistar, cerraba los ojos para parecer dormido. De pronto sintió un ruido inesperado, un portazo tremendo y un gruñido de fiera hambrienta, y al mismo tiempo vió incorporarse a todos, oyendo chillar a los chicos. Miró para el causante de tal estruendo: un cerdo gordo, que apenas podía andar. Por lo visto, era el encargado de tocar diana. Con este incidente, se vistió. Por eso el hilandón nunca se le podría olvidar, y aquella moza que durmió con él, y que con tanto afán tocaba y observaba, tampoco.

Otra vez, ya mayor, ya con bozo en las mejillas, asistió a otro hilandón, en una aldea de la Valde-ría. Lo que más le chocó de todo fué la iluminación. Conocía el alumbrado eléctrico, el de gas, el de petróleo, el de aceite en candil con moco, el de velas; pero no conocía el de gabuzos, y aquella noche conoció el alumbrado más primitivo, el alumbrado que quizá tenga tantos años de antigüedad como siglos han transcurrido desde que la provin-

cia de León fué pisada por la primera planta humana.

En los pueblos de las montañas abunda el brezo, arbusto que proporciona muchos miles de arrobas de carbón; de ese arbusto sacan varas largas, de cerca de un metro; al secarse, pierden la corteza y quedan blancas; éstas son las velas de corzo, o gabuzos, que, colgados del hogar o hincados en la pared, dan, relativamente, buena luz, sin producir humo, y hay que tener cuidado de ir quitando la parte carbonizada para que den una llama bastante clara, permanente y de considerable duración. Ahora, que este alumbrado tiene un inconveniente, y es que, como muchas veces no tienen cuidado de despabilarlas, son causa del origen de muchos fuegos, sobre todo por tierras de Murias.

Aquella noche habían hincado, a muy corta distancia, hasta diez velas de corzo, así es que estaba el hilandón, más que alumbrado, iluminado. Luis recordaba que se divirtió como pocas veces. Allí era el señorito, el sobrino de don Jacinto, cacique del partido, y las gentes de las aldeas conservan un respeto religioso a esas autoridades tenebrosas, que son para los aldeanos como el Papón para los chicos. Las mozas se dejaban agarrar por todos los sitios que quería el señorito, y el señorito, que no era bobo, inventó una diversión que le proporcionó sobar los pechos y nalgas de aquellas mozas, guapas las más, apetecibles todas y todas oliendo a humo. Cuando el gallo cantó se retiraron a descansar, y esta vez, Luis, que ya no era Luisito, durmió o hizo como si dormía en el mejor colchón de la casa, un colchón de hojas de maíz. Y esta vez echó de menos la compañía que tuvo en el hilandón de un lugar del valle de Jamuz...

* * *

El caballo relinchaba y se acercaba a la orilla de la carretera, por más que él le metía la espuela

para que fuese por en medio. Notó que el animal tenía sed, y se detuvo a darle agua. ¡Anda, pero si ya...! Tan entretenido iba, que no se había dado cuenta que estaba frente por frente del camino real que llevaba al pueblo de Teresa. Los ojos, los oídos, todos los movimientos fueron para avizorar la más imperceptible sombra. Sólo allá, en las eras, veía que se movían personas y caballerías. De algunas casas salía humo en línea recta, como si una mano invisible no le dejase ir para los lados. Contemplaba el caserío, aquella agrupación de viviendas de una sola planta que cubrían un ribazo bastante largo; alguna casa sobresalía de las demás; allí vivían el médico, el maestro o el cura. Y allí, entre aquellas moradas, estaba donde vivía la mujer que desde hacía unos meses no le dejaba tener un instante de reposo. Metió el caballo por en medio de las tierras, para mirar todos los sitios ocultos, con la esperanza de encontrar a Teresa casualmente, como la primera vez. Pero no; estaba visto que le sería imposible tropezar con ella; iba a dar un paseo en balde. Entonces se puso en pie sobre los estribos y, dando con la fusta al caballo y haciendo «¡ja, ja!», puso a la bestia nerviosa. No sabía qué es lo que haría, pero, por la resolución, parecía dirigirse al centro del pueblo y dar con Teresa, fuese como fuese. El caballo, loco de contento con las palmadas que le daba en el lomo, corría alegremente, con las crines al aire y respirando a todo pulmón. Luis, sin pegar en la silla, llevaba un balanceo de artista de circo, y sus ojos miraban fijamente para el caserío, que ya estaba próximo. No pensó ya en nada. No marcharía de allí sin verla. Quiso razonar, y no le dejó el deseo de contemplarla. ¡Ah, ah! Al subir una pequeña cuesta encontró un chiquillo que guardaba ganado.

—¿Tú conoces a Teresa?

—¿Qué Teresa?

—Teresa..., la hija del ti...

—Viella, allí está.

Allí está. Sí, sí, allí estaba. La conoció sólo con verla un instante. Teresa se guardaba detrás de un árbol. El llegó junto al árbol e intentó bajarse.

—¿Qué haces ahí?

Luis la miraba embobado.

—Esperándole.

—¿Recibiste la carta?

—Sí.

Luis intentó otra vez bajarse del caballo, pero ella no le dejó.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa? ¿Quién te tiene prisionera?

—Calle, calle. ¡Mi padre! Marche, por Dios.

Un hombre estaba no muy lejos de ellos; le veían a él, pero él a ellos no, por unas matas que sobresalían en la bajura.

—Esta noche ven. Te espero en la carretera, suceda lo que suceda—dijo ella, al mismo tiempo que echaba a correr, cantando, para despistar a su padre.

Luis clavó con saña las espuelas en la barriga del dócil e inculpable animal, y, como jinete del Apocalipsis, atravesó por sembrados para salir rectamente a la carretera de Veguellina. El corcel, por la carretera libre, corría, corría sin cesar, a las cuatro. Luis, con el pelo al aire y la boca abierta, dijérase que era una bestia más, desbocada...

.....
Pasó la tarde en el casino, hojeando los periódicos, y a eso de las cinco volvió a montar a caballo. Llegaría cerca del bivio, antes del puente de Requejo, cuando cayó en la cuenta de que no llevaba la pistola. Dió media vuelta al caballo y se fué por el arma.

Entre idas y venidas se pasaba el tiempo, y cuando llegaba al Priorato eran las siete. El sol estaba ya cerca de la raya para trasponerse; del Teleno soplaba una brisa refrescante, y todas las plantas

parecía que se animaban al verse libres del asfixiante calor que las hacía desmayarse, doblando sus tallos y poniendo las hojas flácidas, como presagiando la muerte. La brisa, tan benéfica, que casi se iba convirtiendo en viento, despejaba su mente, y empezaba a sentir una alegría provocada por la delicia del panorama que contemplaba. Pero más que nada debía ser porque sus facultades mentales le ponían al descubierto toda la historia de que estaba siendo protagonista. Esta alegría no podía obscurecerla ninguna prevención, ni menos ningún temor; el hombre, en cuestión de faldas, no teme nada; es cuando se muestra más valiente, más provocador, capaz de hacer frente a un regimiento. Cuando él pensaba que podía sucederle algo a tales horas por sitios que bien podían servir de trampa, se envalentonaba, y con la braveza de todos los guapos, de todos los chulos y de todos los Don Juanes, exclamaba: «¡A mí no hay quien me tosa!»

Al llegar cerca de Villoria cogió al caballo por las bridas y se internó en un plantel de álamos, guareciéndose de los últimos rayos solares. Caía la tarde, y la tarde era un salmo de quietud, un beso de pureza, una caricia de mamá Naturaleza, tan poco amiga de hacer caricias y mimos. Ató al caballo en una mata de juncos y él se sentó sobre unas cuantas piedras que anduvo apañando por allí alrededor. Las tierras de pan mostraban su faz afeitada por las máquinas segadoras; los árboles, igual que escobas gigantescas, se meneaban con el palo clavado en el suelo, como queriendo barrer los vellos, las vedijas que rodaban por el aire, y que iban tiñéndose de escarlata, de esmeralda, de rubí, de topacio...

Los canjilones de las norias daban vueltas y vueltas, lo mismo que él cuando, gran canjilón de la noria humana, daba vueltas y vueltas por la plaza

Mayor, sacando del pozo sin fondo aburrimiento, tedio, monotonía...

Un lobo doméstico ladraba allá a lo lejos, cerca del campanario; las campanas de una iglesia próxima tocaban la oración de queda. Y la noche, como gran calamar, iba, con cautela, reventando las ampollas de su tinta oscura, envolviendo todo en una nube negra.

De sus años de poeta futurista, cubista y hasta dadaísta conservaba buenas muestras. Se puso serio y tiró el cigarro, que ya casi le quemaba los dedos. Desde su escondite veía cómo iba llegando ganado vacuno a un riachuelo próximo que debía servir de abrevadero. Las campanadas de distintas aldeas llegaban a sus oídos con un dejo melancólico, con ese sentimiento bucólico que tantas tonterías ha obligado a decir a los poetas. No se sentía inquieto, cosa rara en él, que era la misma inquietud, y más raro todavía, por estar de espera. ¿Cómo terminaría esta aventura? ¿Qué desenlace tomaría el drama (?), comedia (?) o sainete (?) del cual era principal personaje? El tiempo lo diría. No hay cosa mejor para las aventuras que dejarse llevar por la corriente. Él, desde aquel momento, iba a hacer un ejercicio psicológico, observándose hasta el menor detalle; anularía su voluntad, se haría el hipnotizado y dejaría que la otra, Teresa, le ordenase lo que quisiese; ya, al límite en que se encontraba, lo mismo le daba paecer que comer higos. ¡Qué delicia ser caballo o cualquier mamífero hervívoro! Revolcarse en la tierra, comer aquella hierba que festoneaba los regueros y... dar vueltas a las norias... Estaba pensando cada idiotez y cada tontería como para no hacerle caso. Pero en algo tenía que pasar el rato hasta que llegase la hora de la cita. ¿La cita? Un placer muy íntimo saboreaba con deleite, y era el placer de verse allí, espera que te espera, para poder hablar con una mujer que, después de todo, no dejaba de ser una

aldeana. Pero encontraba en esta cita más sal y placer que en todas las citas con mujeres de zapato alto, pantorrillas al aire y pelo a lo garzón. ¿Qué hora sería?

Inmensas nubes negras, como fantasmas de otros mundos, rodaban por el horizonte. Sobre su cabeza, la bóveda que hemos dado en llamar celeste estaba moteada de débiles estrellas, que, como si a ellas llegase el bochorno del día, no querían todavía mostrarse con toda su brillantez. El caballo, poco acostumbrado a estos paseos, no cesaba de dar patadas y moverse impaciente, como queriendo aconsejar al amo que le llevase de allí. Echó a andar por la orilla del reguero, cuyo murmurio le hizo sonreír. Vivía en aquellos momentos un pasaje de novela pastoril. Tenía que andar con mucho tiento para no meter los pies en el agua. Los chopos de la carretera le parecían mayores que nunca: llegaba a creer que las copas besaban el cielo, y poco faltó para que trepase por alguno de ellos para ir por allí a la Gloria... Ya había salido a la carretera. ¡Qué aspecto ofrecía en aquella noche estival la carretera de Veguellina para unos ojos de poeta! Luis calculaba que, por lo poco, serían las diez. No se oía más que la serenata eterna de grillos, ranas, cigarras y demás bichos que en estas noches cantan a porfía: «Gri, gri, gri, gri, gri», «Cra, cra, cra, cra, cra», «Per-nil, per-nil, per-nil», «Cri, cri-cri, cri»... Cerca, muy cerca de los sitios que él pisaba, debía de haber un sinnúmero de ranas, porque el croar incesante, y en tono subido, le hacía daño en los oídos. Cogía piedras y las lanzaba hacia donde salían sonidos tan desagradables. Bastante tiempo estuvo distraído en esto. Unos «¡Ijujussss! !» «¡Ijujuuuu! !» le hicieron sobresaltar y dar un brinco, como si le amenazase algún peligro. Pero en seguida se dió cuenta de que sería Teresa, que con el grito de las cavernas le llamaba. El macho contestó, a su vez, con toda la potencia de su

voz bien timbrada. ¡Cómo suenan estos «ijujús!» en las noches calmosas de verano! Son como si desde el fondo de la tierra saliesen, desgarrándola, y haciendo estremecer la atmósfera; son como si saliesen de almas errantes que quisieran juntarse; son como la explosión de unos deseos carnales vagando por el éter; son como el espíritu, el deseo, el alma toda que sale por las bocas de las mozas vírgenes y de los mozos en celo. Sólo los jóvenes, los que aún no han probado las mieles del ayuntamiento carnal; sólo los mozos y las mozas en celo, los que no han satisfecho sus ansias amorosas, pueden dejar escapar de sus bocas esos ¡ijujujussss!, que en las noches vernaes y estivales son como el canto-promesa que los seres humanos hacen a mamá Naturaleza...

Los «ijujusss!» se hacían más frecuentes. Y toda la noche, toda aquella noche oscura de últimos de agosto oyó la melodía inmemorial, la melodía de los «ijujusss!» que las ondas, al hacer los infinitos círculos, repetían por todas las capas de la atmósfera, hasta el vacío: «Ijujuuuu!» «Ijuju...!»

Luis, precavido, temiendo caer en error, temiendo descubrirse, se agazapó y, medio arrastrándose, escondiéndose tras los árboles, avanzaba cautelosamente hacia donde oía el reclamo. No tardaron en distinguirse.

—¡Teresa!

—¡Luis!

Luis echó a correr hacia una sombra. La sombra se acercaba. Sólo los ojos noctíluos de Luis podían precisar que aquélla era Teresa. Luis, en cuanto pudo, la abrazó.

—¿Qué traes al hombro?—preguntó Luis.

—La azada. Ah, soso, ¿no la ves? Mira cómo relumbra.

—Lo que relumbran son tus ojos gatunos.

La volvió a besar, a estrujar, a zarandear, y apretó, apretó hasta que ella lanzó un «¡Ay, que me

haces daño!» Con el mango de la azada, al oprimirla, la hizo daño en el pecho.

Después de mil suspiros y ternezas, el joven se enteró de que Teresa le había citado a tales horas porque aprovechó la ocasión de regar.

—Me has vuelto loco, chiquilla, en estos días. Has estado más escurridiza que una anguila. ¿Te has acordado mucho de mí?

—Algo sí m'acordaba. No crea que mucho.

—¿Que no?

—Me voy a casar. Mi padre quiere que me case con el hijo del maestro, que m'ha andao rondando dende que vine de su casa.

Luis, al hacer un movimiento, sintió el frío de la azada en sus mejillas, y este frío, como un escalofrío, al oír lo que oyó, se le metió en el alma y quedó yerto, helado.

—Se m'acuerda mucho lo demonio que fuí. Mi padre vióme esta mañana, y llevé una panadera, porque yo no sé quién ha podido ir con el cuento.

¿Qué le sucedió a Luis? Del hielo pasó al fuego, y se sintió invadido por una serie de corrientes que sacudieron todos sus miembros con fuerza epiléptica. La echó los brazos por detrás, hasta que la hizo arquear todo el cuerpo, con la cara mirando hacia el cielo, hasta que aproximó su boca a los ojos.

—Tú no serás más que mía, mía, mía. Ni tu padre, ni el hijo del maestro, ni Júpiter podrán conmigo. Y si supiera que tú me vas a desobedecer, cogía ahora la azada que llevas al hombro y te partía el cráneo de un azadazo.

La fuerza que hacía en ella, unida al poco vigor por sostenerse, dió con los dos en el suelo. La azada golpeó el terreno, y Luis, sin saber lo que hacía, la cogió por el mango y, alzándola sobre la cabeza que le encelaba, y como una fiera, profirió esta herejía:

—Mira el poco trabajo que me costaría terminar contigo. Sé que serás buena y me obedecerás.

Teresa no habló ni se inmutó; por lo que parecía, no la importaba morir, o estaba segura de que él hacía todo aquello por meterla miedo. La estuvo besando convulsivamente, todo tremante, por no se sabe cuánto tiempo.

—¿Verdad que no te casarás?

Con la cabeza pegando en el suelo, rozando el parietal derecho con la tierra, silabeó:

—No. Haré lo que us-ted me man-de.

—Yo, si pudiese, te mandaría a la Gloria. Tú no puedes comprender el estado de mi ánimo en estos momentos.

Los dos se habían sentado. De pronto, Teresa, toda acobardada, sintiendo un miedo pavoroso, gritó:

—¡Ay, madre, qué ojos vienen allí!

Los faros de un *auto* parecían las pupilas de una fiera caída de alguna estrella... Apresuradamente se levantaron y se escondieron detrás de un corpulento chopo. Al poco momento pasaba, como una exhalación, el automóvil, dejándolos como aturcidos.

—¿Por qué no tiene usted uno?

—Lo tendré, y para pasearte a ti. Pero, mira, ya te he dicho un millón de veces que no me llames de usted.

La tenía arrimada al chopo, y él, inclinado sobre ella, la acariciaba la cara, pasándola la mano por los pómulos, por las orejas, por el cuello, estirándola de la nariz, que era su caricia favorita.

Y con estas caricias la pareja debía gozar, hasta el punto de no darse cuenta de dónde estaban. Los dos se separaron sobresaltados al oír unos relinchos agudísimos. Teresa, toda asustada, dijo:

—Vienen. Será mi cuñao. Escóndete, tírate ahí, en esa cuneta.

Luis, sin soltarla, echóse a reír.

—No, tonta; es mi caballo, que llama. Vamos hacia él.

—Me van a echar de menos.

—¿Con quién has venido?

—Con mi cuñao y con otras mozas que les toca la vez.

—¿Y qué regáis a estas horas? ¿Por qué no regáis de día?

—Porque de día se resfrían las plantas. Nosotros estamos regando habas.

«¡Teresa! ¡Teresa! ¡Teresa!»

La pareja quedó inmóvil. Aquella voz que llamaba sonaba potente en la quietud de la noche. Luis estaba descompuesto, decidido a hacer una barbaridad.

—Lo que hacemos ahora es coger el caballo y marcharnos los dos a La Bañeza.

—No—dijo con firmeza ella.

—Sí—pronunció él con celos, ira, despecho, rabia y valentía.

—Entonces me mataba mi padre.

—Es que si no vienes te mato yo.

—¡No voy!

—¡Sí vienes!

—Que no.

Luis, fuera de sí, como un completo salvaje, cogió la azada que ella llevaba al hombro y, con el mango, la soltó un palo. Ella ni chistó. Se conoce que no cayó el golpe en sitio blando, perdiéndose entre tanto faldamento, porque, con la furia que iba descargado, si hubiese dado en blando, necesariamente tendría que haberla lastimado.

Luis, variando de sistema, tiró la azada contra un árbol y, cogiendo a Teresa amorosamente con las dos manos, por la cintura y de frente, la habló así:

—Mira, Teresa, no seas mala conmigo y no seas tonta. Si sigues tan dócil como cuando estuviste en casa, ganarás mucho: ganarás tranquilidad,



bienestar y placer. Hazme caso y deja este pueblo, deja a tu familia. Vente conmigo. Ya no te acuerdas. Ya has olvidado...

Con palabras llenas de encendido deseo la puso al vivo todos los goces pasados y los futuros. Teresa, al oírle tantas promesas, y recordando lo feliz que fué en aquellos días inolvidables de sus primeras intimidades con el señorito, quedó convencida, y dijo :

—No me hable más. Cuando terminemos estas tareas del riego marchó de casa por encima de todo.

Luis respiró. Se conformó.

—Confío en ti. Te espero. El día que vayas a marchar avisas. ¡Ay de ti si me engañas!

—¡Te lo juro!

La besó, la hizo mil caricias, la dijo mil palabras capaces de hacer caer a la más casta doncella, y se separó, en busca del caballo. Los dos, al parecer, quedaron tranquilos. Teresa, por un sendero, con la azada al hombro, se dirigió adonde suponía que estaban regando. Luis desató el caballo y se puso en marcha. No había andado treinta pasos, no había puesto en orden sus pensamientos, cuando sintió un tiro, que hizo recular al caballo y ponerse de manos. Para no quedarse atrás, sacó la pistola y, picando al generoso corcel, disparó todo el cargador al aire, como corriendo la pólvora. Cuando el caballo paró, ya se encontraba en el Priorato. Tiró de las bridas y detuvo al animal.

La casa del Priorato descansaba allí, aislada, al lado de la carretera, como refugio del caminante miedoso. Él pensó en los arrieros que andan de noche por los caminos, pensó en aquellos carreros de otros tiempos, maragatos y parameses, que con grandes carromatos e interminables recuas de machos caminaban horas y horas, lo mismo de noche que de día, haciendo el intercambio de todos los productos necesarios al consumo de importación y exportación de la provincia leonesa. Vino, de Toro

y de La Seca y Rueda; pescados, conservados en sal, de Asturias y Galicia, y objetos de lujo en aquellas épocas, como abalorios, corales, muselinas, sedas, plata, etc., traían los carreros, y sacaban lanas, estopas, cueros...

Los ladridos de un perro escondido en la casa del Priorato asustaron al caballo, que reanudó la marcha. Iba despacio. El cerebro del jinete se empezó a llenar de Teresa: de su voz, de sus ademanes, de su olor. Olía a reguero, a tierra húmeda por el relente de la noche, a tierra saturada de agua no muy cristalina; sus ropas estaban impregnadas de sudor envuelto con el polvo de las parvas; su boca olía a sopas de ajo, y toda ella parecía un pedazo de tierra húmeda, olorosa y palpitante. A medida que caminaba, su ánimo se calmaba. No se daba cuenta de qué manera más estúpida se portó con Teresa. ¿Qué pensaría? ¿Qué creería? Si tenía un poco de perspicacia, al momento se daría cuenta de que Luis sentía por ella algo más que el deseo de gozarla, puesto que después de tantos días sin verla, teniendo tan buena ocasión aquella misma noche, no intentó siquiera lo que ella estuvo deseando todo el tiempo que duró la entrevista. Pero, profundizando más, la sensación perdurable que guardaba de Teresa era lo bien que se portaba en la cama, y lo fresca, y lo limpia, y lo ardiente, y lo buena y cariñosa en todos sus actos.

Aquella Teresa que acababa de sentir con el olfato podía transformarse maravillosamente con un baño y unas ropas limpias.

Llegaba ya cerca del puente primero. Pero..., sin embargo, y a pesar de como la había visto, quedó más deseoso de ella; en un lodazal que estuviese metida, por sólo ser ella, el lodazal, en vez de ser pestilente, le parecería fragante. Son las aberraciones que las pasiones producen en los sentidos. Su pasión... ¿Pasión? ¿Amor?

El caballo pasó al trote por el centro de la pobla-

ción. Subió corriendo la cuesta de la estación, y cuando llegaba a lo alto de las bodegas, el sol, rubicundo, sacaba por el bajo horizonte su carota abotargada...

CAPITULO IV

Luis Franco, acodado en el balcón que daba al noroeste, contemplaba la campiña y veía cómo la vid había ido poco a poco apoderándose de extensos terrenos arcillosos que no fueron más que centenales malos que apenas daban a los colonos para pagar la renta a los señores ricos de la ciudad.

Alguien aseguraba que, en siglos pasados, las encinas formaban espesos montes, como los que se veían no muy lejos; pero los que tal aseguraban no se basaban en otra razón que en la cercanía de esos montes.

Luis Franco sabía de cierto que en la Edad Media se cultivaba algún viñedo, porque había leído escrituras de venta en que se habla de viñas; unas, insertas en la *Historia del partido judicial de La Bañeza*, de su ilustre paisano Manuel Fernández Núñez; otras, en sus búsquedas eruditas por los archivos de la provincia. También sabía que en tiempos de los romanos el vino leonés se exportaba a Roma. Hacía un siglo existían por allí algunas viñas; las que él poseía conservaban aún cepas que contaban ochenta años; lo sabía porque todavía vivía el tío Blas, que siendo mozalbete hizo hoyas, y el tío Blas se acercaba a la centena. Esas cepas tan añosas eran las supervivientes del estrago causado por la filoxera. Su bisabuelo tenía la viña por tener de todo, no por el beneficio que sacase de ella, pues el vino que elaboraba era mal-

simo, «agrio como perros», que a duras penas llegaba hasta Carnavales, y si pasaba, llegando hasta el verano, se convertía en puro vinagre. Pero casi todo él marchaba en las fiestas de Navidad, que lo daba a como querían pagárselo. Y lo mismo que le sucedía a él sucedía a los demás en casi toda la provincia. Según escritores de la época, en Santa María del Páramo, sin ir más lejos, el poco viñedo que había daba un vino que ni los mismos cosecheros podían beberlo. Y del Bierzo, no digamos: además de haber exceso de producción, tenía la desventaja de oler a azufre. Ahora es todo lo contrario: lo mismo en Santa María que en La Bañeza, Villamañán, etc., se elaboran vinos exquisitos, que terminaron por echar abajo a los vinos de Toro y la Mancha, y pueden competir con los de Rioja, Riscal, bodegas gallegas, etc., etc., ¿a qué es debida tal transformación? ¿A la elaboración? ¿A la situación de las cuevas-bodegas? En parte a esto y en parte a que indudablemente hacía cincuenta, sesenta, ochenta, cien años, todos los puestos tenían castas malísimas de uva, como es la mencia, el caño royo, algunas variedades de verdejo; estas clases de uva tenían que sacar un vino imbebible. Al venir la filoxera y terminar con la planta del país, en toda España se generalizó la vid americana como patrón, que lucha briosamente con la microscópica filoxera, y se seleccionaron las clases. Así había pagos, como el suyo, que podía competir con los mejores de España.

Se puede decir que la viti y vinicultura en La Bañeza tomaron verdadera importancia a principios del presente siglo, y en lo que va de él se ha puesto a la altura de los principales centros, lo mismo en los cuidados culturales del viñedo que en la vinificación. España, siendo una nación esencialmente vinícola, está atrasada y descuidada, hablando en general. Y este atraso es la causa de que, a pesar de ser la uva española la mejor del mundo, se

fabriquen aún vinos ordinarios, con malos sabores, propensos a enfermedades, sin llegar a dar el rendimiento que dan en otras naciones. La ciencia enológica ha adelantado mucho en estos últimos años merced a los trabajos de hombres tan eminentes como Mrs. L. Mathieu, Georges Dezquemin, Laborde, Pierre Ondrieu y otros sabios franceses. ¡Ah, si los caldos de La Nava, Rueda y La Seca cayeran en manos francesas! Y menos mal que por Andalucía hay cosecheros que tienen bodegas con todos los adelantos y son los que nos dan fama en el extranjero.

Luis Franco echó la mirada por todo el dilatado horizonte y se embelesó con las perspectivas que se presentaban a sus ojos. El Teleno lo tenía enfrente, y se extrañaba que no conservase en sus picachos alguna nieve, pues, aunque sean los veranos calurosos, la cima siempre está blanca. Peña Ubiña al otro extremo. El Teleno y Peña Ubiña son como los extremos del gran arco formado por las montañas que se contemplan desde Villa-Guadalupe.

De vez en cuando, saludaba a las vendimiadoras que pasaban camino de las viñas de Seoanez, o las de Martiniano, o de Moro.

—Usted siga bien.

—Adiós.

—Buenos días.

—Qué, ¿empieza hoy Valderas?

—Sí, señor. Como estuvo lloviznando esta mañana, nos dijeron que hasta la tarde no diésemos...

—Bueno, mujer; anda con Júpiter.

Y la rapaza, una rapaza pitañosa, con una blefaritis que le estropeaba el rostro, algo agraciado, saludó y siguió arrastrando los zapatos, levantando mucho polvo.

El reloj de la ciudad sonaba. Las doce daban. Bajó al comedor y llamó por teléfono al criado, que estaba en la bodega.

—Vaya al hotel y tráigame la comida.

Cuando colgaba el auricular sintió que llamaban a los portones. Salió, y se encontró con el carro que traía los talegones. El carrero saludó muy mohinamente, y preguntó:

—¿Se echa mañana la vendimia, don Luis?

—Sí, para mañana tengo avisado. Ya creí que no venía y me hacía un trastorno.

—Yo doy palabra y la cumplo, señorito. Lo que pasa es que queremos abarcarlo todo. Estuve recogiendo unas pocas habas.

—¿Y cómo va eso de las alubias?

—Cada vez peor. Y a mí eso que este año me han pintao bien; pero ahora el que está bien es el obrero. El que tiene, como yo, unos miles en tierras, suda y trabaja y no saca pa jornales. A doce pesetas pagaban la hemina el sábado pasao. Eso no es precio.

—No es precio después de estar acostumbrados a que os las paguen a noventa reales. Pero las vacas gordas ya pasaron.

—Pa el pobre labrador, que trabaja y no ve el fruto de su trabajo. En cambio, ustedes...

—Nosotros, ¿qué...?

—¿Le parece poco, don Luis, la ganancia que sacan ustedes a las viñas?

Luis se vió cogido, sin poder desprenderse.

—¡Hombre! Hasta ahora va bien, pero esto se pone cada día peor, aunque unos cuantos señores se hagan ilusiones con sus vinos de marcas, que venden gracias a los regalos. El viñedo está amenazado de muerte. En toda España no se oyen más que cosas lamentables de la viti y vinicultura. Hoy, precisamente, traía la *Crónica de Vinos y Cereales* un artículo la mar de pesimista. Y los Gobiernos no hacen casi nada, y los cosecheros y propietarios hacemos menos.

El carrero meneó la cabeza, rascó el occipucio y miró con sus ojos malignos a Luis, dejando es-

capar un ju, ju, ju, como no conformándose con lo que oía.

—Y si esto sigue así, este furor que ha entrado por plantar viñas y viñas y talar montes causará la ruina de muchas familias y muchos pueblos.

El carrero no se contuvo, y dijo :

—Todo eso que dice usted será verdad, pero también es mucha verdad que este año saldrá la uva a dos pesetas, como el otro año, y eso que hubo tanta cosecha.

—Pues ese no es precio estando el vino a siete u ocho pesetas.

—No es precio, no es precio. Será más precio el de las alubias y el de las patatas del otro año, que se dieron regaladas, el que no las tuvo que tirar, como me sucedió a mí, que me encontré sin poder dar salida a cien arrobas y las tuve que dar al ganao. Dígame a mí, don Luis, si los precios nuestros están en relación con lo demás. Y yo hablo así, y eso que, como usted sabe, casi todo lo que labro es mío ; conque los que llevan las fincas de renta...

—Qué pesimista. No estarán tan mal, hombre, cuando en estos años en todos los pueblos se han comprado muchas heredades.

—Algunos, sí, señor, han hecho algunos cuartejos. Pero, dígame, don Luis, ¿qué labrador se ha hecho rico? Afanando toda la vida, trabajando de sol a sol tos los de casa, como burros, para luego andar malamente, porque malamente andamos tos los labradores, don Luis. En cambio, ustedes, los que tienen viñas, los que tienen comercios, ¡hay que ver lo ricos que se han hecho! ¡Cuénteme un labrador que se haiga hecho rico trabajando las tierras! No me contará ninguno ; in cambio, yo le cuento muchos que han hecho muchas pesetas estando a la sombra, detrás de un mostrador. Lo dicho, don Luis : para los obreros y pa

ustedes y los comerciantes es la vida ; in cambio, pa el labrador, la vía más aperreá.

Al mismo tiempo que hablaba esto bajaba los talegones del carro.

—Parece que faltan tres.

—Sí, señor ; quedaron en la bodega, porque enuavía los estaba lavando el tío Sordo.

—Te quejas, Pedro ; nos quejamos todos ; pero nadie hace nada. Si así seguimos, dentro de veinte años no sé lo que va a pasar. La competencia que nos hacen por todos los sitios es enorme. Ahora, en California, les ha dado por el naranjo, los melones y las uvas, que es un mercado más que se nos cierra. Hasta ahora se exportaban muchos miles de kilos de uva de embarque para los Estados Unidos ; pero desde que en el valle Imperial y en otros sitios les ha dado a grandes capitalistas por meterse a labradores, ha aparecido una enfermedad que llaman la mosca del Mediterráneo, y se ponen obstáculos para que no entre ni una caja. ¿Quién compite con esas Empresas, que en unos años convierten yermos terrenos en frondosos vergeles ?

Luis fué interrumpido por su colono al oír los Estados Unidos.

—¡ Ah !—dijo, alzando la cabeza y estirando los párpados para arriba—. ¡ Nueva York ! Allí estuvo el señorito, ¿ no ? Me paice que cuando usted estudiaba...

—Sí, cuando terminé la carrera me fuí, en viaje de estudio, por los Estados Unidos. El pasado año estuve en California para estudiar aquellas tierras. ¡ Si tú vieses aquello ! ¡ Si todos estos pobres labradores viesen cómo sacan los frutos en aquellas tierras... !

—El señor Cuervo estuvo en la Argentina trabajando, y no parece que...

—¡ La Argentina ! Hombre, sí, en la Argentina, en la provincia de Mendoza, están, con seguridad,

los viñedos más extensos del mundo. Pero, ya te digo: ¡si vieses aquellos parajes...! Estos ríos, el Tuerto, el Orbigo, Eria, no son más que riachuelos, regueros, comparados con el Colorado. Fíjate, hombre, que en la cuenca de ese río caben España, Inglaterra, Dinamarca, Bélgica y Holanda. El caudal del río Colorado hay quien dice que es mayor que la suma de los caudales de todos los ríos de España. ¡Figúrate! Pues en la cuenca de ese río estaba el valle Imperial, que en el siglo pasado era un desierto, acaso el más árido del mundo. Allí no crecía más que la chumbera y no se criaba más que la serpiente cascabel, y era inhabitable. A principios de este siglo, una empresa, esas colosales empresas de Nueva York, se propuso hacer fértil ese desierto, aprovechando las aguas del Colorado. Contra el dinero no hay quien pueda, y la Naturaleza, que allí se mostró seca y dispuesta a no proporcionar al hombre más que higos chumbos y serpientes de cascabel, es hoy un valle fertilísimo, que produce en abundancia alfalfa, melones, lechugas, maíz, verduras, en general, y frutas de todas las clases. El año pasado exportó el valle Imperial sesenta y cinco mil vagones de productos agrícolas, y cada vagón de aquéllos hace por tres nuestros. Y fíjate cómo será aquélló, que en 1900 su población era nula y hoy cuenta sesenta y cinco mil habitantes, tres veces como León, y eso en veintiséis años. ¿Cómo vamos a poder competir nosotros con esos hombres, que de esa manera transforman los desiertos? Nosotros, que para hacer un mal cauce o una mala presa nos hacemos viejos y no llegamos a terminarlo, por falta de espíritu emprendedor.

Habían terminado de colocar todo, y el carrero escuchaba con la cabeza baja, sin que podamos asegurar si atendía a las explicaciones que oía o pensaba en las alubias que el sábado vendió a cincuen-

ta reales. Luis, como cogiera la palabra, era incansable, y siguió hablando, hablando :

—En Inglaterra, los médicos y los estadistas hacen una propaganda furiosa contra el alcohol, y los vinos de Jerez y del Puerto y Sanlúcar tienen que luchar en esos mercados, sosteniendo a duras penas el buen nombre de sus vinos, de esos vinos que tan célebres se han hecho y que con tanto cuidado son elaborados. Fíjate que en el Puerto existen unos cosecheros, poseedores de la celeberrima marca Buff-Gordón, los condes de Osborne, que hacen un vino, el Indio, que pasean naves veleras por el mar, pasando cuatro veces por el Ecuador. Los príncipes rusos y el Zar eran grandes consumidores de esos vinos, pagando la bota a trescientas cincuenta libras esterlinas, o sean unas nueve mil quinientas pesetas. Y hasta esa mala pata : tales consumidores han desaparecido con la guerra. Todo son tropiezos. ¿Y la almendra? En los mercados de Reus ha habido un pánico enorme porque Italia se ha decidido a hacer una competencia a muerte. Por todos los sitios nos rodea la competencia. La agricultura en España sigue siendo la Cenicienta. No se la protege. En cambio, a esas industrias absurdas...

El carrero levantó la cabeza y le miró atentamente, para luego, muy orondo, exclamar :

—¡ Lo ve usted, don Luis ! Si usted mismo ha venido a decir mesmamente lo que yo he dicho. El labrador es el burro de carga. El que está bien es el obrero y el comerciante. La semana pasada tuve unos carpinteros en casa, y ¿a cómo dirá que me cobraron? A siete pesetas diarias, y no me hicieron más que una pesebrera en tres días. Amos, ¡ dígame si el obrero... ! Antes, sí podía ser. ¡ Ahora ! Entre menos trabajan, menos quieren trabajar. Y no vale que esté usted encima : hacen menos. Pa cobrar no son perezosos, no. Y del campo, gracias a los pueblos del redor ; si no, ¿aonde íbamos a

dar? Y el que no tiene caraiterio no hace nada; si es de miel, lo comen las moscas. To'stá perdío, don Luis.

—Es que nunca se conforma uno con lo que tiene. Y, sin embargo de todas tus lamentaciones, se vive mucho mejor que se vivía. Cada día mejor, mejor. Si así seguimos, pronto alcanzaremos el bienestar completo. Un bienestar debido a las máquinas y a los adelantos químicos y físicos.

Pedro, al oír lo de químicos y físicos, se arrepiñó de lo que iba a decir.

—A mí páiceme que no, don Luis. ¡Vaya! Ustedes, claro, al no querer, con los estudios saben más que uno. De modo y manera que mañana al mediodía habrá carga, ¿no?

—No. Hasta el sol puesto no vengas, porque, a lo mejor, no empezamos hasta la tarde.

Pedro cogió la aijada y pinchó a los bueyes.

—¡Anda, bonito! Vaya, zagal. Comilón, que paice que no te dan de comer; siempre ties que estar hocicando la hierba.;

Luis cerró los portones y subió otra vez al balcón, a ver si venía el criado con la comida. Al asomarse a una ventana que daba frente al camino divisó, encima de la cuesta, al que le traía el condumio. Estuvo un momento indeciso: parecía él y no parecía. Sí; era él. Bajó al comedor y se entretuvo en poner la mesa mientras el criado llegaba. No había sacado unas copas, cuando sintió las tachuelas de los zapatones golpear en las piedras de la portalina.

—¿Quién será? ¿Cómo... Es él...

Abrió la puerta.

—Cualquiera diría que ha venido corriendo.

—No, señor; es que, al llegar a las bodegas, pasaba el casero de don Francisco Ruiz en el tílburí, y me amonté.

—¡Ah! Ya decía yo...—le contestó Luis, antes de que el criado terminase de decir lo que hemos

escrito—. Deja ahí el cesto. Vete limpiando las sendas y lavando la pila, que está hecha un asco. Entre mejor se porta uno con vosotros, peor lo agradecéis. Habrá señores que traten bien a sus criados, pero a mí nadie me supera. ¿Qué casero tiene las libertades que tenía el ti Mateo? ¿Quién está mejor que él estaba? Siete duros todas las semanas, casa, leña, vino, uvas, palomas, gallinas, cerdos; su mujer podía atropar vides y sus hijos separar las varas y llevar cestas. Todo esto sin él hacer más que estirar la pata, sin agarrar la azada ni el arado. Y si no vengo yo este invierno hubiese encontrado esto medio derruido.

El criado, obediente, dejó el cesto encima de la mesa del comedor y se fué a cumplir lo ordenado por el amo.

Luis iba sacando la comida y pensando en Teresa. Le daban tentaciones de alquilar un *auto* y marcharse al pueblo. Pero entre unas cosas y otras se le pasó la tarde. Sentado en una butaca de mimbre, miraba, con los párpados casi juntos, cómo el Sol iba hundiéndose por occidente, todo temblón, rodeado de un nimbo dorado y de nubes purpúreas. Parecíale un globo en noche verbenera que, sujeto en un alambre invisible, resbalase, resbalase hasta perderse de vista... En esto, se levantó sobresaltado, llegó hasta el camino, para ver quién andaba, cuando exclamó, lleno de júbilo:

—¡Teresa! ¡Teresa!

Fué a ella con los brazos abiertos, y, loco de alegría, la metió en la casa. Llegaba toda sudorosa y fatigada, en alpargatas, con un pañuelo de satín color rosa y una blusa de percal del mismo color.

—Lo que yo te he estado esperando. Creí que no venías, picarona.

—¡Ah, soso! ¡Que no venía! M'escapao. De mañana no pudo ser, porque me dijón en casa que tenía que dir e a Villoria con mi cuñado, y desde

allí, en cuanto comí, marché. ¿Me buscará mi padre?

Luis se entristeció algo. Toda su alegría, toda su felicidad de tenerla en sus brazos se enturbiaba con aquello que oía. Estaba dispuesto a todo, a todo, antes de separarse nuevamente.

—¿Y si vienen a buscarme? ¿Y si da parte a la guardia y me llevan?

Empezó haciendo pucheros y terminó por llorar. Luis la bebía las lágrimas, y con tono de convicción la decía :

—No temas nada ni a nadie, mujer. Ya sabes que yo soy rico y que con dinero todo se arregla. Si tu padre se empeña en llevarte, marcharemos lejos, lejisimos, donde ni él ni nadie pueda cogernos. ¿Verdad, paloma?

Teresa mostraba una faz clara, transparentando la alegría que corría por su interior. Bastaron aquellas palabras de Luis para que la moza se sintiese con toda la jovialidad de sus años abrileños. Subieron a las habitaciones. Luis la enseñó, con infinita complacencia, el cuarto donde iban a pasar las noches, el armario donde metería las ropas, el lavabo, la galería, toda la casa, en fin. Estaban junto a la cama. Teresa, con un gesto de cansancio, se sentó, y en seguida, Luis, cogiéndola con las dos manos la cabeza, se la apoyó en un cuadrante. No pudo reprimir un gesto de desagrado.

—¿Cuánto tiempo hace que no te lavas?

Teresa, con un mohín de enfado, escondió la cara entre los almohadones, como protestando de lo que oía. Luego se levantó, airada, y, poniendo la cara a la luz, contestó :

—¡Que no me he lavado! Mírame bien, soso.

Efectivamente, estaba con la cara bien limpia. Luis la desabrochó la chambra y la metió mano en los pechos. ¡Cuando él lo decía! No quiso decirle nada, por no molestarla; pero con mucha diplomacia, y seguro de que la pondría muy contenta,

la cogió de la mano y la llevó cerca de un armario de nogal antiquísimo, heredado de su bisabuelo.

—Te voy a enseñar lo que he comprado para ti.

Abrió el mueble, y ante los ojos admirativos y alegres de Teresa fué sacando camisas y combinaciones, rosa, azul, negras, como para ser codiciadas por cualquier mujer de gusto; medias de seda pura, zapatos de última moda, cintas, sortijas, pendientes, esclavas, adornos y, por último, un kimono de seda, pintado por un célebre pintor amigo de Luis.

—Esto todo lo tenía preparado para el día que vinieses a vivir conmigo. Ahora tienes que desprenderte de toda esa ropa, que, aunque es la de los domingos, está bien sucia y nada te favorece.

Bajaron al corral y Luis la propuso lo que estaba pensando:

—Mira, Teresa, te convenía darte un baño. Ahí, en la pila, te puedes bañar muy holgadamente y muy agradablemente, porque está el agua como caldo, de darla el sol todo el día, de rechazo.

Teresa bajó la cabeza y nada dijo. Luis tomó el silencio como asentimiento, y, cerrando la puerta, intentó quitarla la blusa. Pero la aldeana hizo un respingo, puso tal cara de poco agrado, que él quedó cortado.

—¿No quieres?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me da vergüenza.

—¡Bah!, pues si es por eso, no te apures. Toma la llave y cierras, y yo salgo. Espera, que bajo jabón y unas toallas.

Teresa, después de recoger lo que él la dió, cerró la puerta, convencida de que nadie la veía. Ella no se había dado cuenta de un ventanuco que tenía el palomar, frente por frente de la pila. Allí se subió Luis y estuvo observando todo lo que hacía su concubina. Al quedar desnuda, Luis no pudo re-

tener esta exclamación: «¡Qué marrana está!» Teresa, completamente desnuda encima de la pila, se restregaba los muslos con estropajo y jabón; las rodillas las tenía llenas de costra; los pies, con un dedo de roña, y el vientre y los pechos, con una leve capa de suciedad. Pero la blancura rosada de sus carnes se destacaba al mirar la cara, tostada por el sol; una raya alrededor del cuello marcaba la división de los dos colores: el blanco rosado de una epidermis resguardada del sol y del aire y el moreno rubicundo de una piel expuesta a la intemperie.

El pubis, pobladísimo, era como una mancha negra en aquel mar de blancura. Teresa se ponía en todas las posturas, para no dejar parte de su cuerpo sin frotar. Estaba satisfechísima en aquella faena, y, toda estremecida, de vez en vez sus ojos se entornaban. Cuando más entretenida estaba con sus abluciones, Luis abrió estrepitosamente el ventanuco, y Teresa, toda avergonzada, instintivamente pudorosa, llevó ambas manos a cubrir la mancha negra...

A pesar de que aquel cuerpo no tenía ningún secreto para Luis, a pesar de que aquel cuerpo se había estremecido muchas veces en sus brazos, ahora quedó inmóvil, sin saber qué hacer. No duró mucho su perplejidad, porque saltó de la pila, tapándose el vientre con lo primero que encontró.

Luis, entre tanto, había bajado del palomar y meneaba la puerta, para que Teresa le abriese. Antes de abrir se puso las enaguas y se echó por encima de los hombros el delantal. Abrió. Y Luis, como los brutos que están en la cuadra viciosos y al salir olfatean la proximidad de una hembra, se echó encima de la que ya no olía a tierra, sino a flores del campo y carne fresca. ¡Qué sensación más placentera experimentaba Luis cuando tenía en sus brazos el cuerpo de aquella mujer, que ya le era indispensable para poder estar tranquilo!

Las enaguas y el mandil que cubría los hombros cayeron en estos forcejeos, y Teresa volvió a quedar desnuda; pero ya sin la pudibundez acostumbrada, ya toda ella entregada a las deliciosas caricias del macho. Teresa dió un ¡ay! y se agachó, al mismo tiempo que echaba mano a un pie.

—Me has pisado, podenco. ¡Ay, ay! ¡Qué dolor!

—No es nada, mujer. Yo te curaré.

Y la curó con un millón de besos.

No se movía una paja; el crepúsculo ya estaba terminando, y en aquel corral de aquella casa de campo una pareja humana se arrullaba con la misma gracia que las infinitas palomas del palomar.

Ella, abandonada, con una laxitud de diosa en el Olimpo, acariciada por otro dios, se dejaba poner unas medias de seda color horizonte, la camisa rosa, perfumada de acacia, y unos zapatos de ante preciosísimos. Luego la soltó el pelo, y, agarrándola de las dos manos, la puso de pie. Entusiasmado, decía:

—¿Eres tú la de hace un rato? ¿Eres tú la aldeana sucia y mal vestida? Si eres un modelo de Penagos, de Ribas o de Demetrio.

Y la sobaba, y la palpaba de lo lindo, sintiendo por el tacto la finura de las dos sedas: la seda de la epidermis y la seda de la camisa. La echó un brazo por el cuello, y juntos, muy unidos, subieron por la escalera paladeando el próximo placer infinito del ayuntamiento carnal, besándose, poseyéndose con la vista, con el olfato, con el tacto, con la lengua y con los oídos, con todos los órganos de todos los sentidos. A sus almas llegaba el placer por todos los sitios practicables. Sólo faltaba que Teresa estuviese enamorada, y que Luis lo estuviese también, para llegar al borde de la felicidad.

Cuando entraron en la habitación, ya apenas se veía; sólo el hueco del balcón tenía algo de luz; lo demás de la estancia estaba completamente a obs-

curas. La pareja cayó en el lecho, acariciándose, extasiándose, enervándose.

Suspiros, palabras entrecortadas, ayes de goce, rumor de besos... Volupia los acogió en su delicioso seno, y nosotros nos retiraremos por un buen rato...

.....
—¿Qué hora será?—preguntó Teresa cuando Volupia les abandonó.

—Deben ser las ocho. Espera.

Luis encendió un fósforo y sacó el reloj.

—Justo: las ocho.

Con el fósforo en los dedos contempló a Teresa, que estaba coloradísima, despidiendo su rostro un aire de completa dicha, de suprema satisfacción.

—Yo tengo hambre, chiquilla. Te voy a traer un abrigo, y después de cenar salimos a dar unas vueltas por ahí.

Teresa, al verse en un espejo, no se reconoció. ¡Si parecía que no era la misma!

Luis sonreía, sonreía, y la decía:

—¿Con quién estarías mejor: conmigo o con el maestro?

La amante, rendida de agradecimiento, le echó los brazos al cuello y le besó mucho, mucho, muchísimo. Le daba unos besos que no se parecían a los otros besos: unos besos de intensa ternura. Esta mujer, aldeana, de psiquis plebeya, de modales bruscos, de palabras gordas, con sólo la presencia de su amante se transformaba, y, andando el tiempo, más se transformaría. Más, mucho más.

El abrigo, de colores abigarrados, que fascinaban a la nueva poseedora, la venía como si un buen modisto hubiese dibujado en su cuerpo tal prenda.

Como el indumento de nuestra protagonista no era el más adecuado para ponerse a cocinar, cenaron de frío. Unas rajadas de jamón, queso, carne de membrillo y frutas. Y luego, unas buenas copas de vino blanco añejo, que era un verdadero néctar

de los dioses. El vinillo puso locuaz a la pareja, y cuando limpiaron todo salieron a dar unas vueltas por las sendas de la viña grande.

Serían las diez; la noche estaba tranquilísima, y la tranquilidad de la Naturaleza se filtraba en las almas de entrambos paseantes, fundiéndoles en una calma de égloga, en una dicha paradisíaca; si existió el Paraíso, y en el Paraíso Adán y Eva, pues Adán y Eva, vestidos, se arrullaban como tórtolos la noche del 26 de septiembre de 192...

CAPITULO V

VENDIMIARIO

Serían las siete de la mañana. Luis y Teresa dormían profundamente. En los portones daban estruendosos golpes. Teresa se despertó sobresaltada.

—¡Luis, Luis!—le meneaba la cabeza amorosamente.

—¡Eh, eh!

—Que llaman.

—¿Llaman? Va.

—Están pegando golpes en los portones.

Luis dió un salto y salió del lecho. Se vistió de cualquier manera y bajó. Al poco rato estaba de vuelta. Abrió los cuarterones, entrando el sol a raudales, inundando el dormitorio de luz. Teresa, repuesta del traslucramiento producido por aquella repentina claridad, se sentó encima de la cama y se restregó los ojos, estirando los pies y abriendo la boca.

—¡Aaaah, aaaah...! Tengo hambre, Luis.

El, acercándose a la cama, la estuvo acariciando, embriagado de aquella saludable belleza, un poco

salvaje, con el salvajismo del animal no domesticado ni atusado.

—Ahora, te levantas, te pones un bata, esas enaguas y estas zapatillas, y haces el chocolate. Y cuidado con asomar a las ventanas o a los balcones, y menos a los portones. No quiero que nadie te vea, y menos esta gente tan maliciosa. ¿Has oído?

Teresa le oía un poco disgustada, porque por toda respuesta sus labios silabearon :

—Bueno...

Luis bajó de dos en dos los peldaños de la escalera, saliendo por la portalina fuera de la casa. En la pradera, en largos asientos de piedra, esperaban las vendimiadoras. Todas, al verle, dieron los buenos días.

—Buenos días a todas.

—¿Descansó usted?

—Bien, ¿y ustedes?

—Bien, gracias a Dios.

—¿Están todas?

Una joven de Santa Colomba, de trasero bien saliente y senos prominentes, respondió :

—Falta Catalina, la hija del tí Fernandón. Me dijeron sus hermanos que nu venía hoy, porque tenía e que apañar unas pocas habas.

—¿Aonde empecemos a vendimiar, don Luis?

—habló una mujeruca arqueada y cojitranca por el reúma articular.

—Calma, calma. Los mozos, ¿no han venido?

La rapaza más joven de toda la cuadrilla exclamó, con cara de alegría :

—¡Viellos, allí vienen!

Todos miraron para donde señalaba la moza, y Luis, un poco enfadado, dijo :

—¡Esos, que debían estar aquí los primeros!

—¡Daisus prisa, mochachos!—gritó una de ellas.

Cada cual con su cesta al hombro, se dirigieron adonde ordenó Luis.

La mañana empezaba deliciosa. Helios calentaba como en agosto, y el día sería completamente otoñal. El otoño es, por lo general, el mejor tiempo para pasarlo en La Bañeza; los días tienen una dulce melancolía, la temperatura es agradabilísima; noches y mañanas, aunque frescas, muy incitadoras a vivir en el campo en completa contemplación de la Naturaleza.

Luis sentía reflejada en su alma y en su organismo todo la delicia otoñal del día. Parecíale que oía mejor, que veía con más claridad, que sentía con más intensidad los latidos de la vida, de toda la vida que le rodeaba: plantas, árboles y cepas con el fruto sazonado; bandadas de palomas volando de palomar en palomar, rasgando el aire con frufú de sedas; vendimiadoras que empezaban la tarea risueñamente. El, allí, de pie, ojo avizor para que las vendimiadoras trabajasen, se creía un ser todopoderoso, bajo cuyo mando estaban aquellas mujeres, y, sobre todo, aquella otra mujer que tenía muy escondida en la casa. Frecuentemente aspiraba el aire, oliente a la humedad del rocío y a tierra arcillosa y detritos de hojas y ramas secas amontonadas a lo largo de los zarzales. Luego se extasiaba mirando y remirando el Teleno y las montañas próximas. La atmósfera estaba límpida, y el Sol, hipsiano a la gran montaña, metía sus rayos en barrancos, valles, tesos escarpados, cúspides, desdoblando todas las sierras, dándolas relieve de vistas estereoscópicas, y con ayuda de unos buenos gemelos se podían precisar las extensiones forestales, los baldíos, las cañadas acogedoras de corrientes de aguas cristalinas que bajaban de manantiales originarios de la gran montaña telénica. A estas horas, estando diáfana la atmósfera, se puede divisar lo que durante el día se esfuma a la mirada más penetrante, pareciendo una inmensa mole sin concavidades, sin asperezas, lisa, muy lisa, con curvaturas de comba, y a veces, sobre todo al estar el

Sol en el cenit, más que montañas, parecen nubes extáticas cubriendo todo el horizonte. A veces también le parecían a Luis olas gigantescas de un océano maravilloso, solidificadas repentinamente, quedando con ese azul verdoso de las aguas marinas.

Dejó de mirar hacia el Teleno y se puso a observar cómo vendimiaban; de dos en dos, cada pareja, con una cesta de dos arrobas de cabida, cogían a lo largo un liño distinto. Los racimos de garrucha, al ser cortados, tintaban las manos de un encarnado sangre. Luis se fijaba en ellas, en todos sus movimientos, en sus caras, en sus indumentos. De todas ellas, sólo una conservaba esa prenda que apenas se ve, no siendo a las aldeanas viejas: me refiero a los rodados de paño grueso. Y lo llevaba la ti Eusebia, una mujer que, por las trazas, aparentaba tener sesenta años. Todas las demás, como jóvenes que eran, gastaban sayas llenas de *sietes* y de mugre, de colores confusos. Algunas calzaban alpargatas del peor esparto, de una cincuenta o dos pesetas; otras, zapatos toscos; la de los manteos llevaba medias caseras, hechas con hilo hilado por ella y luego teñido en el tinte de Villamandos, tinte afamado en todo el partido, y donde acuden las labores, restos de una industria en otros tiempos tan en boga. Toquillas y refajos son las prendas que más abundan en el tinte de Villamandos.

Al aspirar con fruición una bocanada de aire, sus nervios olfatorios le hicieron poner un gesto de asco: era el tufillo que se desprendía de aquellos cuerpos, un tufillo de humo, sudor y otra cosa peor...

Se apartó de allí y fué a la senda grande, a poner en fila los talegones, donde vaciaban las cestas. Gozaba viéndolas llenas de uva y ayudaba a vaciarlas, y luego meneaba los talegones, los contaba y recontaba. Picaba aquí y allá, escogiendo la mejor uva de los mejores racimos; y paladeaba la pulpa, y el hollejo lo estrujaba entre el paladar y la len-

gua, sacando todo el jugo rico en crémor y sabor. Cuando tropezaba con alguna uva híbrida se llenaba de asombro. ¡A lo que se ha llegado! El ingenio y genio franceses, incansables en descubrimientos e inventos maravillosos, ha llegado a inventar nuevas castas de uva mediante fecundaciones artificiales.

Antes de ir a desayunarse, dijo en voz alta :

—A ver si me llenáis estos talegonos que quedan mientras yo me desayuno. ¡Eh, tú, la de la saya verde! : pronto empiezas a agazaparte ; si hoy haces esto, mañana tendré que sacarte una mecedora.

La joven se levantó, más lista que una liebre, y se puso a cortar racimos con mucha codicia. Luis, por la senda grande, iba sonriéndose y disculpando lo que en la práctica no disculpaba ni consentía. Demasiado hacían las mujeres, todo el día con el espinazo doblado, para ganarse seis reales.

Teresa tenía ya hecho el desayuno y esperaba, sentada en el comedor, la llegada de su amante. Esta palabra es la que empleaba en sus soliloquios. «Luis, Luis es mi amante.» Y la saboreaba como un caramelo de menta. «Luis, Luis es mi amante.»

El amante entró por la portalina y llamó.

Teresa no se atrevía a contestar, hasta que oyó la voz de Luis, que decía :

—Teresa, Teresa : abre, que soy yo.

Entonces Teresa abrió. Se le arrimó como una gata y se restregaba contra él, llena de un contento que la hacía brincar y no estar quieta un momento.

—¡ Ah, podenco ! Qué hambre tengo. El chocolate está frío.

—¿ Y tú?—interrogó Luis, al mismo tiempo que la besaba en los labios—. ¿ Y tú?—repitió—, ¿ estás fría o estás caliente?

—¡ Ah, soso ! Si lo sé me como yo el chocolate.

—Lo hubieras tomado, tonta, y luego te comía yo a ti. ¡ Aun... !

Y Luis abrió la boca y la dió un mordisco en un carrillo, señalándola los dientes.

—¡Qué podenco! ¡Me has mordido! Soso, soso.

—Perdona, chica; pero, esperando a que hiciesen carga, me he entretenido más de lo debido. Estoy viendo que llega Pedro y tiene que esperar.

Al poco momento llegaba Pedro.

—¿Sabes si están los lagareros? Esta uva que llevas ahora, que la echen en la cuba grande.

—Así lo haré, don Luis.

—Esta noche, cuando se termine de vendimiarse, iré por allí.

—Bien está.

Habían llegado junto a los talegones, y se dispusieron a cargar el carro. Cuando terminaron dieron las doce en el reloj del Salvador. Las campanadas se oían claras, tan claras como estaba la mañana.

Ya empezaban a llegar las comidas. Luis dió una voz y todas las vendimiadoras dejaron de vendimiarse. Como ya estaban vendimiando casi todos, el camino de las viñas se veía concurridísimo de personas a pie y a caballo. Por las lomas del Pico de las Musarañas se veían bajar a las mujerucas con los cestos de las comidas.

Al llegar Luis a la casa, ya todas las vendimiadoras estaban comiendo.

—¿Gusta usted, don Luis?

—¿Gusta?

—¿Gusta?

—¿Gusta?

—Que aproveche a todas.

Sin detenerse entró en el patio, y poniendo unas escaleras de mano en la pared del mediodía subió y se metió por la ventana abierta. Quería sorprender a Teresa, darla un susto; pero en seguida se arrepintió al pensar que la podía sentar mal. Y empezó a cantar, y cantando bajó a la cocina.

Teresa, toda sorprendida y algo asustada, preguntó:

—¿ Por aonde has entrao ?

—Por la ventana de arriba. Qué, ¿ has hecho la comida ?

—Mira—y le mostró una tortilla de patatas con jamón y pimiento y un plato con chuletas fritas.

Luis, frotándose las manos, paladeando el olor-cillo que aquellos manjares despedían, dió a entender que le parecía muy bien.

—¿ Te gusta ?

—Más me gustas tú, rica.

Comieron. Con el bocado en la boca salió Luis a tener cuidado que los rapaces no llevaran los cestos llenos de uva al marchar para sus casas. Disimulando, se entretuvo en arreglar unos almendros. Teresa, desde arriba, con la ventana cerrada, espiaba, desde las rendijas, todos los movimientos de su amante. Y sintió por vez primera un sentimiento inefable, un sentimiento que no se parecía a otros sentimientos. Ahora, al verle tan afanoso aserrando un tronco de árbol, no le miraba con los ojos de hembra lujuriosa que se extasía contemplando el macho de su agrado. Casi estamos por decir que le veía con ojos de enamorada, de enamorada casta, con la castidad que cabe en una fémica ardiente y deseosa a cada momento de gozar materialmente. Hasta ella subía un olor al que estaba muy acostumbrada. Aquellas cazuelas de barro de Jiménez olían a humo, a ese humo de que se impregnan y saturan las comidas que se hacen entre leños de encina, roble, chopo u otra madera del país. La comida de aquellas gentes se componía de pimientos, sardinas en conserva, tocino crudo o cocido, y pocos son los que comen de caliente, garbanzos o alubias ; y vino, vino que no falte. Cada día se va comiendo mejor y bebiendo más ; hace años, durante el invierno, la mayoría de los aldeanos se alimentaban solamente con patatas, nabos y tocino ; vino, sólo lo bebían los padres ; hoy son muchos los que durante el invierno comen cocido, y beben

vino hasta los niños. Todo esto proviene del mayor aumento de riqueza; hace cincuenta, sesenta años, según escritores de la época y referencias, los caminos se veían infestados, durante la mala estación, de trabajadores que, al no tener jornal, se dedicaban a mendigar, los que no a ladrones, siendo frecuentísimos los robos y asesinatos, pues en el partido judicial de La Bañeza se cometían regularmente cien delitos anualmente. Hoy no llegan a treinta, y, los que se cometen, son muchos de ellos por causa del riego. Es verdaderamente doloroso que, siendo evitables tales crímenes, no se haga nada por evitarlos. Con unas sencillas leyes y unos Tribunales rurales, al estilo de los de Valencia del Cid, se terminaría definitivamente con tan lamentables riñas sangrientas. Los delitos contra la propiedad son, en la actualidad, escasísimos, debido a que raro es el aldeano que se encuentra sin trabajo, y hay que tener en cuenta que la población se ha duplicado. El viñedo, en La Bañeza, da trabajo a infinidad de obreros durante el invierno; los pueblos de Santa Colomba, Herberos, Santa Elena, Requejo y Rivas son los más favorecidos, por su proximidad a la población. Se puede calcular en unos treinta mil duros el dinero que los vitivinicultores reparten en jornales.

Cuando las mozas terminaron de comer se pusieron a bailar. A Luis le parecían aquellas mujeres autómatas, no de carne y hueso, pues toda la mañana trabajando, y después mal comidas, y tenían ganas y agilidad para bailar y bailar incansablemente.

A las dos dejaron el baile y se pusieron a vendimiar. Teresa se echó siesta, y Luis, sentado en su butaca de mimbres, se durmió. Hacía el mismo papel que un espantapájaros. Las vendimiadoras le veían lejos y creían que estaba mirándolas; pero, no, estaba durmiendo a la sombra de un pino, con

el periódico sobre las piernas y la cabeza ladeada sobre su hombro.

Cuando se despertó eran las cinco; ya el Sol había perdido su intensidad calurosa y lumínica, y, mirándole una y otra vez, parecía la Luna en plenilunio, a la salida. Un vagío soplabá del Teleño; los pájaros volaban hacia sus nidos, para acostarse; la Naturaleza se encontraba en ese enervamiento que sigue al trabajo; parecía que los ruidos se amortiguaban; los cristales de las casas brillaban rojizamente al reflejarse en ellos el Sol, ya en el ocaso; surgían sombras de todos los objetos; las de los árboles se alargaban, se alargaban...

Luis, soñoliento, todavía algo amodorrado, se espurría y abría la boca. A sus oídos llegaron los cánticos de las vendimiadoras:

Semos las vendimiadoras,
que andemos mendimiando
en la viña Martinianoooo...

Ya se nos ha puesto el Sol,
ya relumbran los terrones,
ya nos puede dar el alta,
que nos duelen... los reñones.
¡Ijuju! ¡Ijuju! ¡Ijuju!

Un carro cargado de talegones y tirado por dos caballos pasó por el camino, haciendo retemblar la casa y crujir la arena.

Teresa, desde la ventana que daba al mediodía, le estaba mirando y le hacía señas; pero él no la vió, y se fué a dar el alta a las vendimiadoras.

—Qué solana ha hecho hoy, don Luis—habló la cojitranca.

—Más que en la vendimia, paece que estamos en la siega—añadió otra.

—¿Aonde echo esta uva, don Luis?—habló una tercera.

Luis contestó y las ordenó que dejaran la tarea. Antes de empezar a desfilar advirtió :

—Cuidado con que me lleven uvas en los cestos.

En el patio de la casa se quitaron la ropa de la faena y en la pila se lavaron las manos, y algunas, la cara. Todas llevaban alpargatas. Y las enaguas y sayas debían de desconocer una cosa líquida que se llama agua. Luis, sentado sobre el brocal del pozo, las contemplaba. Algunas empezaron a cantar y otras iniciaron una danza ; después de ocho horas de trabajo, aún tenían humor para bailar y cantar. Sus rostros, sudorosos, quemados por el sol y el aire, sucios de tierra y untados de zumo de uva, no eran a propósito para poner en ellos besos de amor... Pero otra cosa les debían parecer a los mozos que con ellas trabajaban, porque, al ponerse en marcha para el pueblo, las cogieron por la cintura y... beso para aquí y beso para allá. ¡ Oh, costumbres arcádicas ! ¡ Oh, mozas y mozos aldeanos, que desconocen los pujos de moralidad señoril !

Por el camino marchaban cantando, gritando, corriendo y levantando polvo con esas sayas holgadas y casi talaes. Sobre la rudeza del trabajo añaden lo incómodo y antihigiénico de los vestidos. ¡ Mujeres del campo, sudorosas y rendidas ! Mujeres que hacen de madres y de amantes y mozos de labranza. Para ellas no se instituyó el descanso, para ellas no existe la vida regalada y muelle y descansada de esas mujeres-sultanas de las poblaciones. Ellas tienen que llevar en el vientre el producto de sus deseos genésicos y al mismo tiempo tienen que acudir a las labores del campo y de la casa, que las enerva, que las gasta media vida. Ellas siembran, ellas aran, ellas mullen, ellas cavan, ellas siegan, ellas trillan, ellas aventan los cereales y apalean las habas ; ellas, con una hoz, cortan las hojas de la remolacha ; ellas vendimian, ellas atropan sarmientos, ellas hilan, ellas tejen,

ellas cosen, ellas hacen la comida, barren, lavan ; ellas satisfacen los deseos del hombre, ellas bailan, ellas aman y paren, ellas crían sus crías, y las ajenas, cuando son amas de cría ; ellas, en fin, lo hacen todo. ¿Quién llamó sexo débil a la mujer? Aquí, en el campo, en las aldeas, es donde hay que ver su fortaleza. ¿La mujer aldeana sexo débil? ¡Ja, ja! Y a esta mujer no se le da importancia. Los literatos, los ensayistas, los pintores, los moralistas, no se ocupan de ella. Leyendo novelas, artículos, oyendo discursos y viendo retratos, dijérase que en la sociedad presente sólo existe esa mujer sultana-barragana de la aristocracia y clase media, que no hace nada más que divertirse y ser mimada. De niñas, todo son mimos ; en la adolescencia, se educan en buenos colegios ; después, viajan, veranean, flirtean, coquetean y... se casan ; tienen hijos, y lo más duro de la maternidad, que es la lactancia, lo desconocen, porque buscan amas de cría ; así no se les estropean los pechos, así pueden empezar a gozar sin límites... para volver a ser madres. Se rodean de doncellas, de servidumbre. Estas mujeres son las reinas de la colmena humana ; su principio y su fin es divertirse, con la diferencia de que aquéllas son necesarias para la existencia de la colmena, mientras que estas otras son completamente inútiles. Y esta casta de mujeres es la que interesa, de la que se ocupan los sociólogos, los moralistas y los dramaturgos. Y se asustan si beben, si fuman, si dicen esas palabras idiotas puestas de moda. Se asustan, como si por ellas se fuese a desquiciar el Universo. No se asustan. ¿Por qué se preocupan los moralistas de esa nimiedad? Lo que les debía de preocupar es su vagancia y su molicie. Y esa vagancia y esa molicie no es de ahora, es de hace siglos : la mujer rica ha sido siempre una sultana. Luis cerró este soliloquio con una carcajada por unas frases que no queremos estampar aquí. Oyó que le llamaban :

—¡Luis, Luis...!

Alzó la cabeza y vió a su Teresina con una sonrisa deliciosa, haciendo guiños para que subiese. El la hizo señas con la mano.

—Baja. Ya no hay nadie.

El crepúsculo había finado, y una noche otoñal, calmosa y algo calurosa se anunciaba.

Teresa se presentó radiante de hermosura. Sus formas se marcaban con toda tentación y morbidez. Sólo tenía, sobre su cuerpo bonito, la bata, la camisa y las medias.

Luis la dió unos azotes y unos pellizcos en los molletes de los brazos.

—Qué ligerita estás.

—Hace mucha calor, hombre. Si a poco me tosto. Lo que es mañana bajo pa el comedor; allí arriba no se resiste la calor.

Y se abanicaba con la mano, como si sintiese todavía el calor excesivo que decía. La cara la tenía encendida; sus mejillas, encarnadísimas. Las venas de los brazos transparentaban una sangre hinchada azul-turquí, que pregonaba lo saludable de su estado. Luis, pensando esto, la preguntó:

—¿Estás contenta aquí, conmigo?

Ella sacó la punta de la lengua, la paseó por sus labios finos y carmíneos, entornó los ojos y suspiró:

—Nunca m'hallao tan contenta. Paece que siento no sé qué, que soy distinta de endenantes. ¿Qué será?

Luis la volvió a pellizcar y azotar; al golpear aquellas nalgas, bastante opíparas, Teresa se doblaba, rebotante de dicha.

—Teresina, ¿tú eres miedosa?

—¿Yo?—y quedó interrogando con los ojos y los labios—. ¿Yo?

—Sí, tú.

—¡No soy miedosa!

Y dió una zapateta y empezó a besarle frenéti-

camente. Luis tuvo que hacer bastantes esfuerzos para librarse de aquellos brazos, que, como tentáculos de pulpo, le atraían y le estrujaban.

—Pues, si no tienes miedo, te voy a dejar sola. Es necesaria mi presencia en la bodega. Mientras puedes ir preparando la cena.

La amante, tan obediente siempre, dió su conformidad. Ya había cerrado Luis la puerta cuando oyó que le llamaban.

—¿Qué quieres, mujer?

Y, antes que él volviese sobre sus pasos, ella salió hasta la pradera y, con mucho misterio, se acercó.

—Mira, que te voy a decir una cosa.

Y la cosa que le dijo fué:

—Te quiero mucho, mucho.

Y al mismo tiempo le dió un beso prolongado, un beso de ansia, un beso de los que ella acostumbraba dar. Luis marchó complacido y saboreando largo rato aquel beso tan espontáneo. Ella dió la vuelta, como una chiquilla, saltando y cantando. Desde el dintel de la puerta dió voces, accionando con las manos.

—¡Adiós, adiós!

¿Definir la complacencia, la dicha que introducían estas niñadas en el alma de Luis? Imposible.

Al llegar cerca de la bodega se detuvo, porque venía una caterva de vendimiadoras, levantando nubes de polvo, y el polvo le molestaba atrocemente. La cuesta la bajó de prisa. En la estación, en el paso a nivel, tuvo que hacer espera, porque estaba aquello intransitable. Como viernes que era, había antes de la caseta de consumos más de veinte carros de uva esperando que les diesen entrada.

El tránsito por este sitio es el de una gran urbe comercial e industrial. Todo el campo de la estación está ocupado por carros: unos, cargados de toneles de resina de los próximos pinares de Nogarejas; otros, de remolacha; algunos, de cacharros

de Jiménez; muchos, esperando turno para cargarlos de abono mineral.

Viendo que el tránsito por el paso a nivel seguía interrumpido, fué por la vía hasta el jardín, y desde allí bajó a la bodega. El olor a mosto, a orujo, se percibía desde los portones del extenso corral que circuía la bodega. Entró en ella a tientas. En el lagar se oían los restalletes que daban los trabones que atraviesan encima de la cabeza de la viga, en las aberturas o cárceles de las vírgenes, al dar vueltas a la piedra. Al aparecer en el ventana que daba acceso al lagar, los lagareros le saludaron sumisamente. Debajo de la viga había unos tres carros de uva, unas trescientas arrobas; era la primera prensada, y el mosto, a medida que la piedra se iba alzando y la viga poniéndose en posición horizontal, salía a chorros en unas partes, en otras en hilillos, como cuando se hace una picadura en una zambomba llena de agua, y por el suelo, a borbotones; en unos minutos quedó el lagar inundado de mosto turbio, lleno de hollejos y pepitas. Luis destapó un agujero, y el mosto caía en un tino, haciendo un glu, glu, glu estreundoso. De allí, caldero a caldero, cántaro a cántaro, se iba trasegando a las cubas. En la bodega de Luis se usaban los procedimientos primitivos, los que usaban los romanos, y puede que Noé. Allí no se conocían estrujadores, ni prensas hidráulicas, ni de mano, ni bombas de trasegar, ni ningún aparejo de los muchos que se han inventado para la elaboración de vinos. Y lo mismo que en su bodega, en casi todas las bodegas de la provincia; ésta es la causa de que, teniendo todas las regiones excelentes castas de uva, inmejorables para hacer buenos caldos, saquen la mayoría vinos que no pueden competir con los extranjeros. Y todo es por rutina y por falta de espíritu emprendedor.

Un curioso del barrio, que allí se pasaba las ho-

ras muertas viendo pisar y estrujar la uva, tarrajeó :

—Don Luis... Ya, ya... puede, podía tener una prensa hidráulica, como la de Seoane.

Luis rió lo de hidráulica y le hizo saber que a él no le hacían falta los procedimientos modernos, puesto que con los antiguos sacaba el mejor vino del partido y acaso de la provincia.

—Eso sí es verdad, don Luis, que el su vino es mu rico ; tiene unas agujas y calienta, calienta el estógeno.

—¿ No ha de calentar, señor, si es el que más fuerza alcohólica tiene, y aquí no se echa yeso, ni tanino enántico, ni alcohol, ni ningún producto enológico ?

—Y eso, ¿ a qué es debido, don Luis ?

—Eso es debido a que la uva que yo tengo madura en condiciones inmejorables, por lo seco del terreno, por lo pedregoso, por lo altas que están las cepas, por lo aireado del fruto. Ya sabrá usted que mi uva es la más dulce, y como la riqueza alcohólica depende de la riqueza en crémor, en glucosa o azúcar de uva, al verificarse la fermentación, a mayor cantidad de glucosa, mayor fuerza alcohólica tiene el vino. Además, por la desinfección que hago de las cubas, por la selección del fruto, por la limpieza con que todas las labores se verifican, mis mostos se ven libres de bacterias que enferman los vinos ; se pican, se tuercen, tienen sabores desagradables. La higiene es conveniente en todo, lo mismo en los animales, en las plantas, que en los productos comestibles y bebestibles.

Todos le escuchaban con mucha atención. Iba a proseguir, pero se dió cuenta de que si así seguía hablando le entenderían tanto como si hablase chino, y optó por bajar y revisar una por una todas las cubas.

Tenía diez : la mayor, de dos mil cántaros, y las restantes, de quinientos, pudiendo encerrar, por

tanto, unos seis mil cántaros de vino. La mayor, la de dos mil, la había bautizado con el nombre de *Baco*; en las que estaban a sus lados se leían, en las duelas, los nombres mitológicos de *Júpiter* y *Semele*, padres de Baco, según Cicerón. Las otras tenían también nombres sacados del mito de Baco. Luis poseía profundos conocimientos de mitología; cuando, en su adolescencia, le dió por la poesía, se sabía al dedillo toda la descendencia de Saturno, Júpiter y Juno. Todo poeta, si quiere saturarse de poesía, debe acudir a esos mitos de Grecia y Roma. Asombra la inventiva, la hondura filosófica de todas esas fábulas mitológicas. No hay nada que pueda compararse: ni la *Biblia*, ni las *Mil y una noches*, ni todos los poemas indios, ni todas las grandes obras, en fin, de la literatura universal, encierran un sentido filosófico, poético y metafísico como esas fábulas, de autores anónimos las más. Y la prueba de ello está en que todos los pintores, escultores y poetas han tenido que acudir a la mitología, porque en ella han encontrado siempre un rico venero artístico, que no puede hallarse en ninguna otra parte.

Cuando más entretenido estaba Luis, viendo con una vela el interior de las cubas, oyó que le llamaban.

—¿Quién va?

—¿Se puede pasar?—se oyó una voz desde la puerta de la calle.

—¡Adelante!

Y entró don Elisardo, un señor muy dado a la discusión y amigo de averiguarlo todo, de saberlo todo.

—Elaborando el néctar de los dioses, ¿eh?

—De los trabajadores, si le es lo mismo, don Elisardo—decía Luis, al mismo tiempo que se limpiaba las manos y bajaba por las escalerillas.

—Claro, claro. Los principales consumidores de vino son los obreros. El vino es su segunda vida.

Y quedó mirando a Luis, satisfecho por la frase.

—Es verdad. En los Estados Unidos puede imperar la ley Seca porque el obrero, el trabajador, el artesano, comen lo suficiente. Aquí, en España, donde la mayoría se mantienen con pan y patatas solamente, si les faltase el vino, no podrían tenerse en pie. Y los señores médicos secos dirán lo que quieran, pero la realidad es que el vino da fuerzas, energías. Yo lo tengo probado y estoy harto de oírlo a los trabajadores. Comiendo un pedazo de pan seco no se puede con la azada; en cambio, si se acompaña de un cuartillo de vino, salen fuerzas, se crea energía. Ya ve usted: Pasteur, el inmenso sabio francés, decía y demostraba que el vino es un alimento. Y tiene razones para ser alimenticio. Se compone de agua, alcohol, glicerina, enocianina, o materia colorante; ácidos carbónico, succínico y acético; sales minerales, entre las principales, fosfatos de cal y potasa. Hay que tener en cuenta que el ácido fosfórico es asimilado por el organismo inmediatamente, y ya sabe usted el papel importantísimo que para la economía cerebral representa el fósforo. Acaso aquí se encuentre esa fuerza creadora que el vino da a los artistas. También entran en su composición éteres, que, según el ácido que se haya combinado con el alcohol, así reciben los nombres de acético, propiánico, tártrico, succínico. El éter enántico, que procede de la combinación del alcohol con el ácido grasocuántico, es el que produce mayor aroma a los vinos. Y la enocianina, o materia colorante, tiene condiciones alimenticias, como lo ha demostrado el doctor Mulder; por eso los vinos tintos son más alimenticios que los blancos.

Don Elisardo, mientras Luis hablaba, metió mano en una cuba llena de mosto.

—¡Qué gorgoritos hace! Y qué calor tiene ya el mosto. Está fermentando, ¿no? Hirviendo, como dice el vulgo. Siempre me ha llamado la atención

esta transformación del mosto en vino de tan distinto sabor.

Luis, que se sentía aquel día disertador y con ganas de demostrar sus conocimientos en vinificación, poniéndose en actitud grave, dijo :

—Cualquiera que ignore las evoluciones de la fermentación, al entrar aquí y ver esto, dice lo que usted : «¡ Están hirviendo las cubas ! ¡ Qué tufo hay ! ¡ Se marea uno ! » Y no dicen más. Pero el que sepa y haya estudiado algo de vinificación moderna, puede exclamar : «¡ Qué luchas más terribles, qué guerras a muerte se están librando en esas cubas ! » Porque todo este calor, todo este tufo, no es más que la consecuencia de las batallas que los fermentos *apiculatus* y *pastosianus* están librando para salir, al fin, vencedores. ¡ Oh, si nuestras pupilas fueran microscopios potentes y nos asomáramos a ver ese mosto ! Veríamos luchar a esos soldados que los químicos llaman fermentos alcohólicos, o levaduras ; los veríamos luchar encarnizadamente para llegar a ganar la batalla, que en este caso es la formación del vino. Si yo quisiera, ahora, por sólo mi voluntad, como un elemento superior destructor, haría sucumbir a todos esos microbios, y para ello me bastaría con elevar la temperatura de este recinto a cincuenta y cinco grados o sesenta, o extraer el oxígeno que reanima las células de las levaduras, ese metaloide indispensable para la vida ; o, más simplemente, echando alcohol en la proporción del cuarenta por ciento. Pero no lo hago, porque no me conviene...

Don Elisardo, interesado por este hablar metafórico, le rogó :

—Explíquese, explíquese mejor, porque casi no le entiendo.

Luis siguió :

—Mire usted : la palabra fermentación se deriva de la latina *fervere*, hervir, porque al verificarse esta transformación físico-química, se producen mo-

vimentos semejantes a los del agua u otro líquido cuando están en ebullición. El ingenio instintivo de los vinicultores no pasó de aquí, no hizo más que comparar. Pero el ingenio de la razón hizo algo más, hizo descubrimientos. Mientras no se descubrió la causa de estas transformaciones, la causa de este hervor, no se supo que esta ebullición era un fenómeno aparente y secundario, pues hay otras fermentaciones análogas que no ofrecen esa apariencia de hervir. A ese gran sabio francés que yo cada día admiro más, y ya supondrá que me refiero a Pasteur, se debe el descubrimiento de que las fermentaciones eran la obra de seres organizados sumamente pequeños. Cuando entre los productos de la reacción que se verifica en las fermentaciones se encuentran gases, hay ebullición, hay hervor; pero si no hay gases, no hay ebullición. Esos microbios que producen las fermentaciones verdaderas reciben distintos nombres y tienen variadas formas; los principales son los hongos, levaduras y microdermas, micrococus, bacterias, bacilos y vibriones. Todos estos seres vivos están acechando el momento propicio para propagarse y luchar y vivir. Se encuentran en el aire, en los tallos, en los troncos de las cepas, en los raspajos de los racimos. Mientras la uva está protegida por esa leve capa cérea, todos los microbios no se toman la molestia de atacarla; pero en el momento en que, por cualquier causa, se hace una herida en el grano de la uva que interese al hollejo, esa uva se pudre; fermentación y putrefacción son una misma cosa, aunque los resultados sean distintos. Por eso, cuando llueve, estando madura la uva, el agua barre esa capa cérea; entonces la uva revienta, y, al reventar, los microbios, que están acechando la víctima, la atacan, la vencen y la matan; es decir, la pudren. Cuando el mosto viene al lagar ya está invadido de microbios, que esperan ocasión propicia para dar la batalla y descomponer-

lo. Y esta ocasión propicia se la damos nosotros encerrando el mosto en esas cubas, rodeándolos de cuidados para que el medio les sea favorable, y el medio favorable es una temperatura de veinte a veintiséis grados centígrados, y materias hidrocarbonadas y nitrogenadas y minerales. El mosto, antes de ser atacado por los fermentos, se compone de agua, glucosa sin desdoblar, ácidos libres, tártrico o tánico; sales o ácidos orgánicos (bitartrato de potasa), sales minerales, sustancias albuminoidas, aceites esenciales, sustancias mucilaginosas y amiláceas. El agua pone en contacto todos los elementos de mosto y facilita su transformación en el curso de la fermentación, no pudiendo verificarse ésta sin el concurso del agua. El mosto lleva en sí un elemento constitutivo que es causa de su ruina, contribuye a su transformación, o, lo que es igual, a su muerte; es la sustancia llamada albúmina, que se parece a la clara de huevo, y es la que nutre o alimenta a los gérmenes de las levaduras o fermentos; es el alimento de los microbios, que son la verdadera causa de la transformación. Y ahora empieza la gran lucha, que ocasiona ese glu, glu, esos gorgoritos de que usted habla, ese calor que ha notado en el mosto. Los dos enemigos mortales, los que luchan incesantemente y a brazo partido, son la glucosa y los micrococus, u hongos, o vibriones, fermentos todos, al fin. La glucosa se vale de todos los medios para defenderse; pero no la vale; al fin es muerta, sucumbe, y al cabo se transforma—tenga en cuenta, don Elisardo, que en la Naturaleza nada se destruye; todo, sí, se transforma; la muerte no es más que una transformación—en alcohol, en alcohol etílico, o vínico, que es el más agradable, el natural, pues los demás alcoholes, llamados industriales, son producto de fermentaciones artificiales. La Ciencia ha llegado a conocer otras materias que, sin llegar a ser seres organizados, como los fermentos natura-

les, obran lo mismo que éstos; por ejemplo, la pepsina; a éstas se las llama pseudofermentaciones, o fermentaciones diastéticas, que son ocasionadas por fermentos solubles, llamados diastasas.

Sólo la glucosa, o azúcar de uva, se puede transformar directamente en alcohol; los azúcares de caña y remolacha no pueden producir fermentaciones alcohólicas; es necesario una transformación previa diastésica, o sea una fermentación artificial, que la convierta en glucosa, para luego transformarse en alcohol. Por eso nosotros, los vinicultores, hacemos esas campañas contra el alcohol industrial, contra esos alcoholes amílicos y butílicos, que son nocivos a la salud.

En resumen: de la lucha entablada, de las reacciones producidas entre la glucosa y los fermentos aparecen el alcohol, el ácido carbónico, glicerina, ácido succínico y otros productos, que quedan disueltos en el vino. Entonces ya está el vino casi hecho; casi, le digo, porque aún no ha terminado la lucha; han terminado, sí, las batallas principales, batallas que nosotros llamamos fermentación tumultuosa. Pero ahora vienen las pequeñas batallas. Desde el momento en que en el mosto va apareciendo el alcohol, algunas sales minerales, como el bitartrato de potasa, arrugan el ceño y se van. El bitartrato potásico no simpatiza con el alcohol, pero tampoco quiere reñir con él, y, con mucho acierto, opta por irse al fondo de las vasijas. Todavía anda por el vino algún combatiente de glucosa no desdoblada o no vencida por los fermentos, pero, al fin, termina por sucumbir. Y ya está el vino, ya ha aparecido un nuevo cuerpo, con nueva vida, con nuevas necesidades y..., ¡cómo no!, propenso a muchas enfermedades; en seguida aparecen sus enemigos, que son muchísimos. Y gracias a que cuenta con buenos defensores, como son el alcohol y el tanino, con quienes no pueden los gérmenes que producen la putrefacción. El tanino tiene de-

clorada la guerra a muerte a las sustancias albuminoideas del vino, porque éstas son las que suelen alimentar a los gérmenes que le descomponen. Y, si está en conveniente proporción, vence a esas sustancias y las precipita al fondo de los toneles, para no dejarlas levantar más. También el ácido carbónico es un buen soldado defensor de la integridad del vino. Hace de centinela, está en la boca de las cubas, impidiendo la entrada al oxígeno de aire, que con mucha saña ataca al alcohol, oxidándolo y convirtiéndolo en ácido acético. Por eso los vinos que no tengan buenos centinelas de ácido carbónico están expuestos a sucumbir alevosamente a manos del oxígeno, que lo convierte en vinagre. Estas son, a grandes rasgos, las luchas que se verifican en esas cubas, que, según usted dice, están hirviendo. Para vivir unos tienen que morir otros. Yo, francamente, aquí y en todas partes, no veo más que sabiduría; pero sabiduría infernal, sabiduría satánica, sabiduría del mal, sabiduría sangrienta. Vida, lucha y muerte; alrededor de estas tres palabras gira todo lo existente, y el hombre no se escapa de entrar en esa rueda imaginada por el mismísimo Satanás. Pero, bueno, no quiero rozar sus sentimientos. No quiero que entablemos una larga discusión. Dejemos esto. Para mí está fuera de dudas que el vino, con moderación, da al sistema nervioso mucha energía y vitalidad. ¿No lo cree usted así?

Don Elisardo, que andaba figgando todos los rincones, apenas contestó. Luego, plantándose ante la cuba grande, meneó la cabeza, diciendo:

—¡Esto me gusta! *Baco. Semele*. Je, je. Es usted muy original, Luis. Aunque yo creo que mejor que *Baco* debía poner *Dyonisio*. Yo le prevengo que soy dionisiaco.

—¡Hombre, y yo! ¡Baco! El dios más simpático de todos los dioses. El que plantó la primera viña y propagó la agricultura.

—Si sabe usted la vida de ese dios, cuéntemela, ya que estamos en un templo suyo. Yo sé algo, poco.

Oír Luis el deseo de don Elisardo y complacerle, fué todo uno.

—A mí me gustaría tener una bodega como las de Sanlúcar, como las de Jerez, como las del Rhin, en las que se ven toneles con todos sus títulos de nobleza puestos en una tablilla: la clase, el año de la vendimia, el terreno, el trasiego primero y segundo; pero ya sabe usted que aquí no podemos hacer eso, por la sencilla razón de que el viñedo aquí no tiene historia; empieza a tenerla; hasta ahora ha estado en la época prehistórica. Ya que no puedo dar títulos de nobleza, daré a las cubas nombres mitológicos. Baco es hijo de Júpiter y de Semele, una de sus muchas queridas; otros aseguran que fué de Proserpina. Juno, tan celosa siempre (y la verdad es que tenía razones sobradas para serlo), indignada contra las queridas de su marido, aconsejó a Semele, durante su embarazo (con el intento de vengarse de ella), que pidiese a Júpiter se dejase ver en toda su gloria y majestad, a lo cual, después de muchos ruegos, accedió. Entonces el palacio fué incendiado por rayos que rodeaban a Júpiter, y Semele pereció en medio de las llamas; pero Júpiter, para que Baco no se abrasase, le metió en uno de sus muslos, donde le guardó hasta cumplirse los nueve meses. Por eso los griegos le llaman Dyonisio, palabra que significa doble salida. Júpiter le confió después a Juno, que cuidó de él, ayudado por las Hiadas, las Horas y las Ninfas. Su infancia no sé cómo la pasó, ni su adolescencia; pero, ya hombre, se propuso conquistar extensos territorios. Todas las conquistas se han hecho derramando sangre y sembrando horrores en nombre de palabras santas, unas veces; otras, patriotas; las conquistas que hizo Baco no han tenido competidores (y es lástima, porque yo son las

únicas que no maldigo). Se apoderó de las Indias, y a poco no se apodera de toda Asia. ¿Sabe usted qué armas empleó para ganar victorias tras victorias?—hizo una pausa, y prosiguió—: Pues el vino. Luego pasó a Egipto, e hizo lo propio; y así, Grecia, Egipto y las Indias asiáticas, merced al vino, asombraron con su civilización. La decadencia se inició cuando dejaron de beber vino, de cuidar las viñas, que Baco les enseñó. Luego, Roma, ¿por qué fué grande? Por el vino. ¿Cómo no iba a serlo una tierra donde se elaboraba un vino como el Falerno? El Falerno fué un vino y un viñedo famosos entre los romanos. Sabemos por Tito Livio que el viñedo estaba en las faldas septentrionales de los montes Másicos, y, por sus muchas subdivisiones, se denominaba: Másico, Ganzo, o Petrino; Priverno y Faustino. El vino era rojo, de mucha fuerza alcohólica, y a los veinte años era un verdadero bálsamo para el espíritu. En tiempos de Trajano se vendía el Falerno que tenía dos siglos, y que se llamaba Falerno consular, o del antiguo cónsul, porque había sido cosechado durante el consulado de Loprinus, el año 633. Y ya ve qué grande fué Trajano y ya ve qué grande fué la República romana; entonces, los grandes patricios, los intelectuales romanos y los generales y los pretores bebían ese otro vino más célebre que el Falerno: el Cécula. La decadencia de Roma empezó, créame a mí, cuando sus grandes hombres, influídos por nuevas doctrinas, dejaron de darse a la bebida. Los viñedos de Falerno desaparecieron en el siglo VI de nuestra Era, precisamente cuando el esplendor romano se había eclipsado.

Pero sigamos con Baco. Castigó severamente a Pentheo, que quería oponerse a sus solemnidades; triunfó de todos sus enemigos y supo librarse de todos los daños a que le exponían las continuas persecuciones de Juno, que no sólo tenía *hinch*a a las concubinas de su marido, sino también a sus

hijos. Se transformó en león, para devorar a los Titanes, que pretendían escalar el cielo, por lo que fué considerado, después de Júpiter, como el dios más fuerte. ¿Eh? ¿Qué tal, don Elisardo? ¡El dios más fuerte, después de Júpiter; ¡el que venció a los Titanes! ¿Sabe por qué? Por el vigor que le proporcionaba el vino. Se le representa con cuernos porque en sus viajes se cubría con la piel de un macho cabrío; otros le representan en un carro tirado por tigres, linceos y panteras; ya teniendo la copa en una mano y en la otra el tirso simbólico con que había hecho correr fuentes de vino. Los romanos decían: Venus tiembla de frío sin Baco. Porque el amor, para estar en su salsa, debe rociarse con unas copas de buen vino.

Don Elisardo le escuchaba con suma atención. Por el largo rato que llevaban en la bodega, su vista se había hecho a la obscuridad, y se veían perfectamente las cubas y todos los rincones, hasta la escalera que conducía al lagar. Don Elisardo, interesado en la conferencia, hizo ademán para que siguiese.

—Le estaré pareciendo pedante, pero, puesto que usted lo quiere...

—¡Hombre, por Dios! Nada de pedanterías; le escucho a usted como el discípulo escucha al maestro; pero sí me hace gracia este elogio que hace usted de los vinos. Siga, siga.

—Ahora le diré algo de las mujeres. Las mujeres siempre han sido fervientes adoradoras de Baco. A Cleo, según Ovidio, la gustaba el vino de lo lindo. Las leyes de Roma, durante el Imperio, prohibían a las mujeres, bajo graves penas, el uso del vino, sin duda para evitar el mal efecto de una mujer borracha. Pero ya sabe usted que no todas las leyes se cumplen, y que quien hizo la ley hizo la trampa, y basta que una cosa sea señalada como pecado para que la mujer la coma. Yo no le diré que la mujer romana fuese borracha; yo detesto a todos

los borrachos, me dan asco y me parecen los seres más repugnantes y desgraciados. El gran poeta Juvenal debió correr alguna juerga con cortesanías romanas, porque en unos versos dice: «Pronto, presa del vértigo, veían moverse el techo, danzar las mesas y triplicarse los objetos y las luces». Horacio, para conseguir el amor de Lydis, la prometía libaciones de un afamado vino añejo de gran fuerza alcohólica. Marco Antonio enseñó a su querida, Cleopatra, a beber vino, y tan buena discípula salió, que es fama disolvía ricas perlas y las bebía en copas de ofir. Y, en los tiempos modernos, ahí está Diana de Poitiers, a quien gustaba mucho el vino de Anjou. Los caldos de Saumur embriagaron a Marion Delorme. La querida de Luis XIV, la Dubarry, bebía con delectación el chispeante vino rosa de Arbois. Catalina de Rusia asombraba a su Corte porque bebiendo vino de Hungría se quedaba sola.

Las marquesas de Chatelet, de Mense y de Bonfleur, mamade de Befau, de Graffygyuny y de la Popelinier, en el cabaret de la Maison Rouge, celebraron festines rociados con el Burdeos y el Borgoña. Y aquí, en España, a la Reina María Luisa la gustaba el Valdepeñas.

En Francia, los más grandes poetas bebían de lo lindo. Baudelaire y Verlaine, gracias al ajeno tuvieron esa inspiración divina. Y Alemania, ¿por qué es célebre Alemania? Por Goethe, por Beethoven, por Mozart, Weber, Gluck, Teodoro Hoffman, etcétera, etcétera. Y ¿quién inspiró a estos geniales artistas alemanes? ¡El vino! El vino del Rhin; a esos vinos llenos de fuego, al Hattenhein, al Hockein, al Markbruner, al Rudesken, al famoso vino de Rosenrein, del Ayuntamiento de Bremen, del que los vecinos de esa ciudad enviaban todos los años una botella a Goethe el día de su santo, debe Alemania que figure al lado de las naciones civilizadas. El vino o los vinos del Rhin son

los que han suavizado su barbarismo, son los que han contribuído a que pueda competir en ingenio con los latinos. ¡ Ah de los boches sin los vinos del Rhin ! A Kant, Spencer, a todos los filósofos les inspiró el Braumberg.

¿ Y España ? ¿ Por qué es conocida España en el mundo de la literatura ? Por el *Quijote*, ¿ verdad ? ¿ Por qué pudo Cervantes escribir el *Quijote* ? Por existir la Mancha, ¿ no ? ¿ Y por qué ha existido la Mancha, los pueblos de la Mancha ? ¿ Por las cepas, por el vino ! Sin las cepas sería la Mancha una inmensa planicie pelada y desierta : un desierto. ¿ Lo ve usted cómo el vino fué la causa de escribirse el *Quijote* ? Por otra parte, a Cervantes y a todos los escritores del Siglo de Oro les gustaba empinar el codo. Don Quijote y Sancho miraban largo rato al cielo con la bota en las manos. Y ahora, en España, ¿ por qué hay tan excelentes literatos, dibujantes y músicos y pintores ? Porque beben vino, porque les gusta el alcohol. A Penagos, a Montesión, Ribas, Sangróniz, Castelao, Anselmo Miguel Prieto, Néstor, Salaverría, Ramón Gómez de la Serna, Hoyos y Vinent, Alberto Insúa, a Jacinto Guerrero, a Fornes, a Luna, a Serrano, por no citar más que a unos cuantos de los más populares, les gusta el vino. Puede haber alguno que me contradiga, pero es que, a lo mejor, no le parece bien que se sepa en público sus olímpicos gustos. El vino (y dentro de esta palabra incluyo no sólo los de pasto, sino los generosos y espumosos y licores) ha gustado en todas las épocas a todos los artistas.

Si a Baco no le da por plantar viñas, a estas horas estábamos en las cavernas ; el progreso humano se debe casi totalmente a esos líquidos color oro, color rubí, color ojo de gallo, color sangre, color limón. La mayoría de las obras que el mundo admira encontraron su génesis en el vino ; ninguna idea artística puede florecer en cerebros que

no han sentido la embriaguez que producen los líquidos espirituosos. Tenga usted en cuenta lo que le digo ahora : si los Estados Unidos no terminan por abolir la ley Seca, esa ley terminará por secar sus almas, y antes de treinta o cuarenta años quedarán a la cola y se desquiciarán. Y lo mismo pasará en Inglaterra ; ya usted sabe que soplan malos vientos en ese Imperio ; pues es desde que los médicos secos han emprendido esas furibundas campañas contra el Jerez y contra la Manzanilla y contra el Champán.

¿ Quiere otra prueba más ? Pues ahí va. La causa de que la religión de Mahoma haya embrutecido a sus partidarios es la prohibición del vino ; si no, los árabes hubiesen ido a la cabeza de la civilización. Y la prueba está en lo siguiente : usted no ignorará que el Imperio de los Omníadas en España es algo asombroso, algo luminoso, en la cerrazón de la Edad Media. Ya conocerá esa familia ilustre y esencialmente artista de los Beni-Omeyas, que llega a la cúspide en Abderramán el *Magnífico*. El que construyó esa maravilla de morada que se llama el palacio de Zahara, lleno de encantos y delicias, que superan a las de las *Mil y una noches*. Los mármoles y jaspes, los artesanos, los perfumes, los generalifes, adornados de todas las bellezas de las más bellas flores y plantas, y las favoritas y las esclavas, llenas de encantos fascinadores. Esto, en la vida interior ; en la exterior, construcción de acueductos, de fuentes, de acequias, bibliotecas, observatorios astronómicos. Era Córdoba una segunda Atenas, una segunda Roma : academias, bibliotecas, poetas, astrónomos, filósofos, médicos. Y esto no es cuento ; los estantes de la biblioteca de El Escorial, llenos están de libros árabes que proclaman el grado de civilización de los árabes en España, cuando, en el resto de la nación, sólo tres o cuatro obispos y algún monje sabían escribir. Pues toda

esa grandeza la produjo el vino. Cuentan las historias árabes que Alhaquen, instigado por algunos fanáticos observantes a la letra del Corán, abrió una especie de concurso para enterarse de cuáles eran las causas por las que hubiesen variado las costumbres de los primeros mahometanos, y el resultado fué saber lo siguiente: los de Irak y otros extranjeros habían introducido el uso del vino, contra las reglas del Corán. Y no sólo los califas, walies, vazires, cadíes y catibes, sino los alfaquíes mismos y el pueblo entero lo bebían con escandalosa libertad en bodas y festines. Informado de ello el culto, el bueno de Alhaquen, haciendo caso de los sacerdotes mahometanos, juntó a sus alimes y alfaquíes y les prohibió el uso del *ghamar* y del *sahiba*, vinos tinto y blanco, respectivamente. Los que eran partidarios de Baco le dijeron que desde el reinado de Mahomed se había hecho común la opinión de que, estando los musulimes de España en continua guerra con los enemigos del Islam, se hacía indispensable el uso del vino, porque la bebida alienta el ánimo del soldado en las batallas. Entonces, el califa, intransigente como nunca, reprobó tal opinión y mandó arrancar las viñas en toda España, dejando sólo la tercera parte de las vides para uva, pasas, arrope y otras composiciones hechas de mosto espesado. Esta fué la sentencia de muerte del Imperio hispanoárabe. De esa ley bárbara y fatal parte la decadencia de los Omníadas. Desde que Alhaquen mandó arrancar las vides y prohibió el uso del vino no volvió a florecer ningún sabio, ningún artista. Y aquello se hundió en España definitivamente.

Además, el vino cura enfermedades. No me mire usted con esos ojos; ya sé que pensará que le estoy diciendo muchos absurdos. Yo sé de octogenarios que en su vida tomaron otro medicamento que el vino; la bota de vino la tenían a la cabecera de la cama, al lado del crucifijo, y por las noches,

cuando se despertaban, echaban sendos tragos de vino, y así llegaron y pasaron de los ochenta, sanos y robustos, que daba envidia verlos. Y aquellos hombres pregonaban a todos los vientos que el vino, sólo el vino, les había dado tanta vida. Otros casos curiosos le podría contar...

Quedó con la palabra en la boca. Desde el lagar le llamaban.

—¡ Don Luis, aquí el carro con la uva pa madre !
¿ Aonde se mete ?

Luis invitó a don Elisardo a subir al lagar.

—Venga usted, suba ; verá usted estrujar la uva.

Los dos subieron, tropezando en los escalones. Don Elisardo, al ver tanto mosto, al ver tanta uva estrujada y por estrujar, hacía exclamaciones. Los lagareros estaban haciendo la deshecha, sacando debajo de la viga el orujo ya exprimido. En la ventana de arriba estaba esperando Pedro, el carretero, que le ayudasen a vaciar los talegones. Don Elisardo gozaba viendo cómo caía la uva, mucha uva, ¡ gran cantidad de uva ! ; y toda envuelta : negra y blanca, dorada y encarnada. Los lagareros, ya dispuestos, sucios que daba asco verlos, con sus galochas y grandes mazos empezaron a machacar el producto predilecto de Baco, el fruto de donde saldría la bebida que llenaría de vigor el cuerpo y de alegría el alma a los que la tomasen.

—Poca limpieza se respira aquí—estalló don Elisardo, siempre tan pulcro y tan arregladito.

Luis no supo qué decir, después de haber alabado sus métodos de vinificación. Los lagareros se echaron a reír, y uno, para dar más razón a don Elisardo, echó un escupitajo en el mosto y luego se sonó las narices y se limpió en unos racimos.

—To esto fermenta. Cuando fermenta echa la maleza ; el vino no admite maleza. ¿ Verdá, don Luis ?

Luis hizo un gesto afirmativo ; pero el señor es-

crupuloso no quedó convencido y aun rondaba por su rostro un gesto de asco.

—Me voy, Luis; ya es tarde.

—Espere, que le acompaño. Bueno, Mariano, ese carro de madre lo echáis en la cuba grande. Mañana, a eso de las doce, vendré yo por aquí. Buenas noches.

—Usted siga bien, don Luis.

—Ustedes lo pasen bien.

—Buenas noches.

Antes de salir a la calle, bajo la bóveda de crianza, en medio de dos filas paralelas de cubas, Luis ofreció a don Elisardo una copa de vino blanco, al mismo tiempo que dejaba la palmatoria encima de un tonel y cogía una copa de cristal de Bohemia de ensanchada boca, como las de champán.

—Quiero que pruebe usted este vinillo blanco, elaborado con uva escogida de Jerez y verdejo. Verá que *bouquet*. Es ambrosía.

Y dió la vuelta a la canilla, y un hilillo de oro vertíase en la copa.

—¡Qué perfume, qué aroma, qué *bouquet*! Parece ámbar líquido!

Bebieron, y al poco rato el vaho espirituoso penetró por todas las fibras de sus cerebros, poniéndoles locuaces. Luis ya lo estaba, y por eso aumentó su locuacidad. Con la copa en alto, resonando sus palabras por todo el ámbito de la bodega, decía, declamaba:

—¡Oh, vino bañezano, cosechado en los viñedos de Villa Guadalupe, colinas tan nobles y fructíferas como las de Girona y Borgoña y Rhingan! ¡Oh, vino blanco-ambarino bañezano! ¡Oh, vino tinto! ¡Puedes competir con los de Italia, Madeira, Marsala, Oporto, Jerez, Sanlúcar, Rioja, Priorato, Lacryma Christi, y contigo, rubio Tokai, generoso vino húngaro! Todos vosotros sois el espíritu, la musa divina inspiradora de los artistas. ¡Vosotros, generosos vinos, cautivos bajo los círcu-

los de hierro y fuertes duelas, o en cuba de cemento armado y bañados de vidrio; encerrados en trullos, lagos y cubos, tinos y tinas, conos y cubas! ¡ Vosotros esperáis el momento de filtraros en nuestras venas y bañar nuestro cerebro, nuestra alma, en delicias espirituosas, que son delicias mágicas! ¡ Cuando yo muera y me entierren en las viñas, mis huesos, igual que los de otro compañero mío en ilusiones, reverdecerán y se levantarán en nudosas cepas, que saldrán, crecerán y fructificarán sobre las colinas! Y entonces mi sangre volverá a ser sangre, como él decía muy bien, que rezumará en los racimos maduros, y luego saldrá por los tubos de los lagares, o jaraíces, en límpidos borbotones, al ser estrujada la uva, que llevará mi sangre, mis fosfatos, mis sustancias orgánicas, descompuestas en la tumba. De mí se alimentarán las raíces de las cepas, para daros el jugo que os hará reír, que os hará cantar, que os quitará las penas. ¡ Viva el vino! El vino es bueno, pero cuando el agua es de una fuente clara, pura y cristalina..., ¡ aún es mejor el vino que el agua! Al apóstol de la sobriedad, Cornado, se debe el adagio «el vino es la leche de los viejos». El vino, según el Eclesiastes, rejuvenecerá el corazón del hombre. Y Cristo, a Cristo y a los doce Apóstoles, les gustaba el vino de Jerusalén.

Los lagareros habíanse asomado al ventano del lagar y escuchaban, estupefactos, esto que declamaba Luis. Don Elisardo, que empezaba a ver las cubas dobles y en posición vertical, cogió a Luis por un brazo y le rogó:

—Vamos, Luis; van a creer que estamos borrachos.

Salieron a la calle, al campo. Luis, al ser acariado por la fresca brisa nocturna, se despejó un poco, y, muy formal, afirmó:

—Don Elisardo, yo no estoy borracho. Yo nunca me pongo borracho. Odio a los borrachos. Exis-

ten porque no se ha legislado contra ellos, porque se les ha dejado el campo libre, porque en los delitos, en vez de ser agravante, es eximente.

Los dos se dirigieron a la plaza Mayor. Por el camino charlaron de varias cosas. Don Elisardo había viajado por América y hacía dos años que regresó al pueblo. Todo se le volvía admirarse de lo que había progresado La Bañeza.

—Está esto completamente desconocido. ¡Qué de comercios, Bancos y cafés...!

Al entrar en la calle de Pérez Crespo, y luego en la plaza Mayor, hizo una parada para extasiarse con el progreso de su pueblo. Rebosaba satisfacción el buen señor hablando de lo que vió y de lo que veía.

—Y todo en menos de un cuarto de siglo. Se han edificado más de setenta casas a la moderna, se han abierto y mejorado comercios, como ése—y señalaba para el de La Fuente—, y como ése, y como el otro. ¡Vamos, que la confitería de Baudilio, de jaspe y bronce! Y aquel comercio, y la botica de Alberto Mata...

Luis sonreía de la ufanía que sentía don Elisardo. Sí; efectivamente, en menos de un cuarto de siglo su pueblo se había transformado. La plaza Mayor, completamente desconocida. Hace cincuenta o cuarenta años cantaban las ranas en los charcos, y, cuando él era chico, los días de lluvia había que mirar y remirar el sitio más a propósito para cruzar las calles, llenas de fango. ¡Oh, aquellos montones de barro en que se jugaba al *finchote*! La glorieta, el templete, las acacias, el cementado del pavimento, los comercios, llenos de luz y surtidos con toda clase de géneros, la han dado un marcado carácter de población, sobre todo los días de lluvia, cuando los escaparates y las luces de los focos reverberan en el pavimento lleno de agua.

—¡Cómo se ha aumentado la riqueza, cómo cada día va mejorando la vida!—decía don Elisardo,

entusiasmado—. Usted, Luis, es joven y no alcanzó a ver lo que yo he visto. Hace setenta años, el comercio de más postín era el de su bisabuelo Matías; pero entonces se desconocían completamente esta clase de telas, finísimas y lujosas, de ahora. ¿La seda? ¿Medias de seda? Sólo sabían de ellas las señoras más encopetadas, que se podían contar con los dedos. Ahora, ya lo ve: hasta las criadas las gastan. ¿Y la ropa interior? ¡Si ahora pierde uno el gusto ante esos escaparates albos, llenos de encajes y calados, que más que escaparates parecen refugios de espumas irisadas. ¿Y el calzado? Ahora, la mujer, enseñando las pantorrillas con buenas medias de seda y un buen calzado, recrean la vista, hacen a uno más agradable la vida, nos dan un espectáculo subyugador y barato. En el comercio de don Matías, que era el mejor, no vendían más que telas burdas, que eran las que usaban; en las camas usábamos lienzos caseros, de los tejidos en el pueblo por los innumerables tejedores que entonces constituían la principal industria de este pueblo. Hoy, esos tejidos caseros sólo se usan para quilmas, y para surtir el mercado sobra y basta con un solo tejedor: Mantecón. La familia Mantecón son los restos de una industria tan floreciente en siglos pasados. Ya ni en las aldeas se usan sábanas de lino. ¡El otro día, en el comercio de Julio Moro, a una aldeana le parecía áspero el lienzo moreno! ¿Y las camisas y demás ropa interior que usaban nuestras abuelas, mejor dicho, las suyas?

Luis sonrió y dijo:

—Las que las gastaban. En las aldeas todavía hay seres miserables que no tienen sábanas ni camisas, y pantalones de mujer, menos.

Don Elisardo meneó la cabeza con cierta malignidad, para decir:

—¡Ejeh, ejeh! Muy enterado está usted de las prendas interiores de las aldeanas.

El otro, con cierta naturalidad, contestó :

—Al no querer ; ya ve usted, tratando siempre con esas gentes.

Don Elisardo volvió a sonar su ¡eje!, eje!

—Pues ahora, hasta las criadas gastan camisas imperio y faldas de cuerpo, que tal vez no las usaran tan elegantes las cortesanas parisinas. Sólo entre las mujeres de la clase obrera suelen verse (tendidas en las praderas, secándose al sol) los últimos restos de aquellas camisas con mangas hasta el codo, de paño burdo, de lienzos ásperos, que rallaban la epidermis ; pantalones abiertos, enaguas ribeteadas de puntillas feísimas, hechas a gancho. Nos modernizamos, Luis, en todo. Hasta en estas cosas, tan insignificantes a primera vista, se ve que la Comodidad, esa nueva diosa de los tiempos modernos, nos quiere proteger. ¿Y en las viviendas? Rara era la que tenía techo raso ; sus muebles, los puramente necesarios e imprescindibles, las que no carecían hasta de habitaciones para dormir con cierta independencia. Hoy, vaya usted a ver las casas más principales de La Bañeza ; el valor de lo que encierra una de ellas es mayor que el de diez casas de las mejores de aquellos tiempos. La luz eléctrica, la calefacción por radiadores, que entonces se desconocía por completo, hoy proporciona una de las mayores y más agradables comodidades. Y no le quiero a usted hablar del encañado higiénico de los pisos, de los inodoros, de las ollas-exprés y de mil adelantos del hogar.

Estaban paseando por el embaldosado. El reloj nuevo, de tres esferas, del Ayuntamiento marcaba la nueve.

—Siento dejarle, don Elisardo ; pero se me hace tarde para subir a la viña. Y ahora, para despedida, y ya que veo que es usted entusiasta de los tiempos modernos, le pregunto : «¿No le parece que nuestros antepasados eran muy brutos, muy lóbregos y muy bárbaros?»

—¡Quite usted, por Dios; cada día me convenzo más de su brutalidad.

—Pues le pasa lo mismo que a mí. Vea usted las casas antiguas: un balcón en el lado izquierdo, una ventana en el derecho, otra al lado del balcón; todo sin simetría, sin gusto, sin orden. Fíjese en los huecos de los balcones en las casas antiguas: estrechos, ahumados, lóbregos, como si fueran el símbolo de la estrechez y lobreguez de aquellos espíritus. ¿Y esos ventanucos estilo moruno? Nuestros antepasados huían de la luz, de la higiene; vivían como los beduínos; sólo el instinto obraba en ellos. Por las obras se conoce a los hombres. Y ya ve usted qué obras: lóbregas y lúgubres, antihigiénicas y frías como neveras. Calles estrechas y torcidas, como sus miras y sentimientos. ¡Vivir entonces! ¡Pobres de aquellos seres que por naturaleza fueran sensibles al medio en que vivían! ¡Y todavía nos quejamos nosotros! Yo, cuando comparo, me siento feliz. Bueno, adiós, adiós. No me detengo más; es demasiado tarde.

Don Elisardo iba a hablar, pero quedó con la palabra en la boca, porque Luis, sin esperar más, dobló la esquina de Pérez Crespo y se alejó.

Cuando llegaba a las bodegas empezó a pensar en Teresa; pocos y raros eran los ratos que pasaba sin pensar en su amante. Ya estaba saturado de ella. Subiendo la cuesta, sus pensamientos tomaron forma sonora, murmurando:

—Estoy enamorado, completamente enamorado. Ya no hay remedio.

Todavía parecía oír al segundo yo, al yo positivo o negativo. Y esto del yo positivo o negativo lo explicaba él de la siguiente forma: no se sabe lo que es materia (¡con cuánta frescura se habla de materia y espíritu!), no se sabe lo que es la energía, lo que es el éter; se pretende explicar lo que es la electricidad, lo que es el rádium, lo que es el calor, lo que es la luz; pero todo no

pasa de pretensiones; los señores sabios saben que existe todo eso, pero no saben cómo existe, cómo se origina; aunque se conocen algunos efectos y algunas causas, la línea divisoria que los separa no se sabe dónde empieza. Queriendo ahondar en estas cuestiones científicas se entra de lleno en el caos. Pero lo que sí se sabe es que existen dos signos: + y —. En electricidad, que es la energía más conocida por sus efectos, se llaman positivo y negativo. Y estos signos, + y —, son los causantes de toda esa lucha sorda y horrorosa que se percibe en la Naturaleza. Esos dos signos son, en moral, el bien y el mal; en religiones, Dios y el Diablo; en política, izquierdas y derechas; en amistades, simpatía y antipatía. Por eso percibimos en nuestro espíritu dos fuerzas, dos yos que se disputan la primacía, y que los psicólogos han bautizado con distintos nombres.

Pues el otro yo, no vencido, parecía protestar, reírse: «¡Qué vas a estar enamorado, hombre! Es una ridiculez; no te atreverías a decírselo a nadie; dirías todo menos que estás enamorado.»

Y el yo vencedor, el yo captado por amor, como protestando, le hizo exclamar:

—¡Enamorado, pero completamente enamorado! Si ahora llegase y no la encontrase, sería capaz de cualquier cosa, de ir tras ella como un can.

Con toda esta baraúnda de pensamientos llegó a la casa. Teresa, acodada en la ventana, le saludó con júbilo y bajó a abrirle, loca de contento.

—¡Ay, ay, ay! ¡Qué miedo me has hecho pasar! Si creía que no venías.

Y arrimaba su cara a la boca de Luis, para recibir besos.

—¿Qué has hecho en todo el tiempo?

Teresa le miró amorosa, echando atrás la cabeza. Y, cerrando los ojos, dijo, como en éxtasis:

—Pensando en ti.

—¿Qué pensabas?

—¡Qué sé yo! Qué preguntas me haces, hombre. No sé; pensaba en ti, en todo el rato.

—¿Para quererme?

Habían llegado a la portalina. Teresa le obligó a caer encima de los asientos de piedra, al mismo tiempo que le decía:

—Yo lo que hago es comerte a besos...

Y largo rato estuvo, incansable, llenando de besos las cuencas de los ojos y la boca del amante, tan amante...

... ..

CAPITULO VI

BRUJOS, CURANDEROS Y OTRAS IDEAS

Llevaban diez días de vendimia. La única novedad que aquí debemos consignar es que Luis era dueño de un suntuoso automóvil. Por fin se decidió a comprarlo, y lo compró de las mejores marcas. Teresa estaba loca de contento con el *auto*; había ido ya a la Portilla, a Jiménez, a ver hacer cacharros, y a los pinares de Nogarejas, donde todavía se cazan ciervos, jabalíes y corzos.

Estaba deseando que terminasen las vendimias para realizar el viaje por la provincia de León, que Luis la había prometido.

Esta noche, como otras noches después de obscurecer, se reunían debajo de la portalina siete mozas que dormían en las distintas casas vecinas.

Desde las siete hasta las nueve duraba la reunión, en que se charlaba de las labores del día, de los acontecimientos cotidianos, de esto y de lo otro y de lo de más allá.

Esta noche se habló de brujas, de curanderos y de trasgos. La ti Rosalía fué la que inició la charla, diciendo :

—Pus al mi hijo, antiayer, cayóse contra la noria, y según dijón las vecinas, tenía rompido el brazo y la mano zurda. Le llevemos al brujo de la ribera a que le encañase, y ya paece questá mejor.

Luis no pudo menos de indagar, intrigado :

—Pero ¿todavía creen ustedes en esas tonterías de sabios y curanderos?

Todas hicieron exclamaciones, diciendo que creían a pies juntillas en brujos y curanderos.

La ti Rosalía, que era una marisabidilla de aldea, tomó la palabra :

—¡ Anda don Luis ! ¿ Y luego ? Yo, tener, tengo más fe en el brujo de Seisón que en tos los métricos del mundo. A una vecina mía naide más la curó que él.

Y, como por resorte, empezaron a recordar las curas casi milagrosas de tal curandero.

—A mi madre la curó la ictericia—dijo una.

—Y a un hermano mío le curó de accidentes—dijo otra.

—Pus a mi madre, sólo él acertaba con el mal...

Luis interrumpió :

—¿ Qué mal ?

—El histérico—afirmó la casera.

Estos brujos y curanderos hacen cosas algo extraordinarias. ¿ Casualidad ? ¿ Adivinación ? ¡ Quién sabe !

Para las gentes rústicas vale más, mucho más, un curandero de cierta fama que el mejor hombre de ciencia.

Luis reía, reía con esa suficiencia del hombre culto ante el ignorante. Teresa, enfadada como nunca, defendió a las vendimiadoras.

—Sí, sí y sí. Lo que no saben ni aciertan los médicos, lo aciertan los *sabios*.

Y todas a una siguieron contándole casos rarísimos, ante los cuales Luis empezó a dudar y a admirar a esos hombres videntes que *sin ciencia* hacen cosas sorprendentes. ¡A la Medicina la envuelven tantas nubes! Él recordaba que hacía unos diez años surgió, de la obscuridad de la aldea, una mujer que en menos de dos meses se hizo famosa en toda la provincia y aun traspasó sus límites. Y si el juez no toma parte en el asunto, no se sabe adónde hubiese llegado aquella *sabia* con su popularidad y con sus curas y sus recetas. Los señores de la ciudad la llamaban loca, pero después iban a consultarla. Si eso hacían ellos, ¿qué no harían los ignorantes de las clases bajas...? La aldeana curandera no cobraba nada: sólo tenía una bandeja en la puerta, y el público que iba a consultar echaba lo que tenía de voluntad. Lo que recetaba esta mujer y los diagnósticos que daba no podían menos de sorprender. A unos no hacía más que mirarlos y casi acertaba la enfermedad; pero a otros, a otros... ¡Qué enfermedades más fantásticas les decía que padecían! A un amigo de Luis le aseguró «que tenía en el estógeno tres lagartos y dos lagartijas que se peleaban la posesión de una agabanza».

Las consultas aumentaban. Las gentes discutían, y, como hemos dicho, el juez tuvo el buen acierto de ponerla a la sombra, pues iba camino de revolucionar todas las creencias religiosas, científicas y lógicas.

Luis, interesado, hizo mil preguntas y se enteró de cosas inauditas. Todavía se venden cédulas contra las brujas, y los que las venden hacen un pequeño negocio, pues cobran tres pesetas por un papel que valdrá tres céntimos, y son una especie de esquila mortuoria, aleluya y copla de ciego. Estas cédulas sirven, según la creencia de muchos supersticiosos, para ahuyentar los males del ganado. Creen en ellas, en su acción curativa, como

creen que el agua bendita hace huír al demonio con el rabo entre las piernas. La cultura, que va filtrándose por todos los sitios y por todas las capas sociales, va terminando con estos espíritus supersticiosos, y los que quedan están acobardados, como los creyentes de religiones perseguidas en otros tiempos, guardándose de manifestar sus creencias. Así cuando compran las cédulas contra las brujas y demonios, lo hacen con cierto misterio, procurando que nadie se entere.

La ti Rosalía contaba que a ella se la puso un caballo malo, que no comía. Llamaron al veterinario, y no supo lo que tenía la caballería. La ti Ventura, vecina de la ti Rosalía, aseguró que el bruto estaba embrujado, porque había observado que cuando veía adobes empezaba a piafar, a volver los ojos, a dar mordiscos, a ponerse como una fiera.

Compraron una cédula, y el vendedor, al mismo tiempo, aconsejó que, para surtir efecto, tenían que despedir al gañán. Así lo hicieron, y el caballo sanó. Luis se dió cuenta de que el vendedor de cédulas era un hombre singularmente listo. El gañán, sin duda, maltrataba a la caballería para coger la cebada y venderla. Por lo que le explicaron, no le cabía duda que las brujas eran el gañán ladrón.

Veía Luis, por todas las cosas que le contaban y por las que él observaba directamente, que la mayoría de los aldeanos son supersticiosos, sobre todo las mujeres; achaque común en toda la provincia, y en toda España, y en todos los pueblos rezagados en la civilización, castigados por predicadores milagreros...

Con espíritus supersticiosos es fácil hacer prosélitos en toda clase de creencias religiosas. ¿Qué más da creer en amuletos que en reliquias? Todo es cuestión de nombres. Por eso las aldeas han sido materia maleable para hacer todo lo que se

ha querido. Así se ve esa mescolanza de supersticiones rechazadas por la Iglesia y creencias admitidas como dogmas.

Los protestantes no han conseguido gran cosa con sus capillas y predicaciones; en Jiménez, en Toral, en otras contadas capillas protestantes de la provincia, los prosélitos se pueden contar con los dedos. Y es explicable, teniendo en cuenta los pocos atractivos que tiene la religión reformada para atraer a las gentes rústicas, que entre más misterios, más santos, más incienso, más cánticos y procesiones y colorines, más fanáticos se muestran. Desengañense los pastores protestantes: en la provincia de León nunca harán nada.

Teresa, muerta de sueño, se levantó, y con el rabillo del ojo instaba a su amante a que la acompañase. Luis se despidió.

—Hasta mañana, que hay que madrugar y es conveniente dormir.

Subieron al dormitorio. Se asomaron al balcón y estuvieron largo tiempo contemplando la noche estrellada. Las cepas, al través de los vidrios, parecían y semejaban las olas de un mar tranquilo. La dilatada llanura, la vasta planicie, la fértil campiña vinícola, a la luz lechosa de una luna en los últimos días de su cuarto creciente, hacía pensar al instante, sin apenas darse uno cuenta, en esas bahías extensas en días de tempestad, cuando la tersura del líquido marino se empieza a rizar, a hinchar, a ser más apreciable el flujo y reflujó, como si debajo hubiese un titán que moviese y soplase el líquido elemento.

Teresa, asfixiada de calor, abrió el balcón. Los dos respiraron con ansiedad. Y el aire benigno, cargado de vapor acuoso, humedecía los cabellos. Allá, a lo lejos, se veían brillar las luces del alumbrado eléctrico de Palacios de la Valduerna. Más allá, mucho más allá, ya en las montañas de

León, se veía un resplandor continuo, a intervalos otros, pero siempre grande.

—¿Qué será?—preguntó Teresa, asustada.

Luis, para meterla miedo, contestó:

—Son los fuegos del infierno, que a estas horas de la noche salen para avisar a los malos que Pedro Botero está encendiendo las calderas.

Teresa abrió unos ojos de espanto al notar la seriedad con que Luis hablaba.

—No, mujer, no; eso no es fuego infernal, porque el infierno no existe ni puede existir. Eso es que se están quemando bosques, algún pinar; todos los veranos hay incendios de éstos, que, si no fuese por la espontaneidad con que nacen los nuevos, ya no habría montes ni pinares.

Otra vez quedaron contemplativos, pensativos y quizá meditabundos. La noche invitaba a ello.

Luis miraba para las luces de Palacios de la Valduerna, y pensaba:

—Hasta estas aldeas llega ya la luz eléctrica. Hasta ahora han vivido con un siglo o más de retraso. Parece que empieza una nueva vida. Pero todavía las costumbres son las de hace siglos: bailes, romerías, cánticos, rezos, bodas, rondas, trajes, muertes y, lo que es peor, ¡ay!, las ideas. En la pasada centuria se puede asegurar que todos creían en Dios y eran cristianos observantes y obedientes al cura, sin faltar a los preceptos y ritos de la iglesia; pero también se puede asegurar que el noventa por ciento estaban en estado salvaje. Las aldeas eran verdaderas kábilas, unos pueblos odiaban a otros, no había peor enemigo que el vecino, la mocedad se acometía con toda clase de armas, en las romerías, rondas y demás diversiones, sólo llevados del salvajismo, la incultura y el fanatismo; todos iban a misa, todos sabían la doctrina cristiana. ¿Y para qué les servía? Para nada. Quitando a unos cuantos, los demás eran analfabetos. La enseñanza estaba descuidada, aban-

donada. La educación no se conocía. En el invierno, en todas las aldeas importantes de la provincia aparecían unos hombres un poco instruídos, que llamaban maestros, y enseñaban, en los pórticos de las iglesias y hasta en los pajares, las primeras letras. Pero como esta enseñanza era tan deficiente, lo que aprendían en los meses de invierno lo olvidaban en el verano; y, según un autor del siglo pasado, los libros donde aprendían a deletrear eran tan varios como el Catecismo y *Bertoldo*, *Bertoldino* y *Cacaseno*. La educación del hogar—de algún modo hay que llamar al trato paternal—era desastrosa y bárbara: mucho palo y mucho genio. El padre apaleaba a la madre y a los hijos, y los hermanos mayores, a los pequeños, y algunas veces, cuando los hijos eran mozos y los padres viejos, recibían éstos algunos estacazos; de tales polvos, tales lodos. El vergajo y el palo eran los utensilios que faltaban en pocas casas; las palizas estaban a la orden del día. Y, naturalmente, las consecuencias tenían que ser fatales. Los hombres, acostumbrados desde pequeños a temer desde Dios hasta el hermano mayor y más fuerte, y ser tratados como bestias, llegaban a mayores y no tenían ni a Dios ni a su sombra. Y obraban como para lo que habían sido educados: como bestias. Educados con el palo, las palabras gruesas, soeces e indecorosas, el fruto de esa educación tenía que ser duro, doloroso, soez y bárbaro. Así ocurrían crímenes monstruosos; así, por cualquiera insignificancia, se acometían con toda clase de armas, como los cabileños; hojea uno los informes de la Audiencia, y asustan los instrumentos homicidas, lo mismo de uso lícito que ilícito, y eso que la provincia de León es una de las que figuran a la cola en las estadísticas de criminalidad, sin duda porque siempre ha estado apartada de los odios en que se han hallado envueltas otras provincias en las guerras civiles. Además, su cli-

ma es, en general, benigno, y en el siglo pasado había mucho más arbolado, que, según los estudios modernos de criminología, influye grandemente en apagar los ímpetus sanguinarios y pendencieros; y, aunque había miseria, era una de las provincias en que se pasaban menos hambres. Y este cuadro (lo debemos confesar sinceramente) es hoy casi el mismo, tocante a delicadeza de sentimientos y tratos paternales y de enseñanza. Pero confiamos, debemos confiar, tenemos necesidad de confiar en los progresos educativos modernos: aumento de escuelas, bienestar económico y disminución de fanáticos. Hoy la provincia leonesa es una de las que mejores escuelas tienen. Y aquí debemos consignar un nombre de leonés ilustre, altruísta y digno de todo encomio: Sierra Pampley.

«La letra con sangre entra» sigue campeando todavía en las conciencias de muchos rústicos maestros, padres de familia y sacerdotes rurales. Desde aquí les gritamos a todos para que cambien de procedimientos. Para que tiren el palo y el vergajo y empleen la Razón. ¡Hacer empleo de un palo para apalear a un hombre, a un niño, en estos tiempos en que háy sociedades protectoras de animales y se dan reales órdenes para que los pinchos de las aijadas no martiricen a los bueyes! El maestro o padre de familia que apaleen a una criatura merecen ser transformados en asnos, o que los pongan a tirar de una noria.

—¿ En qué piensas?

Luis salió de sus abstracciones para hablar y mentir:

—En tí.

Y al mismo tiempo pasó sus manos por los brazos de Teresa, luego las metió en los senos y los acarició con suavidad, y, por último, puso el dorso de una mano en la frente de la mujer tan querida.

—Te has quedado fría.

La carne de Teresa, maciza y tersa, estaba tibia y húmeda por el relente de la noche. Luis la abrazó con abrazos llenos de mimo y de pasión, la besó en la garganta y detrás de las orejas. Luis la besó, la besó, la besó hasta cansarse los labios.

Luis bajó las vidrieras, cerró las maderas, encendió un fósforo y luego la vela, rodeada de una pantalla azul, que daba una luz entre azulada y verdosa, propicia a los sueños de amor y a las noches de vértigo carnal.

—Anda, acuéstate mientras fumo un pitillo.

Teresa, obediente, se fué desprendiendo de la bata, de la camisa, de las medias, hasta quedar en cueros completamente.

Luis la contemplaba extasiado, como tantas otras veces, sintiendo un goce infinito, llegando al arrobamiento sensual y artístico...

El cuerpo de Teresa era el cuerpo perfecto del desnudo artístico. Si Fidias la hubiese visto, la hubiese aplaudido y tomado de modelo. Tampoco a Friné tenía que envidiarla nada de encantos físicos.

Luis tiró el cigarro a medio fumar y fué a ella con los brazos abiertos.

—Teniendo en mis brazos un tesoro como éste, ¿por qué no canto?, ¿por qué no río?, ¿por qué no me entusiasmo?

Y, como si hubiera bebido el elixir ambarino del tonel de su bodega, estuvo diciendo versos y tonterías dirigidos a su querida tan querida...

.....

CAPITULO VII

BODAS Y COMEDIAS

Todas las faenas de la vendimia habían terminado; sólo en la bodega se trabajaba, y allí ya poco faltaba para terminar de llenar las cubas.

Si no llega a ser por una invitación, que Luis aceptó, encantado, probablemente andaría la pareja de excursión por toda la provincia. La madre de una de las vendimiadoras, sabiendo que al señorito Luis le gustaba acudir a las fiestas de las aldeas, le convidó con agrado a la boda de su hija Ramiro-Ramira. Así llamaban en el pueblo a esta moza, porque primero fué varón y después hembra. ¿Cómo? Al nacer la Ramiro-Ramira tenía el sexo muy confuso, pero todos terminaron por asegurar que era niño, y como niño le bautizaron a los cinco días; mas luego resultó que Ramiro no era Ramiro, sino Ramira, porque, como si hubiese habido una metamorfosis, el niño se convirtió en niña, con gran asombro de todo el pueblo, incluso del médico. Y, para perpetuar caso tan extraño, se la conocía con los dos nombres de hembra y varón.

Esta Ramiro-Ramira se iba a casar con un mozo que dejó a otra novia con quien llevaba cinco años de relaciones. El padre de la novia abandonada murió de una preocupación de ánimo ocasionada por deudas. Hacía un año que el pobre no salía de casa. Le iban a embargar unas tierras que compró a fuerza de sudores; el poco dinero que amontonó con su excesivo trabajo se deshizo en manos de prestamistas. La usura en esta provincia ha

hecho más estragos que una peste endémica. Los usureros son los seres que han disfrutado de más holgura económica. Se cuentan casos que ponen al vivo las almas de estos seres tan ruines. Antes de la fundación de Bancos y Montes de Piedad, raro era el labrador que no estaba metido con algún usurero, y antes de la ley de Azcárate tales alimañas tenían un poder tan oculto y satánico, que se erigían en reyezuelos absolutos con facultades confiscadoras. ¿Culpa de ellos solos? No, culpa de todos, que, cual mansos borregos y más ignorantes que los beduínos, no hacían nada por liberarse de ese yugo. La usura ha sido una de las causas principales del retraso en todas las manifestaciones de la industria, comercio y agricultura. Y la culpa, repetimos, ha estado en todos, en altos y bajos, en pobres y ricos. El carácter de los leoneses ha sido egoísta, achaque común a todos los pueblos antiguos e ignorantes. Al señorón rico, gran terrateniente, le era más cómodo dar sus fincas en arrendamiento que labrarlas por sí mismo, introduciendo adelantos y dando más impulso a la producción.

El que hacía un capital con una industria, con un comercio, se retiraba cuanto antes; él ya había hecho lo suyo, no había que arriesgarse más. «El que venga atrás, que arree.» Esta frase desastrosa aún se oye en boca de muchos, y podemos decir que era el lema de los antiguos para andar por el mundo.

Y consecuencia de este espíritu egoísta era la languidez de todos los negocios, el estancamiento y la rutina, y, lo que es peor, la miseria y la pobreza. El noventa y nueve por ciento de los capitalistas escondían el dinero en ollas, en el sitio más profundo y retirado de la casa, o lo prestaban con intereses subidos. «Al paisano y al limón, estrujón.» Esto lo decían los mercaderes. Hoy, el sencillo rótulo, que debía ser obligatorio, «Precio

fijo», hace por las almas de los comerciantes más que todo el miedo al infierno y a los tizonazos de Satanás. Podemos asegurar que, hace dos décadas solamente, detrás de cada comerciante se escondía un ladrón; un ladrón que robaba en el peso y la medida y calidad del género. Hoy, dígase lo que se quiera, hay menos religión, pero hay más conciencia. Y estamos seguros que dentro de cinco lustros no habrá un comerciante ladrón, primero, por su educación, y segundo..., porque no le dejarán. Señores legisladores: den ustedes una ley haciendo obligatorio el precio fijo.

¿Cómo de aquella manera se iba a crear riqueza? Ahora todo ha cambiado: se forman grandes empresas, hay capitalistas que exponen sus dineros en las mil contingencias de los negocios modernos. La provincia de León es una de las más ricas de España y del mundo. Lo que hace falta es dinero, dinero y dinero, en manos de hombres de talento y arriesgados.

Todavía quedan por ahí algunos prestamistas rezagados, cuya existencia se debe a las trabas e impedimentos que ponen los Bancos y Montes de Piedad para dar dinero. Esos Montes y esos Bancos tienen aún resabios de usureros. Este es el motivo de que muchos paisanos acudan a esas aves de rapiña, que dan con más facilidad el dinero. Hacen falta, pues, Bancos agrícolas, a semejanza de los franceses.

El padre de la novia abandonada era una de tantas víctimas ocasionadas por la usura.

El novio, en cuanto se enteró de que la pareja de bueyes, y el carro, y la casa, y las cinco heminas de regadío no llegarían a sus manos, se puso en relaciones con la Ramiro-Ramira, que tenía, ¡eso seguro!, dos cargas de campal y una heredad acabada de comprar a un señor rico de León. Poco tardaron en arreglar el asunto; para San Froilán se casaban...

Y este día Luis y Teresa madrugaron para asistir a la boda de la Ramiro-Ramira.

El *auto* les esperaba, con su ruido susurrante, ese ruido adormecedor de los modernos automóviles, que parecen dar el opio con su trum, trum, trum...

Teresa vestía un traje sastre, color azul montaña. Su cuello se adornaba con dos collares: uno, blanco, de perlas falsas, de cuatro vueltas, soberbio, hecho expresamente para ella por unos chinos que tuvieron el acierto de pasar por las viñas; el otro era encarnado, de cuentas de coral. Aquellos dos collares tenían su significado para Luis. El encarnado, de coral, le hablaba de Teresa aldeana; el blanco, de perlas, de Teresa señorita.

Ella, contemplándolos y contemplándose con ellos al espejo, se arrobaba.

El *chauffeur* abrió la portezuela del coche, y Teresa, como una corza, dió un brinco y se arrellanó, sonriéndose, satisfecha. Luis se puso a su lado y ordenó al *chauffeur*:

—Vaya despacio.

Teresa tenía las pupilas brillantes de alegría, el cutis nacarado y los labios de un encarnado desleído, ese encarnado de las mujeres bonitas por las mañanas temprano, después de estar toda la noche trabajando con ellos, besando y besando sin cesar... Las pupilas, de un tono castaño oscuro, en medio de una córnea blanco-oscuro, daban a su mirada un aire de ensueño, de mujer soñadora y amorosa. Por su mirada se adivinaba un alma satisfecha de la existencia y de haber encontrado un hombre como Luis.

Después de miles de besos dados durante la noche, después de miles de caricias hechas en el lecho, después de pronunciar infinidad de palabras melosas, después de todo eso, la fuente del amor seguía inagotable; ¡qué inagotable!; entre más se sacaba, más rebosaba.

—Luisín, niño, tienes ojos de sueño. ¿Por qué no me miras, soso?

Y puso los labios en botón, para que Luis los besase. El aludido los besó distraído, porque estaba pensando en la facilidad con que su querida se había adaptado a su mundo. A él, desde luego, le gustaba más oírle palabras rústicas. Pero ella sólo las pronunciaba cuando no se daba cuenta. En todas las ocasiones procuraba adaptar su lenguaje al de Luis.

Quien hubiese visto a Teresa esta mañana de otoño, con su traje confeccionado por un modisto de León y acabado de estrenar, no podría adivinar a la palurda de hacía unos meses. Sólo conversando con ella largo rato se podría saber su origen por algún que otro término que soltaba. Pero, con las instrucciones que Luis la estaba dando, Teresa, en breve espacio, no guardaría ni el menor rastro de su vida pasada.

La carretera de Madrid a La Coruña se presentaba con su soberbia anchura y sus corpulentas acacias en los viveros de la Vega. Pasaron por el nuevo puente de cemento, que ha substituído al viejo, de madera, llamado de la Reina. La mañana, brumosa y fresca, anunciaba la proximidad del invierno, con sus vientos glaciales, sus heladas y demás fenómenos atmosféricos imperantes en las regiones frías y húmedas. Teresa tiritaba, y se acurrucó en un rincón del *auto*.

Luis miraba el paisaje, cerrado, por la izquierda, de cuestras, y abierto de frente y por la derecha. La carretera se cubría de hojas secas, que el automóvil aplastaba, como aplasta la vida las ilusiones...

Patatas, habas, remolacha; habas, remolacha, patatas. Y así una tierra, y otra, y otra; de vez en cuando, un prado, y pasando de Palacios se divisaban praderas, donde se pueden ver los restos

de aquellos numerosos rebaños que tanta fama dieron a la provincia de León.

El *auto* se paró. Un pinchazo. Mientras el *chauffeur* arreglaba el neumático, Luis se acordó de un antepasado suyo que fué alcalde mayor y capitán a guerra de Palacios de la Valduerna. Conservaba los documentos: unos del reinado de Carlos IV y otros de Fernando VII. Por allí, hacía más de un siglo, andaría su tío repartiendo justicia en nombre del rey, y por nombramiento del conde de Miranda, vizconde de Palacios de la Valduerna y marqués de La Bañeza, que era a quien pertenecía en señorío todo el Val del Duerna.

Al venir los franceses, su tío no se afrancesó, y anduvo huído y fué uno de los absolutistas rabiosos, no reconociendo la labor de las Constituyentes. Le estaba recordando con cierto rencor, porque, sin duda, fué un reaccionario furioso. Fernando VII, después de estar abolidos los señoríos, le nombró otra vez alcalde mayor y capitán a guerra de Palacios de la Valduerna y pueblos de su jurisdicción, entendiendo en los pleitos civiles y criminales. En uno de los documentos se le ordenaba que hiciese un resumen de las necesidades de los pueblos por él regidos: obras públicas, como calzadas, puentes, plantíos. Progreso de la agricultura, industria y comercio. Todas estas novedades venían de aquellos grandes hombres de las Cortes de Cádiz, que tanto bien hicieron a España. Después de tantos años, después de más de un siglo, es desconsolador saber que no se ha hecho casi nada por parte de los Gobiernos y menos de las Diputaciones. Si su tío, el reaccionario, que anduvo refugiándose en conventos y casas de curas antes que hacerse liberal, levantara la cabeza, vería con gesto desconsolador que Palacios de Valduerna, de donde él fué alcalde mayor y capitán a guerra, en vez de progresar, había perdido su antigua importancia; y que la agricultura, indus-

tría y comercio estaban casi igual, por no decir peor, y que los plantíos se habían talado, y que los caminos estaban en pésimo estado, y que el puente de la Reina era un peligro constante.

Cuando ya se iban a poner en marcha pasaron dos niñas montadas a caballo. Teresa las preguntó por qué camino se llegaba más pronto a Villalís.

Las rapazuelas, mohínas y mocosas, sucias que daba asco verlas, respondieron que por allí no era, que Villalís estaba a la otra parte del río.

El *chauffeur* habló :

—No, si a mí ya me parecía que íbamos mal...

No quedaba otro remedio que desandar lo andado. Ahora cogieron el camino de Sacaosjos. Al pasar por la ermita la vieron abierta y pasaron porque a Teresa se le antojó rezar unas oraciones. Luis entró con ella sólo por fisgar. Dos mujerucas rezaban con fervor. El Cristo de la Agonía casi dió miedo a nuestro protagonista. Luego tocó con la punta de los dedos unas cuantas prendas, pantalones, camisas, chambras, que estaban colgadas de las paredes como ex votos. Después salió, acercándose al cenizal, y con el regatón del bastón estuvo arañando el terreno, sacando en breve tiempo una calavera, tres vértebras y un frontal y otros huesecillos, saliendo algunos con una tez y color verdosos que daba repugnancia, porque hacía pensar en la postema de la carne descompuesta. ¿A qué es debido encontrar tanto hueso? Tres suposiciones se le ocurrieron a Luis. Primera: Este cenizal está en la bajura de lo que aún llaman castro. Sabido es que en las faldas de todos los castros se han encontrado y se encuentran huesos, cacharros, fíbulas, hachas, lanzas, lo cual pone de manifiesto el papel guerrero de estas atalayas, que abundan muchísimo en toda la provincia. Pero estos huesos no parecen tener tantos siglos. Segundo: Acaso fué un cementerio, pues el actual dista sólo unos metros de este sitio, suposición poco

verosímil. Tercero : El nombre de Sacaajos es muy significativo. En la Edad Media, la bárbara pena de ceguera se empleaba mucho. Es casi seguro que el señor feudal de todo el valle del Duerna tuviese aquí la prisión, los calabozos donde se sacaban los ojos a los delincuentes.

Luis con una calavera en las manos, parecía otro Hamlet ante la calavera monda y lironda del bufón Yorik. Se estremeció de horror cuando pensó que el hombre o la mujer o quien perteneció aquella calavera sufriría horrores al sacarle los ojos, y acaso fuese por un simple delito, acaso por una venganza de algún sayón o merino.

Teresa ya había salido de la ermita y estaba leyendo unos versos que hay escritos en la pared del cementerio :

Caminante que vas de jornada,
detente a reflexionar en esta triste morada.
El fin del cuerpo aquí lo es.
Tú, que mirándome estás,
como te ves me vi, como me ves te verás.

Estos versos pusieron al *chauffeur* y a sus acompañantes con caras de difuntos. El *chauffeur*, tristemente, aseguró :

—No somos nada.

Teresa, miedosa, dijo :

—Si es por la tarde, yo no dormía en toda la noche. ¡Hijo! ¡Luis! ¡No quiero pensar en la muerte!

Los tres, como movidos por un resorte, por una misma idea, huyeron de allí sin volver la cabeza atrás.

Al subir la cuesta, Teresa, queriendo espantar la mala impresión producida por los versos, empezó a cantar. Pronto calló, para exclamar :

—¡Anda! Las viñas. Mira la casa.

Luis ni miró ni habló. Llevaba el volante, y metió toda la marcha que pudo.

Llegaron, por fin, a Villalís a las diez de la mañana. Todos los invitados les estaban esperando. Los chiquillos se acercaban al *auto*, admirados; tocaban misteriosamente y con recelo en cualesquiera parte del coche, retirando a escape los dedos, como si se hubiesen quemado.

Las mujeres, a las puertas de las casas, con los brazos cruzados sobre el regazo, achusmaban con ojos de lince a tales forasteros.

Varios cerdos próximos a su fin husmeaban en los estiércoles y lodazales; las gallinas picoteaban en las boñigas que los bueyes dejaron al pasar. Cuatro chiquillos se revolcaban en el polvo, al lado de los cerdos, llevando sus manos sucias a la cara y hurgándose las narices con los dedos que hacía poco anduvieron con excrementos. El más pequeño, apartado del grupo, debía ser alotriófago, porque comía tierra. Una madre, sentada en un poyo, daba de mamar al crío, fajado a la antigua, ese sistema de fajar que aún siguen las gentes ignorantes, y que es causa de que muchos niños enfermen del pecho y no se desarrollen como es debido. Hagan los médicos y maestros por desterrar tan funestas costumbres. Cerca de un reguero, otra madre estaba lavando, y próximo tenía al crío, echado en un césped húmedo, respirando las emanaciones pútridas del reguero con agua estancada. Luis pensaba, al ver todo esto, que el hombre que llega a los veinte años, después de pasar por tantas pruebas, se hace invulnerable e inmune...

Entraron en casa de la novia como si fueran dos príncipes. Teresa se daba más importancia que una reina. Luis la miraba y se sentía feliz al verla a ella tan alegre, gozando tan intensamente.

La madre de la novia llamó aparte a Luis y le dijo:

—Don Luis, hemos acordao mi marido y yo que queden a dormir esta noche, pa quedar a la tornaboda; que duerman como en su casa, no lo

he de decir, ya que somos unos probes. Pero... ya pueden ver la cama, con sus sábanas.

Teresa, cuando pudo, se acercó al oído de Luis y le enteró, contentísima :

—Esas sábanas son de cuando ella se casó. Deben picar como las de mi madre, que sólo las pone en la cama los días de fiesta, para que las vean las vecinas.

La Ramiro-Ramira se desvivía por complacerles en todo. El novio se acercó, muy tímido, y saludó sin saber lo que decía.

Luis le preguntó, atrevidamente :

—¡Pero, hombre! ¿Cómo dejó a su antigua novia?

El mozo sonrió con sonrisa de cerdo, y con una disculpa salió de la estancia, donde se habían sentado los papás de los novios, el cura, el secretario, nuestros protagonistas y un joven que estudiaba para maestro. Este, que había oído lo dicho por Luis, habló, con un desembarazo que denotaba una facilidad de expresión y cultura extrañas entre tanto palurdo :

—Aquí, en las aldeas, no se casan más que las ricas y las jóvenes; si estuviese por esos bailes, vería que mujeres que en las ciudades aún tienen pretensiones de casarse, y se divierten y bailan, por aquí ya están apartadas, y ningún mozo se acerca, porque ya son viejas, viejas a los veinticuatro años. ¡Fíjese usted!

Todos escuchaban embobados al futuro maestro.

—Es muy frecuente presenciar casos como éste : un mozo está hablando muchos años con una moza, y de la noche a la mañana, ¡pum!, se casa con una que tiene cuartos y deja plantada a la otra.

Ya llegaba la hora. Todos se levantaron para ir a la ceremonia, menos Luis, que luego se quedó en la calle por no entrar en la iglesia. Oyó cantar, regocijado, a un grupo de mocitas :

Sal, casada, de la iglesia ;
no salgas con cobardía,
que te estamos esperando
con muchísima alegría.

Ya se ha acabado la misa,
ya se ha cerrado el misal ;
¿qué hace adrento la casada,
qué hace drento, que no sal?

A la vuelta de los novios, nuestro protagonista presenció el pintoresco espectáculo de cantar el ramo. Un mozo llevaba, a guisa de estandarte, una rosquilla descomunal, de medio metro de diámetro, y de ella colgaban otras rosquillas y pastas. Otro mozalbete agarraba con ambas manos un maragato de pasta, de los que hace la Manjona. Aún conservaba por delante el papel tapando los órganos genitales, unos órganos genitales inmensos, deformes. Cierta mozalbete, con la punta de un mimbre, quitó el taparrabos al maragato, quedando al aire todo lo que ocultaba el papel, con gran regocijo de mozas y mozos, casadas y casados, viejas y viejos. ¡Oh, costumbres paganas en medio de tanto horror al desnudo! Si esto ocurre en una ciudad, van los mozos a la cárcel, por atentar contra la moralidad pública. ¡Qué risa! ¡La moralidad! ¡Qué risa! Al paso de los recién casados, algunas mozas se arrodillaban, echando piropos a la novia, sacándola versos graciosísimos. Cuando llegaron a la casa de la desposada, ésta se sentó en una silla a la entrada del portal. Todos los invitados escuchaban cómo la mocedad cantaba unos cantares la mar de típicos. La moza más farfanta dió un cacho de rosquilla a la novia y todos empezaron a cantar :

Partela con los tus dientes
y da della a tus parientes.

Partela y danosla.

Partela y danosla.

Partela con las tus muelas
y da della a tus abuelas.

Partela y danosla.

Partela y danosla.

Partela con la tu navaja
y da della a tu cuñada.

Partela y danosla.

Partela y danosla.

Partela con los tus comeros
y da della a tus abuelos.

Partela y danosla.

Partela y danosla.

Partela con las tus uñas
y da della a las garduñas.

Partela y danosla.

Partela y danosla.

Tus amores me rinden, niña ;
tus amores me hacen ándar,
tus amores me hacen ándar,
tus amores me hacen ándar.

Esto, todo cantado con ese dejo conventual y de iglesia, con un tono gangoso, sí que es una muestra de los cantares verdaderamente típicos, salidos de la medula de la aldea, con su poesía, su música y su espíritu completamente rústico. Luis se entusiasmó con tales cantares epitalámicos; en ellos está encerrada el alma toda de los aldeanos de la parte llana de la provincia leonesa.

Su letra y su música son de una sencillez tan rudimentaria, como su espíritu poético. Contrastando esta música espontánea con algunos de los cantares regionales llevados al pentagrama se puede apreciar lo que se apartan estos últimos de los verdaderamente típicos. Su música es una música jugosa y melancólica, como son los paisajes de la parte montañosa; susurrantes, como los ríos cantarines; con murmullo de frondas, que hablan de avellanos, castaños, nogales y abedules. Son a propósito para cantarlos en esas alamedas umbrosas los días de romerías, y por los mozos y mozas de timbrada garganta, chocando las ondas sonoras con las montañas, con los peñascos, repitiéndolos el eco en las noches de luna... Sí, esas canciones recogen la poesía bucólica de los límites norte y nordeste. Pero éstos que ha oído Luis son secos como las parameras maragatas, bañezanas, coyantinas y leonesas; parecen llevar en ellos la vida trabajosa y mísera de quienes los cantan...

Después que terminaron los cánticos, el padre de la novia salió con un cántaro de vino y una jarra y empezó a repartir tragos a diestro y siniestro. Luis bebió sin escrúpulo, para que no dijesen. Y algo se le debió subir a la cabeza, porque, con admiración de los presentes, empezó a vociferar unos cantares de tierras de Maragatería:

Guapa la novia cual naide,
y guapo el novio cual denguno.
Dios les dé hijos a docenas
y a centenares los mulos.

A las doce se pusieron a comer. La comida fué opípara: mucha tajada y mucho vino. El más anciano de los asistentes rezó una especie de *Benedicite*. La humeante tartera de barro era visitada frecuentemente por cucharas y tenedores; nada de platos, y eso que ahora ya los van empleando. A

la tartera iban a parar las babas de todos, y menos mal que aquel día nadie dejó de lavarse. Cuando Luis llevaba la jarra a la boca oía por todos los lados: «¡Que aproveche! ¡A la salud de Dios!» De vez en cuando se oía regoldar, como diría Sancho. En cuanto terminaron de comer, la mocedad organizó el baile, amenizado por los dulzaineros de «Laguna Negrilla».

Teresa estuvo sufriendo toda la tarde, porque deseaba bailar el baile corrido, que la recordaba sus años de rapaza. Pero no se atrevió siquiera a insinuar a Luis su deseo. Los hombres ya maduros, sentados en las varas de los carros, en las estevas de los arados, formando corrillos, repetían las eternas conversaciones sobre la sementera, sobre el ti tal o cual, rencillas, envidias, pasiones, todos los bajos fondos del hombre, que lo mismo en la aldea que en la gran urbe predisponen a la maledicencia.

A las nueve de la noche Luis estaba aburrido de tanto baile. Una vez más se convenció de que para los mozos y mozas ardientes la libertad que disfrutaban en las aldeas es el mayor goce de su vida.

Teresa y Luis pasaron una nohcecita como la de los novios, a quienes la mocedad no dejó en paz un momento, impidiéndoles el aislamiento...

El siguiente día de tornaboda era domingo, y continuaron el baile y las comilonas.

Nuestra pareja, en cuanto pudo, salió del pueblo harta de bodas. Serían las dos de la tarde cuando el *auto* pasaba por Villamontán. Luis mandó parar y se fué a ver el trozo de calzada romana, que todavía se conserva como el primer día. Cuando Astorga era Astúrica Augusta, capital de la República de los amacós y convento jurídico, al cual estaban adscritos, según nos entera Plinio, los vándalos y cántabros, salían de ella cuatro caminos romanos: uno a Galicia, por el puerto de Foncebadón (que era por donde se entraba en Galicia

antes de abrirse la carretera por Manzanal), de cuyo camino se separaba, pasando por Villafranca del Bierzo, la vía para el valle de Valdeorras. El segundo partía para Castilla, pasando por La Bañeza. El tercero se dirigía por el puente de Orbigo, atravesando el reino de León, y el cuarto debía ser, según todas las probabilidades, el que se dirigía al valle de Vidriales, y que conducía a Braga, pasando por la Puebla de Sanabria.

La calzada que estaba pisando Luis era, pues, la vía militar que enlazaba Astorga con Braga. Se entretuvo en medirla. Justo: tres metros; una vía militar secundaria. Las grandes vías, como la Apia, tenían cuatro metros, cincuenta centímetros, y la Valeria, cuatro ochenta; la anchura de los andenes variaba entre uno y dos metros. Además había las vías agrarias, o lo que hoy llamamos caminos vecinales.

Luis miraba los trozos de empedrado de esta calzada y quedaba ensimismado, completamente embobado, pensando en la grandeza de los romanos. ¡Unos diez y ocho siglos, y todavía se pueden ver aquellos caminos, tan excelentemente hechos! La construcción de las vías romanas era costosísima. Después de excavar el suelo hasta llegar, si era preciso, al terreno sólido, se nivelaba y apisonaba el fondo de la excavación; se reforzaba con estacas, si la solidez no parecía suficiente; después, sobre una capa de arena de diez o quince centímetros de espesor, o bien de argamasa de veinticinco milímetros, se extendían cuatro capas de fábrica: primero, piedras planas, ligadas con un cemento muy duro; después, una capa de betún; encima, otra capa de betún, más fino y cilindrado, y cuarto, la cubierta, muy resistente, que variaba según la clase de materiales que hubiese por donde pasaba la vía. ¡Y así, de esta manera, setenta y siete mil kilómetros!, según se desprende del itinerario de Antonino.

Se acordó de Villalís, que estaba allí cerca, donde tantas lápidas interesantes se han desenterrado. Se acordó del precioso mosaico que descubrieron en Quintana de Marco, en un pago de fincas rústicas perteneciente a la abuelita de un primo suyo (1). El nombre de los villares viene, sin duda, de estar en aquellos tiempos tal paraje poblado de villas romanas, donde los legados, centuriones, decuriones, intendentes y demás jefes romanos pasaban el estío descansando de los azares y trabajos de la guerra. El sitio, tan saludable y delicioso, en una vega amenísima y frondosísima, cerca del Orbigo, era muy a propósito para el descanso.

Si se siguiesen las excavaciones se encontrarían nuevos hallazgos.

Los que sacó doña Balbina fueron varios a cual más interesantes, bajo el punto de vista histórico y artístico. Uno es una placa ovalada, de plata, con letras de oro incrustadas, que mide siete centímetros y medio de largo por cuatro y medio de ancho. Y se lee:

A
MARTI
TILENO

Por esta placa supone el autor de esta obra que el Tileno fué, o una divinidad indígena, o el nombre de algún legado romano.

Los romanos, audaces colonizadores, perspicaces y sumamente listos, unían sus divinidades (después de Augusto) a las de los países conquistados. Así, en todas las regiones donde pusieron su planta se encuentran en amable compañía a los dioses

(1) Este mosaico se descubrió en unas fincas propiedad de doña Balbina Casado de Llamas, no de don Darío de Mata, como erróneamente dicen algunos historiadores locales. Al autor le interesa hacerlo constar así.

de su mitología y a los de las extrañas. Marti-Tileno. Marti-romano, Tileno-amaco, vándalo, cántabro, ¡quién sabe! Acaso Tileno fuese un legado de la legión VII, que se encomendaba al dios guerrero.

Otro de los objetos hallados es un pavimento de mosaico de vivos colores, perfectamente conservado, que representa un asunto mitológico: el cuadro de Hilas, compañero de Hércules, en la expedición de los argonautas.

Luis estaba cansado de contemplar este mosaico. No podía olvidarse del apuesto mancebo con un aire de elegancia inconfundible. Y menos podía olvidarse de las tres doncellas romanas que están como tentándole: medio desnudas, con preciosos collares y esclavas. La mujer, en todos los tiempos, edades y latitudes, ha gustado de adornarse con collares y pulseras y demás. Las figuras bellísimas de este mosaico son una de tantas pruebas.

Teresa se había quedado en el coche. Al llegar Luis le dijo:

—Ha pasado por aquí el ti Pelos, y me preguntó si no íbamos a las comedias de su pueblo, que es aquel...

A Luis ya lo mismo le daba llegar a una hora que a otra a las viñas, así que asintió:

—Pues vamos allá, si tú quieres.

—Yo sí.

Y partió, raudo, el automóvil. ¡Comedias en las aldeas! El que quiera darse una idea de cómo fué el teatro y la escena en los tiempos de Juan de la Encina, Gil Vicente, Torres Naharro y Lope de Rueda, que presencie unas comedias en cualquier aldea de la provincia leonesa. Tal vez las enseñanzas escénicas de los comediantes aldeanos datan de cuando Lope de Rueda, autor, comediante y director de escena a la vez, andaba por toda España representando comedias en cuadras y plazas

públicas. Entonces no había descanso para espectadores y actores, pues durante los entreactos cantaba el coro, escondido entre arpilleras y colchas, que hacían el oficio de telones y decoraciones. Exactamente igual ocurre hoy durante las representaciones de comedias.

Luis y Teresa llegaron a pie a la plaza, donde se estaba representando una cosa así como un drama. Dos facinerosos dieron muerte, en un minuto, a media docena de hombres, con gran estruendo de sables y pistolones. Los sables, espadas y pistolas no pueden faltar en estas comedias de capa y espada. Recordaba Luis que su tío tenía una panoplia muy bien surtida de armas de todas clases, y que no había mes no fuese visitado por una comisión de mozos para que les dejase «los sables». El instinto y espíritu guerrero salen en estas fiestas. A los hombres, a las mujeres y a los rapaces les entusiasma ver sables y espadas y pistolones de gran calibre, y ver rodar por el escenario muchas víctimas. Comedia sin sables y sin víctimas es comedia perdida. Por eso *Don Juan Tenorio* tiene tanta aceptación y es representada en casi todas las aldeas. Luis observaba a los espectadores y a los actores, y por dentro se reía a carcajadas. Los mozos y mozas declamaban como debían declamar todos los cómicos antes de que Máiquez empezase las enseñanzas aprendidas del gran Talma. ¿Y el vestuario? Uno había en calzoncillos, con pelerina, con sombrero de copa, que parecía un tubo de una chimenea, pues era de fabricación casera, y ¡armado de sable y espada! Teresa y Luis gozaron grandemente con este espectáculo. Teresa, tomándolo todo muy en serio e interesándose vivamente por el desenlace de aquellos desafíos. Luis, riéndose de la ufanía y de cómo todos los espectadores asentían por lo bien que lo hacían los comediantes.

Terminó la representación de aquel drama de bandolerismo, y Luis exclamó:

—¡Menos mal que no ha habido riñas!

Teresa estaba interesadísima y subyugada por lo que acababa de ver. No hablaba, no contestaba a lo que Luis la decía. Como adivinase que contenía la risa, dijo, muy enfadada:

—¿De qué te ríes, soso? ¡Lo harán mejor los señoritos! Lo han hecho muy bien, muy bien.

Luis, que estaba contento con la alegría de su querida, corroboró:

—Sí, sí; muy bien, muy bien. Te voy a hacer una pregunta. ¿Cómo aprenden los papeles las mozas y mozos que no saben leer?

Teresa le miró, extrañada, como extrañadísima de tal pregunta.

—¡Ah, soso! ¡Como que tú no lo sabes!

—No lo sé, mujer. Si lo supiese no te lo preguntaría.

—Pues mira: unos meses antes, el que sabe más de letura y ha visto muchas comedias escribe los papeles, y por la noche, después del rosario, lo lee alto, y así aprenden.

—Aprenden—corrigió Luis.

Prosiguió Teresa:

—Yo trabajé en *Diego Corrientes*. ¡Y lo hice más bien, si vieras!

Todo el diálogo era ya en el *auto*, camino de las viñas. Luis contó algunos casos de los muchos que se han dado representando comedias.

—Mira: una vez, no recuerdo en qué pueblo, tenía que salir a escena un mozo que hacía de Virgen. Pero no salía. El público, impaciente, empezó a pedir a gritos: «¡Que salga la Virgen, que salga la Virgen!» Y entonces, un mozarrón, alzando las colchas que servían de telones, dijo, a voz en grito: «¡Se está afeitando!»

Otra vez, representando *Don Juan Tenorio* en otro pueblo que no recuerdo o no quiero recordar,

por no saber leer bien los versos ni entender la puntuación, dijo uno: «Si buena muerte os quité. ¡ Mejor! Sepultura os di.»

Otra vez tenía que salir a escena una madre dando de mamar al crío. Pero se conoce que en el preciso momento no se encontró el crío necesario. Y tuvo que recurrirse a un rorro con buenos dientes. El chiquillo, ante los globos lácteos de su opípara doncella moza, clavó los dientes en..., ya te puedes figurar. Y un ¡ay! de dolor conmovió al auditorio, al mismo tiempo que se la oyó decir: «¡ Condenao! Me mordió...»

Estaba obscureciendo. Después de pasar la casilla de Consumos, Luis mandó parar, y se bajaron. El *auto* siguió a las viñas. Y la pareja subió al sitio que él llamaba el Pico de las Musarañas...

CAPITULO VIII

DESDE EL PICO DE LAS MUSARAÑAS

—Desde aquí sí que se domina bien casi toda la parte oriental de la provincia; y si no fuese por esas cumbres—y señalaba las del noroeste—se vería toda entera. ¡Qué vistas más bonitas! ¡Qué grande es nuestra provincia!

Teresa, por hablar, preguntó:

—¿Sí? ¿Es muy grande?

—Mucho. Más de diez y seis mil kilómetros cuadrados. Mira, para que te des cuenta, te diré que desde cerca de Lláneves, al noroeste, al Puen-te de Domingo Flórez, al sudoeste.

—Anda. En Domingo Flórez tengo yo un tío.

—Cállate y no me interrumpas.

—¡ Ah, soso !

—Pues desde allí hasta allí, te señalo allí, para detrás de esas montañas del Teleno, que es donde está el Vierzo y Domingo Flórez, hay cuarenta y cuatro leguas. Y desde Valdefuentes de Valderas hasta muy cerca de Redipuertas, que está allá, muy lejos, al norte, pegando con esa gran cordillera que se llama Cantábrica, veintitrés leguas, que es la mayor anchura.

Teresa miraba con curiosidad todos los sitios que Luis señalaba con el dedo.

—Mira : esas grandes montañas son las montañas de León. Y aquella gran cordillera se llama Cantábrica, y es la que sapara a León de Asturias, de Gijón.

—¡ En Gijón estuvo mi hermana el año pasao, en los baños !

Teresa, cuando oía un nombre conocido, saltaba como una ardilla para hacer ver que estaba enterada de muchos pueblos.

—Aquella cordillera, volteando por la parte oeste, separa a León de Lugo y Orense ; esa parte de la cordillera no la vemos desde aquí porque nos lo impide ese estorbo.

—¿ El Teleno ?

—Muy bien. Veo que estás atendiendo, Teresa. Y la dió un beso en premio a su atención.

Teresa ensanchó los ojos, llena de satisfacción, dispuesta a escuchar bien la lección práctica de geografía.

—Aquélla y la cordillera del Teleno, que se ve bien toda desde aquí, es donde están las mayores alturas de la provincia y los sitios más pintorescos y deliciosos. La cordillera Telénica divide en dos partes bien marcadas a la provincia : la parte oriental, que es ésta, donde estamos nosotros, porque vemos antes salir el sol que los que están en la otra parte de la montaña, que se llama occidental. En esta cordillera, de norte a sur, están los puertos de

Foncebadón, Manzanal y Cabrera. ¿Ves el santuario de la Virgen del Castro?

—Sí.

—Pues más allá, un poco más allá está Astorga. Desde la nevera, en días claros, se ve a Pedro Mato. Y enfrente están los puertos de Manzanal y Foncebadón, por donde se entra en la parte occidental, y por donde entraremos nosotros cuando vayamos a Ponferrada. Seguiremos la línea férrea que pasa por Vega Magaz. Subiendo sin cesar llegaremos a otro puerto que se llama Brañuelas, el más alto de esta parte: mil metros sobre el mar Mediterráneo, pues el más alto de la provincia está para allá, lindando con Asturias, el puerto Pajares, la estación de Busdongo, que es la última de la provincia leonesa en la línea de León a Gijón, y está a mil doscientos treinta y tres. Veremos la Granja, por donde está el túnel del lazo; todo a las márgenes de bonitos ríos, de encantadores paisajes, que no los cambio por los tan cacareados de Suiza. Iremos luego a Ponferrada y a Villafranca. Pasaremos por Toral de los Vados. Veremos el río Bustia y el aurífero Sil y otros ríos encantadísimos, y esa deliciosa campiña que termina en Quereño, primera estación de Galicia.

Teresa saltaba, loca de contento.

—¡Qué gusto, qué gusto, qué gusto!

Y le echó un brazo al cuello, rodeándose e inclinando la cabeza como si estuviera cansada.

—¿Estás cansada?—quiso adivinar Luis.

—No. ¡Qué va! Es que quiero estar muy juntita contigo.

—¿Deseas marchar? Tú, por lo que veo, con lo que te he dicho, no tienes más ganas que de que cojamos el *auto* y... ¡hala, hala!, por ahí de pindongueo. Ten paciencia, mujer. Ya sabes que me gusta mucho esto. Hasta que no se haga noche no marchamos.

Teresa se puso morrucia.

—Si yo quiero lo que tú quieras. Como si quieres que estemos aquí toda la noche. ¡Ah, soso, qué soso eres!

Se separó y se tumbó en un montón de céspedes. Los dos quedaron pensativos largo rato. Por la mente de Luis pasaron algunos de sus muchos conocimientos históricos. Miraba las llanuras sin límites que van a confundirse con las de Palencia y Valladolid. Miraba las cumbres de la cordillera Cantábrica y quedaba ensimismado. Entusiasta de la civilización romana, hacía esfuerzos imaginativos para darse una idea aproximada de las luchas que tuvieron los soldados del Imperio con los aborígenes leoneses. ¿Lucharon los legionarios romanos con los aborígenes leoneses o con los indígenas? No hay que confundir estos dos vocablos, como hacen algunos historiadores. Para ser indígena basta una sola generación; para aborigen es imprescindible que el origen del individuo se confunda con el origen de la raza. ¿Llegaron los fenicios, griegos y cartagineses a este rincón de la península? Nada se sabe. Todo lo que se cuenta no son más que fábulas.

Pocos años después de expulsar los romanos a los cartagineses del suelo hispano llegaron al reino de León, según se colige del consulado de Lúculo en Casiodoro y comprueban Aurelio Víctor y Carlos Sigodino en los fastos y triunfos romanos sobre los consulados del año 602 de la fundación de Roma, o sea ciento cuarenta y cinco antes de Jesucristo. Según se desprende de Dión Casio y de Tito Livio y de la oda octava de Horacio, los habitantes de León y Astorga eran inconquistables e invencibles. Por esto todo lo que se relaciona con este período está tan confuso.

Al ser asesinado Julio César, en pleno Senado, le sucedió su sobrino Octavio, a quien se le conoce con el nombre de Augusto. Publicó éste, por los años 38 antes de Jesucristo, un edicto invitando

a todas las familias romanas a hacer un esfuerzo para terminar de someter a los pueblos indómitos astures transmontanos. Y entonces es cuando se sabe de cierto que los leoneses lucharon contra los legionarios enviados por el Senado romano.

Si ahora, que la riqueza y el bienestar de la vida han aumentado en un ciento por ciento, viven todavía en las aldeas malcomiendo y malvistiendo, ¿cómo vivirían hace veinte siglos? Se figuraba a sus primitivos antepasados en forma de bestias, durmiendo en cuevas, en cavernas, cubriéndose con pieles de alimañas, de cabras, de ovejas; armados de cachiporras y hondas, luchando incesantemente con las fieras, con los elementos y con los semejantes, que eran otras fieras. Desde luego, sólo estarían pobladas las faldas de las montañas, los bosques, al refugio de los fríos. La parte llana, que es casi toda la oriental, es seguro que estaría despoblada. Los historiadores que han querido penetrar y hacer luz en las tinieblas de las edades prehistóricas no han conseguido más que confundir a los que se han asomado a divisar el arcano de los tiempos primitivos. Una cosa es indudable: los leoneses fueron antes pastores que agricultores. La agricultura la trajeron las legiones romanas o nació al amparo de esas luchas que mantuvieron para conservar su libertad e independencia, según dicen todos los historiadores. ¿Libertad, Independencia, Patria? ¿Qué palabras eran ésas para unos hombres que desconocían la constitución de los Estados, las leyes más rudimentarias, las reglas morales y sociales más esenciales? ¿Qué libertad y qué independencia iban a perder unos hombres que eran esclavos de todos los elementos, y de todas las necesidades fisiológicas, y de todos los semejantes que les rodeaban? Los historiadores, ofuscados y miopes, no han visto otra cosa que lo que otros historiadores más antiguos les han mostrado. Y todo lo han arreglado: con escribir Independen-

cia y Libertad están al cabo de la calle. No ; los turmódigos, los egurros, los vacceos, los amacos, vándalos y demás pueblos que cita Plinio, al ver ante su presencia las legiones enviadas por Vespasiano Agrippa, yerno de Augusto, y dirigidas por Cayo Antistio, Carisio y Cayo Furnio, las hicieron frente guiados del instinto de lucha y sanguinario que en todas las épocas ha anidado en el ser humano. Lucharon con ellos porque eran extraños, por esa ley fatal que obliga a unos hombres a despedazar a otros. Nada de libertad, independencia y patria ; el significado de estas palabras, en realidad, no existía, no podía existir.

Luis miró con detenimiento toda la cornisa del Cantábrico ; por debajo, por el llano, vinieron las legiones romanas, la Legión VII Gémina. ¡Qué pueblo más grande, más culto, más artista, más inmenso, más guerrero, el romano ! Luis detestaba a todos los pueblos opresores, a todos los colonizadores y civilizadores, porque bajo esas palabras no se esconden más que crímenes y rapiñas. Pero hacía una excepción : el romano. De las antigüedades romanas han quedado unos ladrillos, que pueden verse en el Museo Arqueológico de León ; en ellos se lee : «Ley VII, Gem. P. F. Legión Séptima Gémina, Pía, Félix, constituída en España por Augusto.» Se llamaba gémina porque se componían de dos y se refundían en una cuando era necesario. También pueden verse muchas lápidas sepulcrales y urnas cinerarias. En el itinerario, que algunos atribuyen a Antonino, se lee correctamente : «Legio, Séptima, Gémina».

Era entonces León el término de un camino que, viniendo de Italia, cruzaba las Galias y toda España, de este a norte. Los romanos dejaron huellas indelebles de su paso por este reino, en puentes, calzadas, medallas, monedas, mosaicos y explotaciones mineras.

Al retirarse los últimos restos de las legiones,

cuando el Imperio se bamboleaba, queda una laguna inmensa al historiador. Durante la dominación visigoda, según el cronicón de Idacio, las tierras leonesas viéronse azotadas por los bárbaros, librándose en ellas algunas batallas, siendo digna de mención la que tuvo lugar en las riberas del Urbicus, hoy Orbigo. Después de siglos vuelven los leoneses a ver otras gentes extrañas: eran compatriotas, eran leoneses y castellanos que venían huyendo de los sarracenos, que, como llevados por el viento, se apoderaron de toda España con inconcebible facilidad. ¿Lucharon los leoneses de la actual provincia con los leoneses del reino de León? No se sabe, porque los historiadores no dan pie con bola hablando de estas primeras irrupciones. Lo que parece fuera de duda es que los que pudieron se refugiaron en las asperezas de las montañas de las cordilleras de Asturias, León y Galicia. Los sarracenos, según el historiador bañezano Juan Ferreras, se apoderaron de León en el 717, después de demoler muchas murallas.

A principios del siglo x ya empieza a verse claro en las tinieblas de los tiempos medios. Se sabe de cierto que Mohamed ben Abdallah ben Amir Ahmer, vulgo Almanzor, llegó a Astorga y hasta Santiago de Compostela, llevándose las campanas, en hombros de cautivos cristianos, hasta Córdoba, donde hicieron el oficio de lámparas. En una de sus irrupciones periódicas hizo huír de León a Bermudo, el *Gotoso*, a los riscos de Asturias, con las reliquias de los santos.

La célebre religiosa leonesa, la abadesa Flora, qué fué cautivada con otras compañeras, nos dejó consignados los estragos de los sarracenos en tierras leonesas, destruyendo ciudades, desmantelando muros, cortando cabezas a golpe de alfanje, no habiendo aldea ni castillo que se librase de la universal devastación.

A principios, pues, del siglo x, los testimonios

históricos ciertos empiezan a contarse en abundancia: escrituras de donaciones, fundaciones de monasterios, cronicones, catedrales. En el año 915, Ordoño II se tituló ya Rey de León.

Durante toda la Edad Media, la provincia apenas si disfrutó de paz: unas veces luchando con los extraños y otras en guerras fratricidas. Desde la segunda unión con Castilla, el hecho más importante es la invasión de los franceses. Napoleón, que alteró la geografía de todas las naciones, alteró los límites de esta provincia, dándola el nombre de Prefectura de Astorga, en cuya capital residía el prefecto y subprefecto, siendo la línea divisoria, por el sur, la cordillera que ha separado siempre las Asturias de los reinos de Castilla y León, desde el río Navia, cerca de la aldea de San Salvador, hasta el puerto de San Clodio; por el este, la Prefectura de Palencia; al sur, la de Salamanca, y al oeste, las Prefecturas de Orense y Lugo, que componían los departamentos del Sil y Miño Alto. La Prefectura de Astorga marcaba seiscientos treinta y una leguas cuadradas.

En 1822 se hizo otra división territorial, dividiendo la actual provincia en dos: una con el nombre de León y otra con el de Villafranca del Bierzo. Los confines eran los mismos que tuvieron después de la primera división, hecha en el siglo XVIII por el gran estadista Floridablanca, en que se dividió en tres partes: la capital, Ponferrada y Asturias; excepto por el oeste, que sufrieron alguna modificación. Ellos eran: al norte, Oviedo; este, Palencia; sur, Valladolid y Zamora, y oeste, Villafranca. La línea occidental empezaba en la sierra, al occidente del lago de Truchillas y al sur de Santa Olalla; continuaba hacia el norte, pasando entre ese pueblo y Villarino, al oeste de Hiruela y entre Nogar y Corporales, y, siguiendo por el monte Teleno, iba dando vuelta bien marcada al oeste, buscando la división de aguas, pasando

entre Bouzas y Pobladura de la Sierra, y después volvía hacia el norte, por la Cruz de Fierro, al oeste de Manzanal y Brañuelas, entre Espina del Fresno y Barrio de Nistoso; seguía siempre por la sierra y división de aguas del Orbigo, pasando por la montaña de Salientes, cortando el Sil por Villarino y siguiendo la collada del Cerrado y puerto de Leitariegos, donde concluía. El límite septentrional formaba la dirección por toda la mencionada sierra, hasta la Peña de Espiguete. El oriental empezaba en el puerto de San Clodio, hasta Villada, que era el término. El sudoeste meridional partía de la confluencia del río Sequillo y arroyo de los Templarios, por Villada y Villacreces, hasta Melgar de Arriba, donde encontraba el río Cea; esta línea cortaba el Esla entre Varionnes y San Miguel de Esla; rozaba el sur de Pobladura del Valle, y entre Herrero y Maire cortaba el Orbigo, atravesaba el río Eria por encima de Arrabalde, continuando al oeste, pasando por Ayoo de Vidriales, Cubo, Quintanilla y Justel, terminando en la sierra, al oeste del lago Truchillas (1).

Luis, siguiendo esta línea imaginaria de la división del 1822, había ido dando la vuelta completa a su cuerpo, y, acordándose que desde la Portilla se podía trazar con la vista toda esta curva divisoria, dijo en voz alta:

—Desde allí—y señalaba la Portilla para arriba de Jiménez—sí que es fantástica la vista. Se pueden precisar las riberas de todos los ríos que corren por la parte oriental.

Aunque ya la hoja empezaba a amarillear y caer y los contornos de las masas de arbolado no se destacaban, como en la primavera, con su verde intenso, que a lo lejos es un negro claro, todavía

(1) Algunos de estos pueblos, comprendidos en la antigua división, se han agregado o segregado a las provincias limítrofes.

se podían señalar las márgenes de los ríos, sobre todo las del Orbigo. Todas con dirección sudeste.

El horizonte, a medida que obscurecía, iba siendo menos sensible. El azul oscuro de las montañas se había cambiado en negro.

La pareja seguía callada.

Teresa miraba a hurtadillas a Luis. Después de breve rato preguntó ella :

—¿ Es aquella torre la de la Virgen de Castro-tierra ?

—¿ No te la señalé antes ? Cuando te hablo parece que estás en Babia. ¿ En qué piensas ?

Dijo estas palabras la mar de enfadado, y ella, arrepentida, se levantó y empezó a hacerle caricias.

—Rico, si siempre estoy pensando en ti.

El la apartó, todavía molesto, diciendo :

—Bueno. ¡ Déjame !

Teresa, muy morrucia, se volvió a sentar, y escuchó con suma atención lo que Luis la contaba.

—Sí, aquella es la ermita de la Virgen de Castrotierra.

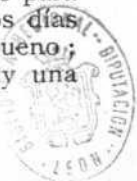
—Hace cinco años fui yo, con los de de mi pueblo, a la procesión, y, ¡ ay !, si vieses, un primo mío se reventó por llevar un pendón.

Luis no pudo menos de exclamar :

—¡ Qué animales !

Teresa se le quedó mirando, sin saber a qué atribuir aquella frase.

—Antes de esa procesión, que, sin duda alguna, es la más pintoresca de toda España, y acaso de la Cristiandad, se hacía otra parecida, llevando a la Virgen del Caño desde Riego de la Vega hasta Astorga. Siendo obispo de Astorga Santo Toribio, una pertinaz sequía abrasaba los campos ; los aldeanos acudieron al prelado asturicense, y éste les dijo que fueran en peregrinación al Castro para implorar a Dios Nuestro Señor. A los pocos días llovía. Esto será verdad, pero no lo creo. Bueno ; lo cierto es que desde entonces, cuando hay una



sequía grande, los pueblos de nueve leguas a la redonda la votan. Ya te acordarás tú bien de cuando fuiste. ¡Quince kilómetros de procesión! Los curas, pujando a la Virgen; los mozos de las aldeas, llevando los pendones, y los pobres, las cruces de las parroquias. Y luego, los curiosos, oferentes... y las parejas de la Guardia civil.

Yo fuí este año a la romería que se celebra en el Castro cuando llevan la Virgen, después de cantarle el novenario en Astorga. Por cierto que me hicieron reír mucho unos mozos que cantaban como cantáis en los pueblos, con ese dejo de cántico de difuntos o de iglesia, aquello de :

Daynos agua,
daynos vino,
daynos habas.

.....
.....

Un vencejo les pasó rozando. Él exclamó :

—¡Dentro de diez años, o quizá antes, volaremos mejor que ese vencejo! ¡Qué goce más infinito poder volar...! Visitaremos todos los picachos de las sierras y en el pico más alto del Teleno pondremos, en el verano, una mecedora y un botijo.

Teresa le miraba embobada. Todavía no habían llegado a ella las hazañas de Lindbergh atravesando el Atlántico de un salto, sin más compañía que una gata y un hueso de gallina como amuleto.

—Si supieras leer bien, Teresina, te enterarías de muchas cosas.

—¡Bah! No me importa. ¡Soy muy feliz así!

Tal era lo cierto. Y para sus adentros empezó a filosofar sobre la sabiduría y la felicidad, que es preciso ignorar muchas cosas para ser feliz.

Teresa se había tumbado todo lo larga que era. Tenía al aire hasta más de medio muslo. Su falda de cuerpo, color rosa, daba una incitación especial

a su figura. El firmamento se poblaba de estrellas. Las luces del alumbrado de La Bañeza, como puntitos luminosos, parecían otras estrellas más rasando el horizonte. Luis se levantó de un salto, al mismo tiempo que decía :

—A mí nada me extraña. El día que me digan que algún aviador salió del radio de acción de la tierra, te prometo, Teresina, que vamos a trasladarnos de domicilio inmediatamente. Nos estableceremos en Marte o en Júpiter. Creo, es preciso creer que esos mundos no serán tan miserables como este.

Quedó parado y entusiasmado. Teresa, retozona, rodaba por el césped como una chiquilla ; en una de las vueltas, al estar cara arriba, alzó las piernas y empezó a patalear en el aire. Y, claro, todos sus encantos más recónditos dieron a Luis el gran espectáculo. Se agachó y la besó en los ojos.

—¿ Quieres... ?

Una rana, acaso la última rana de la temporada, croaba desafortadamente en los charcos del puente colgante. Cuando la pareja bajaba del Pico de las Musarañas, el reloj del Salvador les avisó que eran las nueve. La Luna asomaba su faz rojiza por oriente. Luis no pudo reprimir un insulto.

—¡ Qué cosa más idiota, estúpida y cargante es la Luna ! Estoy de ella hasta la punta del pelo más largo. Si sé que nos estaba mirando, la vuelvo...

Teresa iba apoyando la cabeza en el pecho del amante, con los ojos cerrados.

—Tú me guiarás. No me llesves por mal sitio, que voy con los ojos cerrados. ¡ Luis !

—¡ Qué !

Se pararon.

—Dame un beso—pidió ella.

—Toma.

—¿ Me quieres mucho, Luis ?

—Mucho.

—¡ Si vieses qué sueño tengo ! Hoy no fumarás ni leerás, ¿ verdad ?

—Haré lo que tú quieras, mujer.

—Dame otro beso. Pero muy fuerte. Aquí...

Y asomó la punta de la lengua. Ahora iban entrelazados por la cintura. Llegaron a las zarzas del camino y la obscuridad los tragó...

Era la última noche que pasaban en las viñas.

CAPITULO IX

EL PASO HONROSO DE SUERO DE QUIÑONES

Pasaron por la carretera de Veguellina a gran velocidad, como deseosos de alejarse de un sitio peligroso. Teresa miraba con atención toda la parte izquierda.

—Mira, mira mi pueblo. ¿ Ves allí ? Entodavía están en las eras apaleando habas.

Luis no la hizo caso y ni miró para donde ella señalaba. Cerca de Vecilla abrió la boca.

—Mira, Teresina, que si te viesen ahora tus amigas de estos contornos, en automóvil y de señorita... ¿ Te conocerían ?

El *auto* pasó raudo por entre unos carros cargados de paja ; en uno de ellos iba una aldeana joven, que quedó mirando, embobada, a Teresa, y volvió la cabeza hasta que los perdió de vista. Pasaron por la estación de Veguellina sin detenerse, echando sólo una ojeada a la chimenea de la fábrica de azúcar. Y al llegar cerca del puente de Hospital de Orbigo, Luis mandó parar el *auto* y bajaron. El pueblo de Hospital sugería a Luis históricos recuerdos. El puente sobre el Orbigo, de construcción romana, estaba aún para desafiar la

acción devastadora de los siglos. Y, si se encuentra ya casi inservible, es más que nada por abandono. Agarrados del brazo se dirigieron al puente, desde donde se divisa casi todo el término de Hospital. Luis rememoraba lo que sabía acerca del celeberrimo paso de Suero de Quiñones, el hecho de armas más famoso de toda la Edad Media. Miraba para todas las partes, como queriendo reconstruir los hechos pasados, tan sobresalientes en el mundo de la caballería andante. Le parecía que de un momento a otro iba a ver a Suero de Quiñones y sus nueve paladines, lanza en ristre, defendiendo el paso.

—¿Qué piensas, hombre?—le preguntó Teresa, al mismo tiempo que le sacudía un brazo.

Y entonces Luis empezó a hablar, explicando a Teresa lo que, al parecer, no la importaba gran cosa.

—Las mujeres, Teresa, habéis hecho cometer a los hombres muchas tonterías, muchos hechos famosos, muchas hazañas inverosímiles. Estos que ves ahora campos de soledad..., mustias riberas, fueron en tiempos escenario de un hecho famosísimo, que han guardado las historias. Un joven paisano nuestro, de la misma edad que yo, y ya sabes que tengo veintiséis, llamado Suero de Quiñones, estaba preso en las redes amorosas de una hermosa doncella, acaso también paisana nuestra. Además de preso era esclavo, y, como signo de esclavitud, todos los jueves traía un hierro al cuello. Te voy a contar la historia de este paisano, valiente y joven leonés, enamorado locamente de su dama. Escucha y no me interrumpas, que esta historia es más bonita que esos cuentos de brujas que tanto te entusiasman.

Estando el muy alto y muy poderoso rey de Castilla y León, Juan II, con la muy ilustre, virtuosa y discreta señora doña María, su mujer, y con el excelentísimo príncipe, su hijo y heredero,

don Enrique, y con el magnífico señor don Alvaro de Luna, maestre de Santiago y condestable de Castilla, y con asaz de otros caballeros, prelados y hombres ilustres de su magnífica Corte, en la villa de Medina del Campo, viernes 1.º de enero de 1434, a la primera hora de la noche. Estando en su sala en grandes fiestas y agasajos, el honorable caballero Suero de Quiñones, con los otros nueve gentileshomes, armados todos en blanco, muy discretamente y con muy humilde reverencia, llegó adonde el rey estaba sentado, y, besándole pies y manos, con un faraute que llamaban avanguardia, le presentó una petición hecha de la siguiente o parecida guisa: «Que siendo preso de amor de una señora de gran tiempo acá, ahora, en nombre del Apóstol Santiago, yo he concertado mi rescate, el cual es trescientas lanzas rompidas por el asta, con fierros de Milán de mí y destos caballeros que aquí son estos arneses. Rompiendo con cada caballero tres lanzas, contando la que hiciese sangre como rompida, este año del qual hoy es el primero día. Conviene a saber, quince días antes del Apóstol Santiago, abogado y guiador de nuestros súbditos, e quince días después, salvo si antes de este mi rescate fuera cumplido. Esto será en el derecho camino por donde las más de las gentes suelen pasar para la ciudad de Santiago. Certificando a todos los extranjeros que allí se hallarán arneses, caballos, armas e lanzas, tales que cualquier caballero de dar con ellas. E notorio sea a todos los caballeros de honor que cualquiera que fuese por aquel lugar donde yo estaré, que si non llevan caballero o gentil-home, que haga armas por ellas, que perderán el guante de la mano derecha. Mas lo dicho se entiende salvando dos cosas: que vuestra Majestad no ha de entrar en estas pruebas ni el muy magnífico Condestable de Castilla don Alvaro de Luna.»

Después de leída esta petición, el rey entró en

consejo con sus altos homes, fallando que lo debía conceder y otorgar. Mientras todo esto se verificaba, la gente joven danzaba en la sala. Debían ser unos bailes al estilo de ahora, americanos: mientras cenaban, danzaban. Pues, bueno, después de danzar, Suero de Quiñones hizo leer los capítulos de esta muy alta empresa. En ellos se daban las condiciones en que se había de luchar. Suero de Quiñones estaría aquí, en estos mismos sitios que estamos viendo tú y yo ahora, cerca de este puente, quince días antes del Apóstol Santiago y quince días después. Todos los caballeros que pasasen por ese camino, que antiguamente se llamó francés, porque viniendo de las Galias, bajando los Pirineos y bordeando las vertientes meridionales de la cordillera Cantábrica, se metía en Galicia, salvando el puerto de Foncebadón, lo empleaban los peregrinos para ir al sepulcro de Santiago, tenían que contender con Suero y sus nueve paladines, y si no querían tenían que dejar alguna arma de las que llevaban, o la espuela, hasta no verse en hecho de armas tan peligroso o más que éste. El último capítulo, que hacía el número XXII, decía que si la señora de quien él estaba esclavo de amor pasara por este lugar, perdería, igual que las demás, el guante de la mano derecha; pero con la diferencia que sólo él podría hacer armas por ella, pues «que en el mundo non ha quien las pueda facer tan verdaderamente como yo».

Después de leídos todos los capítulos, el valiente Suero dió una letra o carta a León, rey de armas del poderoso monarca de Castilla, para que fuese por toda la cristiandad pregonando que aquí, en el puente de Orbigo, cerca de la entrada de Galicia, en el camino francés, tan concurrido aquel año, por serlo de jubileo, esperaba él y sus nueve amigos guardando el paso.

Mucho le debió costar a Suero esta broma, pues fijate que desde el primer día no dejó un momento

de gastar. Mientras el rey de armas y otros farautes andaban por luengas tierras publicando los capítulos de las justas, Suero de Quiñones se dió a buscar armas y caballos y las demás cosas necesarias para tan importante empresa. Envió a cortar madera a los montes de los Concejos de Luna, Ordás y Vallellamas, lugares del señorío del famoso y generoso caballero Diego Fernández de Quiñones, padre de dicho Suero. Ese caballero debía ser inmensamente rico, cuando dejaba gastar a su hijo, en una empresa tan baladí, muchos miles de maravedises, en aquel tiempo que apenas se tenía para comer. Todo esto que alcanza nuestra vista le debió de pertenecer. Las propiedades que aquí tenían los templarios, de él eran. Trajeron las maderas en trescientos carros de bueyes. Allí, por ese llano que bordea el río, fué por donde debieron armar la liza de madera, que tenía ciento cuarenta y seis pasos de largo, y de altura, como una lanza de armas. Para que lo entiendas mejor, hicieron una especie de plaza de toros; pero cuadrada, en vez de redonda; en medio había dos tribunas, una para el jurado y otra para los extranjeros que viniesen a honrar el Paso. Unos sesenta pasos del puente de San Marcos, de León, en el camino francés, pusieron una estatua de mármol, bien aderezada de vestido y sombrero, puesta la mano siniestra en el costado y tendida la mano derecha hacia donde iba el camino francés, en la cual estaban unas letras que decían: «Por ahí van al Paso.» El día 10 de julio fueron armadas veintidós tiendas en estos parajes que estamos pisando tú y yo. De las cuales dos eran grandes y estaban plantadas cabe la puerta de la liza, por donde entraban los aventureros, y allí se armaban de todas las armas; en las otras posaban los mantenedores y demás que a ver las justas venían. Muchos grandes señores de todos los reinos de León, Castilla, Aragón y Navarra concurren a estas fiestas para honrarlas, y a to-

dos aposentó Suero de Quiñones con esplendidez en algunos lugares cercanos. Y, además, fué mucha la gente común que concurrió a gozar de tan señaladas fiestas. Fíjate cómo estaría esto de animado hace cinco siglos; aquí se verían gentes de La Bañeza, Astorga, Murias, Valencia, Riaño, Sahagún; en fin, de toda la provincia. El sábado, quince días antes del Apóstol Santiago, notificaron al virtuoso Quiñones que a la puerta de la liza estaban tres caballeros alemanes que venían a las pruebas del Paso. Oír esto nuestro Suero y holgarse mucho fué todo uno, porque aquellos caballeros parecían de grandes hechos de armas. ¿Te gusta todo esto, Teresina?

Teresa, por no desairarle, le contestó que sí; pero la verdad era que no le interesaba poco ni mucho lo que oía. Luis prosiguió.

—El domingo 11, al amanecer, empezaron a sonar las trompetas y otros menestres altos y a mover y azorar los corazones de los guerreros que iban a justar. Suero y sus nueve compañeros se levantaron y oyeron misa en esa iglesia que se ve desde aquí, casi derruida por tantos siglos como pesan sobre ella. Esa iglesia era de la Orden de San Juan, y estaba aneja al hospital, que servía de refugio a los peregrinos que pasaban a Santiago de Galicia. Después de la misa, Suero salió con fuerte caballo, con paramentos azules bordados de la divisa y fierro de su famosa empresa. Encima de cada divisa estaban bordadas unas letras que decían, en francés: «*Il faut deliberer.*» Él vestía un falsopeto de aceituní vellud bellotado verde, brocado con una uza de brocado aceituní vellud bellotado azul. Sus calzas eran de grana, italianas, e una caperuza alta, de grana, con espuelas de rodete, italianas, ricas, doradas. En la mano, una espada de armas desnuda, dorada. Llevaba en el brazo derecho, cerca de los morcillos, su empresa, de oro, ricamente labrada, tan ancha como dos dedos, con

letras azules alrededor, que decían unos versos en francés. En pos de él iban tres pajes, en muy ferrosos caballos. El primero paje llevaba los paramentos del caballo de damasco colorado, con cortapisas de martas cibelinas, e todos bordados de muy gruesos rollos de argentería, a manera de charpetas de relada, e llevaba puesto en la cabeza un almete, encima del cual iban figurando un árbol grande, dorado, con fojas azules e manzanas doradas, y del pie salía revuelta una culebra verde, a semejanza de la del paraíso terrenal. En medio del árbol iba una espada desnuda, con letras bordadas, que decían : «*Le oray ami.*»

—¡Oy, hijo, cómo hablas! No te entiendo casi nada.

Luis rió y descansó un poco para tomar aliento. En seguida siguió relatando el Paso.

—Es que así hablaban en aquellos tiempos; y sólo te digo algunas palabras antiguas; si te dijese todas, no me entendías. Y eso que algunas las seguís empleando en las aldeas. ¿No dices tú, mesmo, ferro, dende, legras, rescibí...

—Eso sí... ¿Sabes lo que se me viene a las mientes...?

—Si mientes no te creo... No...

—¡Bueno! No seas bobo. ¿Sabes lo que se me viene a las mientes?

—No, mujer; ¿cómo lo vay a saber? A lo mejor estás pensando en el baile del tamboril de tu pueblo.

—¡Ah, podenco! No, pues no.

—Pues di.

—Que eres muy listo.

—¡Ah!—abrió la boca, y su faz se llenó de vanidad—. Muchas gracias, mujer; me has hecho casi ruborizar; muchas gracias, aunque yo quería que para ti, en vez de listo, fuese guapo.

Teresa, zalamera, guiñando los ojos y ladeando la cabeza, le llamó también guapo. Luis se hinchó. Por lo visto, tenía en mucho la opinión de su que-

rida, y ahora, en este momento, llena de sinceridad, limpia de cualquier móvil interesado, tenían un valor inapreciable aquellos piropos.

El *chauffeur*, sentado en el automóvil, miraba deslizarse las aguas del Orbigo con un gesto de aburrimiento inaguantable.

De vez en cuando pasaban por el puente carros y viandantes, que interrumpían a Luis la conferencia histórica que estaba dando a Teresa.

—No te impacientes y escucha hasta el fin, pues deseo que en todo momento te instruyas y vayas dejando esa capa de fiera salvaje. Ya sabes que en Madrid te voy a presentar a mis amistades como si fueses mi esposa...

Teresa no pudo reprimir un sonido de intensa alegría.

—Conque escucha: Delante de Suero iban sus nueve paladines, uno en pos de otro, vestidos de su falsopetos e calzas de grana y uzas azules bordadas de las hermosas divisas y hierro de su capitán; pero con sus arneras de piernas e brazos graciosamente parecentes. Los paramentos de sus caballos eran azules, bordados de la misma divisa, y encima de cada divisa, letras bordadas que decían: «*Il faut deliberer.*» Delante de estos nueve mantenedores iba un carro lleno de lanzas con fuertes fierros de Milán. Encima de las lanzas, unos paramentos azules y verdes, bordados de adelfas, con sus flores, y en cada árbol una figura de papagayo, y encima un enano guiando el carro. Delante de todo esto iban las trompetas del rey y los caballeros con atabales oxilelos moriscos traídos por el juez Pero Barba. Cerca del capitán iban muchos caballeros a pie, algunos de los cuales le llevaban un caballo de rienda, por orden e por antigüedad. Estos eran don Enrique, hermano del Almirante de Castilla; Juan Pimentel, hijo del conde de Benavente; don Pedro de Acuña, hijo del conde de Valencia; don Enrique, su hermano, y otros ge-

nerosos caballeros. Con tal orden entró Suero en la liza y dióle dos vueltas, y a la segunda hizo su parada, con sus nueve compañeros, delante de la tribuna de los jueces, e allí les requirió a que se cumpliesen todos los capítulos. Tras esto se levantó don Juan Pimentel, conde de Benavente y Mayorga, y rogó a Suero de Quiñones que, si era herido, fuese substituído por él, y lo mismo querían don Enrique y don Pedro de Acuña. A éstos respondió Suero que si él era herido entrase en substitución Enrique, rogando a los jueces aprobasen tal petición.

Primer día de combate: El lunes siguiente de esto que te he contado, al amanecer, los músicos comenzaron su alborada, moviendo los humores de los poleadores para les poner mayor brío y esfuerzos en sus corazones. Y los dos jueces subieron al cadahalso, y con ellos el rey de armas, el farante y también los trompetas y los escribanos, para dar testimonio de lo que los jugadores hiciesen. Muy contentos, los nueve mantenedores se fueron a la gran tienda donde Suero tenía su capilla y altar, con preciosas reliquias e ricos ornamentos. El cual, con ellos y con el Almirante don Fadrique y otros principales caballeros, oyeron misa de algunos religiosos de la Orden Predicadores que allí tenía Suero. Y les decían tres misas: una al amanecer, otra a la hora de prima y otra a la hora de tercia. Luego se armaron, así ellos como el primer contendiente que se presentó, que era un alemán llamado Micer Arnaldo de la Floresta Bermeja. Los jueces proveyeron de gentes de armas que asegurasen el campo igualmente a todos. Y fueron treinta buenos escuderos con ballesteros y piqueiros. Suero de Quiñones vino a la liza muy acompañado e con mucha música, y poco después entró el alemán, acompañado de los dos hermanos Fablos, valencianos, y de otros caballeros que les quisieron honrar, y con buena música. Y al punto

los jueces mandaron dar una grida, o pregón, que ninguno de los espectadores fuese osado, por cosa que sucediese a cualquier caballero, dar voces o aviso, o menear la mano nin facer señas, so pena de que por hablar le cortarían la lengua, y al que hiciese señas, la mano. Entonces no andaban en bromas, en seguida cortaban la lengua o las manos. ¡Qué benditos tiempos aquellos! ¡Cómo los echan de menos esas fieras sanguinarias que se esconden, medran y pasan por buenas en la sociedad presente! En el primer encuentro le metió el alemán a Suero la lanza por el guardabrazo, desgarneciéndolo y llevándole un buen pedazo sin romper la lanza. En la segunda carrera encontró Suero al alemán y le metió la lanza por debajo el sobaco, sin llegar a ferirle, aunque muchos lo creyeron. Al cabo de unas cuantas carreras habían rompido tres lanzas entre ambos. Los jueces los mandaron salir de la liza, y Suero convidó a cenar al alemán. E ambos fueron acompañados e con mucha música a sus posadas. Y así, como este primer encuentro, todos los días siguientes hasta el 9 de agosto. Sesenta y ocho aventureros caballeros se presentaron en los treinta días a luchar peligrosamente con Suero y sus nueve mantenedores. Había catalanes, portugueses, aragoneses, italianos, valencianos y un alemán, que fué el primero que justó. Se rompieron ciento sesenta y seis lanzas en setecientos veintisiete encuentros o carreras. De manera que faltaron, para las trescientas lanzas que se habían de romper, ciento treinta y cuatro, que no se rompieron por falta de tiempo. Todo esto que te he contado sucedió, hace cinco siglos, en estas riberas del Orbigo que tú y yo contemplamos ahora tan pacíficamente. ¿Te ha gustado?

Teresa, que estaba deseando verse en el *auto*, camino de León, dijo, jovialmente:

—Sí, sí, mucho.

—¿Quieres que te cuente más?

—¡ No, no, no !

Teresa hacía señas al *chauffeur*, y el *auto* empezó a trepidar. Mientras se acercaba tuvo tiempo de decir Luis :

—Y aquí también fué donde, dirigiéndose el rey Sancho, el *Bravo*, a Astorga, con motivo de asistir a la misa de un prelado, le salió al encuentro su hermano, el díscolo y pependenciero infante don Juan, que desde Valencia (la cual desde entonces se llama Valencia de Don Juan) se mantenía en actitud hostil contra su hermano. Le salió al encuentro con ínfulas desafiadoras, acompañado de ricos-homes y caballeros leoneses y gallegos. La causa de tal actitud era la envidia que tenían todos los magnates al privado don Lope de Haro. Sancho, el *Bravo*, le contestó que al día siguiente se verían en Astorga y allí les desagraviaría. Así fué. Al día siguiente, día de San Juan, 1387, presentáronse tumultuarios a las puertas de la ciudad, amenazadores y con ganas de armar líos. El rey se hallaba en la iglesia, puesta la corona. Y el obispo, revestido de pontifical, tuvo que salir y decir a nuestros paisanos, los ricos-homes leoneses, que cuando llegase el conde don Lope satisfaría la demanda de los alborotadores. Esta es una de tantas muestras del poder y desobediencia de la nobleza de la Edad Media.

Al pasar por el santuario de la Virgen del Camino vieron profusión de automóviles y de señoritas con sombrero.

—¿ Qué sucede? ¿ Qué es eso?

Una tierruca, que estaba tomando el sol y cuidando unas ovejas, les enteró :

—Es una boda de señoritus.

—¿ Quieres que entremos, Teresa?

—Yo sí.

Entraron. Se celebraba una boda de señoritos de León. Teresa, como mujer joven, estaba muerta de curiosidad, sentía necesidad imperiosa de oír

y ver a los novios decir el «sí». Atrevida, me metió entre los invitados, consiguiendo ponerse en el altar de los contrayentes.

Luis se quedó mirando los cuadros votivos, que vistos por la noche, a la luz de una lámpara, debían poner a uno carne de gallina. Enfermedades curadas, tragedias de la vida ocasionadas por microbios y accidentes, estaban en aquellos cuadros pintadas con esas pinturas que dan a las figuras carácter espantable. Sólo faltaba un ciego coplero, con un puntero, para relatar aquellos horrores. Se acordó del miedo que le entraba cuando, de chico, veía, los días de mercado, telones de las coplas con crímenes repugnantes. Ya es raro ver esos tristes cuadros espantando a las gentes. Rogamos a las autoridades terminen definitivamente con esa costumbre, que más bien que una condenación es un panegírico del crimen.

Todos los *autos* empezaron a moverse. Los invitados salían del santuario, con la alegría que dan estas fiestas. Teresa quedó entusiasmada de lo guapa que iba la novia, y, sobre todo, del vestido blanco.

En el confuso tropel de los locomóviles siguieron hasta Trobajo, donde los demás *autos* pararon y ellos continuaron, no sin antes preguntar Teresa a ver qué eran aquellas casas tan raras.

—Esos son los hangares donde se guardan los aviones.

Luis iba a fijarse bien en la cara que pondría Teresa al entrar en León y ver cosas que nunca había visto ni tenía noción de ellas.

CAPITULO X

LEÓN

Con la boca abierta, no ; con la boca entreabierta, sí, quedaba al ver las altas casas modernas, los escaparates de lujo, la gran circulación de viandantes y vehículos por las calles de Ordoño, Ancha y otras.

Llegaron al hotel.

—Quiero el número siete.

—¿...?

—Ne te importe. Entre más estrecha, mejor.

—¿...?

—No, no ; quiero ésa. Ya sabes que siempre que venía con mi tío lo ocupábamos. Y...

No necesitaba más explicaciones el amigo de Luis.

Subieron al número siete. Se lavaron, se arreglaron y bajaron al comedor. Después tomaron café en el Lion d'Or. Cerca de las cinco empezaron las muchas compras que tenían que hacer. A Teresa se la marchaban los ojos en los escaparates de trapos y chucherías. La primera compra que hicieron fué unos pares de zapatos que a Teresa la entusiasmaron. Ante los escaparates de Benéitez, de Eladio Santos, de Puente y de otros, que compiten en gusto, surtido y novedad con los de las mejores capitales, se quedaba clavada, como en éxtasis. El instinto del bien parecer, que anida en toda mujer, se desarrollaba por primera vez en el cerebro de Teresa ante los escaparates con los objetos de última moda.

—¿Quieres que compremos eso? ¿Te gusta aquello?

Todas estas palabras ponían fuera de sí a la querida de Luis, que gozó aquel día lo que no es decible.

Cuando regresaron al hotel el cuarto estaba inundado de paquetes, cajas, envoltorios. Cada paquete desenvuelto era mirado y remirado, y los más insignificantes detalles constituían sorpresas para la nueva poseedora. Teresa gozaba infinito ante estos regalos del amante; pero él no quedaba atrás, contagiándose ambos de sana alegría.

—Hoy ya es tarde. Mañana iremos a una buena modista que te haga un equipo a la última.

Los ojos de Teresa brillaron como nunca, y, loca de agradecimiento, de alegría y de buenos sentimientos, se agarró al cuello de Luis, le clavó su boca en la boca, los ojos en los ojos, y, haciendo un movimiento giratorio a izquierda y derecha, le derribó en la cama. De tal manera le besaba, le estrujaba y le zarandeaba, que debían crujir todos los huesos de los dos amantes.

—Te quiero como una loca. Si la vida me pidiesen por ti, la daría ahora mismo. Bésame fuerte, fuerte, como yo a ti. ¡Vida! ¡Hermoso! Yo te comía...

.....

Ya obscurecía cuando salieron a la calle. Las aceras rebosaban viandantes. Autos y camiones pasaban incesantemente. Al bajar por la calle Ancha tuvieron un tropiezo. Iban agarrados del brazo, cuando...

—¡Luis...! ¡Luis! ¡Luis!

La corriente humana les arrastró a un lado, metiéndoles en un rincón, a la orilla del reguero humano. Luis se quedó aturrullado, pasmado, embaazado. No había pensado en tal encuentro. Un poco rehecho, hizo las presentaciones:

—Mis primas Quela, Chuchi y Alegría... Mi esposa, Teresa...

Apretones de mano, palabras torpes, palabras que vienen a la boca arrastrándose. Y a todo esto, rozándoles la corriente, moviéndoles como mueve el agua de un reguero la bardonera o basura que arrastra a las orillas. Chuchi fué la primera en soltarse de la orilla y dejarse llevar por la corriente.

—Parecemos unos pasmarotes.

Y los cinco engrosaron el caudal que bajaba por la derecha. Llegaron sin sentir hasta la estatua de Guzmán, hablando animadamente. Chuchi y Quela estaban extrañadísimas con el nuevo matrimonio.

—¿No decías que tú nunca te casarías?

—La vida, el mundo son así.

Teresa quería hablar, pero temía soltar alguna inconveniencia.

—¿Y vosotras? Supongo tendréis novio, supongo...

—No supongas nada, porque tus suposiciones nunca me han agradado. Sí, Chuchi tiene novio, y está en Madrid haciendo oposiciones. Alegría, nada. Y yo, también le tengo, pero hoy estamos de monos; desde hacía días está majareta. Hoy, seguramente, le conocerás. Porque ahora vendréis con nosotras al *bar* Azul, que está estupendo. Un baile que pa qué. Quitá el hipo.

—Ésta es un hacha bailando el charlestón. Pero mejor es que vengáis a casa a ver a mamá.

Quela, que veía la noche perdida, sin poder ver al novio, empezó a poner obstáculos.

—Seguramente mamá habrá salido de visita. Mejor mañana. Bueno, mañana, desde luego os esperamos a comer. Ahora vamos al *bar*.

Y fueron. Jóvenes de la aristocracia leonesa se movían en las dislocaciones de un baile. Teresa se asombraba de ver aquellas contorsiones de epilépticos, y por poco estuvo que no preguntara: «¿Qué hacen?» Aquello era para ella completamente des-

conocido. ¡Buena diferencia de los bailes de su pueblo!

Se sentaron, y Luis pidió cerveza. Al poco momento se vieron rodeados de los amigos y amigas de Chuchi y Quela. Un pollo pera se inclinó en figura de charlestón, poniendo morros de topo, pidiendo baile.

—Chuchi, estás jamón. Estupenda, chica.

—¡Qué bárbaro eres, Tolín! ¡Ah! Vamos...

Uno, dos, tres, cuatro, seis..., casi una docena se acercaron a Teresa solicitando bailar.

Quela enteraba a todos:

—Es casada, niños.

Teresa, con tanto solicitante, estaba que no cabía en sí. Luis, también satisfecho de que su querida gustase tanto. Pasaron una velada agradabilísima, sintiendo que llegase la hora de marcharse.

Tenían pensado salir después de cenar, pero se sentían cansados y optaron por ir a la cama.

Casi medio dormidos, preguntó Teresa:

—¿Por qué tenías tanto empeño en que te diesen esta habitación?

—Porque este cuarto es para mí histórico. Aquí, de bruces sobre la cama, lloré el único suspenso que me dieron en el Bachillerato. Aquí sufrí horrores cuando me hicieron una operación. Tú fíjate, sin anestesia arrancarme pedazos de carne de dentro de las narices. Sufrí como los martirizados en la Inquisición.

Teresa rogó:

—No hables de eso. ¡Oy!, me pongo...

—Y aquí era donde, siempre que veníamos a examinarnos, velábamos noches enteras con la zozobra y la inquietud de los que están en capilla. Y aquí...

Un verano vine con mi tío, en agosto. El mismo día que se declaró la guerra europea entré yo en... Estábamos en el café Iris, cuando llegaron dos paisanos. Tomamos café juntos, y en seguida uno de

ellos dijo: «Vamos a dar unas vueltas por el jardín.» «No tardéis»—ordenaron mi tío y el padre del otro muchacho—. Nos levantamos y salimos a la calle. De los tres que íbamos, yo era el más joven, pues apenas contaba catorce años. Los otros ya habían entrado en quintas. Yo observé que se metían por callejuelas extraviadas y que no nos encaminábamos al jardín. Desconfiando, pregunté adónde íbamos. «Vamos a ver a una tía mía que tengo en la calle...»

A mí me sorprendió que a tales horas se recibiesen visitas. Pero lo decía con tal seriedad, yo era tan pabisbol, que les seguí tan creyente en lo que decían. Llegamos a una casa de mal aspecto. El mayor, al llamar, dijo: «Ya estamos en casa de mi tía.» Abrió una mujer que no era precisamente una madre de familia. Subimos a un gabinete que a mí me pareció elegantísimo, y yo, aunque maliciaba, no creía que aquello... Cuando aparecen por la puerta tres jóvenes con pitillos en la boca. Yo me debí poner como una guinda, porque recuerdo que estaba encendido. Luego entró una señora gordísima, con un llavero en la cintura y fumando también. Dió unas palmadas y gritó: «¡Niñas! ¡Al salón!»

Vi entrar otras tres o cuatro. Yo, cohibido, sin apenas poder respirar, me dejaba acariciar y besar y hacer mimos. Yo creo que los goces del cielo de Mahoma, comparados con lo que yo gocé, son una tontería. El caso fué que aquella noche...

Al volver al hotel estaban esperándonos mi tío y el padre de los muchachos con gestos de malas pulgas. Tuvimos una bronca fenomenal; conmigo no iba nada, porque los dos señores en seguida se dieron cuenta que me habían llevado engañado. Yo no dormí en toda la noche, obsesionado con lo sucedido y temeroso de que mi tío se levantase a averiguar... ¿El qué? Mi ignorancia me hacía pensar cosas preciosísimas. Al regreso, en mi pueblo, no

hacía más que olfatear la camisa, impregnada de polvos y esencias. ¡Qué vanidoso y qué hombre me sentía! A todos los amigos les conté mil veces lo sucedido. Los llevaba para detrás del *tutisio*, les metía la camisa en las narices y, muy ufano, les decía :

—Qué bien huele, ¿eh?

—Yo no huelo nada—aseguraba alguno.

—¡Hombre, no me fastidies! ¡Qué olorín más rico!

—¡Ufff! ¡Uy! ¡Qué rico! Huele bien, verás.

Los más fantásticos terminaban por oler, pero otros aseguraban que ya no olía a nada. Sin embargo, la tuve puesta en el cuerpo lo menos quince días, hartándome de olerla a todas las horas del día y de la noche. Hasta llegué a guardarla en un cajón, convirtiéndola en un fetiche de amor. Para mí ya no había misterios, ya sabía cómo era una mujer desnuda, ya sabía...

Con la palabra en la boca se quedó dormido. .

.....

A la mañana siguiente, muy temprano, fueron a la Catedral. A Luis le entusiasmaba, y Teresa, al oírle tantos elogios, decía :

—¡Ah, soso! ¿Cómo, siendo tan judío, la alabas tanto?

—Porque es una maravilla de arte, porque en su interior hay sugerencias inexplicables. Sus cristales policromados, su media luz, su elegancia, su esbeltez, todo hacer venir a la boca la palabra maravilla; doble maravilla, por ser construída en siglos incapaces de producir más que esculturas y tallas terroríficas. Parece imposible que en tiempos tan rudos se encontrasen artistas tan artistas como los constructores de esta maravilla.

Teresa oyó misa con gran devoción. Y Luis admiró por centésima vez todas las cosas admirables de la *pulchra* leonina.

La mañana la iban a dedicar a ver edificios an-

tiguos, como son las Casas Consistoriales, la de los Guzmanes, la de Luna y el palacio de los marqueses de Villasinda y San Marcos, deteniéndose en el Museo Arqueológico. Toda la mañana la emplearon en esto. A la una en punto subían por las escaleras de la casa de su tía. Salió a abrirles, ¡cómo no!, Ñoña, la cocinera.

—¡ Señorito ! ¡ El señorito Luis ! ¡ Qué guapo y qué simpático !

Si la cocinera no hubiera sido tan vieja, es seguro que a Teresa la da un mal rato, despertándole los celos. Esta mujer era en la casa algo imprescindible. Llevaba treinta años, viendo nacer a todos ; así que tenía derechos ilimitados para tomarse toda clase de libertades y confianzas. Por otra parte, Luis la debía ser sumamente simpático, porque siempre que le veía, estuviese donde estuviese, le empezaba a dar abrazos, con el mismo cariño que una madre.

Todos los de la casa llegaron al recibidor con esas caras bobaliconas que se ponen en las visitas.

—Pasad, pasad.

Entraron en el comedor... Estaban ya comiendo. Llegaban a los postres. Servían arroz con leche. Y la señora de la casa se vió precisada a decir :

—Esta cocinera, la pobre, como es tan vieja, cada día lo hace peor. Lo encontraréis duro, ¿ verdad ?

Y cuando Chuchi ponía a la cocinera que no había por donde cogerla, entra ella diciendo :

—Señorito Luis, está mala la arroz ; muy dura, sin gracia. No la hice yo ; se empeñó en hacerla la señorita Chuchi...

Luis no quiso ver los colores de guinda de que se tiñeron los rostros de sus bellas primitas. ¡ Esta Ñoña, esta Ñoña !

Ricardito, el único varón de la casa, para calmar la situación, se enteró de los sitios visitados durante la mañana por la pareja. Luis, haciéndose el des-

entendido, y como si no hubiese oído a Ñoña, habló :

—Sólo nos falta San Isidoro. Si quieres, Ricardito, nos acompañas mañana. Visitaremos la tumba de los reyes leoneses y recordaremos Historia. A ti, puesto que este año vas a empezar con el preparatorio de Derecho, te convendrá que hagamos un repaso de nuestros monarcas. Siempre es conveniente...

Después de comer estuvieron en el suntuoso Casino nuevo y comprando lo que a Teresa se la antojaba. Cuando obscureció fueron al *cine*. Y después de cenar, Luis invitó a sus primas al teatro. Teresa, con tanta diversión, tantos agasajos y tantas cosas nuevas, apenas se daba cuenta de lo que la pasaba. ¡Cómo iba ella a soñar con estas cosas!

CAPITULO XI

SAN ISIDORO. LOS REYES DE LEÓN

Cuando en el año 1050 se construyó San Isidoro, era una basílica románica, con nave central, dos estrechas naves laterales, un crucero y tres ábsides de medio tambor. Las areniscas de su argamasa le daban un tono amarillento y rojizo. Ornamentado con dientes de sierra ajedrezado. En los tímpanos de sus puertas, en los capiteles de sus columnas y en los salientes de los aleros, los escultores de la época derrocharon ingenio en esculturas interesantísimas, algunas muy paganas y otras muy indecorosas, abundando las religiosas. Parece que los tallistas y escultores de la Edad Media, hartos de tanto asunto místico, metían de vez en cuando figuras que parece imposible hayan llegado hasta

nosotros y no fuesen destruídas por algún canónigo intransigente. Es para convencerse de que los artistas, aun en las épocas de más obscurantismo y de más guerra a la carne, salían triunfadores con su sensualismo ; pero un sensualismo degenerado, contrahecho, a veces simbólico, para no alarmar. Y así se ven ángeles con un fuelle metiéndoselo, por salva sea la parte, a otro ángel ; canónigos con medio cuerpo de cerdos ; clérigos con pezuñas y cuernos rodeados de hojarasca. Todos los artistas, por naturaleza, son paganos y sensuales ; quien quiera convencerse, que estudie detenidamente estas figuras, tallas y relieves de catedrales, colegiatas y monasterios.

San Isidoro fué edificado para depositar las reliquias del Santo. Luego se guardaron allí las de las Santas Cristeta y Sabina y las de San Vicente. Más tarde fué convertido en panteón de los primeros Reyes de León. Las sepulturas se hallan en la capilla de Santa Catalina, separada de la iglesia por el claustro, y todas ellas han sido profanadas por los franceses cuando la guerra de la Independencia. En tiempos de los Reyes Católicos se hicieron grandes reformas, substituyendo el ábside central por otro rectangular. En años posteriores se colocó un escudo y una imagen de estilo barroco. Se encalaron las piedras y se pintaron de amarillo los capiteles.

Chuchi, Quela, Alegría, Ricardito, Teresa y Luis, formando un grupo muy atrayente, encaminábanse por la Avenida del Padre Isla a San Isidoro. Aunque el sol señalaba media mañana, la animación y el tránsito eran grandes, notándose en comercios y demás establecimientos industriales la vida pujante de la capital del antiguo reino de León. Modernas casas de elevada altura, bulevares bien urbanizados, abundancia de *bares* y de *bar-mans*, espectáculos a todas las horas, mujeres irreprochablemente vestidas, con mucha elegancia y

mucho garbo ; sacándose en consecuencia que León es un pueblo rico y con progreso latente. Luis, hablando de esto, decía, según caminaban hacia San Isidoro :

—Hoy León es una de las mejores capitales de España, con riqueza propia, sin vida prestada. En pocos años se ha transformado radicalmente. Hay quien no se explica este engrandecimiento. Lo que no se explica es que no haya prosperado antes. Hay que tener en cuenta que es capital de una de las mayores y más ricas provincias de España. Hace un siglo había en León 1.300 casas, distribuídas en 73 calles, algunas callejuelas, cuatro plazas principales y varias plazuelas. Las calles, en pésimo estado, empedradas, las menos, de morrillos ; algunas, las principales, con aceras estrechísimas ; la mayoría, con pontejas. El alumbrado consistía en unos faroles distribuídos estratégicamente por plazas y calles, sujetos a la pared con palomillas de hierro. Había una botillería, tres médicos, una sociedad con mesa de billar, siete curanderos y escasísimos comercios y abundancia de conventos.

Ricardito creyó conveniente enterar a Luis que, a su parecer, el alumbrado era lo que menos había mejorado.

—Hay calles más oscuras que hace un siglo. No creas que todo está como las modernas vías ; a mi parecer, todos los vecinos tienen derecho a estar bien alumbrados.

Se encontraban ya en el interior de la colegiata. Alegría, poniendo el índice en los labios, sacó un sonido : «¡ Chist ! ¡ Silencio !» Ellas fueron a orar ante el Santísimo, que por privilegio especial está expuesto día y noche.

Ricardito y Luis pasaron al claustro y al Panteón Real. Estaban solos.

—Ricardito, ¡ qué cementerio, qué panteón más sombrío ! Tan sombrío como la edad en que vivieron estos privilegiados señores. Parece que, a veces,

el Destino se complace en perseguir a los humanos hasta más allá de la muerte. La vida azarosa que llevaron en vida la siguieron en muerte, siendo trasladados de iglesias y monasterios, y, cuando creían reposar definitivamente en este lugar, vienen los franceses, levantan las losas y, con ojos avarientos, escudriñan los ataúdes litócratas, en busca de fantásticos tesoros. Lo sombrío de sus moradas en vida se prolonga a esta morada eterna. ¡Qué panteón más triste, más lóbrego y más lúgubre! Las arañas y las cucarachas substituyen a las flores y a los pájaros. Aquí no entra el sol, ni apenas el aire. Parece que estos reyes están sepultados dos veces. Aquí descansan los reyes-caudillos, con todos sus crímenes y pasiones. ¡Qué cuadro más desconsolador! Adúlteros, asesinos, fratricidas, perjuros, ladrones. Quizá si fuese un panteón de bandoleros no tuviesen en sus vidas privadas una historia tan negra. Y estos reyes eran de lo mejorcito que había en Europa en la Edad Media. ¿Qué pueden echar en cara estos reyes cristianísimos a los emperadores romanos del paganismo? Aquéllos, dicen, estaban dejados de la mano de Dios. Y éstos, ¿de qué mano estaban dejados?

Ricardito leía o hacía que leía los epitafios de las lápidas.

—¿Sabes qué rey fué el primero de León?

Ricardito, que el día antes había estado repasando la Historia del bachillerato, afirmó, sin vacilar:

—Ordoño.

—Andas cerca, pero no. ¿Sabes el primer rey que trajeron a esta iglesia de San Juan?

—Ordoño.

—¿Qué Ordoño?

—Ordoño II.

—No, hombre, no; Ordoño II está en la Catedral. Sí lo sabes, es que no te has fijado.

Ricardito vaciló y casi empezó por darse por

vencido ; se armaba un gran lío con la descendencia de los reyes de León.

—Mira : el primer rey traído aquí fué Alfonso IV, llamado el *Monje*. Te voy a poner en antecedentes. El primer rey de León fué García, pues con este rey empieza a conocerse el reino. Una cuestión familiar, que hasta ahora se ignora, fué causa de la separación de Asturias y León, porque sabrás que Asturias y Galicia y León estaban sujetas a los caudillos asturianos, pues los primeros reyes de la Reconquista, más que reyes, eran caudillos, capitanes. Reinaba Alfonso el *Magnánimo*, y, como te digo, se puso contra él toda su familia : esposa, hijos, yernos. Hay quien dice que por los malos tratos que les daba, otros aseguran que la esposa no le amaba ; sea lo que quiera, Alfonso terminó por renunciar a la Corona, abdicando en sus hijos. García quedó con León ; Ordoño, con Galicia y parte de la Lusitania ; Fruela obtuvo el señorío de Asturias, y Ramiro, que era el más pequeño de los cuatro hermanos, quedó únicamente con el título honorífico de rey. El padre no quiso más que la ciudad de Zamora, donde murió. Luego entró a reinar Ordoño II, que gobernaba la Galicia. La historia de Ordoño la conoces bien. Aunque al morir este rey tenía cuatro hijos, los prelados y magnates nombraron a su hermano Fruela, que reinaba en Asturias ; así, de esta manera, todos los hijos de Alfonso el *Magnánimo* reinaron en León, viniendo a unirse otra vez los reinos de Galicia, Asturias y León. De Fruela apenas cuentan las crónicas, pues sólo reinó catorce meses. Murió de lepra. Como todos los reyes, se hartó de hacer donaciones al Clero. Antes de ser rey de León hizo un camino desde Soto de Rey hasta esta ciudad. Y ya llegamos al primer rey enterrado aquí.

Se acercaron a la tumba de Alfonso el *Monje*. Ricardito comenzaba a impacientarse.

—Ricardito: lo primero que debe saber todo leonés culto y que va a estudiar una carrera es la Historia de su tierra. Es una vergüenza encontrarse con leoneses que ignoran quiénes fueron los Ordoños, quiénes fueron los Alfonsos. Siendo una cosa tan fácil estar al corriente de los principales hechos.

Ricardito, con esta réplica, se puso sumiso y en disposición de escuchar allí toda la Historia de España.

—A la muerte de Fruela, todos sus hijos quedaron postergados, lo mismo que los de Alfonso III, eligiendo los grandes al hijo mayor de Ordoño. Lo que prueba que la Monarquía era electiva y hereditaria. Este Alfonso era un santurrón, tanto, que al quinto año de reinado se cansó de la Corona y se fué al monasterio de Sahagún, haciendo vida de fraile. Antes llamó a su hermano Ramiro, que se hallaba en El Bierzo, y, con asentimiento de los grandes, le cedió el cetro.

Pero el monje ex rey se debió cansar pronto de la vida cenobita, y, abandonando el claustro, vino a León en busca de las vestiduras reales, en época en que su hermano estaba ausente. En cuanto lo supo Ramiro, sin pérdida de tiempo llegó a esta ciudad, que se opuso a su entrada, no teniendo más remedio que cercarla y estrecharla hasta rendirla. Entró por las calles haciendo una mortandad horrible. Su hermano, que se refugió en una iglesia, fué prendido al instante y encerrado en un calabozo con grillos en pies y manos. Alfonso, Ordoño y Ramiro, hijos de Fruela II, sabedores de estos acontecimientos, quisieron aprovecharse de las discordias de sus primos, tramando un plan que fué descubierto por Ramiro, trayéndolos a poco de Asturias, encerrándolos en el mismo calabozo donde tenía al monje ex rey. Al día siguiente mandó sacar los ojos a sus tres primos y a su her-

mano. Luego los llevó al monasterio de Ruiforcós, donde vivieron rodeados de ciertas atenciones. Alfonso, el ciego, el monje, el ex rey, vivió todavía dos años.

Luego, Ramiro, de estas fechorías, se fué con su ejército en busca de los sarracenos, llegando a Magerit, hoy Madrid, según dice la crónica de Sampiro. En alianza con Fernán-González, venció varias veces a los musulmanes. La alianza con el castellano no duró mucho, pues, desconfiando de él, lo llevó prisionero y lo encerró en el castillo. Allí estuvo bastante tiempo, hasta que hizo juramento de dejar sus ambiciosas pretensiones. Y para sellar este juramento dió su hija Urraca en matrimonio a Ordoño, primogénito de Ramiro. Reinó veinte años, durante los cuales no descansó un momento. En un viaje que hizo a Oviedo enfermó, muriendo el 5 de enero de 950. Como todos los monarcas, a la hora de la muerte tomó el hábito penitencial, ante la presencia de obispos y abades. Estuvo casado con Teresa Florentina y con Urraca.

Acércate. Aquí está Ordoño III, hijo de Ramiro II. Según Sampiro, era un príncipe hábil, valeroso y discreto. Su hermano Sancho, llamado después el *Gordo*, envidioso y rencoroso, se levantó contra él, cosa frecuentísima en estos reinados, en que por menos de nada se levantaban hijos contra padres, hermanos contra hermanos, esposas contra esposos. El suegro de Ordoño III, Fernán-González, que, como te acabo de decir, había hecho juramento ante Ramiro de no hacerle guerra, se alió con Sancho el *Gordo*; así, fué perjuro e ingrato. Pero Ordoño tenía el reino lleno de fortalezas y castillos, y los dos insurrectos se estrellaron en las primeras embestidas, y quien pagó los vidrios rotos fué Urraca, pues Ordoño la repudió, para venganza de su suegro. Los gallegos también se alzaron contra Ordoño, y allá fué este rey a sofocar la rebelión.

Pronto hizo las paces con su suegro, Fernán-González, y juntos emprendieron peleas contra los musulmanes. Murió en Zamora, en agosto de 955, y fué enterrado en la iglesia de San Salvador, de esta ciudad.

Vamos a ver dónde está el *Gordo*. Mira, allí. Sí. Esta es. Parece un poco más ancha que las otras. Sancho el *Gordo*, como sabes, era hermano de Ordoño III; reinó poco, siendo destronado por Ordoño IV, el *Malo*, hijo de Alfonso IV, el *Monje*, que le hizo huír a Navarra. De allí pasó a Córdoba, donde los médicos árabes le curaron la obesidad, que era tal, que apenas podía andar y para subir a caballo tenían que ponerlo en unas andas. Abderramán y sus jefes le cedieron un ejército de agarenos para que recuperara el Trono. A los pocos meses entraba el rey cristiano, mandando tropas infieles; como si dijéramos, la cruz y la media luna del brazo. Las calles de León se llenaron de soldados de Mahoma, haciendo huír a Ordoño el *Malo* a las montañas de Asturias, sitio donde se refugiaban todos los malhechores. Todavía reinó el *Gordo* doce años y un mes, muriendo envenenado por el conde gallego Gonzalo, que gobernaba Lamego, Coimbra, Viseo, dándole a comer una manzana emponzoñada.

Ricardito preguntó:

—¿Y qué fué de Ordoño el *Malo*?

—No lo sé, chico. Apenas las crónicas dan noticias de él. Desde luego, aquí no está enterrado.

Ricardito leyó en un epitafio el nombre de Ramiro III.

—Justamente, ése era el hijo de Sancho I, el *Gordo*, y de Teresa. Como quedó huérfano muy niño, se confió la tutela y regencia del reino a su tía Elvira, que era monja, y a su madre, Teresa, que se metió en el claustro también. Gobernaron bien estas señoras, pues en el año 974 se dieron gracias a Dios en todo León por los beneficios que

disfrutaba el reino bajo la dirección de estas princesas monjas. Ramiro, tan pronto como fué mayor de edad, se apartó de sus ayas, tía y madre, y empezó a reinar funestamente. Era incumplidor de la palabra, desatento y acre en la conversación; ni instruído, ni veraz, ni discreto, según escribe Risco, copiando a los magnates, sus contemporáneos. Se casó con una señora, Urraca Sánchez, de no conocida familia. El proceder de Ramiro III dió lugar a que los condes de Galicia, León y Castilla se le hicieran enemigos, rebelándose los de Galicia y proclamando a Bermudo, hijo de Ordoño III, consagrándole en la iglesia de Santiago. Ramiro, en cuanto lo supo, fué allá con sus huestes, encontrándose en Portela de Arenas, donde se dió una batalla, sin que quedase decidida la victoria. Retiróse Bermudo a Compostela, y Ramiro a León. A los dos años murió Ramiro y entró a reinar Bermudo el *Goloso*, hijo de Ordoño III, como te he dicho. Ramiro III fué enterrado en San Miguel de Destriana, donde fué enterrado su abuelo Ramiro II. Siendo más tarde trasladados aquí. Bermudo murió de gota, después de un reinado amargado por los sarracenos y por las mujeres, en uno de los últimos meses del año 999, en un pequeño pueblo del Vierzo, llamado Villanueva. Su cuerpo fué después trasladado al monasterio de Carracedo, y de allí, años adelante, a la Catedral de esta ciudad, donde se conserva su epitafio y el de su segunda mujer, Elvira. Su hijo, Alfonso V, trasladó sus restos a este lugar. Tuvo dos mujeres legítimas: la primera, llamada Velasquitas, de quien tuvo a Cristina, que se casó con el infante Ordoño, dando origen a la familia de los condes de Carrión, tan célebre en la Historia. Se casó, viviendo todavía Velasquitas, con Elvira, o Geloira, hija del conde de Castilla Fernán-González, de quien tuvo varios hijos, entre ellos, Alfonso, que luego fué el

V de León, aunque más bien fué el II de León, pues el primero fué Alfonso el *Monje*.

Entonces existía el divorcio en toda su pureza, como hoy existe en Francia, América y otras naciones. Los reyes repudiaban, por las cosas más insignificantes, a sus legítimas esposas y volvían a casarse con quien les daba la real gana, asintiendo, y aun muchas veces aconsejándolo, los papas y clero.

Los siervos y pecheros se podían divorciar pagando una multa, que consistía en cierta cantidad de dinero o en una mula.

Así que ya puedes decir por ahí que en León existió el divorcio. ¿Sabes quién sucedió a Bermudo el *Gotoso*?

Ricardito, muy atento a todo lo que oía, aseguró:

—Alfonso V, el de los buenos fueros.

—Luis sonrió.

—De este rey sí sabrás algo, ¿eh?

—Un poco.

—Vamos a buscarle. Este es. Lee su epitafio.

Ricardito, con ayuda de Luis, deletreaba:

—*Qui populavit Legionem post destructionem Almanzor. Et fecit ecclesiam hanc de luto et latere.*

—Hijo de Bermudo el *Gotoso* y doña Elvira. Durante su reinado, Almanzor y su hijo Abdelmelik hicieron incursiones periódicas en nuestro reino; en una de ellas, el walí Abdallch hizo cautiva a una hermana de Alfonso, llamada Teresa, hermosa doncella leonesa. Se la pidió en matrimonio, y el rey se la dió. Y éste es uno de tantos ejemplos para convencerse de cómo disponían antiguamente de la voluntad de las doncellas. Pero esta señorita de la Edad Media debía ser muy templada, y así, el día de la boda dijo a su esposo: «Guárdate de tocarme, porque eres un hombre que detesto, y si lo haces, el ángel del Señor te herirá de muerte.» La crónica no dice si el árabe la tocó;

es seguro que sí; lo que dice es que terminó por meterse monja, muriendo en Oviedo en 1039. Este rey fué el que trasladó a este panteón a los reyes y el que más favoreció a los frailes; llenos están el cartulario y tumbo de León, y todos los pergaminos de su reinado, de privilegios otorgados por el santurrón monarca. Fué, como sabes, el que otorgó los buenos fueros a León. Conmina el Concilio a los transgresores de la ley diciendo: «Se les sacará los ojos, se les cortará los pies y manos y cabeza, sacadas las entrañas y derramadas, herido de lepra, y juntamente con la espada de la excomuni6n termine el diablo y los ángeles con el transgresor.» Así obraban estos reyes cristianos.

Dieron unos pasos y encontraron la tumba de Bermudo III.

—Bajo esta lápida descansa el único rey leonés de quien todos los historiadores hablan bien. Diez y ocho años tenía cuando ciñó la corona de León. El monje anónimo de Sahagún asegura que, aunque pequeño en edad, era esclarecido en saber. Durante su reinado fué cuando la familia vengativa de los Velas, que tanto debían al padre de Sancha, hermana de Bermudo, o sea de Alfonso V, cometieron aquellos asesinatos inicuos. Sabedores que el conde castellano García, antiguo rival, se encontraba aquí, en León, a casarse con Sancha, hermana de Bermudo, salieron de Asturias con toda la gente de armas que pudieron reunir y, caminando toda una noche, llegaron a esta ciudad a media mañana.

Estaba García ahí, en la iglesia, que entonces se llamaba de San Juan Bautista, cuando se presentaron los Velas y allí, a la misma puerta del templo, le asesinaron. Varios castellanos y leoneses de la casa real de Bermudo, que se hallaban en esta poblaci6n, acudieron a la defensa del que se iba a desposar con Sancha, hermana del rey Bermudo, como se ha dicho. ¡Quién le iba a decir al

joven conde que, en vez de celebrar sus bodas, iban a celebrar sus funerales! Así es la vida de trágica y obscura. Los caballeros que acudieron a la defensa del joven conde murieron también asesinados por los Velas. Entonces cundió por toda la población de León lo sucedido, y el pueblo, amotinado, con cuchillos, hierros y palos, hizo huir a los asesinos, que se refugiaron en Monzón. Cuando regresó la novia Sancha a León encontró cadáver a su prometido García.

La desventurada princesa lloró sobre el cuerpo inánime del que iba a ser su esposo y lo mandó enterrar cerca de Alfonso V, padre de ella, como sabes. Vamos a leer su epitafio:

*HG Dominus Garcia qui venit
in Legionem ut occiperet regnum
et interfectus est a fibris Vale Comitiss.*

Ricardito preguntó:

—¿Y qué fué de los Velas?

—El viejo rey de Navarra les fué en su busca a la fortaleza de Monzón, en Tierra de Campos. Tomó por asalto el castillo, pasó a cuchillo a sus defensores, excepto a los tres hijos de Vela, que cuando creyeron que los iban a perdonar se encontraron con que les condenaban a ser quemados vivos, por asesinos e ingratos, muriendo así los que asesinaron al prometido de la princesa leonesa Sancha.

Esta princesa se casó después, para arreglar las desavenencias entre navarros y leoneses, con el príncipe navarro Fernando II, hijo del rey de Navarra, tomando este príncipe el título de rey de Castilla. Bermudo daría en dote a su hermana los terrenos comprendidos entre el Pisuerga y el Cea.

Celebraron las bodas, y Fernando quedó intitulado rey de Castilla, y así Sancha terminó por ser reina de Castilla. De esta manera parecía que la

paz iba a reinar; pero no resultó como los magnates pensaron, pues el ambicioso Sancho, rey de Navarra, a pesar de tener casado a su hijo Fernando con la hermana del rey Bermudo, invadió las tierras leonesas e hizo huír al cuñado de su hijo a las fronteras de Galicia. El rey de Navarra se apoderó de Astorga, el Bierzo y Asturias. Murió, por fin, a los sesenta y cinco años de reinado, dividiendo los Estados entre sus hijos, dándole a Fernando definitivamente la Castilla. Bermudo, en el momento que supo la muerte de Sancho, empezó a recuperar las tierras perdidas. En el valle de Tamarón luchó bravamente con su cuñado Fernando. Montaba un caballo llamado *Pelagiolus*, y aterró al de Castilla; pero pereció con las puntas de las lanzas enemigas. La noticia de la muerte del rey cundió por todo el campamento leonés, y sus soldados huyeron despavoridos a León. Así acabó Bermudo III, último rey leonés; en él terminó la línea varonil, pues un hijo que tuvo murió al poco tiempo de nacer.

Teresa, Chuchi, Alegría y Quela entraron como una tromba, llenando de risas y perfumes el triste y mohoso panteón real.

Luis las impuso silencio:

—Chicas, no vengáis con vuestras risas alterando el silencio sepulcral de esta tumba real.

Ellas callaron, como en misa, y se pusieron a descifrar los epitafios. Luis, para terminar, hizo un breve relato del reinado de Fernando.

—Saber Fernando la muerte de su cuñado y entrar en el reino de León, fué todo uno. Al llegar a las puertas de esta ciudad se le cerraron, pero pronto se le abrieron, tal vez inducidos por alguien convencido de que nadie mejor para aspirar a la Corona leonesa, por estar casado con la princesa Sancha. En otras épocas, tal vez le hubiese sido imposible ceñir la corona del pueblo a quien había hecho la gravísima ofensa de matar a su

rey legítimo. Pero entonces tenían pocos escrúpulos.

Fernando entró en León con bandera desplegada, al son de trompetas y clarines, vitoreado por soldados y pueblo, por leoneses partidarios suyos, pues nunca han faltado seres que se arrimen donde encuentren más provecho. Los leoneses que aclamaban al matador de su rey Bermudo serían los que siempre han constituido la chusma encanallada y se arriman al sol que más calienta. Fué coronado con gran pompa, en la iglesia catedral, por su obispo Servando, el 22 de junio de 1037.

Así se unieron las coronas de Castilla y León, siendo dos mujeres el lazo de unión. La de Castilla recayó en doña Mayor, hija del conde de Castilla y mujer de Sancho de Navarra, y al morir sus padres la heredó Fernando; y la de León recayó en doña Sancha, por muerte de su hermano Bermudo, y esposa, claro es, de Fernando. Así que el matrimonio de Fernando y Sancha fué la causa de la primera unión de Castilla y León.

Este Fernando, que vino a reinar a León por casamiento con una princesa leonesa, fué quien trasladó los restos de San Isidoro, que se hallaban en Sevilla, a la iglesia de San Juan Bautista, que desde entonces tomó el nombre de San Isidoro, que hoy conserva. Fernando entregó su alma al vacío el día de San Juan, a la hora sexta. Estando enfermo, mandó que le trajesen varias veces a orar a esta su preferida iglesia. Se desnudó de las insignias reales, vistió su pobre vestido y, cubierto de ceniza, murió con ejemplo grande.

Aquí yacen también doña Urraca, esposa del rey Alfonso IV, el *Monje*; doña Elvira, segunda esposa de Ordoño III; Urraca II, esposa de Ramiro III; Elvira II, esposa de Bermudo II; Elvira III, de Alfonso V; doña Jimena, de Bermudo III. Doña Sancha, hija de Alfonso el de los buenos fueros y esposa de Fernando y prometida

del conde García, asesinado por los Velas. Y aquí descansa también Urraca IV, la segunda esposa del rey Alfonso de Aragón. Esta reina fué un pen-dón : le gustaban con exceso los hombres.

Quela habló dando voces :

—¡ Luis ! ¿ Verdad que aquí hay momias, como en Egipto, en las tumbas de los Faraones ?

—Claro que sí. Doña Sancha, hermana del emperador Alfonso, que se llamaba esposa de San Isidoro, y que anduvo siete años peregrinando por Tierra Santa, está momificada. Doña Estefanía, hija de Alfonso y tía, por tanto, de Sancha, se conserva también incorrupta. Igual está el cuerpo de doña María, hija de Fernando el *Santo*.

Teresa, curiosa, observó :

—En estas losas no hay letras.

—Ya lo sé ; son sepulcros sin epitafio—replicó Luis—. Entre reyes, príncipes, infantes y santos pasan de cuatro docenas los que yacen en este panteón.

Silenciosamente fueron saliendo de San Isidoro. El sol radiante, más radiante por el contraste, bañaba de luz el claustro, reformado últimamente o recientemente. Luis salió fuertemente impresionado, con ese desconsuelo que produce el hundimiento eterno de todas las grandezas. ¿ Qué había sido de tantos miles y miles de hombres contemporáneos de estos reyes ? De tantísimos seres sólo quedaba el rastro de los monarcas allí sepultados. El soplo del tiempo había barrido generaciones y generaciones de seres humanos que en sus tiempos anduvieron llenos de preocupaciones, de ilusiones y de miserias, creyendo la mayoría en la eternidad. ¡ Vana ilusión ! El soplo del tiempo no dejó ni restos, los pulverizó igual que si hubiesen sido quemados después de muertos. Sólo unas momias, sólo unos huesos se conservan, como afirmando la certeza de breves testimonios conservados en las historias. Si los siglos terminan por pulverizar los

cuerpos, ¿por qué no quemarlos en el momento de ser cadáveres? La creencia de la resurrección de la carne acabó con la incineración practicada por los romanos. ¿No se han dado cuenta que, al fin de los siglos, esos cuerpos que no quieren hacer polvo se hacen ellos mismos? ¡Cuánta podredumbre se hubiese evitado y se evitaría en la actualidad!

Todos iban callados. Luis, medio alucinado, veía transformarse las calles, hundirse las casas hasta quedar medio derruidas, convertidas en sucias, estrechas y míseras viviendas, metamorfosearse los viandantes y aparecer, a la vuelta de una esquina, Fruela, el *Leproso*, seguido de soldados, o Bermudo, el *Gotoso*, cojeando, con gran espada al cinto, casco godo y calzado ordinario; a Sancho, el *Gordo*, resoplando, sin apenas poder andar, siguiéndole una caterva de curiosos, o a Fernando, el navarro, montado en brioso caballo, llevando a la grupa a su mujer, Sancha.

León ha sido señalado por el Destino para ser visitado por extranjeros. En los tiempos históricos pasaron por él esclavos romanos traídos de Grecia, de las orillas del Danubio, de Africa, de Asia; más tarde llegaron bárbaros de las regiones del norte de Europa; luego, soldados de Arabia y Siria; después, los moros de Africa, y por último, los franceses. Todos estos extranjeros venían a imponer sus leyes y costumbres y a recorrerlo en son de guerra. Modernamente, vienen ingleses, norteamericanos, italianos, turistas de todo el mundo, para admirar las obras imperecederas de los artistas de la antigüedad.

Estaban a la puerta del *American-Bar*, y entraron a tomar esos aperitivos modernos que se han hecho tan imprescindibles entre la gente pudiente como la misma comida.

Luis sacó un Calendario Zaragozano y leyó en alta voz:

—Quince de octubre. Sol, sale 6,27. Pone a las 17,34.

Todos se le quedaron mirando con cara de bobos.

—Estoy tramando un plan que no sé si os parecerá bien.

—Venga—pidieron Chuchi y Ricardito.

—Mañana, antes de salir el Sol, os esperamos Teresa y yo, a la puerta del hotel, o si quieres vamos a buscaros a casa. Recorreremos todo el partido de La Vecilla, nos desayunaremos en un pueblo, qué sé yo, con leche de vaca, o de cabra, o de oveja acabadita de ordeñar. Comeremos encima del túnel de la Perruca y regresaremos a León a la hora del paseo. ¿Os parece bien?

—Estupendo.

—Colosal.

—Abracadabrante.

—Pues ni media palabra más.

Se despidieron y fueron a almorzar.

CAPITULO XII

LA VECILLA

Estaba amaneciendo. Las calles de León, silenciosas y desiertas, aún conservaban el frío de la helada. Bancos, fachadas y árboles parecía que deseaban saliese el Sol para templarse. Teresa y Luis, muy juntos en el interior del *auto*, se deslizaban por la Avenida del Padre Isla en busca de sus primos. Ya ellos estaban esperando a la puerta de casa, con caras de sueño y de frío. Al ver aparecer el *auto*, sus semblantes se llenaron de alegría, y Ricardito empezó a dar ¡hurras!, y las hermanas, a taconear en las baldosas.

Menos Ricardito, que llevaba trinchera, los demás iban con abrigos de invierno.

El frío seguía agarrotando los dedos, y el aliento salía de sus bocas como bocanadas de humo. Bien pertrechados de material fotográfico y abundancia de buen humor, tomaron por asalto el automóvil, que empezó a correr, como si quisiese quitar el frío. Los cristales del coche se empañaban de vaho. Algún obrero madrugador les echaba miradas indescifrables. Cuando salieron al campo ya la aurora iba sacando todos esos colores descritos miles de veces por poetas y prosistas.

Alegría, fijándose detenidamente en Luis, rompió el silencio:

—¡Verdaderamente, Luis, los poetas tenéis cada cosa! Porque tú, si no eres poeta, lo has sido. En casa he visto yo algunos versos tuyos.

Y Chuchi añadió:

—¡Mira que hacernos madrugar así! ¡Vaya un plan ostra!

Ricardito repitió mil veces: «¡Qué va!», recalando la *v*.

Luis contestó a Chuchi:

—Es mejor a esta hora estar muy calentita en la cama, pensando en el novio, ¿verdad? ¡Qué dulce es, para las nenas de catorce a diez y ocho años, pensar a estas horas, medio soñolientas en el lecho, con el novio querido! ¿Te acuerdas, Quela, de aquellas tus cartas?

La cara de Quela se puso tan colorada como la cresta de un gallo.

Chuchi, indiscreta, quiso subirla más los colores:

—Tú fuiste novia de Luis, ¿eh?

Luis imitó a Ricardito:

—¡Qué va!

Después miró a Teresa. Toda la alegría que manifestaba hacía unos momentos había huído de su rostro bonito.

Para evitar curvas peligrosas en la conversación ordenó al *chauffeur* que corriese.

Habían pasado por el puente de San Marcos y por Lorenzana sin darse cuenta, perdiendo de ver el frondoso paisaje de una extensa campiña de varios kilómetros. Las ventas de Campo Sagrado y Cantarranas quedaron desapercibidas. Y a Luis le hubiese gustado ver la ermita de la Virgen y la venta. La venta tiene dos siglos. La ermita, según su canónigo historiador, se remonta a los años de la Reconquista, aunque la traza de ella pregona que es de tiempo posterior. Fué mandada edificar por Pelayo en memoria de una batalla que se supone dieron allí árabes y cristianos. En tales parajes hay unos pozos que algunos aseguran fueron trincheras construídas por los leoneses en las guerras de la Reconquista, llegando por una parte a la cima del monte Mala-Muerte.

Al pasar por el despoblado Hoja de León, preguntó Luis:

—Pero ¿por dónde nos llevas? ¿Qué carretera es ésta?

—La que va a Caboalles.

—No, hombre; vamos hacia el este; si no, nos metemos en Murias.

Pararon y preguntaron a unos caminantes por la carretera de La Robla.

—Vela, ahí lan dejao.

Volvieron atrás y enfilaron la carretera de La Robla. A veces dejaban la carretera y se metían por caminos en los que el *auto* se hacía cisco.

Después de desayunarse en una aldea muy pintoresca, con leche vista ordeñar ante su presencia, siguieron hasta Boñar. Luis iba fijándose en el paisaje. La formación carbonífera se extiende por espacio de kilómetros y kilómetros a ambos lados de la cordillera Cantábrica, ocupando parte de Asturias y León. En toda esta región se ven los dos horizontes: el de la caliza de montaña, en que a

veces se encuentran cuarcitas, areniscas y pizarra, y el hullero, que empieza por capas calizas, alternando con las de carbón. Desde Pola de Gordón, pasando por Boñar, se pierde hacia el este una grande extensión de terrenos cretáceos. En todas estas montañas de León el granito domina a veces, y por eso se ven esos paisajes ofreciendo los contrastes más extraños. Grandes extensiones de color gris y con el matiz verdeoscuro que desde lejos presentan las manchas de musgo, líquenes, helechos y pinos que en las resquebrajaduras de las peñas arraigan.

Entre los valles y cañadas que forman las altas cuestras-montañas, y cuyo suelo se cubre con los detritos feldespáticos, la vegetación se desarrolla pomposa y exuberante si no la combaten los rigores del clima. Por eso resalta más la aridez de las alturas peladas y de mucha proximidad. En las llanuras de suelo granítico, si la descomposición de la roca es profunda, aparecen zonas hondas y muy feraces, como ocurre en algunas partes de los términos de Bonara, Palazuelo, La Losilla, Candama, Sopena y La Mata, y mejor aún en las cuatro riberas que existen en todo el partido.

Esos montes de hayas y abetos, que no llegan a formar bosques, nos dicen que se encuentran sobre granito, arcilla, caliza, margas y conglomerados. Estos árboles prefieren las vertientes y valles sombríos de las regiones montañosas; por eso se ven frecuentemente dichos árboles, característicos además del clima marítimo, lo que quiere decir que hasta estos valles llega el aire saturado de sales marinas.

Cuando nuestros excursionistas veían una fuente, un riachuelo de los muchos que hay en sus innumerables valles, vallecitos y cañadas, hacían exclamaciones de contento. Chuchi muchas veces quería descalzarse y correr, como una zagala, riachuelos abajo.

Por todas partes se nota abundancia de ganado vacuno, de cerda, mular, cabrío y lanar trashumante, que pronto abandonaría la verdura de estos valles para pasar el invierno en el clima templado de Extremadura.

—Teresa: pronto empezarán a pasar los merinos, en rebaños interminables, por las calles y carreteras de La Bañeza.

—Ya, ya—murmuró Teresa.

—¿Queréis que nos internemos en Riaño?

—No, no. Ya es tarde. Ver esto es lo mismo que ver Riaño—afirmó Ricardito.

Quela, al contemplar el ganado pastando riquísima y jugosa hierba, decía:

—¡Quién fuese buey o churra para meter la cabeza en esa fresca hierba, que da envidia! ¡Qué felices deben ser estos pastores, sin las preocupaciones de los que vivimos en ciudades!

Ricardito, en tono sentencioso, exclamó:

—¡Quién sabe dónde está la felicidad!

Caminaban ya hacia el norte. Luis se dirigió a Ricardito:

—Todos esos extensos matorrales que ves, formaciones botánicas de plantas leñosas de arbustos que no alcanzan la categoría de árboles, son, en su mayoría, efecto de talas salvajes. Esos matorrales de brezo, urz y piorno proceden casi siempre de la desaparición de arbolado. Y menos mal que el brezo y los urzes rinden no escaso provecho. Si estudiases Farmacia, por todos estos valles podrías ver ajenjos, manzanilla romana, malva, malvabisco, helecho, macho y hembra; apio, menta, liquen islándico, betónica, achicoria amarga, cicuta, beleño, tusílago y cien hierbas más medicinales.

El sol había llegado al cenit cuando ellos subían hacia Pola de Gordón. Un esfuerzo, y llegarían a Busdongo, última estación de la provincia leonesa. Comerían en el punto culminante de la sierra, a la que se llega fácilmente, porque allí las

montañas son de perfil suave. A la vuelta, si tenían tiempo, se detendrían a ver la colegiata de Arbás, la antigua e histórica abadía del siglo XII, una de las pocas joyas arquitectónicas de puro estilo bizantino.

—¿Os gustaría que comiésemos encima del túnel de la Perruca?

—Lo que tú quieras—contestaron Quela y Luis.

Chuchi y Alegría cargaron con el cesto y muy despacio se encaminaron al sitio más pintoresco. Los picachos desnudos de la Tesa y Peña Ubiña se presentaban majestuosos. No se divisaba ni una nube, ni esa bruma que envuelve las cumbres.

Veíanse laderas de bosques de roble, castaño, encina, pinos, hayas, avellanos. Campos de maíz ya completamente dorado. Prados extensos, donde pastaban vacas, cabras y ovejas.

Teresa fué sacando las viandas del cesto. Y los cinco empezaron a comer con gran apetito. Los postes del telégrafo zigzagueaban y subía por encima de los túneles; la estación de Busdongo asomaba su tejado y su soledad, descansando en aquella calma de égloga. Pronto pasaría el tren, sacudiendo el aire, retumbando en los carriles de hierro. Luis se acordó de cuando iba a Gijón con su tío.

—¡Qué negros nos poníamos de humo! Era necesario estar en las ventanillas y a cada paso subirlas o bajarlas, según entrábamos o salíamos de un túnel. Ahora, la maravilla de la electricidad hace encantador atravesar los túneles, y parece que se va en el *metro*. Mi tío todavía llegó a pasar el puerto en diligencia, y recuerdo oírle contar cosas graciosísimas.

Entre bocado y bocado, Luis contó las peripecias graciosísimas ocurridas a su tío, gozando todos grandemente con ellas.

El sol era una caricia; el aire, un bálsamo; el vaho alcohólico del vino, embriagador; el paisaje,

estupendo, y los excursionistas, alegres y dichosos.

Después de reposar bien la comida intentaron subir al picacho más alto cubierto de nieve. Teresa corría con la agilidad de una cabra. Quela y Alegría cantaban a grito pelado cuplés y tangos de moda, y Ricardito no se cansaba de tirar fotografías y filmar películas. Luis, preocupado con sus ideas, se sentó en una peña desnuda, desde donde se descubría el horizonte más abierto, y empezó a pensar.

El terreno llano de las provincias castellanas va presentándose más accidentado a medida que se camina hacia el norte, llegando en Pola de Gordón a ofrecerse completamente abrupto y rocoso, con rocas que encauzan el río Bernesga, escondiéndose en las montañas gran número de lugares con la fisonomía de los asturianos. Desde donde él estaba quería dominar a vista de pájaro todo el pasado histórico de la Reconquista. Cerca de allí, hacía muchos lustros, andarían los leoneses huyendo de los árabes; en Covadonga se agruparon unos cuantos y lucharon contra los sarracenos. ¿Cómo se encontraba la provincia leonesa en aquella época? ¿Estaba completamente despoblada? ¿Dónde estaban los núcleos de población? ¿Huyeron todos los habitantes a los riscos de Asturias? Los documentos son tan escasos y confusos, que se anda a tientas. Al pensar «¿de quién será esto?» quiso desenvolver las vicisitudes por que ha pasado la propiedad. Los primeros y únicos poseedores de todo el terreno de León fueron, indiscutiblemente, los primeros reyes de Asturias; más tarde empiezan a salir otros poseedores: frailes, clérigos y magnates, y todos ellos por la liberalidad de sus monarcas. Ya constituido el reino de León, al flujo y reflujo de las irrupciones sarracenas, aparece el alodio con toda claridad. El alodio: he aquí un vocablo sabio que explica más que cien diser-

taciones sobre la propiedad. Désele su etimología germánica: *lod* o *locs*, o bárbarolatina: *ad sortium*, y aparecerá tras él: la suerte. Por suerte eran propietarios los primeros terranientes. El rey repartía las tierras como supremo propietario. Por las necesidades de la vida, los hombres, en vez de aislarse, se agrupaban. Y x seres, que tenían tanto derecho como z seres a ser dueños de las dilatadas fincas que tenían a su vista, consentían que los menos se hiciesen dueños de todo, naciendo el vasallaje y la esclavitud. ¿Hubiese sucedido eso si los primeros pobladores tienen conciencia del comunismo y de la igualdad de los humanos? Y no es divagar. Existen pueblos por la montaña de León, donde aún perduran restos de un comunismo primitivo; el comunismo de la tierra se practica de un modo original. Sería curiosísimo averiguar quién inició tal comunismo; pero, desde luego, es imposible. Y aquí, en León, no llegó el dominio de las tierras a erigir a sus poseedores con carácter feudal, como sucedió en Cataluña, debido, sin duda, a estar más lejos de los aires germánicos. Ya constituido el reino, formados los núcleos de población, aparecen las distintas clases sociales. El rey, en sus salidas, se hacía acompañar de soldados, voluntarios las más de las veces. Esos ejércitos, esos soldados ganaban kilómetros y kilómetros de terrenos, exponiendo sus vidas, su salud, pasando todas las calamidades de la guerra. ¿Para quién conquistaban terrenos? Para el rey, para los magnates, para los frailes. Miles y miles de hombres no eran hombres: eran recuas de esclavos, eran rebaños, eran cosas. Terminadas las guerras, ellos, que habían ganado leguas y leguas, volvían a sus lares y seguían siendo siervos, sin tener más que un mendrugo que llevar a la boca, mientras clérigos, magnates y caudillos se repartían el botín y vivían a lo grande, siendo las demás gentes propiedad suya, objetos, dueños de

ellos como de las corazas, de los vestidos, de las lanzas. Los siervos tenían todos los deberes y ningún derecho. ¡Y todavía los clérigos se atreverían a llamarles hermanos! ¿Dónde encontrar la caridad y fraternidad cristiana? Luis, por más vueltas que daba, no las encontraba por ninguna parte.

Bajaron todos corriendo de una cuesta próxima, gritando:

—¡Luis, Luis! ¿Qué haces ahí, hombre?

Alegría manifestó su deseo de ponerse en marcha para León. Por asalto tomaron el automóvil. Durante el trayecto fueron cantando, gritando, pateando y hasta rebuznando:

A mi puerta piqueste
y estornudeste.
Allí estaba yo entonces.
¿Cómo no entreste?

* * *

Vale más el buen humor
que tienen los aldeanos,
que todo el oro y la plata
que tienen los ciudadanos.

* * *

Ya van los pastores cañada arriba,
ya ponen las babianas la ropa fina.
Ya se van los pastores cañada abajo,
ya ponen las babianas los zarandajos.

Chuchi, con voz de tiple, haciendo ademán de arrullar a un niño, obligó a callar a todas para ella cantar:

Vamos a León, niña;
vamos a León,
que en la Catedral tienes
la Luna y el Sol.

Luis impuso su autoridad:

—Bueno. Esto es una algarabía. Vamos a cantar todos a una. ¿Qué queréis?

—«Ya se van los quintos, madre»—pedía uno.

—«En casa del ti Vicente.» Ese, que es muy bonito, hombre—rogaba Chuchi.

Ricardito, Teresa y Luis afirmaron :

Y todos a una cantaron, con cierta afinación :

—Eso, eso.

En casa del ti Vicente,
que hay tanta gente,
que-habrá, que-habrá.

Son los mozos
d'aquel barrio,
¡Leré!,
que con las mozas
¡Leré!,
quieren bailar.

Y luego :

La despedida es corta,
la ausencia es largaaa ;
dime por quién suspiras,
prenda del alma.

¡La vi llorandooooo...!

* * *

La vi llorando y dije :
—¿Por quién suspiraaaas...?
—Suspiro por mi amante,
¡que está llorando la despedidaaaa...!
¡Ijujujuuuu ! ¡Ijujujuuuu !

* * *

¡Ay de mí, que no tengo
cintura, como las mozas.
Ya se me cae el pandero
a la punta las galochas.

* * *

Maragato, pato,
rabo de cuchar,
cuántos años tienes
pa irte a casar.

Tengo veinticinco
y un maragatín
con las bragas anchas
y el culo pequeñín.

* * *

No me llames gallega,
que soy berciana ;
cuatro leguas pa arriba
de Ponferrada.

* * *

Ya se van los pastores
a Extremadura :
ya se queda la tierra
triste y obscura.

* * *

Ya se van los pastores,
ya van marchando ;
más de cuatro copitas
se van echando ;
más de cuatro doncellas
quedan llorando.

Alegría, ahuecando la voz hasta convertirla en
hombruna, dijo con muchísima gracia :

¡Esas mozonas y esos mozones
que están en los portalones
tapados con los mantones !

Ricardito, que lo mismo rebuznaba, que cacareaba,
que croaba, que carraqueaba, que graznaba y
que importunaba, quiso demostrar sus habilidades
lingüísticas.

—¿Queréis que os hable en dialecto leonés?

—¡Qué dialecto ni qué bobadas! A cualquier cosa llamas dialecto. Cuatro palabras mal dichas, con tonos gallegos y asturianos, algunas castellánizadas, voces anticuadas, fósiles ya de estar sepultadas en lugares y aldeas. No hay tal dialecto, aunque se empeñen unos cuantos. Pero basta que uno diga una cosa para que todos vayan detrás, como borregos. Se pueden contar con los dedos las palabras puramente leonesas, verdaderos provincialismos.

Ricardito imitó al gallo y dijo:

—¡Pero tú no me entiendes!

—¡Que no!

—¡Clarito! Como que no.

—¡Habla, habla!—pidieron todos.

—¿Onde demógino entraste antiayer comu un reñubero con los güeyos espansaos? Agora cavilo you la estarotu al arimar l'auto. Pisásteme las dedas. ¡Qué indina! El diañe de rapaza. ¡Qué coiro! ¡Ponte a jeito que te dé un ñíspero! Peme a mí que los gouchos de tu padre murren. Es fón-tate collo. Apúrreme ol volante chofero. ¿Non vas fartuco d'espurrirte?

—¡Bah!, eso está preparado. Así y todo no se ven las formas dialectales precisas para la categoría que algunos autores quieren dar a los provincialismos leoneses. Además te diré que no se dice güeyos, sino güellos, y ésta es una palabra castellana neta; pero tan anticuada que sólo se escucha en esos lugares donde viven con siete siglos de retraso. Fartuco no es leonesa, sino del bable; viene de la latina farto; es la f latina que se ha transformado en h. Fartuco se usa mucho en Asturias, como rapaza, en Galicia. Espurrir, según un sabio etimologista, es un provincialismo burgalés, aunque yo estaría por asegurar que es leonés, pues se oye en todas las aldeas y yo la he visto en algunos escritos antiguos. Este es uno de tantos

vocablos esencialmente significativo que no admite figuraciones metafóricas. De él huyen los cultiparlangantes ignorantes de la riqueza de nuestro idioma. Te aconsejo y os aconsejo que siempre que venga a cuento uséis la palabra *espurrir*. *Cun, cumu*; esa es la *u* rezagada de la bajada latinidad, ¡que después de tantos siglos no se ha transformado en todas las aldeas leonesas! *Reñubero, estarota, pe me, etc., etc.*, son netamente leonesas castizas.

Jeito es una especie de red jardinera, según su actual significación, aunque los leoneses le dan el primitivo valor, pues viene del latín *jactus*, participio pasivo del verbo *jacere*, echarse, esparcirse. Y así todo.

Cuando llegaron a León eran las cinco de la tarde. Entraron a tomar unos pasteles en una confitería y allí estuvieron charlando hasta la hora del paseo.

Como todas las noches, la calle de Ordoño II estaba animadísima.

Chuchi, Quela y Alegría saludaban a las amigas:

—¡Hemos pasado un día cañón! Estupendo, chicas. Aquí, con nuestro primo Luis, que es la *caraba* dando explicaciones, hemos gozado la mar.

Todos los paseantes tenían que mirar el grupo que formaban interrumpiendo el paseo. Estuvieron dando vueltas hasta que no quedó un paseante.

Después de cenar fueron al teatro Principal.

Al día siguiente, por la mañana, subieron a las torres de la catedral, desde donde se divisa un panorama precioso.

Al bajar vieron y examinaron, entre otras curiosidades, la Biblia, un palimpsesto y un antifonario con anotaciones musicales del siglo X.

La tarde se la pasaron haciendo visitas, y a las diez de la noche se encontraban en la estación esperando el correo de Galicia. Teresa todavía no

había viajado en tren, y este era el motivo por el que se dirigían en ferrocarril a Sahagún.

Un grupo de muchachas amigas de los primos habían bajado a despedirles. El correo llegó con retraso, resonando sus chirridos en la techumbre metálica.

—¡Que os divertáis mucho! ¡Que volváis pronto!

Chuchi, impaciente porque había sonado la campana, decía a Ricardito:

—Ricardito, por Dios, que marcha y no te da tiempo. Baja, por Dios, baja. ¡Qué pelma!

¡Piii, pi pi!

—¡Jesús, qué chico! ¡Baja, baja!

El tren arrancó con empuje veloz. Luis, temiendo que Ricardito cayese, le agarró por un brazo y no le dejó bajar.

—¡Eeeh! Olé, olé, olé. Adiós. ¡Hurra, hurra! ¡Pi, pi!

Impensadamente, Ricardito les acompañaría. Las hermanas y las amigas quedaron con una cuarta de narices. Todavía se veían los brazos en alto y los dedos moviéndose con agilidad en señal de despedida. Los tres viajeros se retiraron del corredor y se pusieron a colocar los equipajes.

Teresa, algo emocionada, en cuanto pudo salió al pasillo a darse cuenta de cómo se iba en tren. La presencia de Ricardito la obligó a callarse sus impresiones.

—¡Palanquinos, dos minutos!

Teresa iba encantada, y en cuanto llegaba una estación la faltaba el tiempo para asomarse y enterarse de todo.

CAPITULO XIII

SAHAGÚN

¡Saaahagún!

—Ya hemos llegado. Siempre que paso por Sahagún parece que oigo: ¡Aguaaa fresca! Aunque estemos en enero.

Terminar de decir esto cuando una vieja pregona:

—¡Agua, agua!

Un mozo se acercó a ofrecer pomposamente el hotel que señalaba la gorra. Le dieron un maletín y otras cosas y salieron de la estación. La noche había refrescado; de las montañas soplabá un viento frío. Luis meneó la cabeza.

—Estoy temiendo que el tiempo no nos deje continuar nuestras excursiones.

Y quedó parado, absorto, ante una iglesia de ladrillo, de aire románico y musulmán: una iglesia como no la había visto en parte alguna. No se pudo contener y preguntó a un muchacho:

—¿Qué iglesia es ésta?

—San Lorenzo.

Siguieron.

—Mañana tenemos que ver detenidamente esta iglesia y su semejante, la de San Tirso. Todas las poblaciones antiguas que conservan vestigios de su pasado dan sensación de señores respetables a quienes hay que hablar con toda corrección, por su prosapia, por su gesto, por su aire de grandeza venida a menos.

Después de comer, el dueño del hotel puso a disposición de los viajeros un carruaje, no en muy

buen estado, pero con un caballo veloz que, en menos de media hora, les puso en Grajal de Campos.

—Como indica el nombre de este pueblo, estamos en las tierras de pan y vino. Si queréis vamos al convento de carmelitas y haremos una visita a sor Monserrat, que en el mundo se llamó Dolores y fué condiscípula de mi mamá, en Valladolid.

Allá fueron. Las monjas, al verles tan bien portados, se mostraron muy atentas, y ¡cómo no! muy pedigüeñas, y muy veladas.

—Este invierno se nos cayó la techumbre de la cocina y comedor... Y como somos tan pobres, y como patatín y como patatán...

Siguieron contando sus cuitas igual que un mendigo porfiado. Luis, tan espléndido siempre, las dió cincuenta pesetas, y ellas, a cambio, ofrecieron a Teresa unas confituras que sólo verlas daban dolor de estómago.

Cuando salieron del convento, Teresa estaba enfadadísima porque la llegó a lo vivo que Luis soltase diez duros.

—¡Mira que darles diez duros! ¡Ah, soso! ¡Pa unas cosas tan judío y pa otras...! ¡Toma!

Y descargó la rabia dándole un cachete.

Ricardito decía:

—¡Qué guapa debió ser sor Monserrat! La ví la cara cuando estornudó.

—Guapísima. Todavía conservo retratos suyos cuando estaba de colegiala en Valladolid.

Iban andando hacia el castillo, que se presentaba ante sus ojos blanquísimo al dar el sol en él. Los cuatro cubos de las esquinas y las almenas se conservan como el primer día; no así su interior. Es uno de los castillos leoneses mejor conservados al exterior.

Sacaron unas fotografías y se pusieron a descansar bajo el techo de una especie de ermita que hay allí cerca.

Faltaba una hora de sol cuando emprendieron la vuelta para Sahagún.

A lo lejos se divisaba la parte montañosa. El partido de Sahagún disfruta de parte montañosa, jugosa, pintoresca, con frescos prados, donde pasta buen ganado; amenos valles y suaves colinas en las vertientes de la cordillera que separa Asturias de Castilla la Vieja. En Cea, tirando al Sur, empiezan las llanuras de Campos. Todavía hay dos colinas bastante bajas y bastante extensas, casi paralelas, con dirección al Mediodía. En Galleguillo y en Grajal se inclinan al Oeste. Una es el límite con Saldaña y Carrión, y al pie de ella corre el Araduly o Valdehebuy. Otra está bañada por el Cea y en su falda reposa Sahagún con dos vegas sumamente fértiles y con bastante arbolado. Después ya es raro ver un árbol ni un arbusto. Es Campos; son los campos de Castilla y León, que tanto han dado y dan que hablar y escribir a los viajeros. Empiezan a destacarse, como en ningún sitio, las cosas hechas de tierra, de sapie, que tanto llamaban la atención a Gautier en sus viajes por Castilla. Estas dilatadas llanuras leonesas, secas, polvorientas, sedientas, son apropósito para estudiantes que quisieran estudiar y enamorados que tengan el amor ausente. Lo son porque nada les distraerá: ni el canto de los pájaros, ni el murmullo de los arroyos, ni los mil ruidos del viento y la lluvia al chocar con las plantas.

Mirando fijamente estas llanuras sin límites parecen el mar en continua quietud. Y hay a quien gusta estos paisajes (?); y hay quien ha escrito alabanzas para estos horizontes interminables, donde lo mismo es el Oriente que el Occidente, la salida que la puesta del sol. Con esto queremos decir que León tiene para todos los gustos. La vista y los oídos pueden deleitarse en los paisajes maravillosos de las montañas y en las riberas frescas y jugosas de sus innumerables ríos; y también pue-

den quedar estos sentidos en una inercia absoluta ante los campos que antiguamente se llamaban yodos y ahora Tierras de Campos.

Ya de obscurecido entraron en Sahagún, deteniéndose en los restos de la antigua y celeberrima abadía de benedictinos. De este edificio sólo se conservan hoy día la fachada abacial en buen estado, cosa rara cuando ha desaparecido el resto del monasterio.

Pasaron por el arco, examinaron las figuras medidas en las dos hornacinas, miraron la torre, y Teresa y Ricardito tuvieron que escuchar a Luis todo lo que se le ocurrió. Apoyado en un poste que hay enfrente de la que fué entrada abacial, habló así:

—Parece que estoy viendo al monje historiador, al Anónimo de Sahagún, pasar corriendo por ese arco al oír el toque del rosario. Acaso estuviese terminando de escribir un capítulo de su, al parecer, franca crónica. Por él sabemos que los saha-guneses fueron los primeros bolcheviques leoneses.

La antigüedad de Sahagún se remonta al tiempo del emperador Elio Aurelio Cómodo. Hay varias versiones sobre su origen. Lo que se sabe con certeza y sin ninguna duda es que la villa fué fundada en el año 1085. El monasterio existía ya en esa época, pero los musulmanes, en una de sus correrías, lo destruyeron. El abad D. Bernardo redactó una carta-puebla, más bien salida de las manos de un bárbaro feudal germano, sin noción de sentimientos de caridad, igualdad y fraternidad, que de un monje propagador de las doctrinas de Cristo. El padre Escalona quiere justificar estos fueros diciendo que tal fraile era extranjero, monje que había sido del Cluni y educado feudalmente. Pero yo replico: Antes que todo eso, ¿no era cristiano? Todos los que quieren justificar y rehabilitar a los personajes absolutistas, tiranos, feudales y sanguinarios se parapetan, como el padre Escalona, detrás de

esas disculpas. Pero yo quiero que se me conteste a la pregunta que he hecho.

—¡Que sí, hombre, que sí!—contestaron a una Ricardito y Teresa, sin saber lo que decían, porque todo hacían menos atender al empalagoso cicerone.

—Por esa carta-puebla, los vecinos de Sahagún se convertían en esclavos de los monjes. No podían tener hornos en sus casas ; si los construían, al instante los monjes podían destruirlos. No podían comprar los géneros, comestibles y leña que se trajesen a la villa, o vender, sin que antes los monjes dijesen si los querían o no. El que comprase algo sin su consentimiento perdía el precio y encima pagaba una multa. Tampoco podían vender vino mientras lo estuviesen vendiendo ellos. Esto en el orden municipal ; en el civil y penal, el caos.

A los dos años, siendo abad todavía D. Bernardo, se sublevaron los burgueses de esta villa, tan desdichada por culpa de los frailes. Don Alfonso VI vino en persona a restablecer la normalidad y sólo consintió una leve reforma. Al morir este monarca, tan favorecedor de los monjes, los sahadunenses creyeron llegada la hora de su libertad. Y el abad don Pedro, que lo era a la sazón, viendo las orejas al lobo hizo una pequeña reforma en los fueros, librándolos sólo de mañería y nupcio y reglando el orden de suceder. Pero los sahadunenses ya no se contentaban con esto ; de tan oprimidos como estaban iban a estallar, y vino a favorecer el estallido las revueltas que hubo en el reino. El Anónimo de Sahagún cuenta con sumo candor esta revolución pueblerina : «En aqueste tiempo, dice, se levantaron contra el Abad e monges no tan solamente los ricos e nobles, mas ansí las personas muy más viles, asín como los cortidores, sastres, pellejeros, zapateros e aun los que en las casas soterrañas (subterráneas) facían oficios. Cu aquestos tales tomaban arcos, saetas e armas de diversas maneras e por fuerza robaban las berzas de los güertos, las frutas

de los árboles; tajando, destruyendo todo lo mejor; e los que facían los escudos e pintaban las sillas por siete años cortaban madera del monte, ninguna cosa dando al abad, no haciéndoselo saber, e si alguno reprehendía por ella duramente le respondían: ¿quién diablos donó esto a los monges?, e aun añadían por los ojos e por la sangre jurando de Dios: si alguno dice alguna cosa la cabeza le cortemos. El abad y yo, viendo estas cosas, dentro del claustro nos encerremos, ansí como los ratones en las cuevas, diciendo muchas veces aquel dicho del profeta: ¿Cuándo farás, Señor, de los que nos persiguen juicio?» Entonces la tortilla se volvió, y ahora los bolcheviques sahaduneses obligaron a sus opresores a firmar una carta de fueros, que es una lástima que no haya llegado hasta nosotros. El fraile historiador escribe sobre esto: «Sin duda, yo mucho aborrezco recontar lo que acaeció un día; los burgueses todos, entrados en el capítulo, demostraron a los monges una carta en la que eran escritas nuevas leyes, las quales ellos mismos habían escrito, quitando las que el rey Alfonso había establecido. E demostrando la dicha carta comenzaron apremiar a los monges que las dichas cartas firmasen con sus propias manos; mas como rehusasen los monges, diciendo: no pertenece a nos firmar semejantes cosas, sí a nuestro abad. E luego, con muchos denuetos e vituperios de palabras fatigaban a los monges fasta tanto que les fore satisfecho e saliendo del capítulo amenazándoles, diciendo: que si ellos aviesen vida que farían por manera que ninguno quedase en el claustro. Mas la mano vengadir del Señor no sufrió que esto pasase sin pena, ca luego uno cayó muerto de sus enemigos por muerte muy cruel, vengándolo así el cuchillo del Señor.»

Todo esto obligó a venir aquí al emperador Alfonso VIII con su Corte y les diese nuevos fueros, que venían a ser los de antes, un poco reformados. En tiempo de San Fernando, año 1245, los bur-

gueses se sublevaron otra vez. Otra acaeció en el 1254, reinando ya Alfonso el Sabio; ésta concluyó de un modo muy trágico, pues el rey mandó ahorcar a catorce revolucionarios y desterrar a otros muchos. Y menos mal que esta sublevación les valió algunas mejoras. Abolidos los tributos y vejaciones a fuerza de sublevaciones, aun continuaron éstas con motivo de la elección de alcalde, pues unos querían que fuese popular y otros sólo del abad. El rey Alfonso XI, en 26 de julio de 1322, mandó que los alcaldes los eligiese el abad; pero no libremente, sino entre los que la villa le propusiese, ordenando que, en adelante, las llaves de la villa las tuviese el alcalde y no el abad. Pasaron de ciento los estatutos que originaron los fueros sahaduneses, que tanta sangre y calamidades costaron. ¿Os ha gustado este pasaje histórico?

Ricardito, que se había interesado mucho, exclamó:

—Ya lo creo; como que me has metido en ganas de saber toda la historia del reino de León.

Teresa, cansada ya de estar de pie, abrió la boca y suspiró:

—Tengo hambre, Luis. Vamos al hotel.

Antes de cenar pusieron un telegrama a León ordenando al chófer saliese para Palanquinos.

Al día siguiente fueron a Castrotierra, con la vana ilusión de hallar hachas neolíticas. Y eso que llegaron con ocasión de estar abriendo una bodega. Preguntaron a los obreros si habían visto algún objeto raro: calaveras, huesos, fíbulas, durante las excavaciones, y contestaron que nada. Ricardito y Teresa se enfadaron.

—¡Mira que esta caminata de veinte kilómetros para ver chimeneas de bodegas!

Tenía intención Luis de visitar Castrovega, Castroña y Castrosnudarra; pero desistió al ver la actitud de sus acompañantes.

Subieron a lo alto del castro que está al norte

del pueblo. Allí se encuentra la iglesia de San Pedro y se notan vestigios de antiguos trabajos guerreros, como trincheras y fosos.

—Este es uno de tantísimos castros que hay por la provincia. La palabra castro significa militar.

Eran los sitios que los invasores escogían para hacerse fuertes y defenderse, y hacían el mismo papel que hoy hacen los blocaos en Marruecos.

Al bajar por la parte que da al río Adarmo, Luis decía, desilusionado :

—Los arqueólogos cualquier día van a encontrar aquí los dientes de Buda. ¡Hachas neolíticas por la provincia de León! Es como si ahora hubiese un cataclismo, se hundiese todo y, al cabo de mil años, vinieran unos arqueólogos y encontrasen varas de gabuzos dentro de una choza bien conservada. Dirían con su aire de sabiduría : Esta choza y esta clase de alumbrado pertenecen a los primitivos hombres. Llevarían estos hallazgos a un museo y pondrían en una tableta : «Vivienda y clase de alumbrado del siglo VII antes de Jesucristo, encontrados en las excavaciones de la Valdería y montañas de León.» Y eran del siglo XX, del siglo de la luz eléctrica, gas y de las viviendas con calefacción, termosifón, ascensor, pisos encerados y aspirador Lux. ¡Hachas neolíticas! Del tiempo de los moros, y gracias.

Ricardito se atrevió a replicar :

—Es, como son de piedra...

—No me enfades, Ricardito. ¡Del tiempo de los moros, y gracias! Por aquí es donde dicen las viejas que anda una gallina con pollos de oro.

Entonces, Teresa contó un cuento que ella oyó muchas veces en su pueblo sobre las gallinas y los pollos de oro.

Todavía, como remate a sus andanzas por tierra de Sahagún, llegaron a Cea y sacaron fotografías del castillo, que se alza sobre un montículo erosionado horriblemente por las aguas llovedizas.

Luis estaba convencido de que aun la aldea más insignificante tiene algo curioso, digno de verse. Si por él fuese, prolongarían los viajes y no dejarían rincón sin visitar; pero no quería ver a Teresa con cara de aburrimiento.

Para gozar de muchas cosas hay que comprenderlas. Esto se lo dijo a Ricardito varias veces, cuando observaba su distracción y poco cuidado en enterarse de lo que veía.

De madrugada marcharon de Sahagún en el tren correo hasta Palanquinos.

CAPITULO XIV

VALENCIA DE DON JUAN

El chófer esperaba en la estación de Palanquinos. En cuanto el tren paró se acercó al coche para ayudar a los señores. Pronto enfilaron la carretera que va de Palanquinos a la capital del partido.

Llegaron pronto. Teresa y Ricardito se habían mareado sin saber cómo. Teresa tuvo que acostarse en cuanto llegaron al hotel. Y Ricardito tenía una cara como si hubiese estado de juerga cinco días seguidos. Los dos se quejaban de fuertes dolores de cabeza y de malestar de estómago. A Luis no le cabía duda que algo les había hecho daño.

El caso era que tenía que hacer de enfermero. Y menos mal que a las cuatro de la tarde se encontraban bien, relativamente; tan bien que, de noche, salieron a dar unas vueltas.

Estuvieron viendo la población. Mientras daban vueltas y vueltas Luis decía:

—A estas horas, por todas las plazas de todos

los pueblos se está desarrollando esta misma escena. Y la representa la juventud florida, días y días, meses y meses, años y años, lustros y lustros, hasta que se han dado cuenta de que se han hecho viejos. ¡Qué triste es para los jóvenes, ansiosos de emociones y de variar de vida, hacerse viejos dando vueltas y vueltas bajo los pórticos sombríos de estas villas, y ciudades, y capitales de provincia, sin más diversión que el eterno y cotidiano paseo. ¡Eternas horas y eternos días! ¡Eternas caras y eternas conversaciones! Tú, Ricardito, como has vivido siempre en León, no sabes lo que es esto; no sabes lo triste que es hacerse viejo paseando por los soportales del pueblo donde se ha nacido.

—Pues a mí me gusta esta calma, este no sé qué.

—Te gusta hoy, te gustaría mañana, porque siempre gusta variar. Pero cuando llevases un mes dando estos paseos se morías de aburrimiento. Y estarías cansado de cansarte y aburrido de aburrirte.

—Así y todo, el tiempo se pasa volando. Ya es la hora de cenar. Tengo hambre, Luis.

—Eso es bueno, mujer. Pronto se te ha pasado la indisposición.

Cuando se dirigían al hotel tropezaron con un amigo de Luis.

—¡Hombre! ¡Cuánto me alegro! Ya he preguntado por ti, no vayas a creer. Anda, vente con nosotros a cenar.

El amigo, todo azorado, no acertaba a ponerse a tono; pero pudo disculparse.

—No, no; muchas gracias. No puedo; me es imposible, me es imposible. Mañana, sí; mañana, sí. Mañana iré.

Se separaron con la sonrisa en el semblante, con esa sonrisa un poco burlesca de los tropiezos impensados. El amigo marchóse todo desconcertado. En el monótono vivir pueblerino, algún nimio su-

ceso desconcierta el ánimo como un gran acontecimiento.

Y al día siguiente, el amigo, con la ropa de los domingos, se presentó con mucha timidez ante aquellas tres personas que de manera tan brusca venían a alterar su pacífico vivir.

Luis, tan excursionista siempre, se alegró de encontrar un amigo tan servicial y tan atento. Todo el día se lo pasaron de aquí para allá. Estuvieron en Mansilla de las Mulas, en Villamandos, en Toral de los Guzmanes. Pasaron la noche en Villamañán. Vieron detenidamente los viñedos de Valdevimbre. Corrieron orillas del Esla, río que atraviesa el partido de norte a sur por espacio de cuarenta kilómetros, dividiéndolo en dos partes casi iguales. Este río, según hipótesis de geólogos modernos, proviene de la desecación y transformación de inmensos lagos terciarios.

El terreno que ellos recorrían es, en su mayor parte, el mioceno de la cuenca del Duero. Las llanuras miocenas de la cuenca del Duero son, en general, el fondo de inmensos y prehistóricos lagos terciarios en los cuales se precipitaron los sedimentos que los forman. Al disminuir la cantidad de lluvias en el llano y de nieves en las montañas altísimas, los lagos decrecerían al cabo de miles de años; y limitándose y contorneándose la cuenca, formando un necesario declive, por las erosiones y los arrastres, hacia el océano, los lagos se convertirían, poco a poco, en caudalosos ríos, muchísimo más caudalosos que los actuales, y, por último, el decrecimiento de éstos, al irles faltando las lluvias torrenciales, traería la situación presente.

El amigo se creyó en la precisión de hablar:

—Ahora, con eso de la cuenca hidrológica del Duero, vamos a estar como queremos. Se intensificará y extenderá la producción agrícola.

—Lo cual quiere decir que habrá más riqueza.

No está mal, amigo Tagarro. El hombre, con el estómago lleno, es un manso cordero; con hambre, la peor alimaña carnívora. Pero lo que hace falta, además de la intensificación de la agricultura, es hacer grandes repoblaciones. Repoblaciones forestales, piscícolas, pecuarias. Que no se pierda la riqueza de nuestros bosques, de nuestros ríos y de nuestras praderas. Hay que dejar pastos, hay que dejar árboles, que son el alma del paisaje y son el laboratorio de donde sale el ambiente puro, y saludable, y benéfico; hay que dejar pesca. Da pena el abandono en que se tienen todas estas cosas, cuando tan importantísimas son para el bienestar común.

Al pasar por Ardón, Luis, hablador incansable, varió de conversación.

—Siempre que veo alguna máquina de labranza me acuerdo, no sé por qué, de nuestro paisano el conde de Toreno. El labrador debe su manumisión del trabajo agotador y bestial a esas máquinas segadoras, trilladoras, aventadoras, mullidoras, etc., etc. El día que se den cuenta, bien pueden alabar a todos esos geniales inventores que tanto sudor y trabajo les han evitado. Y a nosotros, los liberales, deben la manumisión del espíritu. Si son hombres y no bestias esclavizadas, y lo mismo todos los seres de las ínfimas clases, nos lo deben a nosotros, los liberales. A los hombres malos debe la sociedad presente todo el aire de humanidad que respira. Nosotros hicimos a todos los hombres iguales ante la ley; nosotros abolimos los señoríos, terminamos con el tormento y la esclavitud. Gracias a nuestras predicaciones, los presidios ya no son antros infernales, y lo mismo los manicomios y todos los centros donde gimen, más que los delincuentes, los enfermos. Gracias a nuestras enseñanzas laicas el niño va siendo tratado y educado como futuro hombre, no como futura caballería. Y así en todo. Y lo hemos hecho

tirando piedras, las más de las veces, a nuestro tejado. Por eso me acuerdo siempre de Toreno, que hizo cisco el suyo. El, en las Cortes de Cádiz, trabajó para conseguir la abolición de los señoríos. Y luego, la chusma, la plebe, a quien había hecho libre, le apedrea y le asalta la casa. Pero nosotros hacemos el bien por el bien mismo, sin miras egoístas y calculadoras, sin pretender que nos lo pague nadie.

Ya por la carretera libre, el automóvil corría hacia León, donde se detendrían breves instantes para seguir hasta Astorga.

CAPITULO XV

ASTORGA

Serían las ocho de la mañana de un domingo cuando la pareja llegó a la antigua capital de la República de los amacos, a la que Octavio Augusto, sucesor de Julio César, dió el nombre de Astúrica y a quien Plinio llamó ciudad magnífica. Poderosa ciudad de los várdulos y cántabros.

Lloviznaba. Del Teleno venía un viento helado que traía chispas de nieve. Después de unos días calurosos, impropios de la estación otoñal, se presentaba este frío como avisando que no hay que fiarse de los engañadores días. Estos cambios tan bruscos son causa de muchas enfermedades por hallar desprevenidos a los que ya debían de conocer el clima de las tierras donde han nacido. Luis, previsor siempre, llevaba en el baúl ropa de abrigo. En cuanto llegaron al hotel, tanto él como ella se pusieron de invierno. Luis se asomó al balcón. Por el norte parecía que empezaba a clarear, aun-

que no podía precisarse bien, porque las casas de enfrente impedían ver mucho cielo. Las campanas de la catedral dejaban caer campanadas sueltas. Quedó un rato escuchando: por delante, por detrás, por la izquierda, por la derecha se oía un incesante campaneó. Observó que las campanas de Astorga no sonaban como las de su pueblo. ¿Dependía del metal o de quien las tocaba? De seguro que de esto último. Astorga, por su historia, por ser la madriguera del clero leonés, tiene que tener buenos campaneros que sepan el arte de tocar, que conozcan las campanas, que las den sentido, que las den alma. Don... Tom... Pom...

Luis se llenó de tristeza y melancolía. ¡Y tan temprano! El son de las campanas le producía una sensación extraña. Este tañer tan acompasado tiene que formar espíritus levíticos. Y sin saber por qué se acordó de los sapos campaneros. ¡Si él pudiera hacer que todas las campanas de Astorga empezasen a tocar a las doce de la noche! ¡Qué espectáculo! Le parecería que en todos los campanarios las campanas se habían metamorfoseado en gigantescos sapos y que, como si estuvieran entre masas inverosímiles y absurdas, empezarán su aflautado campaneó. Dom... Tom... Pom...

—¡Luis!

—¿Qué?

—Cuando quieras.

—Voy.

Cerró el balcón y bajaron a desayunarse. Mientras tomaban café, Luis leía los periódicos locales. Teresa preguntó:

—¿Me hace el favor de decir qué misas hay?

—Pues, mire usted: ahora, en la catedral, están diciendo misas de continuo—contestó la camarera.

Luis dejó los periódicos y, al oír hablar a la camarera, preguntó:

—¿Es usted gallega?

—No, señor; soy de Ponferrada.

—¡Ah, ya!

Aquel ¡ya! y aquel ¡ah! querían decir: ya estamos a las puertas del Vierzo, ya vienen aires gallegos.

Salieron a la calle. Por la plaza de Santocildes, por el Grupo escolar, se dirigieron a la catedral. A Luis le sorprendió un edificio suntuoso. Preguntó a una vieja, con mucha cara de vieja, la cual, irguiéndose sobremanera, contestó como si aquello le perteneciese.

—¡Eso es el palacio del obispo!

Luis ahuecó la voz, imitándola.

—¡Ah!... ¡El palacio del obispo!

Dejó de mirar a la vieja, que reanudó la marcha, tomando ahora un aire majestuoso y algo gallardo. ¡El palacio del obispo! ¡El palacio del obispo!—debía de ir murmurando la ancianita—. ¡Oh, el palacio del obispo!

—Ellos predicán contra la ostentación y el lujo. Y luego, son tan ostentosos, que imaginan palacios que no pueden terminar. ¡Oh, la avaricia! ¡Y el Eclesiastes!... ¡Y...!

—Pero, ¿qué dices, hombre?

Teresa le tiraba del brazo porque se había parado y miraba y remiraba el palacio episcopal, diciendo cosas nada halagüeñas para el alto clero.

Entraron en la catedral. Teresa se separó y fué a ponerse de rodillas en uno de los sitios donde empezaba una misa.

Mientras, Luis recorrió toda la catedral, desafiando las miradas de las beatas, que estaban más atentas a sus idas y venidas, a sus vueltas y revueltas que al oficio divino. Se detuvo largo rato mirando y remirando el altar mayor, obra de Gaspar de Herrera, el célebre arquitecto del siglo xvi.

Sintió una mano que se le ponía en el hombro. Y luego vió mucho negro. ¡Hombre! Era un ca-

nónigo a quien conocía por llevar mucha amistad con su familia. Se ofreció muy atento al saber que los jóvenes iban de viaje de novios. ¡Algo había que decir!

Teresa ya venía hacia ellos. Luis expuso su deseo de ver los objetos que allí guardan.

—¡No faltaba más!

Muy solícito les condujo a la sacristía. ¡Cuánto cura vistiéndose y desvistiéndose!

Ya con el canónigo solos, le dijeron que venían de León.

—¡Ya, la catedral de León! Hermana gemela de la de Milán. Las dos reinas de los templos católicos.

Vieron, entre otras cosas antiquísimas, la arqueta relicario que los reyes Alfonso III y Jimena ofrecieron al obispo Genodio (895-920); una imagen de la Virgen, escultura en madera chapeada de plata y piedras preciosas imitadas, obra románica del siglo XII, conocida por la Majestad.

El canónigo, notando que no ponía cara de mucha admiración, dijo:

—Poco hay que ver, comparado con León.

—¿Qué siglos tiene esta catedral?—preguntó a su vez Luis.

—Empezóse a construir en el año 1471, continuando las obras hasta 1704.

—Y antes...

—¿Cómo antes?

—¿Desde cuándo es sede episcopal?

—Desde tiempo de los godos.

Luis comprendió que el canónigo no sabía lo que iba a preguntarle y se calló.

Salieron de la catedral.

—¿Te ha gustado, Teresina?

—No es cosa. ¡La de León sí que es bonita!

Por el camino tropezaron con una docena de curas; doblar una esquina, tres curas; doblar otra esquina, más curas. Llegaron a la plaza Mayor y

Luis señaló los maragatos, que en aquel momento martilleaban sobre las campanas el reloj anunciando una hora.

Por la calle de La Bañeza se dirigieron al jardín. Antes tropezaron con dos seminaristas, con mucha cara de seminaristas: lentos, rostro lánguido, vista baja; morir habemus: ya lo sabemos.

En los nuevos bancos de azulejos del jardín estaban sentados grupos de soldados; por la rotonda correteaban unos nenes y a lo largo de los asientos de la muralla se veían tres personas que oteaban el panorama gris, las lomas descarnadas, sedientas, estériles.

La pareja se acercó al antepecho de la muralla y miró para abajo.

—¡Qué miedo si se cae una!—exclamó Teresa, asustada.

Y se retiraron a sentarse en un banco combado del paseo central. El cielo empezaba a clarear; a ratos, salía el sol, y el viento, poniéndose del sur, había templado la atmósfera. El Teleno no se veía, oculto por espesas nubes que se agarraban a él como luchando por no desprenderse.

—Y ¿para qué son estas murallas?—interrogó ella, muy interesada.

—Pues estas murallas servían para defender a los astorganos en las guerras incesantes de la Edad Media. Antiguamente, todo el pueblo estaba cercado de murallas; los arrabales que hoy ves, esas casas de ahí abajo, no existían. ¿Tú te acuerdas de doña Urraca?

—¿Esa que está enterrada en León y de quien dijiste que era un pendón?

Luis rió.

—La misma. Me complace mucho que tengas esa retentiva y no te olvides de lo que te cuento. Pues, escucha. El funesto enlace matrimonial de Alfonso I de Aragón con esa señora Urraca, reina de Castilla y León, hija de Alfonso VI, nieta de

Fernando I el Magno y biznieta de Alfonso V, el de los buenos fueros, fué causa de que Astorga se viese invadida por las huestes del de Aragón. Era esa Urraca muy liviana y muy dada a los hombres, hasta el extremo de que el monje anónimo de Sahagún la llama meretriz pública y engañadora, y a todos sus partidarios hombres sin ley, mentirosos, engañadores y perjuros. Si sólo éste hablase mal de ella habría que dudar; pero lo mismo Lucas de Túy que el arzobispo de Toledo, la ponen tibia, diciendo de ella que es deshonesta, mujer libre y brava.

Estuvo casada con el conde de Galicia Ramón de Borgoña, y a la muerte de su marido y de su padre los magnates leoneses y castellanos, reunidos en el castillo de Muñón, en octubre de 1109, casaron e ayuntáronla con el rey de Aragón, hombre díscolo, pendenciero y mal marido, pues la maltrataba de palabra y obra, llegando a ponerle las manos en la cara y las... patas en el vientre.

—¡Qué bruto!—exclamó Teresa, muy interesada en el relato.

—Y la tuvo encerrada en el fuerte de Castilla. Todas estas desavenencias conyugales traían muchos trastornos a los reinos de Castilla y León. En una de esas frecuentes disensiones conyugales, el rey de Aragón, unido a Enrique de Portugal, pues estaba casado con una hermana llamada Teresa, como tú, invadieron las tierras castellanas, saliendo victoriosos, en el Campo de la Espina, cerca de Sepúlveda. Orgullosos con este triunfo, como nuevos bárbaros, llevaron la destrucción y el pillaje por todos los sitios que pasaban. A los obispos y partidarios de la reina los desterraban, y los templos eran saqueados, y los ornamentos sagrados pisoteados. Esto ¡en tan benditas y cristianísimas épocas! Todo lo cual dió motivo a que los gallegos, olvidados de antiguas discordias y agravios, proclamasen rey de Galicia, en la catedral de

Compostela, al hijo de doña Urraca habido con el primer marido.

Después de lo cual, el obispo Gelmírez, el conde de Trava y no recuerdo quién más, con mucha gente armada lo llevaron a su madre. Al saber esto el aragonés les salió al encuentro, dándose vista ambas huestes en el camino de León a Astorga, cerca de lo que hoy se llama Villadangos, donde pelearon gallegos y aragoneses.

Estos se querían apoderar y llevar al niño-rey, y aunque vencieron en la batalla no consiguieron lo que se proponían, pues el obispo pudo huír con el infante, llevándolo al castillo de Ortillón, donde se hallaba Urraca. La reina y el obispo, desde allí se fueron a Galicia por Asturias para que no les cogiesen los aragoneses, que estaban acampados ahí abajo, donde están esas casas y esas huertas. Estaban poniendo cerco a los gallegos, que, huídos de la batalla de Villadangos, se refugiaron en Astorga. La reina y el obispo, después de pasar mil calamidades, atravesando montes y montañas helados, azotados por vientos glaciales, por ventiscas que a poco les hacen perecer, llegaron a Galicia y allí pudieron reunir gentes que viniesen en auxilio de los gallegos aquí sitiados. Ahora venía con ella su hermana, Teresa, y Enrique, su cuñado, que tan pronto era amigo como enemigo. El de Aragón, al ver a los gallegos y castellanos capitaneados por el que hacía poco fué su aliado, levantó el cerco y se fué, quedando así libre este pueblo del asedio y de presenciar a sus puertas los horrores de una batalla. Aquí se juntaron Urraca y su hermana Teresa y Enrique; pero no para mucho tiempo, porque en seguida empezaron a reñir por cosas largas de contar. Las dos hermanas se fueron a Palencia y luego a Sahagún, quedando Teresa en el monasterio y marchando Urraca para León. El marido de Teresa, Enrique de Portugal,

murió aquí, en Astorga, el primero de mayo de 1114. ¿Te cansas de oírme?

—¡No, qué va! Me gustan mucho estas cosas.

—Por los años 1380 y tantos, después de la batalla de Aljubarrota, vuelve a ver Astorga ante estas murallas gente de guerra enemiga. Los portugueses, al hacerse independientes definitivamente, favorecieron al duque de Lancáster en sus pretensiones a la corona de Castilla. El duque consiguió penetrar en el recinto y a poco fué sitiado él y los astorganos por las tropas de Juan I de Castilla; las mandaba el caballero Alvaro Pérez Osorio, progenitor de los marqueses de Astorga, el mismo que defendió tan noblemente a Benavente, según cuentan Sandoval y Gándara. ¡Qué de flechas y saetas caerían en estos sitios donde estamos tú y yo! Y los astorganos se defendieron también con hondas y arcos y lanzando piedras y saetas. ¡Siempre los hombres matándose unos a otros! ¡La peor fiera es la fiera humana! También los astorganos han oído detrás de estas murallas el estampido de los cañones de las tropas de Napoleón.

Me canso, chiquilla, de tanto hablar.

Teresa, con el bastón de Luis, se entretenía en hacer figuras en la arena del paseo.

Por enfrente de ellos pasó un matrimonio encorvado por la edad. A Luis le pareció ver en los ojos de él y en el gesto de ella toda una historia de amor. Aquella mujer, doblada por los años, con los surcos del tiempo en el rostro, fué, sin duda, en sus buenos tiempos, una mujer bonita. Acaso desde el mismo banco donde ellos estaban sentados ahora, allá en sus años juveniles, mirarían el paisaje con ojos de enamorados, y contemplándose y dejando la vista errar por el horizonte soñarían sin cesar.

Y se le representó toda la vida amorosa de Astorga desde el año 1840, fecha en que se inauguró el jardín, transcurriendo por este paseo. ¡Cuán-

tas palabras de amor! ¡Qué de promesas! ¡Qué de ilusiones volarían por este jardín en tantos años! ¡Cuántos ojos bonitos de lindas astorganas contemplarían ensimismados el mismo paisaje que él ahora también contemplaba con ojos de enamorado! Y luego vendrían los desengaños, las penas de la vida, los sinsabores y amargas, las enfermedades. Aquella joven tan gallarda, tan buena moza, con tantas ansias de vivir y de gozar estaría tal vez gimiendo ahora devorada por un cáncer...

Aquella otra que fué tan idolatrada del novio, se verá en estos momentos abandonada y despreciada por el que ya es su marido...

La que se entusiasmaba con los rorros y tenía ganas locas de ser mamá, se casó y su esterilidad es su martirio...

¡Es la vida, es la vida, que al traspasar la edad juvenil está esperando con un garrote para tronchar todas las flores de ilusión!...

Había inclinado la cabeza y estaba mirando el suelo. Teresa le buscó la mirada y notó que estaba la mar de triste.

—¿Qué piensas? ¡Has puesto una cara, si vieras! Nunca te he visto así.

Por toda respuesta dió un salto y ordenó:

—¡Vámonos! He estado pensando cosas fúnebres.

Fueron por el paseo, a lo largo de la muralla. Después pasaron por el seminario y terminaron por caer otra vez en la plaza Mayor. Estaba llena de soldados. Teresa miraba a todos deseando reconocer a uno de su pueblo que estaba sirviendo en Astorga.

—Si me ve no me conoce, ¿verdad? Estoy muy cambiada, ¿verdad?

—¡Verdad, verdad! Si te hubieses fotografiado de palurda, ahora no sabías si eras tú.

Hasta la hora de comer estuvieron dando vueltas

por todas las calles. Al tropezar en una de ellas con un panadero, Luis se acordó de que en el siglo pasado vivían en Astorga más de cien panaderos.

—A los bañezanos nos llaman, no sé por qué, sardineros, cuando verdaderamente somos tejedores. En La Bañeza había en el siglo pasado más de ciento cuarenta tejedores, y en Astorga, más de cien panaderos, que llevaban el pan hasta Galicia. La industria del pan y de las mantecadas, tan ricas, ha sido lo que ha predominado en Astorga.

—¿Y el chocolate?

—¡Es verdad, mujer! Y el chocolate.

Pronto se les pasó el tiempo. A la una ya estaban sentados en el comedor del hotel. Después de comer tomaron café en el Moderno y luego se fueron a dar un paseo por la parte alta, por el norte. La tarde quedó espléndida. Anduvieron más de seis kilómetros. Al pasar, de vuelta, por el cementerio, la pareja se paró porque Teresa quiso...

—Ahí, detrás de esas tapias...

No pasaba un alma. A Teresa se le rompió la goma de los *coulots*, y Luis procuró arreglarlo. Miraron a todas partes: nadie. Con esta confianza las ropas de Teresa subieron hasta la cintura. De pronto, ella echó a correr a esconderse detrás del cementerio. ¿Qué pasaba? Luis quedó helado. Una bandada de seminaristas, crías de cura, venía a paso ligero por el camino, y los de vanguardia vieron, indudablemente, a la pareja entretenida... ¿en qué? Los seminaristas no podían imaginarse el percance. Empezando a suponer, se supone lo peor...

Por todos los seminaristas había cundido el suceso, y los que habían visto... contaban a los de atrás...

Latinos, filósofos y teólogos, todos en confusión, miraban a Luis, que, volviéndose de espal-

das, llevó la mano a la boca y dejó sonar una tremenda carcajada.

Los teólogos, los filósofos y los latinos, como rebaño espantado por un lobo, se esparramaban, se arremolinaban. ¡Jesús, lo que habían visto!

Luis fué a buscar a Teresa, que estaba aún azorada y sin respiración.

—¡Oy, oy! Mira que no verlos. ¡Oy, oy!

Luis no se podía tener de risa.

Cuando vieron que los futuros curas se habían alejado bastante, salieron del escondite. Todo el camino fueron comentando lo sucedido.

—Esta noche, muchos seminaristas no duermen, sobre todo los filósofos y los teólogos...

Al entrar en la población ya estaban las luces encendidas. ¿Adónde ir hasta la hora de cenar?

—¿Quieres que vayamos al Casino?

—Bueno. Pero antes nos llegamos al hotel a mudarme de pantalones.

A la media hora subían por la escalera del Casino. Se oía música.

El salón estaba bastante animado. Luis saludó a varios conocidos. La orquesta empezó a tocar un tango.

Más de quince parejas salieron a danzar. Luis se fijó en las muchachas: todas encantadoras. Conocía los pueblos importantes de su provincia, pero en ninguno encontraba tantas mujeres bellas, con una belleza tan saludable como en Astorga. El cutis de las astorganas es un cutis de mujer costeña. Y, aquí, salía a relucir la cuestión del origen de la raza maragata. ¿De qué grupo colonizador descienden? ¿Son aborígenes? ¿Son indígenas? Es un caso curioso y raro que todavía no se ha estudiado con el debido detenimiento (1).

La constitución física del maragato es comple-

(1) El autor de esta novela está haciendo estudios para esclarecer, en lo posible, el origen de la raza maragata.

tamente distinta a la del resto de los leoneses. Su temperamento es sanguíneo en último grado. La constitución muscular, hercúlea; anchos hombros, facciones abultadas. La voz ruda. La nariz, es la nariz de algunos pueblos del norte. ¿Son bátavos? La fisonomía es eslava. Acaso bretones, acaso...

Lo que puede asegurarse rotundamente es que no son latinos. Obsérvese todos los bustos de monedas romanas, las innumerables estatuas que nos quedan de aquellos grandes hombres. Sus rostros son idénticos a los rostros de bañezanos, leoneses, coyantinos, etc., etc., actuales. No se encuentra en ningún romano, en ningún latino, una nariz eslava. Es rarísimo que un maragato puro tenga nariz y labios latinos.

Ha contribuído a conservar la pureza de la raza maragata su costumbre de no enlazarse con extraños. Hasta hace muy poco, raro era el maragato que no se casaba con una maragata. Había maragatos que venían de América exclusivamente a casarse con una de su raza.

Luis miraba a todas las lindas astorganas que se encontraban en el baile y, sin equivocarse una vez, podía decir: ésta tiene en las venas sangre maragata; aquélla, aunque sus padres sean de la ribera o de La Cepeda, también la tiene, porque sus abuelos fueron maragatos.

De todas las que estaban en el baile destacaban dos, bellas a porfía, hermosas hasta la tentación: maragatas y astorganas, indudablemente.

Y una cosa tenía observada: eran más bellas, más bonitas, más finas, las que sólo por una rama, paterna o materna, descendían de maragatos puros.

La orquesta seguía tocando.

El sonido predominante del violonchelo y contrabajo: ooooo; el de los violines: iiii. Y, en medio de estos dos sonidos, el ooooo, pastoso, rudo, retumbante, percibiéndose en el vientre y por todos los nervios, distribuído por las extremidades

inferiores, y el iiiii, fino, chillante, metiéndose por los oídos, toda la escala sonora producida por los demás instrumentos.

Tocaba un tango que le recordaba los bailes del Palace, los días de vida madrileña.

Teresa no quitaba la vista de las parejas y del inmenso espejo. De vez en cuando alzaba los ojos para mirar dónde tocaban.

Por lo bajo preguntó Luis :

—¿ Te gusta esto ? ¿ Te aburres ?

—¡ Ah, soso ! ¡ Decirme que me aburro !

¡ Qué se iba a estar aburriendo ! ¡ Si estaba embelesada ! Era la primera vez que veía un baile así. Se le pasó el tiempo volando. ¡ Qué lástima tener que marcharnos !

Fueron de los últimos en desfilan.

¡ Qué bien se estaba allí !

Teresa salió encantada.

—¿ Cuando estemos en Madrid, me vas a llevar a bailes como éste ?

—Y aprenderás a bailar, aunque a mí ya sabes que me gusta poco.

Llegaron al hotel. Cenaron y se acostaron. Cuando se estaban desnudando, Luis se acordó del incidente de la tarde.

—Teresina, esta noche en el Seminario hay revolución. Más de un filósofo y de un teólogo se acordará de ti. Y no dormirán. Y habrá en los caires ruidos extraños...

—¡ Ja, ja, ja, ja... !

Rió ella con risa dichosa y movimientos sanos de alegría.

—¡ Ja, ja ! Apaga...

Al día siguiente emprendieron el camino para Ponferrada. Antes visitaron varios pueblos de Maragatería, donde todavía se ven los trajes típicos de maragatos y maragatas. La Maragatería tiene

una extensión de 400 kilómetros cuadrados y pasan de 20.000 los habitantes.

En una aldea vieron un maragato muy peripuesto, con un cinturón en el que se leía, en letras confusas bordadas con seda: «¡Viva mi bien amado!» Aquel cinturón fué regalo de la novia en días de boda.

¡Viva mi bien amado! Les hizo gracia, y por todos los sitios que iban lo recordaban. ¡Viva mi bien amado!

La arcilla predomina en todos los terrenos maragatos. Teresa, gran observadora y, como mujer, curiosa, le dijo, una vez que hablaban del suelo:

—¡Qué encarnado! Acaso por eso los maragatos sean tan colorados!

Luis no supo qué contestar.

Ya que estaban recorriendo pueblos nada interesantes, Luis se acordó de que en Corporales poseía una gran extensión de terreno que no le producía nada, porque, por abandonado, lo había descuidado, ¡y cualquiera sabría quién habría entrado en posesión de sus fincas, cuyos lindes tan antiguos no podían orientar, ni mucho menos, dónde podrían estar en la actualidad!

Cuando estuvieron metidos en el valle, Teresa empezó sus exclamaciones de costumbre:

—¡Qué montañas! Ya empezamos otra vez con las montañas, a tenerlas muy cerquita de nuestra vista.

Las montañas les rodeaban por todas partes. Anduvieron haciendo indagaciones, pero no les valió de nada, porque los vecinos, oliendo algo, muy recelosos, se subían los hombros y no se les podía sacar una palabra.

—Yo sé que están cerca del río. Mi tío creo explotó en ellas una mina de plomo argentífero.

Dió más datos. Como si no. ¡Lástima no haber traído la hijuela!

Ya saliendo de Corporales, al ir cerca del río, Luis explicó:

—Mira, Teresina: éste es el río Eria, que nace allí arriba, al pie del Teleno, en una fuente titulada El Ero. Pasa por Badillo, Truchas, Quintanilla y Morla.

—¿Donde está el salto de agua para la luz de La Bañeza?

—Eso es: la Hidroeléctrica del Eria. En este partido nacen también el Tuerto, en los barrios de Nistoso, y el Duerna y algunos otros. Tú sí conoces el Tuerto y el Duerna.

—¡Anda! De sobra.

A las ocho de la noche, después de andar todo el día por caminos en pésimo estado, subían el puerto de Manzanal. El frío se sentía intensísimo. Las montañas parecían colosos que se iban a tragar de un momento a otro el automóvil.

Teresa advirtió:

—¡Abrígate, Luis! ¡Huy, qué frío siento!

El *auto* llevaba una marcha de caballo al trote. No tenían prisa. En Brañuelas harían alto y pasarían la noche en casa de un antiguo conocido de Luis.

CAPITULO XVI

PONFERRADA

Estaban despiertos cuando oyeron en la puerta de la habitación unos golpes suaves y una voz que decía:

—Son las ocho. Si quieren desayunarse, ya pueden.

Al poco rato, Luis abrió una ventana, desde la que se veía la línea férrea, manchas oscuras, mon-

tones de carbón. Teresa, medio desnuda, se asomó a recibir las caricias del aura mañanera.

—Uuuuff, uf uf uuuf—aspiraba contrayendo los músculos nasales y abriendo las aletas—; uffuuuf. ¡Qué aire más rico! Parece el de Busdongo.

Luis, poniéndose encima de ella, hablaba:

—Este aire de montaña es tan rico como tú, Teresina. Mira, ya empiezan a blanquear los picachos aquellos.

—¿Qué árboles son éstos?

—Castaños.

—¡Oy, cuánto me gustan las castañas!

—Pues luego iremos a la cuesta aquella, donde hay muchas, y comeremos las que quieras. Anda, arréglate, que ya voy sintiendo hambre.

Teresa se peinó de cualquier manera, se vistió con mucha pereza y del bracete entraron en una especie de comedor, donde un señor grueso, de cara afable, les esperaba muy risueño.

—¿Qué tal se ha pasado la noche? La señora habrá extrañado.

—No, señor; nada.

Y Luis añadió:

—Estamos acostumbrados desde hace días a dormir en hoteles. Vamos en plan de turistas, recorriendo toda nuestra provincia.

El señor grueso, con cara de bobalicón, risueño perpetuamente, daba cabezazos y murmuraba:

—¡Ah, muy bien, muy bien! Perfectamente. Sí, muy bien.

—¡Cuánto tiempo sin verle, don Ramiro! ¿Le habrá sorprendido mi presencia, eh?

Serenándose, don Ramiro los indicó asiento.

—Siéntense, siéntense. Así. Perfectamente. Allá por el año de 1917, cuando la huelga revolucionaria de agosto. ¿Se acuerda usted? Le encuentro bastante transformado; entonces era usted un adolescente. Ahora llamaré para que les traigan el desayuno. ¡Muchacha!

Apareció una maritornes sucia, con señales de no haberse lavado hacía más de un mes.

—El desayuno para los señores—ordenó a la criada, y después, volviéndose a los huéspedes—: Tendrán apetito. La juventud siempre tiene apetito, y a veces apetitos desordenados.

En esto Teresa y Luis abrieron los ojos, sin saber qué decir; ante ellos humeaban dos cazuelas de barro con cucharas de madera.

—¡Sopas de ajo! Ha tenido usted un feliz acierto.

Don Ramiro, siempre sonriéndose, justificó tal desayuno:

—Aquí ya sabe, Luis, que no tenemos buñuelos, ni buen chocolate, ni pan fino. Y como me acordé que le gustaban mucho las clásicas sopas de ajo en su salsa: en cazuelas de barro de Jiménez, con cuchara de palo, ¿eh? Perfectamente.

—Encantados y agradecidísimos—decía Luis.

—¡Qué ricas! ¿Están con aceite de arder?—preguntó Teresa, a quien agradó tomar sopas de ajo después de muchos meses sin probarlas.

—No, con unto y pan masado en casa, pan de aldea, el a propósito para las sopas de ajo.

Luis, dando vueltas con la cuchara, para que se enfriasen, observó:

—Y con huevitos, ¿eh? Excelentes.

Y empezó a elogiar las sopas de ajo tomadas en cazuelas de barro, con cucharas de madera, hechas con unto o aceite de linaza y pan duro.

—Son riquísimas y son tónicas y muy leonesas. Yo, cuando tengo el estómago desarreglado, nada me sienta mejor que unas buenas sopas de ajo.

Así, charlando de esto y de otras cosas, terminaron de desayunarse. Luis invitó a don Ramiro a que les acompañase en el automóvil hasta Ponferrada.

—Perfectamente. ¡Digo, no! Bajaré sólo hasta

Torre. Tengo que hacer mucho. No puedo, ¿comprende? Perfectamente.

Luis dió orden al *chauffeur* para que siguiese por la carretera. Ellos iban a ver la *Margarita*, una mina que tuvo el tío de Luis cuando la guerra europea.

Saltando por aquí y allá, torciéndose los pies, pisando un terreno negruzco, pizarroso, llegaron a un teso poblado de castaños. Teresa iba cansada.

—¡Hijo, dónde nos metes! Mira, ¿ves? Se me rompió la cinta del zapato. ¡Anda!, y este tacón medio suelto. ¡Ay, hijo!, ¿lo ves?

Teresa, compungida, protestaba. No la agradaba caminar por tales parajes, porque estropeaba los zapatos, que ella tenía en tanta estima.

—Si fuesen los grises, o los que compré en Astorga...; pero mira que éstos, los mejores.

Luis, con gesto agrio, para hacerla callar, la reprendió:

—Pues si te hubieras puesto los peores, ahora no te lamentabas. ¡Vaya!

Cuando ella le veía así de enfadado temblaba y no chistaba, pero se ponía morrucia de veras.

Don Ramiro, embarazado, sin saber qué hablar, les indicó unas peñas debajo de dos copudos castaños. Desde el lugar hacia donde caminaban se veía la *Margarita*, ladera abajo.

—¡Pobre *Margarita*! ¡Cuánto corrí por aquellos matorrales detrás de las cabras del capataz! Yo debí seguir pagando el canon. Veo que esto se ha hundido. Aquel movimiento que había cuando vine con mi tío parece que ha cesado.

—Perfectamente. Esto está completamente perdido. Mire allá la Perla: abandonada. Detrás de esas montañas está la mina que compró aquel señor rico de Madrid a don Ismael. ¡Cuánta pizarra salió de allí! ¡Y qué de miles de pesetas! Al buen hambre no hay mal pan, y entonces había hambre de carbón y se comía pizarra. Todos los mineros,

dueños de minas, por la Granja, Torre, etcétera, las dejaron. Si cuando la guerra llegamos a tener buenos caminos y buenos camiones y muchos vagones, no hablaba con usted en estos momentos, porque estaba en California. Así, ya me ve aquí, andando por estos riscos, añorando los años de gran trajín y muchas pesetas. ¡Qué de viajes hice yo a León! ¡Y qué de veces...! Perfectamente—y guiñaba los ojos.

Teresa, con la vista en el suelo, debía estar sufriendo todavía la áspera contestación de su amante.

—¡Pesetas! Fué más el ruido que las nueces; eso me parece a mí. No digo que algún propietario de minas ganase algún dinero. Pero ¿los obreros? Sí es verdad que algunos ganaban buen jornal, y más los que trabajaban a destajo. Pero yo recuerdo verles comer pan de centeno y dormir hacinados sobre sacos de paja, en medio de la mayor miseria. De seguro que cuando los mineros romanos andaban por aquí vivían mejor.

—Perfectamente. El mal fué que acabó la guerra.

—¡Un mal que dejasen de sucumbir miles de hombres asesinados por sus semejantes! ¡Por Júpiter, don Ramiro!

Don Ramiro, que por su aspecto exterior parecía una cándida paloma, demostró con aquellas palabras sentimientos de hiena.

—Para vivir unos tienen que morir otros, y yo prefiero que mueran otros y viva yo.

Luis se vió metido en una discusión, y dió vuelta en redondo, preguntando:

—¿Y qué fué de Sixto, de Rebeco y de Boceras?

—Boceras murió de resultas de la paliza que le pegó la guardia cuando la huelga revolucionaria de agosto, y el Rebeco está en Asturias. De Sixto no he vuelto a saber.

—¡Qué tres puntos! Y bragados. Sixto me parece que fué depositario del dinero del Sindicato. En la guarida de Rebeco, Boceras y Sixto, no en-

traba la Guardia civil. ¿Se acuerda usted de cuando salían las mujeres con los niños en brazos, escoltando a los huelguistas?

—¡No me voy a recordar, señor! Perfectamente. Entonces era casi imposible vivir por aquí. En estos parajes pacíficos, con un clima y un panorama incitantes a la contemplación, se desarrollaron odios feroces, luchas salvajes. ¿Quién andaba por ahí sin pistola en el bolsillo y ajeno a una agresión?

—Nunca se me olvidará aquella noche que salimos de la Granja para Torre. Cuando en medio del camino nos salieron dos lobos y a poco oímos el silbido cortante, seco, rasgador del balín de una pistola. ¿Usted supo, por fin, quiénes fueron los agresores?

Don Ramiro guiñó un ojo, se rió como nunca y repuso:

—¡Perfectamente! ¿Que si supe quiénes fueron los barbianes? ¡Clarito que sí! Y me las pagaron. Ya sabe usted la buena amistad que yo llevaba con aquel capitán de León.

Luis no quiso oír más ni recordar aquellas luchas, cuando las garantías constitucionales estaban suspendidas, cuando los mineros insultaban a la Guardia civil y se declaraban en huelga a cada paso y hervían amenazas y había agresiones a traición. Cuando el derecho de sayonía (el mal fuero abolido por Alfonso V, del que tanto uso han hecho los gobernantes en todos los siglos) revivía con todo su mayor vigor y las casas de los mineros eran allanadas a altas horas de la noche por órdenes superiores.

—Pues ya ve usted, Luis, esto está ya más pacífico que una balsa de aceite. De vez en cuando vienen por aquí algunos señores de aquellos que arriesgaron unos miles de pesetas creyendo que se harían millonarios. ¡Si todo el dinero gastado individualmente se reúne en compañía! Entonces,

otro gallo nos cantara. Ahora sólo nos quedan las castañas, y para eso, hace años se presentó una enfermedad que ¡no le quiero a usted contar!

Los castaños frondosos, con sus ramas ascendentes y el erizo del fruto, contribuyen a dar carácter al paisaje rocoso. Cuando el sol hiere sus hojas tienen matices de oro y esmeralda. Comunican al bosque algo de etéreo y mágico. El castaño es el árbol forestal por excelencia, salvaje, primitivo, más salvaje y primitivo en estas montañas, en estos valles, en estas gargantas, en estos picachos, en estos tesos, en estos montículos de El Bierzo. La sombra del castaño es espesa, acogedora, profunda y misteriosa. El castaño es una de las principales riquezas de El Bierzo, y lo sería más si no fuera tan salvaje, tan primitivo; es decir, si se le cuidase, si se le atendiese, si supieran tratarle como en otros sitios. Su hoja, la mayor de nuestros árboles, dentada, coriácea, de un verde jugoso y concentrado, es un adorno fastuoso.

Luis sacó su cronógrafo-taxímetro y dijo:

—Son las doce y media. Hemos andado unos trece kilómetros

Don Ramiro, al ver el último adelanto de la relojería y tenerlo entre sus manos, exclamó:

—¡Lo que se inventa!

Se levantaron y fueron a coger la carretera y el automóvil.

Don Ramiro les acompañó hasta Torre, y allí se despidieron hasta la vuelta.

Ya solos en el *auto*, Luis miró fijamente a Teresa, que tenía cara de mucho enfado.

—¿Te parece bien el papel que has estado haciendo? ¿Qué diría ese señor? ¡Qué ineducada!

Teresa escondió la cara entre ambas manos y empezó a llorar. Era la primera vez que Luis la hacía soltar una lágrima.

El automóvil entraba por las calles de Ponferrada. Se pararon ante una casa con escudo. Allí

vivía el padrino de Luis. Preguntaron por él y recibieron esta contestación :

—Don Eduardo hace varios años que no vive en Ponferrada. El pobre, como es ya tan anciano.

Bien encaminados, llegaron a la caída de la tarde a la casa de campo de don Eduardo. Era un *chalet* de estilo modernísimo, situado en un recuesto, desde el cual se contempla un estrecho valle mirando para el norte y sur. Hermosos collados plantados de viñas alegraban el frente. Robles y castaños daban sensación de fortaleza y salvajismo. Por la derecha corre el Cua, adornando, como una corbata plateada, las faldas de la sierra de la Aquiana. A lo lejos, una alta explanada, como dominando el curso del mencionado río, contribuye a dar al paisaje ese aspecto pintoresco sin grandes horizontes, sin panoramas que se ven a primera vista, ocultando a cada paso sorpresas y bellezas que obligan a estar en continua exclamación.

La puerta de hierro sonó herrumbrosa. El jardín se desmayaba lánguidamente en aquel véspero naranja-añil. Macizos de crisantemos, reventando sus pétalos y con las ramas caídas, recordaban los próximos días de los Difuntos. Colorinescas bocas de dragón asomaban entre matas secas de espuelas. Unos rosales, enroscándose por las verjas, salpicados de rosas de otoño, alegres, primaverales, contrastaban con todas las demás flores otoñales, tristes, muy tristes, con la tristeza de lo que va a vivir poco. Dos sauces, varias acacias copudas y un kaki adornaban la entrada principal. Las sendas, sombreadas de castaños de Indias, de robles, de árboles del paraíso y del amor, de boj y de lilares, estaban cubiertas de hojas secas. A los lados, matas de geranios, de claveles, amapolas y malvas reales. Bancos rústicos de madera, otros de azulejos de Talavera, escondidos entre macizos de hoja perenne, invitaban a las pláticas de amor en noches de luna llena... Y de todo ello, un aroma a

humedad de jardín, a putrefacción de hojas y ramas secas, al aliento de los árboles y de las flores. El hálito de todo jardín frondoso, bien cuidado, se le metía a uno hasta las fibras más sensibles del cerebro.

Una voz canora, de acento ponferradino, sonó en el crepúsculo otoñal, confundándose con los últimos gorjeos de las aves que moraban en las copas de los árboles.

—¿Quién va? ¡Ah! Luis... ¡Oh!

—¡Abuelito, abuelito! ¡Guadalupe!

Ya se estaban estrechando las manos Raquel y Luis en la breve escalinata del *chalet*. Don Eduardo y Guadalupe asomaron por una ventana.

Guadalupe exclamó, jubilosa:

—¡Hola, Luis! ¡Qué alegría!

Don Eduardo tardó en reconocer a Luis; Raquel, salida de su primera sorpresa, les invitó a que pasasen al comedor, al mismo tiempo que echaba a Teresa miradas preñadas de curiosidad.

Cuando supieron que la pareja iba de viaje de novios empezaron los reproches:

—¡Parece mentira no habernos invitado a la boda!

—Nunca creímos esa desatención.

—Eso está muy mal, Luis.

—La grande amistad que nos unió con tu tío. Y, sobre todo, siendo yo el padrino de bautismo.

—Ha sido cosa rápida, ¿no, verdad, Luisito...? —decía Raquel, con su voz mimosa y su charla alocada—. Hace dos meses me escribió Pepita, y nada me decía de tus relaciones.

Teresa no sabía qué hablar; era la primera vez que se sentía palurda, palurdísima. Luis no acertaba con la excusa. Era preciso mentir, y mintió todo lo que se le ocurrió.

Sin sentir transcurrió el tiempo, llegando la hora de cenar. De sobremesa estuvieron charlando más de dos horas. A Teresa se la soltó la lengua y se

hizo simpatiquísima. Luis la veía y la oía hablar, y gozaba al verla tan gozosa, tan en plan de novia en plena luna de miel.

Al ir a los dormitorios, Guadalupe y Raquel llevaron en medio de ellas a Teresa, que parlaba por los codos, dándolas impresiones del viaje.

¡El relato de las impresiones de un viaje de novios en plena luna de miel, escuchado por jóvenes que ya van perdiendo las esperanzas de realizarlo!

Según cerró la puerta del cuarto, dijo Guadalupe, con sus salidas de virgen loca:

—No os digo que descanséis, porque sería una herejía para unos recién casados. ¡Que gocéis mucho! Hasta mañana.

Por el pasillo obscuro, Raquel reprendió a la hermana:

—¡Qué chica! ¡Tienes cada cosa!

Luis quedó, a su vez, riendo la salida de Guadalupe.

—Sigue tan loca como cuando nos íbamos a examinar a León. Era una de las cinco vírgenes locas que traían revuelto el Instituto. Ya te contaré detalladamente muchas historias.

El *chalet* de don Eduardo quedó completamente en silencio hasta la hora del alba, en que el dueño lo alteraba abriendo puertas y ventanas. Don Eduardo madrugaba como las gallinas. Se entretenía en regar, en hacer pitillos, en cavar, ¡contando ochenta años!

A las diez de la mañana de aquel día se encontraban todos en el amplio cenador del jardín, haciendo proyectos para la estancia de los recién casados...

Luis se fijaba en su padrino. Era alto, seco, con barba blanca, con mirada de acero: un caballero del Temple. Así debían ser los templarios. Tenía su fortaleza, su valentía, su espíritu esforzado; pero, desde luego, no sus ideas. Don Eduardo era republicano federal, de los de Pi y Margall.

Las mujeres se levantaron a coger flores, y mientras los dos hombres quedaron charlando de política, del progreso industrial y comercial y cultural de la provincia leonesa.

—Ya verás con detenimiento todo El Bierzo; podrás apreciar la gran riqueza que encierra y las condiciones inmejorables para ser campo de admiración de los turistas. Verás por todos los sitios ruinas de su grandeza pasada. A mi parecer, en la antigüedad era lo más rico de la provincia. Pero ahora están esas riberas de Astorga y La Bañeza, que son verdaderas minas, en la acepción más amplia y golosa de la palabra. Todo es acertar y saber tras de lo que se anda. Un acierto de los bañezanos ha sido la alubia. ¿Quién no conoce en España vuestra alubia de riñón? Aquí, en El Bierzo, no se ha acertado con los cultivos. Ahora funciona, creo, en León, una granja agrícola. Veremos si los beneficios se extienden hasta aquí. En El Bierzo se podrían aclimatar árboles que en otros países dan grandes rendimientos. Y más ahora, que estamos entrando en la edad de la fruta. Día llegará en que las gentes se convencerán de que las carnes y los pescados producen muchas toxinas, causa de enfermedades.

—Es decir, que la ganadería...

—De ninguna manera. La ganadería, como sabes, es necesaria para aprovechar estos prados riquísimos. Es que disminuye la caza y la pesca y aumenta la población, y ¿qué se va a comer? ¿Por qué recurrir a las carnes congeladas del extranjero cuando aquí se dan frutas tan alimenticias y tan sanas como la uva, ciruelas, peras, manzanas, avellanas, almendras?

Luis cabeceaba, diciendo a todo que sí, y, a su vez, cogió la palabra.

—Mire usted: El Bierzo y otras partes de la provincia tienen una riqueza inmensa sin explotar: la fruta. Si yo fuese millonario no tendría in-

conveniente en arriesgar unos cuantos millones en el negocio de las frutas. Ahí tiene usted los mercados de Londres y de otras naciones del norte llamándonos a voces. En La Bañeza ya hay propietarios que tienen miles de frutales cuya fruta van a comprar los murcianos para enviarla a Londres, pasando por murciana siendo leonesa. Pero esto es lo de menos. Es una estupidez querer competir con el extranjero en ciertas cosas. Ni de Asturias ni de León saldrá nunca carbón que pueda competir con el inglés, en baratura y calidad; de León nunca saldrán artefactos que puedan competir con otros artefactos fabricados en Alemania y Bélgica. Pero, sin embargo, en la provincia de León hay unas ciruelas, y unas peras, y unas uvas, y unas guindas, y unas almendras, y unas manzanas, con las que no podrán competir las que puedan darse en esas naciones. Gastar millones en ciertas empresas es tan estúpido como si en Londres, para cosechar ciruelas, les diese por hacer grandes invernaderos y llevar tierras y abonos apropiados. Si todos los millones empleados por la Empresa de las minas y ferrocarril de Villablino (y no quiero decir que esto esté mal) lo emplean en hacer repoblaciones de árboles frutales y en construcción de barcos con todos los adelantos para transportar las frutas a las regiones del norte, ¿cree usted que no hubiese sido un negocio redondo, con más ventajas para la economía y bienestar de la nación, que no se vería obligada a forzar a los demás españoles con ese impuesto indirecto de aduanas, protegiendo industrias que no son naturales?

Y no me refiero precisamente al carbón; me refiero a otras industrias de otras provincias. Es verdaderamente una vergüenza que, teniendo una riqueza tan inmensa, no se explote, y para la poca fruta que exportamos tengamos que recurrir a barcos extranjeros, que, por las muchas escalas y muchas veces malas condiciones, es causa de que nues-

tros productos lleguen a los mercados en pésimas condiciones, cuando no tienen que tirarlos al mar. Además, de la fruta pueden hacerse dulces riquísimos, y unas cuantas fábricas en grande escala, aquí, en El Bierzo, serían una riqueza inmensa. Así que ya lo sabe: usted anime a los capitalistas bercianos, y éstos que acudan a otros de la provincia, y entre todos formemos una Empresa colosal, enviando nuestros productos agrícolas para alimentar a esos gargantúas, Londres, Berlín... Si no hacemos nosotros esto, lo harán los italianos y los norteamericanos con sus productos.

Luego llegaron Raquel, Guadalupe y Teresa, adornadas de flores. Don Eduardo se levantó y marchó a sus quehaceres. Los cuatro jóvenes, sentados alrededor de la mesa del cenador, empezaron a charlar de amores. Luis preguntó:

—Raquel, creí encontrarte casada. Te lo iba a decir anoche, pero no me atreví, temiendo meter la patita; pero ahora, ya vuelta nuestra lejana intimidad amistosa, te lo digo.

Raquel suspiró; el músculo diafragma debió dar de sí todo lo que podía. ¡Qué suspiro intenso y prolongado!

—¡Casarme! Tú conocerás «El señor de Bemibre», ¿verdad?

Luis sonrió con suficiencia.

—Me parece que sí.

—Pues yo soy otra Beatriz, forzada por mis padres a casarme con otro conde de Lemus, queriendo, como quería con toda mi alma, a quien tú sabes. Pero Beatriz llegó a casarse y llegó a morir. Tuvo más suerte que yo muriéndose, y menos casándose con quien no amaba. ¡Siempre el interés guiando las acciones humanas!

Guadalupe saltó, con saña:

—Esta siempre con sus estúpidos romanticismos. Así te ha salido ello.

Raquel se enfureció.

—Y a ti, ¿cómo te han salido tus miras egoístas? Esta es de las que miran a los hombres por su bolsa. «Ese, ¿quién es? ¿Un bicho feo, anti-pático, cerril, intratable, brutal, analfabeto, pero con pesetas? ¡Oh, qué hombre más ideal! Este otro muchacho, ¿distinguido, guapo, cariñoso, culto, pero con un modesto pasar? ¡Qué hombre más asqueroso!» Os digo que me repugna esta mujer.

Dijo estas palabras con saña feroz, en son de guerra. Guadalupe no supo o no quiso contestar, y casi llorosa se levantó y se fué.

Quedaron en una situación embarazosa. Luis se atrevió a decir:

—Raquel, has estado muy fuerte con tu hermana.

Raquel, con la mirada iracunda, repuso:

—Es que me repugnan estas mujeres. Yo debía haberme muerto tísica en el lago de Carracedo, una noche de luna, tocando el arpa, o haberme escapado con Gonzalo en motocicleta antes que sobrevivir a este martirio continuo. Detesto a todos esos padres que, creyendo hacer un bien a sus hijas, miran a la despensa del prometido. ¡Como si en esta vida se alimentase una de jamón y chorizos! A mí mi padre me hizo desgraciada. Ya tú sabes cómo yo quería a Gonzalo, qué loquísima estuve por él. Pues el de Arganza, al lado de mi padre, un desinteresado. ¡Yo no sé cómo tengo el juicio sano! Y sabrás que Gonzalo, después de creerle una inutilidad, gasta automóvil y gana un dineral.

Luis se atrevió a insinuar...

—Entonces...

—¿Por qué no se casó, verdad? Pues porque está ya casado y porque, además, ocurrieron cosas por las cuales tiene motivos para detestarme. Y lo más gracioso fué que el que mi padre creía otro conde de Lemus, ni era conde ni tenía un real. ¡Qué chasco! Después tuve novios impuestos también por la voluntad paterna. Pero me

vengué. Un registrador, un exportador de alubias, creo que por allá, de tu tierra, y un telegrafista. A todos los tres, unos días antes de la boda, los eché a paseo. Las gentes han creído que me han dejado. Nada de eso; me he burlado de ellos, de su dinero. ¡Asquerosos! Yo soy una mujer novelesca. ¡Qué amores los míos! Para una novela, Luis, para una novela.

Luis se fijaba en Raquel; en su rostro bonito ya se iban iniciando las fatales arrugas; ya iba a trasponer los treinta años, esa edad en que el carácter de la mujer se inoculara de virus rábico si no ha realizado la unión con un hombre.

Al poco rato bajó don Eduardo con un papel en la mano, diciendo:

—Aquí tenéis el plan a seguir esta tarde, como decís ahora los jóvenes.

Todos a una alzaron los cuellos, curiosos.

—¡A ver, a ver!

—Después de comer iremos a Ponferrada; veréis la población, el Casino, el Ayuntamiento, el castillo y el teatro. A las cuatro o las cinco, camino por la carretera de Orense, a merendar en el lago de Carucedo. Y regresaremos cuando sea de noche.

—Olé, olé. Muy bien, muy bien.

Aplaudieron las nietas.

Don Eduardo, alegre con la alegría que le rodeaba, ordenó:

—Y ahora, a comer...

.....

Don Eduardo, Raquel, Guadalupe, Teresa y Luis alegraban las calles de Ponferrada con sus risas y su presencia. Venían del Casino, de tomar café, y se dirigían al castillo.

—Vosotras conoceréis mucha gente aquí.

—No lo creas, Luis. De vista, sí conocemos a unos cuantos y a unas cuantas. ¿No ves que ve-

nimos de Pascuas a Ramos? Ni a mi abuelito le conoce nadie. Cuando vinimos de Madrid estuvimos viviendo aquí un par de meses; pero, como estábamos de luto, apenas salíamos.

Teresa, acostumbrada a las calles de La Bañeza, decía:

—Pero, hijas, qué calles más estrechas tenéis por aquí. Qué casas más antiguas.

Desde algún mirador, desde cualquier ventana veían pasar a estos forasteros, a esas horas en que un sombrero de mujer es algo inusitado y sumamente atrayente.

Llegaron al castillo. Lo vieron y remiraron. Luis, al recorrer todos los rincones, traía a cuento la historia de los templarios.

—Los templarios fueron los jesuítas de la Edad Media: la misma maña para apoderarse de todo, la obscuridad, el misterio. Con los templarios terminó Felipe el *Hermoso*, de Francia. Los monjes de Carracedo, en cuanto pudieron, se tiraron como lobos hambrientos a la presa. Aquí, en esta sala capitular, sería donde Salvador Yáñez, señor de Bembibre y de las montañas del Boeza, prometía obediencia ciega al maestro de la Orden del Templo de Salomón y a todos los caballeros constituidos en dignidad, castidad y pobreza, y guardar los secretos de los ritos y costumbres de la Orden, procurando su engrandecimiento, honra y crecimiento por todos los medios posibles y trabajar sin tregua en la conquista de Jerusalén. Echado un crucifijo grande en el suelo, lo escupió y lo holló. Luego, el maestro le diría: «Tu crimen es negro como el infierno, y tu caída, como la de los ángeles rebeldes; tus obras te redimirán de tales blasfemias.» Y acto seguido le vestirían el hábito blanco de la Orden y le armarían caballero.

Bajaron a la amplia plaza de armas. Luis empezó a dar patadas a un balón imaginario.

—Aquí jugué yo una vez al fútbol. Ahora, ¿no se juega?

Don Eduardo contestó, algo extrañado:

—¿No ves que ahora se ha declarado monumento nacional?

—Claro, y además se caía el balón al río.

Luis se fijó bien en todo. La villa ocupa una espaciosa meseta desde la cual se descubre todo el Bierzo. Primitivamente fué un castro, luego se fué ensanchando y hoy el pueblo se extiende a los lados de las carreteras, creciendo incesantemente. Los escritores romanos la mencionan con el nombre de Interanian. Durante el imperio de Flavio Vespasiano la apellidaron Flavia, como se ve en Ptolomeo, que la llama Interanian Flavia, contándola entre las ciudades astures. En el itinerario de Antonino figura su nombre. Y el anónimo de Rávena también la menciona. Fernando II la restauró y repobló hacia el año 1180. En 1126 se refugiaron en ella muchos ricos hombres descontentos del privado conde de Haro. Perteneció a la Orden del Temple. Después del Concilio de Salamanca se apoderó de ella el rey Fernando IV el *Emplazado*. A la vuelta de un siglo, el conde de Lemus (descendiente de uno de los protagonistas del señor de Bembibre) se apoderó de Ponferrada, a la sazón muy fuerte, echando de ella a los partidarios del rey. Este, enterado, vino a marchas forzadas de Andalucía, acompañado de su esposa; y los ponferradinos les abrieron las puertas y volvieron la espalda al conde de Lemus. El conde y el pueblo fueron perdonados, cosa rara cuando la venganza y la revancha estaban a la orden del día.

Nuestros protagonistas contemplaban en este momento las afueras. Don Eduardo señalaba con el dedo índice:

—Aquel es el gran tortuoso, como yo llamo al Sil, que baja arrastrándose como una sierpe de aquellas montañas; y ese otro, el Boeza. Allí, al

suroeste, en aquella hondonada, confluyen. El Sil y el Boeza son los acuáticos ceñidores de Ponferrada, convirtiéndonos en una península sin más entrada que a nuestras espaldas, ahí, por el noroeste. Todo este extenso campo que vemos, además del Sil y el Boeza, lo riegan el Molina, Argutorio, Tremor y otros riachuelos menos importantes.

Luis, sacando su reloj, advirtió :

—Don Eduardo : Me parece que ya va siendo hora de que nos pongamos en marcha. ¿Cuánto dista el lago de aquí?

—Unos veinte kilómetros ; ¿verdad, abuelito?

—Sí, por ahí.

—Pues, ¡ale!

Partió rápido el automóvil.

El vientecillo jugaba con los cabellos sueltos de las melenas a lo garzón de las tres jóvenes. Luis sentía en su cara la caricia de un aire templado. El automóvil seguía, seguía rápido. A izquierda y derecha, pletóricas huertas, la ribera del Sil, exuberante de belleza y poesía. Luis iba pensando que toda la fertilidad del suelo se debía a no escasear el agua.

—Don Eduardo : Para que los pueblos sean ricos necesitan agua, agua, agua. Y esa no la tienen con procesiones y rogativas. Pozos artesianos, cauces, pantanos, grandes obras hidráulicas es lo que hacen falta a la provincia de León.

Don Eduardo, entretenido en el paisaje, apenas oyó. Aparecieron, después de empezar a subir una montaña, casas modernas. El «auto» había disminuído la marcha.

—¿Qué es esto?

—Priaranza.

Cerros, calles, rápidas curvas se sucedían sin cesar.

Guadalupe, alborotando, gritó :

—¡Luis, Luis! Mira para allá, en la cumbre de

aquel cerro. Aquello es el castillo de Cornatel. Para un lado está Orellán y el Bieiro, que es un castillo con miedosos principios, como Cornatel y como Castro. Mira, mira. Aaaaaa...

Y abría la boca tragando el aire a bocanadas.

Y otra vez volvió la alborotadora a interrumpir la placidez poética de los pensamientos, que el paisaje sugería a los ocupantes del «auto».

Ya estamos llegando a Carucedo.

—¡ Eh, chofero, chofero! Pare, pare...

En el camino quedó el «auto». El lago, próximo a la carretera, entusiasmó a Teresa y a Luis. Pasaron por la espaciosa colina de Carucedo, cerrada por todas partes de montes; al norte, Campañana; al este, Borrenes; al sur, las Médulas, y al oeste, el Lago.

Declinaba la tarde, hermosísima, muy berciana, que es como decir muy encantadora. El buen tiempo les iba acompañando por doquier. Todo era mansedumbre: el lago, manso; el aire, manso; un rebaño de ovejas sonando las esquilas, símbolo de mansedumbre.

Teresa, diestra ya en el manejo del Kodak, sacó innumerables fotografías del lago y sus alrededores.

Aquella tarde, por la quietud de la atmósfera, estaba terso, semejándose a un espejo inmenso caído del cielo sin hacerse añicos. Y el marco de este espejo es un risco que lo circuye por el sur, un monte bajo por occidente, por el norte la peña de Moura y otros tesos de la dehesa de Villarrondo. Al este penetra en el lago el arroyo Isurga y se eleva un altozano llamado el Sierro. Su extensión es distinta según las épocas. Cuando lo miraba Luis tendría kilómetro y medio de largo por uno de ancho.

Debajo de una encina se pusieron a merendar.

—Viene un airín húmedo del lago. Hay olor a jaras y retamas.

Teresa, ineducada, hablaba con la boca llena. Don Eduardo expuso lo que sabía del lago.

—No siempre está así de terso ; cuando sopla el viento con violencia la superficie se pone borrascosa, y sobre todo cuando sopla el este o sur. Abundan las culebras y unos peces negros, muy malos. También nadan por él truchas y anguilas y se ve, de vez en cuando, alguna nutria. Hay épocas en que está muy sucio, con aguas turbias, lleno de ocas y otras plantas acuátiles de gran extensión que son una desesperación y una lata para los nadadores. Se cree que está surtido por conductos subterráneos que los romanos traían de larga distancia para las minas de las Médulas. En los veranos secos se descubre una cordillera de peñascos que corta el lago de norte a sur. Cuando llueve mucho, el lago se desborda y sale por allí al Sil. Entonces es cuando se pueden pescar con facilidad anguilas, aunque ya van escaseando. ¿ Por qué las Diputaciones y los Ayuntamientos no se ocupan de hacer repoblaciones piscícolas en estos lagos, en estos ríos, donde va escaseando la pesca? Esas truchas, esos barbos, esas bogas tan riquísimas.

—¿ Y los cangrejos, abuelito?—interrumpió Guadalupe.

Teresa corroboró :

—Ya, ya. ¡ Qué ricos ! En mi pueblo hay muchos ; yo... cuando...

Se dió cuenta a tiempo y, al instante, la mirada fulminante de Luis la contuvo. Por poco descubre, sin querer, su procedencia.

La voz de don Eduardo se dejó otra vez oír.

—Todo pertenecía al monasterio de Carracedo por donación de Alfonso IX. Ultimamente, y yo lo recuerdo, sólo tenían derecho a un cañal. De aquí sacamos una anguila que pesó una arroba y se la mandamos a Salmerón.

Don Eduardo, hablando de truchas, anguilas, barbos y bogas, se quedaba solo.

—Usted es como mi tío. Las grandes truchas y los buenos cangrejos que se pescaban en el partido, a casa de mi tío iban a parar.

—Pues igualito que abuelito, hijito. Fíjate que es escabechero. ¿Faltar en nuestra casa truchas escabechadas por abuelito? Una rareza.

Don Eduardo se complacía en oír esto en bocas de sus nietas.

—Y esta noche las probaréis. Se parten en trozos, se fríen, y con su mismo aceite del frito se echan en una fuente y luego se llenan de vinagre hasta que naden y se las echa unas hojitas de laurel. Las truchas vivas deben nadar en agua; las truchas fritas, en fuerte vinagre. Y están riquísimas. Verás, verás.

Guadalupe, guasona, remedaba al abuelito:

—Riquísimas, Luis, riquísimas. ¡Qué piropos echa mi abuelito a las truchas! Anda, anda.

Bajaron a dar vueltas por las orillas cenagosas del lago, llenas de espadañas y juncos. Ellas tiraban piedras al lago, alterando su quietud.

Teresa preguntó:

—Luis, ¿habrá ranas?

—Y renacuajos, mujer—la contestó Raquel.

—A mí me gustan más las ancas de rana. ¡Si vieras!

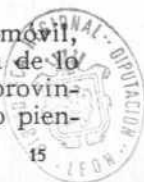
Don Eduardo se volvió, chasqueando la lengua con el paladar.

—Y a mí, a mí. Antes me gustaban más, cuando era joven, las ancas de las féminas. Ahora, de viejo, prefiero las ancas de rana.

Todos rieron el golpe del abuelito.

Luis no quería hablar más que del lago.

—Cuando cundan las excursiones en automóvil, cuando los leoneses pudientes se den cuenta de lo encantador que es ser turista en su misma provincia, esto se tiene que ver concurridísimo. Yo pien-



so navegar por el lago en gasolinera. Todos esos tesos pelados debían de repoblarlos. Cuando Gil y Carrasco anduvo por aquí, debía haber más arboleda. Es una lástima que esté esto abandonado. He oído decir que van a hacer no sé qué cosas, no sé qué aprovechamientos. Cuidado no les vaya a ocurrir lo que al del cuento de las gallinas de oro.

Guadalupe, curiosa e incansable en su charla, preguntó :

—Abuelito, ¿ y a qué es debido este lago ?

Luis contestó :

—Esto es debido a las épocas prehistóricas, cuando las montañas bailaban el charlestón. Son lagos debidos a hundimientos cuando la tierra temblaba. ¡ Qué ruidos más pavorosos ! ¡ Qué cataclismos ! Por estas montañas abundan los hundimientos, que originaron lagos y lagunas. Este, el de Truchas, Barrenos, el de la Baña, el de Castañeda, ya en Zamora.

Raquel, muy callada en toda la tarde, tomó parte en la conversación.

—Dicen que en el fondo hay grandes riquezas tiradas por los romanos cuando los echaron de aquí. Y allí tenía una finca de recreo la familia de Médulo, que debió ser uno de los ingenieros romanos que dirigían todas esas obras estupendas de las Médulas. Y...

—...Y que debes tener razón—reparó, burlándose de ella, su hermana.

Ya de noche se alejaron del lago, pintada en sus semblantes la agradabilidad de lo bien que lo habían pasado.

Aquella noche cenaron truchas, escabechadas por don Eduardo. Aquella noche acordaron el plan para el día siguiente. Y aquella noche todos durmieron felices, rendidos de cansancio, satisfechos de las impresiones y animados a proseguir las excursiones, encantándose con los encantos no bien ponderados del Bierzo.

CAPITULO XVII

VILLAFRANCA. CARRACEDO. LAS OBRAS CICLOPEAS DE LOS ROMANOS EN LAS MEDULAS

Era domingo. El vergel berciano estaba aromado de esa jugosidad de los parajes siempre verdes.

Por los campanarios de las abundantes iglesias saltan las ondas de las campanas que tocaban a fiesta y a misa, cruzándose y entrecruzándose en el espacio, alegrando los oídos. Era una mañana de las descritas por Enrique Gil y Carrasco en «El señor de Bembibre».

Nuestros excursionistas, muy madrugadores, se dirigían a las Médulas. Los picachos de los montes Aquilianos empezaban a presentarse a sus ojos, ansiosos de vistas mágicas; si no mágicas, colosales y ciclópeas, sí se presentarían en las Médulas.

Ya habían visto las excavaciones de la Puebla, Cirujales y Marzán. Pronto llegaron a Sequeiros. El encarnado vivo de los montes Aquilianos se destacaba con toda viveza. Luis rebosaba entusiasmo. Su admiración por los romanos, viendo estas obras, llegaba al delirio.

Se metieron en la cueva de las Placias, que atraviesa de las Médulas a Orellana.

—Don Eduardo: aquí es donde se ve lo *kolosales* que fueron los romanos. Si su civilización sigue, ¿dónde estaríamos a estas fechas? Al final de todos los descubrimientos, inventos y grandezas que puede hacer el hombre inteligente, y sabio, y liberal. Teresa: De aquí tienes que sacar un millar de fotografías.

Todos reían de las ponderaciones y exageraciones de Luis.

—Verdaderamente, si no lo viésemos y no tuviésemos certeza creeríamos que esto era fabuloso, que los cíclopes, hijos del cielo y de la tierra, dejarían su labor de fabricar rayos para Júpiter y se dedicarían a horadar estas montañas. Según estudios de ingenieros modernos, la tierra removida por aquellos colosos fué de sesenta millones de metros cúbicos. Estas cuevas terribles encerraban oro en tal abundancia que enviaban a Roma anualmente 20.000 libras del metal amarillo. Y no sólo era el oro; del lavado sacaban un minio purísimo que servía para pintar las puertas de los que estaban en el derecho de la ciudadanía.

Don Eduardo quiso entusiasmarle más.

—Pues no has visto bien esos trabajos gigantescos que parten del río Cabrera con distancias de cuarenta kilómetros, consiguiendo un caudal de agua de 100 metros cúbicos por hora. Todavía se aprecian bien los canales después de tantos siglos. Salvan precipicios, se escurren como anguillas en sitios peligrosos, no respetan peñascos durísimos y, vencedores, corren lo mismo por las gargantas de las montañas que por el llano.

El agua de estos canales iba a parar ahí detrás, en Carucedo, donde estuvimos ayer. Hemos de ver el asombroso túnel de Montefurado, de unos cuatrocientos metros, en pizarra durísima. ¿Qué hubiesen hecho aquellos hombres si tienen dinamita?

Luis, a todo, decía:

—*Kolosal, kolosal...*

Dejaron las montañas de Aguiar. Ya lejos de tales parajes veían las cimas de la Encina de la Lastra y el pico de Oulego bañados de sol. Las mesetas descendientes hasta las márgnes del Sil y Selmo, brillaban por la luz del mediodía.

Las montañas, unas negruzcas, otras blanquecinas, muchas encarnadas, algunas con un color

oscuro mate, delataban su constitución pizarrosa, silíceo y ferruginosa. El partido de Villafranca es abundante en minerales. En el término de Tejero de Ancares hay un filón de hierro con mezcla de cobre, sulfuro de bismuto, hierro y algunas canteras de cuarzo cristalizado. En Dragorte y Villagrey hay piedra caliza; en Corrales, piedra berroqueña y granito. También se encuentra en las distintas montañas cobalto, molibdeno, arseniato de hierro, antimonio en agujas, carbón de piedra, óxido de cinc y, sobre todo, el sulfuro de hierro en cubos y cristalización confusa. Piritas de hierro auríferas, de cuya descomposición, hecha por la Naturaleza, efecto del aire, hielos y nieves, provienen las partículas que arrastran los ríos Sil, Burbia, Cua y Selmo.

Muy entrada la mañana llegaron al Valcárcel, el principal valle, que, por su riqueza y hermosura, llama poderosamente la atención. Las dos cadenas de montañas forman una hendidura inmensa de cerca de veinte kilómetros; por allí pasa la carretera que va a La Coruña. Las montañas, cortadas por cañadas colaterales, dan origen a multitud de riachuelos cantarines, a rincones tapizados de una verdura maravillosa, a prados riquísimos, donde se ven los animales símbolos de la mansedumbre y la locura: las ovejas y las cabras. En los bosques espesos dicen que corren corzos, rebecos, jabalíes, y hay quien asegura que todavía se pasea algún oso. El roble, acebo, abedul, haya y humeros forman esos bosques que hacen sumamente maravillosa esta parte de la provincia.

Llegaron a Villafranca a la hora de comer y lo hicieron en un hotel. Luis y Teresa alababan a cada paso las bellezas de Villafranca: su clima, su amenísimo valle, el acento suave y acariciador de las mujeres, el palacio de los condes de Villafranca, hasta la calle del Agua. A Teresa lo que más la llamaba la atención eran los tejados de pizarra.

Visitaron a unos cuantos amigos, se acercaron a Corullón a ver el castillo, y ya bien avanzada la tarde se alejaron de la villa fundada por unos monjes franceses; de ahí su nombre actual: la villa de los francos, Villafranca.

A la dercha de la carretera les esperaba el monasterio más importante de todo el Bierzo, el de Carracedo. Subieron a él. A Luis le dió pena verlo tan abandonado. Por los revueltos tiempos de las irrupciones sarracenas, Bermudo II escogió este sitio delicioso, a la izquierda del Cua, en el Bierzo bajo, más que para residencia para refugio, construyendo un palacio, del cual serán muchas piedras que hoy puede ver el viajero. En las kalendas del mes postrero del año 990, el Bermudo hizo testamento cediendo tal morada a los monjes huídos de otros monasterios destruídos por los creyentes de Mahoma.

Alfonso VII y su hermana Sancha agregaron a este monasterio del Salvador, bajo cuya advocación se fundó, el de Santa Marina de Valverde, más tarde Santa Marina de Carracedo, como se lee en bastantes escrituras y cuyo nombre ha perdurado.

La puerta de arquivolta, de medio punto, del templo; todos los adornos de flores y rosetones sobre las jambas, los blasones de León y Castilla, el ojo de buey, la sala capitular, muestra del arte románico; la galería oriental, el tímpano representando a Cristo entre los Tetramorfos y las efigies roídas de San Florencio y Alfonso el emperador, son de cuando los monjes mudaron el hábito negro por el blanco. Los claustros, de ladrillo moldurado con ménsulas e impostas de piedra y la gótica sacristía, nos hablan de la centuria XVI. Y el abad Zacarías remató con una mole de granito el gusto barroco.

Con esto, el monasterio hoy en pie, nos muestra el arte arquitectónico de varias centurias. Y es

una verdadera lástima que columnas, galerías, arcos, escaleras y paredes estén en completa ruina.

Guadalupe, Raquel y Teresa corrían por los claustros y saltaban por las ruinas con la misma agilidad que las cabras.

Luis y don Eduardo miraban embelesados el valle que desde allí se domina.

—Estoy pensando, don Eduardo, en los frailes y clérigos de la Edad Media. Los frailes han tenido en todas las épocas espíritu de cigüeñas y de peugas. Fijese usted que todos los monasterios y conventos están situados en los sitios más altos, pintorescos, deliciosos y estratégicos. Algunos llaman a esto la Tebaida de Occidente. Si es por la abundancia de frailes no está mal; pero si quieren comparar a éstos con aquellos eremitas, no hay razón para hacerlo.

Creo que en la Edad Media había en todo el Bierzo más de cuarenta conventos; lo cual quiere decir que los habitantes de estas tierras eran pocos para mantener a tanto eremita. Algún frailuco ha dicho que cuando los romanos trabajaban por aquí lo hacían a fuerza de latigazos para mantener en la opulencia a unos cuantos patricios. Pero luego, dice, vinieron las nuevas doctrinas e hicieron iguales a todos...

Don Eduardo asustó a las muchachas con unas sarcásticas carcajadas.

Raquel, apoyada en un árbol que sombrea la entrada de la sala capitular, se dirigió a Luis.

—Luis: ¿A que sé de qué estáis hablando?

—¿De qué?

—Contra los frailes y curas. Siempre que abuelito se ríe así es de los curas o frailes. Es su manía.

Teresa, que escuchó esto sin moverse, exclamó:

—¡Ah, judíos! Son unos demonios.

Los dos hombres se apartaron de las mujeres y siguieron su charla.

—A todos iguales, ¿eh? Ja, je... je... je...

—Yo no veo diferencia entre la esclavitud de los pecheros y la esclavitud de los obreros romanos; por lo menos los obreros romanos no eran engañados con doctrinas de igualdad, mientras que los pecheros... ¡Pobres gentes! Trabajando de sol a sol, viviendo en miserables chozas, sin tener apenas qué comer y qué vestir; mientras los frailes, bien vestidos y mejor comidos, viviendo en estos monasterios, que eran verdaderos palacios, les chupaban todo el jugo.

Estos monjes de Carracedo eran riquísimos, tenían propiedades en toda la provincia; unas por donación de ricos homes, que, temerosos de ir al infierno, al morir dejaban sus heredades al fraile confesor; otras, cuando veían que alguno estaba empeñado con los judíos usureros, se acercaban los frailes, que eran otros usureros, peores que los judíos, y a trueque de un préstamo se alzaban con grandes propiedades. Así llegaron a tener extensísimas fincas e infinidad de vasallos. ¡Vaya vida que se daban estos frailes! Por escrituras de arriendos conservadas en sus archivos se sabe que llevaban vida de príncipes, de sultanes. Bebían bien, comían hasta hartarse gallinas, carneros, cerdos; todo lo mejor. Yo me sé de memoria algunas escrituras. En una de ellas, que es un contrato a riesgo y ventura, dicen: «Yo el abad del Monasterio de Santa María de Carracedo, arrendamos a vos por doce años, cumplidos, tal y tal finca, de manera que cojadas dose cosechas e paguedas dose rentas. Avedes de dar cada año en renta, sesenta cargas de pan centeno, e más dos puercos cevados, o cincuenta maravedís por ellos, puesto en Astorga en nosas manos, e dos ansares, e quatro gallinas, e quatro capones, e un toxino, e tres cántaros de vino, e sesenta panes, e dos fanegas de cebada.»

¡Cómo tragaban! ¿eh? Entre frailes y curas se tenían repartida media España. Ellos, que siem-

pre están predicando la pobreza, diciendo que estamos aquí de paso, que antes entra un camello por el agujero de una aguja que un rico en el cielo, apencaban con todo lo que podían.

«Hermanos nuestros : Jesucristo fué pobre y despreció las riquezas. ¿Para qué queréis los bienes de este mundo si los tendréis que dejar aquí?» Y luego, en voz baja, podían añadir :

«Dadnoslos para nosotros.»

En la provincia de León tenía el clero secular y regular cerca de 14.000 fincas rústicas y urbanas, siendo las urbanas los mejores edificios, y las rústicas las fincas en producción ; añadida usted a esto los censos y foros que valieron en venta cerca de medio millón de reales ; únalo todavía al diezmo de la Iglesia y se encontrará con que los curas y frailes eran dueños de toda la riqueza que había. Luego, para mostrarse caritativos, fundaban algunos centros de Beneficencia para recoger en ellos a los que hacían pobres con sus rapiñas y exacciones. Y para eso, los pocos centros de Beneficencia vivían a expensas de mandas y legados que hacían algunos señores, cuyas rentas, entre capellanes, misas, monjas, ornamentos y gastos de casa y mala administración de los cofrades se evaporaban, quedando una insignificancia para sostener cuatro o cinco camastros, donde se pudrían, más bien que se curaban, los desgraciados infelices que caían en ellos. De esta clase de caridad tan cacareada mejor es no hablar, porque se le revuelven a uno todos los sentimientos. Aquí es donde se ve la gran obra de Mendizábal.

—¡ Oh, Mendizábal ! Ante ese grande hombre hay que descubrirse.

—Y tanto. Ahora es cuando se tocan los beneficios de la desamortización. En la provincia de León impera el minifundio. Ya pocos son los labradores que no poseen fincas propias. Si la propiedad sigue en manos del clero seguirían siendo

siervos, y la agricultura no habría adelantado gran cosa. La tierra debe ser de quien la labra; se trabajará mejor, con más interés y rendirá más producto. Si no llega a ser por Mendizábal la propiedad hubiese seguido en manos muertas. Sí, es verdad que algunos se aprovecharon de aquellas ventas y que, de momento, en vez de un bien casi fué un mal; pero es que las grandes obras se deben hacer con vistas al porvenir, y aquí es donde se ve el talento de aquel hombre y la audacia. Además, hizo bien por todos los sentidos: los conventos eran madrigueras y focos de rebelión en las guerras civiles.

Cuando hablaban esto estaban ya en los estribos del «auto». A poco pasaban por Campanaraya y luego Ponferrada. Cenaron y fueron al «cine».

CAPITULO XVIII

MURIAS DE PAREDES. VIAJE EN EL FERROCARRIL DE VILLABLINO

Llevaban ya varios días de huéspedes en el «chalet» de D. Eduardo. Luis quería encontrarse el día de los difuntos de regreso en su finca. Estaban a 23 de octubre, así que había que darse prisa.

Iban a dar remate a las excursiones, que luego recordarían con deleite cuando estuviesen en las viñas. A Teresa la gustaba más viajar en ferrocarril que en automóvil; y por darla gusto llegaron a Villablino en el tren minero.

Desde la ventanilla, a medida que el tren avanza, se ve achicarse el horizonte. Aparecen las explotaciones carboníferas cerca de Matarrosa. Aquí,

como en todas partes, se aprecian las huellas de los mineros romanos. ¿Qué rincón dejaron aquellos ingenieros por estudiar?

En Corbón, las montañas empiezan a mostrarse agrestes, y en Palacios del Sil, a encajonar la línea, viéndose peñascos que parecen una amenaza. El agua del Sil, lamiendo las rocas, hace pensar en la dureza del lecho de estos ríos de montaña, que no pueden moverse sujetos como están en el durísimo lecho; no son como los ríos de las riberas, de lecho blando, donde pueden libertarse y salir y variar de madre.

Por fin llegaron a Villablino, rodeado de altísimas montañas, pueblo donde se ve el progreso en nuevas casas, donde se vive a la moderna.

Desde aquí, en *auto* y en tálburi, visitaron todo lo que les pareció interesante. Pasaron por Omañón, por los valles de Laviana, de Luna y Babia. Llegaron a Leitariegos, anduvieron por el puerto de la Magdalena, así llamado porque hay una ermita dedicada a la santa a la orilla del camino romano y es el punto más elevado en la carretera de León a Caboalles, empezando las cuencas del Sil y Duero.

Los días seguían espléndidos. Pronto empezaría a caer nieve en abundancia, cubriendo caminos y veredas. Vendrían días y días blanquecinos y los copos, incansables, caerían, vistiendo árboles y arbustos de un ropaje de blancura inmaculada. Los arroyos se hincharían y en las bajuras tomarían un color de hielo, de nieve a medio licuar; las casas, como acobardadas, no se atreverían a sacudir la carga acuosa que las tendría meses y meses inhabitadas. Es costumbre, en algunos pueblos de la montaña, abandonar las viviendas de verano para refugiarse en las de invierno, que es interminable; desde septiembre hasta abril, el frío es intenso. En noviembre todo está ya nidio, o sea blanco, cubierto de nieve, alcanzando en algunos sitios hasta

tres metros de espesor. Los ganados trashumantes dejan de alegrar las cañadas y laderas, marchando al clima templado de Extremadura. Muchos jóvenes emigran. Todo es desolación y tristeza. Las gentes que quedan, al rezar durante las interminables noches el Padre nuestro, lo hacen por los *navegantes de mar y tierra*. Hasta hace poco, en algunos lugares sólo quedaba un vecino de centinela, avisando con un cuerno a los caminantes que se arriesgaban a pasar por sitios peligrosos. En la carretera se ven miras de cinco metros de altura, en forma de conos, y sirven para guiar al viajero en las épocas de nieves.

Después de ver detenidamente Murias de Paredes y sus alrededores, donde se han encontrado hachas de piedra, fíbulas, piedras de molino, de mano; objetos todos que pregonan que por allí anduvieron los romanos, y hay quien asegura que los moros, llegaron a Riello y desde aquí se dirigieron a Astorga.

Al visitar todas estas partes de las montañas, Luis observó que el habla castellana está salpicada de giros, acentos, sufijos y prefijos gallegos y asturianos por la proximidad en que se encuentran estas provincias. Aparecen el ye y los artículos y pronombres alterados de los asturianos y los dip-tongos oi y ei gallegos, que se extienden a la toponimia. Riveiro, Corredoira. Y por aquí, como por casi todas las aldeas de la provincia, las gentes rústicas pronuncian la u como debían de pronunciarla los romanos del bajo Imperio; es la u que se ha transformado en o: «a cúmu vendes eso, mochachu».

Camino de Astorga pararon el «auto» para hacer una fotografía a un campesino que venía por la carretera, con calzón corto, botines, chaleco asolapado, camisa blanca y con botones de hilo y chaqueta corta y ajustada.

Siempre que veían un traje típico procuraban

perpetuarlo en fotografías. Por todos los rincones de la provincia se van introduciendo las nuevas modas; ya sólo los viejos usan los trajes típicos. ¡Adiós, bragas negras, y chalecos colorados, y medias blancas, y abalorios de maragatos y maragatas! ¡Adiós, los enormes sayos y polainas de los cabrareses! ¡Adiós, ungarinas bercianas! ¡Adiós, chupetillas de los ribereños! ¡Adiós, calzón corto y chalecos asolapados, y capas pardas de los campesinos! ¡Adiós, dengues, y manteos, y rodaos leoneses y bañezanos! ¡Adiós, fajas y monteras! ¡Adiós, zapatos de oreja! ¡Adiós, chambras y justillos de cordones! ¡Adiós, adiós, adiós a todos!...

Una hora antes de salir el expreso para Galicia llegaron a la estación de Astorga. Por el andén, don Eduardo, Raquel, Guadalupe, Teresa y Luis comentaban todas las peripecias y se mostraban satisfechísimos y con ganas de, al año siguiente, repetir.

—Pero tenéis que estar más tiempo. ¡Cuánto os vamos a echar de menos! Otra vez el aburrimiento volverá a roer en nuestras almas de señoritas pueblerinas—decía Raquel—hartas de vivir en pueblos.

El tren entró como una fiera loca, parando en seco, como diciendo: ¡aquí estoy yo!

Don Eduardo, Raquel y Guadalupe subieron a un departamento de primera. El tren partió. Desde la ventanilla saludaban.

—¡Adiós, adiós! Hasta otro año por Vendimiarío.

Un pañuelo flameó en el aire. ¡Adiós, adiós! Y todo volvió a quedar en silencio...

CAPITULO XIX

EL REGRESO

Habían dado fin a las excursiones por su provincia. Teresa tenía ganas, deseos locos, de verse sola en las viñas con su amante. Y lo deseaba locamente, porque durante todos los días que llevaban de turistas a Luis le agasajaban y le trataban con mimo sus antiguas amigas. Teresa no podría definir el estado de su alma. Es como aquel que se da cuenta que lleva consigo un tesoro y de pronto le asalta el temor de que pueden robárselo. De Luis, ¿qué diremos? Que su amor había aumentado, si cabe tal aumento en un hombre cegado ya por todas las pasiones que puede hacer brotar una mujer que parezca Superior y Unica. Al salir de Astorga habló a Luis :

—Al ir de León a Astorga se me olvidó señalarte el Crucero, donde es fama que el obispo santo Toribio sacudió las zapatillas.

—Y ¿por qué?

—Había en aquel tiempo quien se quería sentar en la silla episcopal, y para ello recurría a todos los medios ; uno de ellos fué decir que Toribio, pues entonces no era santo, se entendía con una mujerzuela. Y para que cundiese la calumnia, un día, el calumniador puso al obispo dos medias de distinto color. Al entrar en la catedral hizo fijarse a todos en este detalle :

—Mirad cómo es verdad ; las han confundido al vestirse.

Toribio que supo esto huyó indignado, y al llegar al límite del partido, en un alto, sacudió las

sandalias y gritó: —¡ De esta tierra, ni el polvo!

Pasaban por Celada! Luis, con los ojos medio cerrados, dijo cosas que a Teresa no le importaban absolutamente nada.

—Mira: Cuando la guerra de la Independencia, cuando Napoleón, y ya sabes quién fué Napoleón, porque te lo he dicho varias veces, las tropas acampadas en La Bañeza llegaban todos los días hasta aquí a hostilizar a los astorganos.

Teresa hizo una pregunta que la tuvo en la punta de la lengua muchas veces:

—Luisín, ¿por qué en todas partes has dicho que soy tu esposa?

—Porque la sociedad estúpida así lo exige. Si te hubiese presentado como mi amante, todas las puertas las encontraríamos cerradas. Aunque se han echado abajo muchos prejuicios e ideas rancias, aún quedan gran cantidad que, a los hombres que hemos nacido muy adelantados, casi nos aplastan. Yo, Teresa, no soy de este siglo; nací muy adelantado.

Hasta llegar a las puertas de Villa-Guadalupe no volvieron a despegar los labios.

Ya era noche por completo. El criado, especie de administrador, les estaba esperando. Al saltar del *auto*, Luis preguntó:

—¿Qué? ¿Se ha hecho todo como yo he ordenado?

—Me parece que sí, señorito. La pianola llegó antiayer y el radio lo terminaron de montar hoy. Encima de la mesa del comedor están los chófites del gato.

—Muy bien.

El administrador entregó las llaves y se fué.

Entraron en el patio y luego en el comedor. El Pylplym, sin extrañarles nada, maullaba y hacía jorobetas como pidiendo algo.

—Rumiaudiu, rumiu, Pylplym, michuquín, rrrr, rrrr, rumiau, rumiaudiu, Pylplym.

Luis, entusiasmado, cogió en brazos al Pylplym. Un gato blanquísimo y monísimo que apenas contaba seis meses. A Luis le entusiasmaban los gatos; los ratos más deliciosos de su vida se los debía a las mujeres y a los gatos.

Subieron tropezando con los escalones. Un olor a madera de pino, nogal y chopo se percibía en todas las habitaciones; como que los tabiques, como que los techos rasos estaban hechos de tabla y no de caña, ni de adobes, ni con yeso.

Por haber merendado en Astorga fuertemente no tenían ganas de cenar. Una hora se la pasaron sacando los vestidos del baúl de viaje y colocándolos en los armarios. Al abrir el de la ropa interior un olor penetrante y deliciosísimo les recordó que allí tenían guardadas unas cuantas libras de acerolas. Luis cogió unas cuantas prendas, y dijo a Teresa:

—Hoy te pones esto. Quiero que durante la noche huelas al fruto acerolo. Me haré la ilusión de que eres un acerolo oloroso y palpitante con el fruto en sazón.

Después examinaron la pianola y el receptor de radiotelefonía. Y serían las diez cuando estaban desnudándose. Teresa, semidesnuda, con las magnolias de sus senos al aire, con la combinación resbalando por sus hombros, con la cara encendida de deseo y satisfacción, trajo hacia sí a su amante y, mirándole fijamente a los ojos con mirada de hipnotizadora, entre beso y beso, entre caricia y caricia, le decía:

—¡Qué ganas, Luis, qué ganas tenía de verme aquí! Por todas partes me hiciste pasar las de Caín. ¡Qué rabia que hablaras con esas señoritas! Pensé que ya no me querías, que me ibas a dejar. Y luego, tan soso por las noches en esos hoteles. ¡Qué asco de hoteles! ¡No quiero más hoteles! Ya no me quieres como antes, Luis. ¿Por qué no me hacías caso, di?

La contestación que Luis dió a todas estas pala-

bras fueron unas caricias sádicas; durante los abrazos la clavaba las uñas en los omoplatos, y cuando la besaba la mordía los labios.

—¿Te hago daño?

Y ella, muerta de gozo, le respondía:

—No, no; más. ¡Mátame!

Hasta que una vez dió un chillido. Cerca de la clavícula los dientes de Luis, en el vértigo del sadismo, se clavaron hasta hacer sangre.

Un hilillo como un rubí alargado y licuado llegaba hasta cerca de una de las rosetas.

—¿Te quiero o no te quiero?

A Teresa la brincaban los ojos; las pupilas y la córnea transparentaban la alegría infinita de su alma.

—Así me gusta, soso. ¡Qué feliz me haces! Esto no es nada; más me escocía tu frialdad de estos días. Bésame en los ojos mucho. Aquí me gusta mucho. Anda, anda...

Fuera, un mochuelo miaullaba siniestramente...

.....

Por un triángulo formado de tres agujeros redondos, hechos en el balcón, entraba escasa claridad, proyectándose encima del lecho.

—Parece que está nublado. Ya debe ser tarde.

Teresa se levantó y abrió los cuarterones de par en par.

—Debe hacer mucho frío. Está lloviendo, Luis.

—Ya lo veo.

Desde la cama se veía la dilatadísima campiña hasta tropezar con las montañas del Teleno. El tiempo había cambiado bruscamente. Ayer, un día de verano; hoy, un día de invierno. La veleta marcaba el noroeste. ¡Qué frío! El termómetro centígrado descendió 11 grados en el exterior. Dentro, las habitaciones conservaban aún la buena temperatura de los días pasados. Llovía con pertinaz insistencia. Todas las montañas habían desaparecido a la vista, envueltas en la espesa atmósfera acuosa.

Olía a tierra seca acabada de mojar. El viento, soplando a veces con impetuosidad, iba desnudando las cepas y los almendros, que aún conservaban hojas bien verdes. El paisaje perdía por momentos los últimos atractivos otoñales. Ya no cantaban los pájaros, las palomas se escondían en los palomares; los sarmientos de las vides, al soltarse las hojas, parecían cuerdas de esparto atadas a las cabezas de las cepas. Las acacias, los cerezos, peral, manzanos, todos habían sido desnudados por el viento gélido y huracanado. Algunas hojas secas escolingaban de los tallos ya secos.

Sólo un pino y los acerolos conservaban sus vestiduras verdosas, que ahora se destacaban soberbiamente al lado del ramaje obscuro y triste de las demás plantas.

—Teresina, tenemos que despedirnos definitivamente de la ropa de verano. Parece que el mal tiempo ha estado esperando a que nosotros terminásemos las excursiones. Estoy triste, Teresa, muy triste. Hoy habrá que encender la chimenea y prepararnos a pasar estos meses crueles lo mejor posible.

Desde que se levantaron hasta las ocho de la noche estuvieron atareados poniendo todo en orden, arreglando la chimenea, llenando de provisiones la despensa.

Al subir, a la hora de acostarse, al dormitorio, tiritaban de frío. La casa, en medio del campo, dándole todos los vientos, aunque reunía inmejorables condiciones, era muy sensible a los cambios atmosféricos. Ocho grados marcaba el termómetro.

—¡Qué frío! ¡Uy, Luisín...! ¡Qué ganas tengo de meterme en la cama! ¿A ti te gusta el frío?

—A mí, a estas horas, sí.

—¿Por qué?—preguntaba picarescamente ella, adivinando la razón.

—Porque así estamos más juntitos y pegaditos.

—¿Sí, verdad?

Y saltó encima de la cama, ya desnuda, buscando el contacto de epidermis...

... ..
 —Se pasa el tiempo volando, Teresina. Hoy hace quince días que llegamos.

Estaban en la amplia y semicircular galería que dominaba el Mediodía y el Noroeste. El tiempo seguía fríisimo. Durante los quince días llovió hasta saturar el terreno.

Caía la tarde. El sol, saliendo por entre unos nubarrones amenazando lluvia, llenaba de claridad las laderas de las cuevas próximas. Se veían las manchas oscuras de los encinares cercanos, el tono morado de los matorrales, la blancura de las rastroyeras, el encarnado de las tierras recién aradas. Y todo mojado, pingando, como acabado de lavar. El breve crepúsculo otoñal astronómicamente, aunque invernal meteorológicamente, infundía al espíritu tristeza y languidez. La chimenea, repleta de troncos de encina y almendro, mantenía la galería y el dormitorio a 16 grados, temperatura agradableísima, cuando fuera soplaba un viento siberiano que estropeaba el cutis y hacía estornudar. De vez en cuando se oía el ruido de zuecos y galochas de algún casero vecino chapotear por los charcos del campo.

La pareja vivía completamente aislada. Con huevos, chorizos, frutas y mostouva se alimentaba. Teresa, para no estropearse las manos, fregaba con guantes de goma. La mañana la empleaban en dar lecciones de lectura y escritura. Teresa, que no era torpe, en poco tiempo sabría leer y escribir como cualquiera señorita educada en un buen colegio. Por las tardes, si el tiempo lo permitía, salían a dar unas vueltas, corriendo y jugando como unos chiquillos para entrar en calor. Si los caminos estaban en condiciones salían en el *auto*, aprendiendo Teresa a conducir.

Y las noches se las pasaban oyendo los concier-

tos de la Unión Radio, o tocando la pianola, o pasando por una pequeña pantalla las películas filmadas durante sus excursiones en compañía de Chuchi, Quela, Alegría, Raquel, Guadalupe y Ricardito. ¡Cuánto les recordaban en estos días de aislamiento! Habían visto por centésima vez una a una las mil fotografías sacadas de los castillos, paisajes, monumentos y tipos leoneses.

Caía la tarde... Venía la noche a paso de gigante. Por el Norte ya no se veía ni una nube. Cuando el viento se hubo calmado, las estrellas empezaron a brillar débilmente. Los aguaceros se marchaban y venían los hielos.

Quedaron casi a oscuras; sólo la luz que despedían los leños que se quemaban en la chimenea era lo que alumbraba la estancia. Estaban sin hablar, inmóviles; Teresa, sentada sobre las rodillas de Luis. Los latidos de ambos corazones los oían mutuamente. Luis respiraba embriagado el aroma que despedía el cuerpo adorable y adorado de su querida, vestido aquella noche con un *pyjama* azul.

De vez en cuando la acariciaba las mejillas, la hacía cosquillas en las axilas. Estaban pasando unos días de frenesí amoroso, de fiebre de cariño, queriéndose hasta la fusión de dos voluntades en una.

—¿Te canso, Luis? ¿Quieres que nos acostemos?

A Teresa la entusiasmaba estar en la cama contemplando el panorama, siempre variado, de las montañas lejanas y cuestas próximas, con la variedad de las caprichosas nubes. Si por ella fuese, todo el día se lo pasaría echada.

—¿No te gusta estar así? ¿No te parece, Teresina, cordera, que en el mundo sólo existimos tú y yo?...

—¡Ay, hijo! Aféitate. Mira: todavía tengo el carrillo encarnado de anoche.

Callaron otro largo rato. De pronto empezó a brillar allá, lejísimo, en las montañas de León, una luz.

—Mira, Teresina.

—¿Qué será?

—No lo sé. Me extraña esa luz en este tiempo; en el verano, no, porque se quemán muchos montes.

—¡Qué te importa! Que sea lo que quiera.

—Somos muy egoístas, Teresa. Nuestro bienestar, esta vida deliciosa, nos hace olvidar las miserias y tragedias de nuestros semejantes. Mientras aquí vivimos con todas las comodidades y disponemos de todos los adelantos, allá, donde ha empezado a brillar esa luz, estarán ahora alrededor del hogar, ateridos, mal calentándose y humándose. Por Babia, Soto, Amio, recordarás haber visto casas cubiertas de paja, así que mejor es llamarlas chozas. ¡Ah!—y se dió una palmada en la frente—. Ya me figuro lo que será esa luz. Acaso un incendio. Acaso alguna choza esté ardiendo. ¡Qué iniquo es esto! Mientras nosotros, aquí, tenemos *radio*, electricidad, pianola, *cine* y una temperatura de 16 grados, por ahí aún se levantan y perduran las primitivas viviendas del hombre primitivo: las chozas cubiertas de paja.

Teresa se levantó rápida; dió luz, bajó las persianas, cerró las maderas, abrió la pianola y dijo:

—Bueno, bueno. No cuentes cosas tristes y de miedo. ¡Mira que eres...! ¿Qué nos importa todo?

Y colocó un rollo que pronto hizo sonar las notas de *La Villana*, de Vives. Luis, con la música se olvidó de todas las miserias del mundo. ¿Qué les importaba todo? Y se extasió contemplando la hermosura de su querida: tan blanca, tan blanquísimas, tan colorada en las mejillas, tan lujuriosa.

—Si llegas a cometer la locura de pintarte aquel día en León, ahora, tal vez, no fuésemos tan felices. Ya sabes que soy entusiasta de todo lo moderno y de todas las innovaciones; pero lo único que detesto de las costumbres de hogaño es la manía que ha entrado a las mujeres por pintarse.

—¿No te gustan?

—Los payasos no gustan más que en el circo, y las calles y los salones no son pistas de clowns. Y ya en otras naciones, como en Inglaterra, puede pasar, porque el hombre y la mujer hacen siempre vida de novios. Pero aquí, en estas naciones donde se vive tan cochinemente, sin separaciones nocturnas convenientes... Tú, Teresa, cuando vayamos a Madrid irás con la cara tan limpia y tan fresca como ahora. Te lo advierto: el día que te diese la manía de pintarte, mi cariño huiría de ti.

Teresa se levantó de un brinco y fué hacia él con los brazos abiertos y con ánimo de estrujarle entre ellos.

—Pero, soso, tonto, podenco. ¿Qué tienes hoy que te da por hacerme rabiarse? ¿Yo hacer nada por que huya tu cariño de mí? Tú me matas, Luis. No sabes qué cosa siento por ti. Hasta hace poco no la había sentido.

Me gustabas, sí; te quería, sí; pero ahora no sé lo que tienes que te comía a besos, ladrón, soso, podenco...

CAPITULO XX

LA FELICIDAD DURA POCO

Contra todos los pronósticos, el día amaneció maravillosamente blanco. Una nevada copiosa, como hacía tiempo no se veía, dejó nido todo el vastísimo paisaje. Teleno y montañas próximas eran gigantescas moles blancas con la belleza que da la nitidez y blancura de la nieve impoluta. Los árboles, como ni una ráfaga de aire los movía, conservaban toda la nieve que en ellos cayó. Los caminos

aún no estaban hollados por pisadas de hombres ni animales. Desde la galería de Villa Guadalupe se contemplaba un panorama estupendísimo, más estupendo si era mirado por ojos de poeta. El cielo estaba despejado como a la hora del crepúsculo vespertino. ¿De dónde había caído tanta nieve? ¿Y cuándo? ¿A media noche? ¿Contra la mañana? Un sol brillantísimo, más brillante por reflejarse en tanta blancura, anunciaba un día de encantos. Luis tuvo intención de coger el automóvil y marchar a la Portilla a ver espectáculo tan inesperado. Pero Teresa se quejaba de un malestar extraño.

—Me duele aquí. Tengo frío. No puedo respirar. Estoy muy mala, Luis.

—¡Bah!, no será nada. Un resfriado. Ayer, como te levantaste tan temprano...

La noche la pasó calenturienta y al amanecer la enfermedad se había apoderado de ella. Luis fué a buscar en un pueblo próximo un médico amigo suyo. Cuando éste vió a la enferma diagnosticó:

—Pulmonía.

Luis quedó como muerto. En medio de tanta felicidad no podía ni pensar en los mil males que están acechando al hombre continuamente.

Teresa cada día empeoraba, sufría mucho; la enfermedad se presentaba con caracteres malignos. Al quinto día, al ver la gravedad, fué en busca de los padres de ella. Padre y madre llegaron a cuidar a la hija enferma. Luis estaba como loco, le daba vueltas todo; desde hacía seis días apenas pegaba los ojos. Pensar en la muerte de ella era pensar en la suya propia. Sería imposible sobrevivirla, sobrevivir a la mujer que constituía la ilusión de su vida...

.....

Y, a pesar de todos los cuidados... Teresa murió. Fué espantosa y horrorosa la impresión que pro-

dujo a Luis ver a su Teresa, a su vida, a su alma, muerta, muerta. ¡Nada! Cuando se asomaba a la galería creía que el Teleno y las montañas temblaban. Los árboles los veía retorcidísimos, como si sintiesen el dolor que él sentía; las zarzas del camino parecía que soltaban todas los espinos para herirle. Todo lo veía espantosamente horrible, como haciéndole burla con su imperturbabilidad. Sólo tenía un refugio para su pena enloquecedora: los padres de Teresa. Se abrazaba a la madre y sobre ella lloraba como un niño. ¿Por qué no se sentía con ánimos para suicidarse? ¡Ah, si no fuese el instinto de conservación! Si no fuese el instinto de conservación media Humanidad se quitaría la vida. En sus ratos de congoja, de pena inconsolable, daba gritos espantosos:

—¡La Naturaleza es asesina! El mundo es horrible, la vida repugnante, la muerte nauseabunda. ¡Dos instintos, dos, tienen sujeto al hombre a la tierra como a los animales: el instinto de procreación y de conservación! Estos instintos hacen del hombre un muñeco, anulan la voluntad, esa voluntad que no llega más, que no sirve más que para movernos de un sitio a otro. El instinto de procreación hace al hombre olfatear a la hembra como un perro e ir tras ella como un mono. Ese instinto hace a la mujer perversa y provocativa con sus atractivos. Ese instinto lleva al hombre a cometer los mayores crímenes, engendrando lacras, carne de metralla, de miseria y horrores. ¿Y el instinto de conservación? Este otro instinto, tan metido en la naturaleza humana como el otro, convierte al hombre en asesino inconsciente de sus semejantes. Se agarra a las ideas, a las costumbres, a las doctrinas y ¡ay!, lo que es peor, a los legisladores. Y así, se condena el suicidio, y así se condena el suicidio de un hombre tuberculoso, sifilítico, canceroso, de un sér que, por do va, va sembrando la muerte.

Después de estos soliloquios caía en una especie de delirio.

Cuando llevaron a Teresa al cementerio, creyó morir. Y todavía aumentaba más su dolor el pensar que aquel cuerpo tan hermoso se iba a pudrir como una mula en un muladar.

—¡ Ah, pueblos idiotas, marranos, asquerosos !
¿ Por qué no imitáis a los romanos ? ¡ La incineración, la incineración !

CAPITULO XXI

LUIS SE RESIGNA

Pasados diez días, la calma, las reservas defensivas del cerebro, le llenaron de consuelo y resignación.

Estaban con él los padres de Teresa, y todas las noches se pasaban horas y horas viendo en la pantalla, con toda la belleza espléndida, a la que ya estaba bajo tierra. Entonces, Luis pensaba en la inmortalidad del sér humano. Se ha llegado ya a una inmortalidad que jamás pudieron imaginar los antiguos. Los archivos del porvenir estarán repletos de películas y placas fotográficas. El movimiento y la voz, los dos sentidos ilusorios por excelencia, llevarán al alma la vana ilusión de la inmortalidad.

PENULTIMO CAPITULO

Luis no podía resistir el dolor que le producían todos los objetos que tenían algo de Teresa. Y decidió marcharse a Madrid. Entonces rogó a los padres de la muerta :

—Ustedes se quedan aquí. Yo tenía que coger casero. ¿Quién mejor que ustedes? Ustedes son los padres de la mujer que no olvidaré en la vida y con la que hubiese sido completamente feliz. Les agradeceré se queden. Les daré lo suficiente para que pasen una vejez sin trabajar ; sólo tendrán que vigilar a los obreros. Quédense, se lo ruego.

Y se quedaron.

Luis les destinó las habitaciones de abajo. Y las de arriba, las que estaban llenas de Ella, las cerró con dobles llaves, quedando toda la ropa y todas las cosas como las dejó ella al morir.

CAPITULO XXII

LUIS SE ALEJA DE VILLA GUADALUPE

Montó en el *auto* y dió un último adiós a la casa donde había sido tan feliz. Unas lágrimas le asomaron a los ojos. Sentía un desfallecimiento enorme.

—¡ Chofero ! ; Arrea !

Todavía miró para atrás.

—¡Adiós, adiós, Villa-Guadalupe! ¡Hasta sabe Júpiter cuándo!

La velocidad del *auto* le serenó un poco. Y murmuró:

—Mágico dinero, que haces al hombre libre como el pájaro. Sin ti no hay verdadera Libertad.

Y toda su mente se volvió a poblar de...

Teresa, Teresa, Teresa, Teresa, Teresa.

FIN DE «VENDIMIARIO»

MENAS ALONSO LLAMAS

Villa Loreto (La Bañeza), 26 septiembre 1926.

Madrid, febrero 1928.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PROXIMAS A PUBLICARSE

Ortografía Alonso.—Nuevo y original método para aprender, profundamente, ortografía.

Cuentos leoneses.—Colección de cuentos.

Años de adolescencia.—Novela.

La Señorita que estudió Medicina.—Novela.

A Alpidia nadie la quiere.—Novela vulgar de la vida ordinaria; de amor y dolor.

Por una cupletista.—Novela.

EN PREPARACION

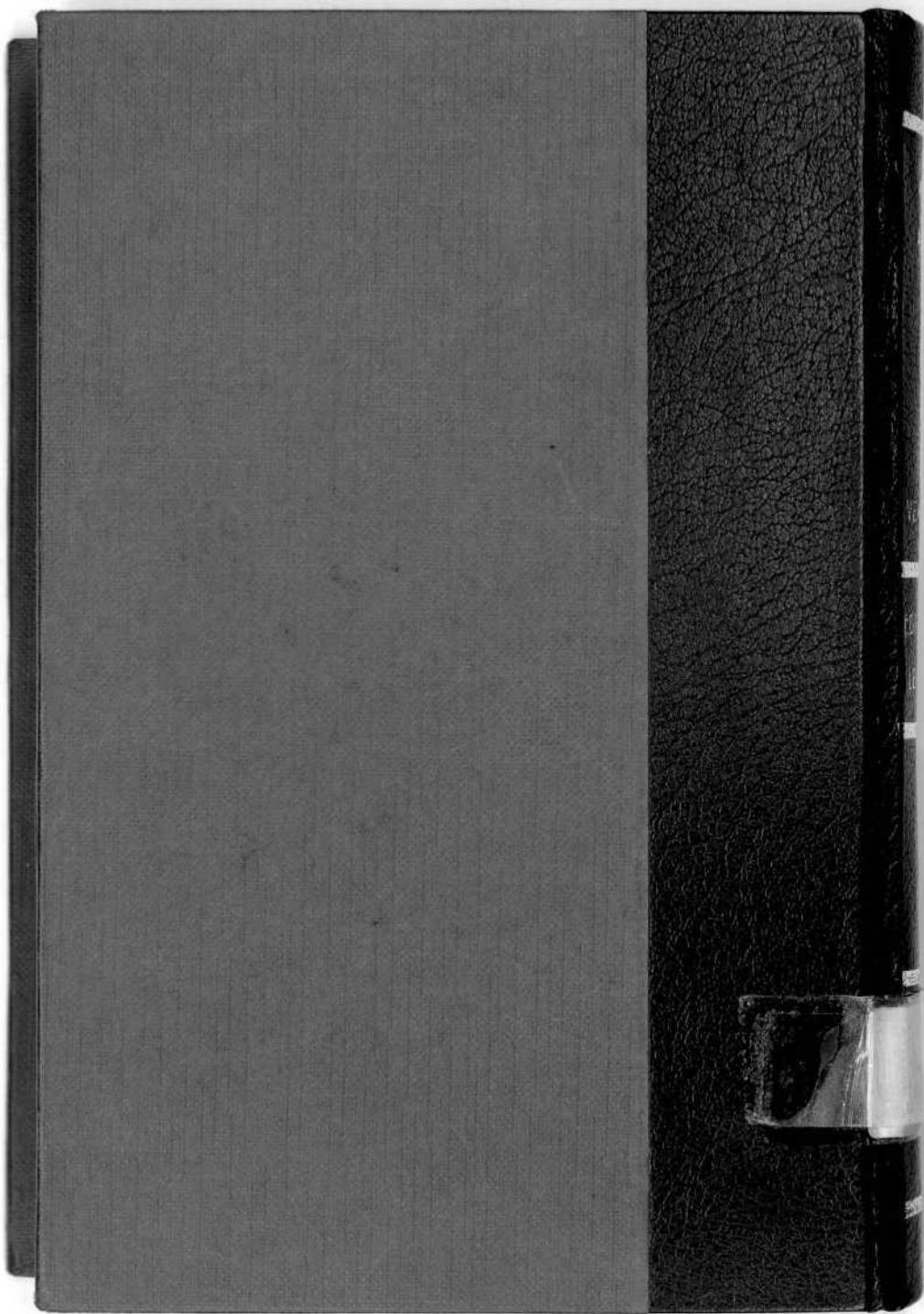
Historia crítica del reino de León, desde los primitivos tiempos hasta la segunda unión con Castilla.

Lo que la Humanidad debe a Francia.

Por años de servicio obligatorio.—Novela.







MENAS

ALONSO

VENDIMARIO

COSTUMBRES

LEONESAS

3293